HANS JOAS

GUERRA Y MODERNIDAD

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE LA VIOLENCIA EN EL SIGLO XX



PAIDÓS ESTADO Y SOCIEDAD 130

PAIDÓS ESTADO Y SOCIEDAD

Últimos títulos publicados:

79. U. Beck, *Un nuevo mundo feliz*
80. A. Calsamiglia, *Cuestiones de lealtad*
81. H. Béjar, *El corazón de la república*
82. J.-M. Guéhenno, *El porvenir de la libertad*
83. J. Rifkin, *La era del acceso*
84. A. Gutmann, *La educación democrática*
85. S. D. Krasner, *Soberanía, hipocresía organizada*
86. J. Rawls, *El derecho de gentes y «Una revisión de la idea de razón pública»*
87. N. García Canclini, *Culturas híbridas*
88. F. Attinà, *El sistema político global*
89. J. Gray, *Las dos caras del liberalismo*
90. G. A. Cohen, *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?*
91. R. Gargarella y F. Ovejero (comps.), *Razones para el socialismo*
92. M. Walzer, *Guerras justas e injustas*
93. N. Chomsky, *Estados canallas*
94. J. B. Thompson, *El escándalo político*
95. M. Hardt y A. Negri, *Imperio*
96. A. Touraine y F. Khosrokhavar, *A la búsqueda de sí mismo*
97. J. Rawls, *La justicia como equidad*
98. F. Ovejero, *La libertad inhóspita*
99. M. Caminal, *El federalismo pluralista*
100. U. Beck, *Libertad o capitalismo*
101. C. R. Sunstein, *República.com*
102. J. Rifkin, *La economía del hidrógeno*
103. Ch. Arnsperger y Ph. Van Parijs, *Ética económica y social*
104. P. L. Berger y S. P. Huntington (comps.), *Globalizaciones múltiples*
105. N. García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*
106. W. Kymlicka, *La política vernácula*
107. V. Shiva, *Cosecha robada*
108. M. Ignatieff, *Los derechos humanos como política e idolatría*
109. D. Held y A. McGrew, *Globalización/Antiglobalización*
110. R. Dworkin, *Virtud soberana*
111. T. M. Scanlon, *Lo que nos debemos unos a otros*
112. D. Osborne y P. Plastrik, *Herramientas para transformar el gobierno*
113. P. Singer, *Un solo mundo*
114. U. Beck y E. Beck-Gernsheim, *La individualización*
115. F. Ovejero, J. L. Martí y R. Gargarella, *Nuevas ideas republicanas*
116. J. Gray, *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*
117. L. Tsoukalis, *¿Qué Europa queremos?*
118. A. Negri, *Guías. Cinco lecciones en torno a* Imperio
119. V. Fisas, *Procesos de paz y negociación en conflictos armados*
120. B. R. Barber, *El imperio del miedo*
121. M. Walzer, *Reflexiones sobre la guerra*
122. S. P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*
123. J. Rifkin, *El sueño europeo*
124. U. Beck, *Poder y contrapoder en la era global*
125. Cl. Bébéar y Ph. Manière, *Acabarán con el capitalismo*
126. Z. Bauman, *Vidas desperdiciadas*
127. Z. Brzezinski, *El dilema de EE.UU.*
128. N. Chomsky, *Sobre democracia y educación. Volumen I*
130. H. Joas, *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo* XX

Hans Joas

Guerra y modernidad

Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX



Título original: *Kriege und Werte*
Publicado en alemán, en 2000, por Velbrück Wissenschaft, Weilerswist, Alemania

Traducción de Bernardo Moreno

Cubierta de Mario Eskenazi



ISBN: 84-493-1725-8
Depósito legal: B-15.244/2005

Impreso en A&M Gràfic, S.L.
08130 Santa Perpètuta de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Damit sie sich alle einander ermorden
Ist der jüngste Tag vertagt geworden.

*El Juicio Final se aplaza
para que unos se maten a otros.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

SUMARIO

PRÓLOGO

Sobre el origen de este libro y los diferentes elementos que han presidido su elaboración, se ofrecen en la introducción explicaciones pormenorizadas. Por eso me limitaré aquí a expresar mi gratitud a distintas personas e instituciones.

La mayor parte de los capítulos del libro han sido leídos, y provechosamente comentados, por dos hombres de ciencia: el admirado colega, y paternal consejero, Shmuel Eisenstadt y otro compañero más joven, con muchísimo talento, Wolfgang Knöbl. Vayan desde aquí a los dos mi más sincero agradecimiento. En el Swedish Collegium for Advanced Study in the Social Sciences (SCASSS) de Upsala, Suecia, encontré, en el otoño de 1999, las condiciones idóneas para trabajar y llevar a término la redacción definitiva del presente texto. Doy las gracias especialmente a su director-gerente, Björn Wittrock, a sus colegas en la dirección Barbro Klein y Göran Therborn, así como a todos los que se esfuerzan por que allí reine clima de compañerismo y al mismo tiempo de discreción. Con su especial encanto y resolución, mi secretaria Regina Wenzel ha sabido superar todos los obstáculos que se han interpuesto en el camino. Vayan también para ella mis gracias de todo corazón. A Heinrich Yberg le agradezco su ayuda valiosísima en la composición y elaboración de las notas y los índices onomásticos, así como en el trabajo de corrección. Dieter Senghaas me ha alentado y aconsejado sin desfallecer en importantes fases del trabajo. De sus magníficos escritos he tomado más estímulos de lo que podrían sugerir las notas. A mi colega de Berlín, Martin Kohli, le doy asimismo las gracias por haber aceptado que se incluya aquí el texto de un capítulo resumido entre los dos. A Friedhelm Herborth, mi lector de toda la vida, le rindo igualmente el tributo de mi gratitud por haber escogido mi trabajo para formar parte de la lista inaugural de la nueva editorial Velbrück. Y, finalmente, mi mayor agradecimiento para la que desde hace un cuarto de siglo me acompaña en todo, y lo hace posible: mi esposa Heidrun.

Upsala/Berlín, noviembre de 1999

Introducción

GUERRAS Y VALORES

Quien se tome en serio la historia de la violencia en el siglo XX difícilmente podrá creer en los mitos del progreso. En este libro se confrontan las esperanzas y expectativas de paz de las tradiciones liberales y socialistas con la realidad de la guerra y la violencia estatalmente organizada en el siglo que acaba de tocar a su fin. En los estudios aquí reunidos no se encontrará ni una moralización pacifista ni una desmoralización de la guerra en la línea de la *realpolitik*; antes bien, nos esforzaremos por mostrar la relación existente entre las guerras y los valores en toda una multiplicidad de constelaciones. Con el plural doble e indeterminado —«guerras» y «valores»— queremos poner de relieve la variabilidad de estas interrelaciones. ¿Por qué las guerras dan pie en tan gran medida a la producción de grandes interpretaciones y de enteros sistemas interpretativos? ¿Cuáles son los rasgos fascinantes y también las celadas que se esconden detrás del sueño de una modernidad sin violencia? ¿Existen paralelismos entre la experiencia de los compromisos personales y la violencia? ¿Existen justificaciones universalistas para las intervenciones belicistas?

En torno a semejantes cuestiones giran los capítulos que siguen. En el presente volumen se incluye una parte considerable de mis artículos sobre la sociología de la guerra y la violencia, que han ido apareciendo estos últimos diez años en distintas publicaciones. Mi trabajo, influido de múltiples maneras por los acontecimientos históricos de las décadas de 1980 y 1990, se ha visto acompañado y completado por mis planteamientos sistemáticos sobre ámbitos como la teoría de la acción, la filosofía de los valores y la teoría social. Al igual que ocurre con estos planteamientos sistemáticos, es característica de los estudios aquí presentados una «ruptura» en el terreno de la hermenéutica, o de la historia de las ideas, ruptura que, a pesar de todos los discursos actuales sobre la hermenéutica, se considera hoy como algo anticuado, por lo que, en el ámbito de la filosofía y de las ciencias sociales, aparece claramente a la defensiva. Intentamos seguir una metodología que se aproxime lo más posible a los objetos de la in-

vestigación repasando la historia del estudio de los temas más candentes y no crea en un acceso directo a las cuestiones propiamente tales ni en el progreso de la ciencia ignorando lo ya tratado. La tesis de que lo pensado en otro tiempo debe caer en el olvido deriva precisamente del mito del progreso, el cual tiene su principal baluarte en el terreno de la ciencia, especialmente en la idea que los científicos tienen de sí mismos. A pesar de todas las críticas filosóficas y de todas las falacias de la historia de la ciencia, sigue en pie la idea de un desarrollo acumulativo y progresivo de las ciencias orientado al descubrimiento de leyes generales verificadas empíricamente y que forman un todo coherente, que resulta determinante y decisivo para la mencionada idea que los científicos tienen de sí mismos. Desde esta perspectiva, lo viejo equivale simplemente a lo ya superado. Así, no puede negarse la posibilidad del progreso científico ni tampoco del progreso histórico. Semejante negación global sería algo así como abandonar la fe en el progreso para creer en el mito pesimista de la caída y la ruina. Todo empeño humano por una mejora de las circunstancias estaría siempre condenado al fracaso, y ningún estudio de los mecanismos del fracaso sería adecuado para impedir un fracaso.

Por lo tanto, no se trata tanto de mantener constantemente en lo que sigue una distancia al menos metódica con respecto a la fe en el progreso como de realizar un estudio que permita una inmersión en la historia de la ciencia, o en la historia general, y sobre todo en la historia de la violencia del siglo xx, que permita ver lo tortuoso e inseguro que es cualquier camino hacia el progreso y cómo la construcción retrospectiva de líneas rectas que van del pasado a un presente bueno, o un futuro aún mejor, las más de las veces sólo representa una ilusión óptica del observador. Herbert Butterfield,[1] que ha suscitado una de las polémicas más interesantes contra esta manera de argumentar, pensó ante todo en la autocomplacencia del protestantismo liberal al oponerse a esta *whig interpretation of history*. Argumentación esta que tiene vigencia también en la actualidad, pues en la descripción histórica contemporánea, y sobre todo en las numerosas teorías sociológicas del cambio social, intervienen presupuestos, a menudo tácitos, según los cuales habría una línea recta que conduce de la Reforma y la Ilustración a la paz, la democracia y los derechos humanos de nuestros días. Pero Butterfield ya fue consciente[2] de que la concepción por él denostada no sólo se encontraba en los protestantes y los

1. Herbert Butterfield, *The Whig Interpretation of History*, Londres, 1931.
2. *Ibid.*, pág. 30.

liberales, sino que también podía encontrarse en cualquier reconstrucción histórica, independientemente de los valores que la animaran. Quien esté dispuesto a creer en la intervención de la providencia en la historia, así lo formuló, debe también tener la suficiente humildad como para reconocer cuán misteriosos e irreconocibles son los caminos de esta providencia.[3]

Así pues, hay dos motivos que sustentan mi rechazo de la fuerza seductora de los mitos del progreso. Por lo que respecta al pasado, no se debe olvidar la tragedia de las constelaciones, de las que muchas veces surgieron situaciones óptimas —las pérdidas espantosas que tampoco se justifican retroactivamente mediante una manera creativa de escapar de las catástrofes—. Y, por lo que respecta al futuro, después de las experiencias de este siglo no puede haber cabida para ningún tipo de sosiego, como si hubiéramos encontrado ahora la clave de la paz perpetua y la estabilidad social. Hasta la concepción más plausible de la paz debe ser interrogada sobre si sigue en contacto con la realidad y no está generando una falsa confianza en la seguridad histórica de unas circunstancias más pacíficas.

Al hilo de estas reflexiones, en el presente libro no se discurrirá sobre las posibles relaciones entre «guerras» y «valores» de una manera abstracta, sino mediante el estudio particular de constelaciones históricas en su mayoría bien concretas. Pero el objeto más importante de estas reflexiones no lo representan de por sí los acontecimientos y los procesos históricos, sino los puntos ciegos y las distorsiones de perspectiva en el acto de su percepción. De estos trabajos no se debe esperar una historia continuada del estudio filosófico-social y científico-social de la guerra y otras formas de violencia estatalmente organizada, y mucho menos aún la enunciación sistemática de una teoría del Estado, aunque sólo fuera de manera alusiva y esquemática. Antes bien, estos trabajos, tomados en su conjunto, pretenden formar —tal es al menos la esperanza del autor— un mosaico donde los rasgos principales del estudio de la guerra por parte de las ciencias sociales en este siglo pasado permitan obtener un mínimo de comprensión asegurada a la vez que abrir y formular todo un abanico de preguntas.

Si se aceptan estas premisas, es oportuno desde el principio reflexionar también sobre cómo surgieron los trabajos que aquí se ofrecen. Esto debe producirse desde un punto de vista tanto temporal (1) como espacial (2).

3. *Ibid.*, pág. 23.

Después convendrá establecer algunas interrelaciones entre estos trabajos y las cuestiones sistemáticas de la teoría social (3) y de la filosofía de los valores (4). Finalmente (5), se planteará brevemente la cuestión de la posible justificación de las guerras en las condiciones de la moral universalista.

1

En pocos temas aparecen tan marcadas las oscilaciones coyunturales del interés público como en la cuestión de la guerra. El motivo de la magnitud de estas oscilaciones subyace en la «intensidad hermenéutica» del acontecer bélico, de la que hablaremos más tarde. Mi interés científico por estas cuestiones se remonta inequívocamente al movimiento pacifista alemán de principios y mediados de la década de 1980, movimiento hacia el que sentí una gran simpatía. También he tratado de contribuir de forma modesta, pero activa, defendiendo en mis escritos la necesidad de que las ciencias sociales se interesen por el tema de la guerra y la paz y exponiendo estas convicciones en la enseñanza académica, en mis charlas con los grupos pacifistas y en los congresos por la paz. Mi planteamiento era siempre doble: ¿qué conclusiones permiten extraer las ciencias sociales sobre las causas de la guerra?, y ¿con qué luz aparecen las ciencias sociales como tales cuando se las considera desde esta perspectiva? Mi intuición de partida era que del olvido de esta temática debía deducirse un rechazo relativo de las grandes tradiciones de las ciencias sociales; al principio, orienté mis pesquisas y mis esperanzas hacia los estudios de psicología social sobre las condiciones de posibilidad de las relaciones de carácter internacionalista y hacia las consecuencias para la paz de la difusión de la democracia. Ambas cosas son fruto de mi fuerte orientación hacia las tradiciones de pensamiento americano, en especial el pragmatismo, cuyos máximos exponentes se habían mostrado activos en su apoyo crítico a la política de paz del presidente Wilson y a la fundación de la Sociedad de las Naciones.

Retrospectivamente, hoy parece tal vez como si el miedo a una nueva Guerra Fría, o incluso a una guerra «caliente» frívolamente desencadenada, es decir, a la guerra nuclear, que nos tuvo tan preocupados entonces, hubiera sido completamente —por no decir histéricamente— exagerado. Por doquier encontramos hoy también la afirmación de que, por abierta o encubierta simpatía hacia el «socialismo realmente existente», el movimiento pacifista no supo o no quiso reconocer la oportunidad

—sí reconocida por el presidente Reagan— de, mediante el «rearme» y ulteriores preparativos bélicos, forzar a la Unión Soviética a su progresivo hundimiento. Cuando, en junio de 1987, Reagan exigió en Berlín a Gorbachev la demolición del Muro, ni en el movimiento pacifista ni tampoco, por cierto, en la población de Berlín se produjo una explosión de entusiasmo, sino más bien una actitud de incomprensión o incluso de alarma. Sin embargo, ello no obedeció a un supuesto deseo de continuar con la división ni de apoyar a los regímenes de la República Democrática Alemana (RDA) o de la Unión Soviética. Sin duda, no se puede negar que en algunos sectores del movimiento pacifista, y hasta en el propio Partido Socialista Alemán (SPD, en sus siglas alemanas), hubo también posturas que disimulaban mal su apoyo a la política exterior del Pacto de Varsovia y a las relaciones internas entre los distintos países socialistas, sin contar con los agentes directamente infiltrados desde el este. Sin embargo, hubo algo, en mi opinión, completamente distinto que resultó determinante para el movimiento pacifista y para la actitud de la población en general. Sencillamente, no se podía creer que la Unión Soviética estuviera dispuesta a dejar por la vía pacífica que la RDA se hurtara a su ámbito de poder, ni que el Imperio Soviético fuera a venirse abajo en su conjunto; antes bien, se temía más el riesgo de una guerra ejerciendo una fuerte presión estratégica sobre la Unión Soviética que practicando una política de entreguismo a cencerros tapados. Por eso, la apertura del Muro exigida por Reagan se vio con cierto recelo, incluso como una peligrosa desestabilización de una situación que sólo se podía mantener en pacífico equilibrio mediante un derroche especial de arte diplomático. El miedo a las manifestaciones de Reagan no obedecía, por tanto, a que no se quisiera creer en la meta (la destrucción del Muro), sino a que nadie se atrevía a esperarla.

Para esto existían sin duda poderosos motivos. A mí, personalmente, me habían impresionado profundamente las explicaciones de Willy Brandt y de Egon Bahr en el sentido de que la construcción del Muro en 1961 supuso para ellos el doloroso reconocimiento de que no todo lo que se deseaba cambiar, o parecía moralmente transformable, podía cambiarse también en el plano político. La visión básica de una política responsable es sin duda el poder reconocer realidades desnudas con independencia de todo acto de volición.[4] La aceptación de la división en-

4. Este volumen no contiene ningún capítulo sobre el año de la construcción del Muro, en 1961, pero sí trata sobre la dolorosa fase precedente de la partición (véase el capítulo 4: «Después de la guerra. Democracia y anticomunismo en Berlín después de

tre las Alemanias era precisamente en este sentido la condición del surgimiento de un *modus vivendi* medianamente aceptable y también de la programática de un «cambio a través de la aproximación» (Egon Bahr), es decir, de ejercer influjo mediante un esfuerzo constante por vía de contactos y de colaboración a todos los niveles. También creo, vistas las cosas retrospectivamente, que esta estrategia ha supuesto de hecho una contribución considerable al hundimiento de la RDA. Martin Sabrow ha intentado basar su tesis de que «la circunstancia decisiva para la autoparalización del poder quizás estuvo en la paradoja de que, en un período de tiempo sorprendentemente largo, la erosión hizo su aparición bajo la máscara de la estabilidad y la desestabilización interna del orden real impuesto fue percibida como estabilización del sistema socialista mediante la integración internacional. [...] Precisamente porque la fachada exterior de la legitimación discursiva del poder permaneció intacta, experimentando incluso un fortalecimiento merced al creciente reconocimiento internacional, pudo la labor de zapa interna proseguir imperturbada y desembocar en una repentina implosión»[5] en el ejemplo del desarrollo de las ciencias sociales en la RDA. ¡Pero precisamente éstas habían sido las esperanzas más osadas de los estrategas del cambio mediante el acercamiento! Y toda crítica a dicha estrategia, que argumenta con el superior saber de una época posterior, debe al menos admitir que el dilema moral se plantea, y volverá a plantearse, en la coexistencia pacífica con otras potencias.

En la década de 1980, la concepción —alimentada en las experiencias vividas en el Berlín de los primeros años de la década de 1960— de la política de la distensión encontró su expresión más lograda en el documento programático elaborado conjuntamente por el Partido Socialista Alemán y el Partido Socialista Unificado Alemán (SED en sus siglas alemanas), y muy vilipendiado posteriormente, titulado «Der Streit der Ideologien und die gemeinsame Sicherheit» [«El conflicto de las ideologías y la seguridad común»]. En este texto, concepciones divergentes se plasmaban en un único documento, al tiempo que se introducían procesos de transformación prudentes, todo ello subordinado a la meta común de impedir una nueva guerra. Esto conviene mencionarlo aquí porque mi

---

1945», págs. 121-132. Harold Hurwitz, el autor de los estudios comentados en dicho capítulo, fue uno de los colaboradores de Brandt y de Bahr.

5. Martin Sabrow, «Hinterrücks zusammengebrochen», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 20 de noviembre de 1998, pág. 46.

interés, despertado por el movimiento pacifista, por la sociología de la guerra asumió enseguida una forma institucional que se pareció mucho a la denominada iniciativa política de la distensión, en parte como una imitación consciente. La ocasión se presentó en 1984 con motivo de un simposio organizado por la Academia de las Ciencias de la RDA sobre sociología y paz. La temática de la paz era, en la situación de la RDA, una ocasión legítima para intercambiar opiniones con los científicos occidentales, y ello con toda la ambigüedad que acabamos de mencionar. Las proclamas dogmáticas de la doctrina marxista-leninista, o de las justificaciones científicamente sin valor, y apenas maquilladas, de la política exterior seguida por el campo socialista corrían paralelas con análisis completamente serios y abiertos al diálogo, en su mayor parte de orientación histórica. La brecha entre los aspectos oficiales del Congreso y los intercambios informales, que a menudo se llevaban más tiempo que lo programado oficialmente, fue enorme. En dicho Congreso surgió el plan de, en el marco de un proyecto que abarcara a los países occidentales y del este, buscar, con amplitud de miras histórica, un planteamiento común de la guerra y la paz en el seno de las ciencias sociales. Este proyecto continuó en los años siguientes al amparo de un comité de investigación de la International Sociological Association. Mi socio en el lado oriental fue en aquella ocasión Helmut Steiner, un sociólogo de la RDA de convicción marxista pero famoso por su talante dialogante. Por motivos políticos, es decir, por el miedo que tenía la dirección de la RDA a una colaboración demasiado estrecha entre las dos Alemanias, el proyecto tuvo que ser presentado como colaboración internacional de científicos de distintos países del este y oeste de Europa.

En el marco de esta colaboración, se abrió pronto un espacio para auténticos debates. La publicación de los resultados tuvo, no obstante, que superar innúmeras dificultades, que iban desde cuestiones triviales como la transferencia de los honorarios hasta diferencias inesperadas como, por ejemplo, la valoración de Lenin por los autores de la RDA y los de la Unión Soviética de Gorbachev. El resultado más importante fue la edición de un volumen conjunto[6] en el que, junto a los autores

6. Hans Joas y Helmut Steiner (comps.), *Machtpolitischer Realismus und pazifistische Utopie, Krieg und Frieden in der Geschichte der Sozialwissenschaften*, Francfort del Meno, 1989. Mi contribución personal a este tomo («Die Klassiker der Soziologie und der Erste Weltkrieg», págs. 179-210) representa la versión primitiva del capítulo «Ideologías de la guerra» del presente volumen.

alemanes del este y del oeste, colaboraron dos italianos, un británico, un búlgaro y dos rusos. Cuando, en la primavera de 1989, tras superar múltiples dificultades, los editores entregaron finalmente a la imprenta el manuscrito, las expectativas generales eran que el volumen no fuera percibido sólo como una contribución científica de gran trascendencia, sino también como uno de los primeros testimonios, por no decir incluso el primero, de colaboración este-oeste en el ámbito de las ciencias sociales.

Pero he aquí que, cuando finalmente apareció el libro —a finales de otoño de 1989—, el Muro, como por ensalmo, se resquebrajó: el régimen de la RDA estaba dando sus últimas bocanadas, y ya no tenía sentido hablar de una colaboración este-oeste con fronteras de por medio, pues todo el mundo podía ya franquear en ambas direcciones una frontera en otro tiempo casi infranqueable. Las contribuciones de los científicos del este, que antes tenían que expresarse con unas formulaciones particulares para recibir el visto bueno de las autoridades competentes, y cuyos autores se mostraban especialmente orgullosos por cada pequeño progreso realizado, parecían de repente anacrónicas, cual ecos de ultratumba de una dictadura fenecida.

Sólo muy pocos pudieron, y quisieron, sustraerse a la euforia que se desató. El temor a la guerra nuclear, que a lo largo de varias décadas había teñido de negro el telón de fondo de las demás cuestiones políticas, había desaparecido. La oportunidad de una paz duradera en Europa, y más allá, parecía al alcance de la mano. Desde la perspectiva de los disidentes, muchos de los cuales se convirtieron con el hundimiento del comunismo en dirigentes y representantes políticos de sus respectivos Estados, la temática de la paz se devaluó a causa de su constante empleo en la legitimación de los partidos comunistas. Como ya ocurriera en la fase de distensión de la década de 1970, el interés público pasó rápidamente de la problemática de la guerra a la asimilación de la sorprendente caída del régimen comunista. No deja de ser curioso, por una parte, que prácticamente nadie en el ámbito de las ciencias sociales —y ni siquiera en los servicios secretos—[7] hubiera previsto este desplome y, por la otra, que tras producirse el mismo, las distintas tendencias de la teoría y estudio de las ciencias sociales se mostraran tan alegres y confiadas en poder explicarlo

7. Klaus von Beyme, «Selbstgleichschaltung. Warum es in der DDR keine Politologie gegeben hat», Bernd Giesen y Claus Leggewie (comps.), *Experiment Vereinigung. Ein sozialer Großversuch*, Berlín, 1991, págs. 123-132, aquí pág. 124.

con sus medios de manera convincente.[8] Las tendencias de la mirada histórica que rectifican y ocultan retrospectivamente cualquier ruptura, a las que Butterfield había aludido, pocas veces resultaron más claramente reconocibles que en este caso. Así como la irrupción de una guerra desencadena una búsqueda de nuevas interpretaciones históricas, así también un repentino y sorprendente giro en la dirección de la paz parece desencadenar unas «actividades de normalización»: intentos que reproducen la continuidad interrumpida mediante nuevas y rápidas interpretaciones.

Pero la alegría duró poco. Personalmente, yo sigo manteniendo vivas las sensaciones de felicidad por la reunificación que experimentaron entonces los alemanes, cual maná caído del cielo, al tiempo que siento cierto desdén hacia los que, a causa de los problemas subsiguientes, tienden a olvidar la magnitud del venturoso suceso. Pero la representación de un mundo de paz próximo se vio rápidamente destruida por una serie de acontecimientos dentro y fuera de Alemania. En Alemania, tanto en la parte occidental como en la oriental del país reunificado, se produjo una ola de actos violentos de carácter xenófobo, para cuya explosión podríamos tal vez encontrar algunas circunstancias atenuantes pero cuyo desprecio de los derechos humanos sólo podría suscitar la más completa repulsa. Horror intensificado por el aplauso de numerosos espectadores de tales actos violentos y por el empleo —a menudo inconsciente y ciegamente provocador— de símbolos nacionalsocialistas por parte de los violentos. Para el tratamiento científico de la violencia, esta ola de actos violentos —que, si bien está remitiendo, ha dejado en su estela núcleos de xenofobia organizados e ideologizados más duros con tendencia a la violencia— tuvo al menos dos consecuencias. Por una parte, se incrementó considerablemente el interés por la dinámica de los actos colectivos espontáneos y por el sentido de la denominada violencia «sin sentido», es decir, una violencia no instrumental, pero que a menudo tornaba eufóricos a sus autores. Esto trajo recuerdos a muchos estudiosos, como, por ejemplo, los disturbios raciales en Estados Unidos; pero enseguida nos topábamos con límites, en la medida en que los conceptos básicos de nues-

8. Sobre esto, véase el capítulo «Después de la Guerra Fría. La caída de la RDA», págs. 133-152. Dicho texto remite a un volumen en el que estas explicaciones aparecen contrastadas entre sí: Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993. Recientemente ha aparecido una importante panorámica de este acontecimiento en la obra de Charles S. Maier, *Das Verschwinden der DDR und der Untergang des Kommunismus*, Francfort del Meno, 1999.

tro trabajo se apoyaban en cierta racionalidad de la acción, y, por tanto, para los fenómenos divergentes sólo quedaba el concepto englobador, y analíticamente carente de valor, de lo irracional.[9] Por otra parte, para muchos se desplazaron de repente las premisas normativas sobre el papel pacificador de los Estados. Mientras que para un autor como Ekkehart Krippendorff,[10] exponente izquierdista de la sociología de la paz anterior a 1989, el Estado suponía ante todo un peligro en cuanto que era fuente de tensiones con otros Estados, desde la misma izquierda surgió la exigencia de un fortalecimiento y una aplicación rigurosa del monopolio de la violencia estatal, para garantizar así a cada persona residente en Alemania la seguridad necesaria para la vida. Pese a que la visión unilateralmente negativa del Estado y del monopolio de la violencia ya había sido antes objeto de crítica,[11] ahora se producía una especie de transformación atmosférica por la que ciertos valores que desde finales de la década de 1960 habían sido hegemónicos en amplios sectores de la vida intelectual acababan disipándose y eran sustituidos por otros.

En el ámbito de la política exterior, fueron las guerras de los Balcanes y del Golfo las que terminaron con el sueño de un mundo que se había vuelto pacífico, o al menos más pacífico. Mientras que en la época de la confrontación nuclear entre bloques el miedo a un cataclismo de la humanidad lo regía todo, también surgió, por el mismo motivo, cierta confianza en la «domeñabilidad» de los pequeños conflictos. Con frecuencia se encontraba uno con la afirmación tranquilizadora de que con el desarme nuclear las guerras ya no eran prácticamente viables. Pero, de repente, en el nuevo estado de cosas se planteó la cuestión de la viabilidad de las guerras y, por tanto, de la justificabilidad de la nueva manera de hacer la guerra. En Alemania, estas cuestiones se plantearon con mayor virulencia que en otros Estados donde el consenso para no querer volver a librar una guerra no estaba tan arraigado, pues, entre otras razones, la historia de la Segunda Guerra Mundial traía el recuerdo de una guerra justificada y ganada. Pero aquí, en Alemania, la cuestión de una eventual partici-

9. Veáse al respecto, en particular, el capítulo del presente volumen «La teoría de la acción y la dinámica de la violencia», págs. 251-262.

10. Ekkehart Krippendorff, *Staat und Krieg: Die historische Logik politischer Unvernunft*, Francfort del Meno, 1985.

11. Por ejemplo, por parte de Herfried Münkler, «Staat, Krieg und Frieden. Die verwechselte Wechselbeziehung. Eine Auseinandersetzung mit Ekkehart Krippendorff», Reiner Steinweg (comp.), *Kriegsursachen*, Francfort del Meno, 1987, págs. 135-144. Véase también la reseña publicada en la *Soziologische Revue*, nº 11, 1988, págs. 450-452.

pación en la guerra —aunque sólo fuera en la forma de un apoyo indirecto, como en la guerra del Golfo— afectó a las raíces más profundas de la autocomprensión nacional, desde 1945, e incidió, correlativamente, en la población de manera polarizadora. Por intereses nacionales, o sólo por lealtad a los pactos, para la mayor parte de la población nunca podía estar justificada una guerra: debía existir la posibilidad de una justificación universalista; pero, aun cuando se diera ésta, dominaban el recuerdo de los hechos vergonzosos protagonizados por el propio pueblo en este siglo y un escepticismo profundo con relación a una posible justificación de la guerra —frente a los que defendían su legalidad.

En el caso de la guerra del Golfo, pese a que no se ofreció una mayor participación alemana, la relación entre justificaciones universalistas (expulsar al agresor Sadam de Kuwait o proteger a Israel) y motivos más concretos (asegurar el suministro de petróleo a Occidente) fue particularmente difícil de establecer. Asimismo, la cuestión de la estrategia elegida, de las víctimas producidas y de las consecuencias de la finalización de esta guerra ha sido muy discutida durante mucho tiempo, aunque, curiosamente, dicha discusión prácticamente brilló por su ausencia durante los días de la guerra: los sociólogos alemanes permanecieron notoriamente mudos. Un año después de la guerra, apareció el ambicioso intento de Karl Otto Hondrich por insertar la guerra del Golfo en un marco de las interrelaciones teóricas y políticas más amplio.[12] Esto desencadenó una réplica política por mi parte,[13] pues Hondrich no se enfrentó directamente a estas difíciles clarificaciones y análisis comparativos, sino que, hablando con una retórica sorprendentemente trasnochada de la guerra como maestra de la vida, las subordinó simplemente a la guerra y al dominio planetario de las potencias occidentales con objeto de reforzar y extender los valores universalistas. Mientras que en el caso de la guerra del Golfo estas cuestiones se inflamaron rápidamente, en el de la guerra de los Balcanes de la década de 1990, donde se entablaron también guerras civiles, discurrieron de manera más lenta e interiorizada. En este último caso, es digna de notarse más bien la tendencia a inmunizarse con interpretaciones rápidamente pergeñadas —como «recaída en conflictos étni-

12. Karl Otto Hondrich, *Lehrmeister Krieg*, Reinbeck, 1992.

13. Veáse más abajo el capítulo «La guerra, ¿maestra de la vida?», págs. 241-250. Hondrich contestó a mi artículo con este otro artículo: «Krieg — und unser progressiver Theorie-Alltag», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 44, 1992, págs. 544-548.

cos primitivos»— frente a los irritantes efectos del acontecer. Sólo la guerra de Kosovo en 1999, después de que Estados Unidos terminara la guerra de Bosnia en 1995, puso de nuevo al orden del día las principales cuestiones acerca de la justificación de una intervención militar. Pero sobre esto volveremos a tratar más adelante.

Una parte considerable de los que estaban a favor de la intervención en Kosovo habían dejado atrás la senda del movimiento pacifista. Por lo tanto, aquí no parece tratarse tanto de un cambio de opinión idiosincrásico de unos individuos aislados como de una cierta lógica del desarrollo. Muchas personas con una mentalidad propia de la *realpolitik* no pudieron, por su parte, experimentar ni la excitación del movimiento pacifista ni la gratificación moral por la defensa de intervenciones humanitarias. Otros, con una convicción básica pacifista, no diferenciaron entre distintas situaciones históricas y rechazaron el uso de la violencia militar en todo tipo de circunstancias. En este sentido, los «pacifistas» y los «políticos pragmáticos» compartieron la negativa a reconocer la difícil variabilidad de las circunstancias entre «guerras» y «valores». Un intelectual tan influyente como Hans Magnus Enzensberger resumió en esta compleja situación los fenómenos más heterogéneos, trazando un único cuadro de horror y violencia con implicaciones planetarias[14] y extrayendo conclusiones morales, dirigidas contra el excesivo precio impuesto por la moral universalista. De hecho, puede ser de un gran valor analítico elaborar interrelaciones entre distintos fenómenos de violencia, que aparecen separados en un principio. Esto vale para cuestiones tales como el efecto a largo plazo de la violencia bélica en la vida civil,[15] la violencia espontánea (como, por ejemplo, las masacres) dentro de la guerra o la relación entre la organización burocrática de la muerte y la violencia espontánea en la persecución nazi de los judíos.[16] Pero Enzensberger no estableció sorprendentes relaciones de causa-efecto entre fenómenos aparentemente disociados, sino que los agitó tras crear una mezcla indistinguible y, por

14. Hans Magnus Enzensberger, *Aussichten auf den Bürgerkrieg*, Francfort del Meno, 1993; una crítica a este libro se puede encontrar en el artículo de Axel Honneth «Universalismus als politische Falle?», *Merkur*, nº 546/547, 1994, págs. 867-883.

15. Véase el capítulo de este libro «*Sprayed and betrayed*», págs. 153-166, que se basa en los estudios sociológicos sobre los ex combatientes de la guerra de Vietnam.

16. El capítulo «La sociología después de Auschwitz», págs. 215-228, se ocupa, a propósito de los escritos de Zygmunt Bauman, exclusivamente del aspecto «burocrático» del Holocausto. Está por hacer una integración de este aspecto en las dimensiones de la violencia espontánea, individualmente justificable.

tanto, no pudo responder con el necesario tino a las distintas cuestiones acerca de la valoración moral de cada constelación particular. La disposición para no borrar las diferencias existentes entre los fenómenos violentos y sus valoraciones mediante y dentro de una fórmula global, sino, antes bien, crear o fomentar una cierta sensibilidad hacia estas diferencias, me parece tener un gran interés no sólo analítico, sino también moral.

2

A todas las discusiones de este libro subyace el convencimiento de que los acontecimientos y procesos históricos influyen profundamente en el trabajo científico, aun cuando el propio científico no sea consciente de ello o se cierre sistemáticamente a dicho influjo. Pero todavía son más difíciles de tenerse en cuenta las influencias que las experiencias del ámbito espacial ejercen en el trabajo científico; por ejemplo, las percepciones que no se han realizado durante el tiempo dedicado al trabajo científico, pero que entran como conciencia prerreflexiva en dicho trabajo. Se podría hablar mucho sobre los influjos que ejercen los entornos de las grandes y pequeñas ciudades, los entornos heterogéneos y homogéneos, o raigambres locales de pequeño o gran calado, en el pensamiento de los científicos. Esto conviene mencionarlo aquí porque mi tesis es precisamente que, en un lugar tan marcado por la historia de la violencia del siglo xx como lo es Berlín y sus alrededores, los mitos del progreso no resultan creíbles para aquel que tiene ojos para ver. Esta afirmación vale de distintas maneras para la ciudad de Berlín como tal, pero más aún si cabe para su zona circundante, machacada por unos y por otros. Berlín es una ciudad rica en testimonios arquitectónicos de los megaproyectos nazis y comunistas y también en testimonios de la destrucción histórica que estos proyectos de futuro dejaron tras de sí en la forma de una división premeditada o mediante la guerra y la violencia.[17] Pero Berlín también está marcada por la marginación de todo lo antiguo en la era de la industrialización —frecuentemente sin huellas— y por el dinamismo de la reconstrucción emprendida tras el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial,

17. Se pueden encontrar algunas observaciones sobre las condiciones específicas del quehacer sociológico en Berlín al principio del capítulo del presente libro «Después de la guerra. Democracia y anticomunismo en Berlín después de 1945», págs. 121-132.

e inclusive tras la reunificación. A esto hay que añadir que los fuertes movimientos migratorios hacia y desde Berlín dificultan considerablemente la formación de una memoria colectiva capaz de atravesar y aglutinar a varias generaciones. También la comarca de Brandeburgo sustenta la afirmación de que el cambio demográfico, por ejemplo mediante las huidas y los nuevos asentamientos, ha tenido como consecuencia múltiples rupturas de tradiciones, inclusive en el espacio rural. Pero, a los testimonios arquitectónicos y paisajísticos de la historia del siglo XX, allí se han añadido, mucho menos que en Berlín, fachadas bonitas o comercialmente atractivas. El discurso metafórico de Foucault sobre la «arqueología» que nos enseña a entender la historia más como un apilamiento de las reliquias de civilizaciones fenecidas que como una línea recta del progreso hasta nosotros, los contemporáneos, me parece bastante atinado, en sentido literal, para Brandeburgo y el este de Alemania. Ante los ojos surge el carácter doloroso de los procesos de aprendizaje colectivos y la inseguridad de si lo que queda por aprender no es sólo un nuevo error, que a los que vienen después les parecerá de nuevo un incomprensible camino equivocado. De nuevo me gustaría tomarme la libertad de detenerme, de manera subjetiva pero tal vez por ello más clara, en un lugar de Brandeburgo en el que tomaron cuerpo la mayor parte de los textos aquí presentados y desde el cual se ilumina, al menos en parte, la perspectiva por mí adoptada.

El lugar al que me estoy refiriendo es una aldea situada al norte de Berlín, a una hora de distancia en coche aproximadamente. La aldea tiene cien habitantes, está rodeada de una enorme zona boscosa y se accede a ella por un camino que muere junto al viejo canal, donde se encuentra la aldea. En este lugar son muchas las cosas que no invitan a detenerse, al menos a primera vista. La gente es más bien parca en palabras y tiende a ser más desconfiada que amable y abierta. Las casas lucen a menudo todavía —bastantes años después del final de la RDA— el revoque salpicado de color gris tan característico de la RDA. La imagen urbana está algo desequilibrada por la proliferación de «dachas», las modestas casas de fin de semana de los berlineses del este. El bar invita poco a visitarlo, y lo que ofrece es bastante aburrido. La única tienda del lugar, que en tiempos comunistas era un despacho de mercancías situado en un chamizo, no ha sobrevivido a las mejores posibilidades de transporte ni a la competencia de los supermercados situados en lugares más alejados. La belleza de la naturaleza que rodea la aldea —la gran cantidad de bosques y cursos fluviales, más un lago no muy lejos de allí con un idílico estan-

que— no consigue hacer olvidar la primera impresión, más bien negativa. Pero cuando se la conoce más de cerca, la rica y cordial vida social tanto de los aldeanos como de los desplazados del fin de semana cobra todo su valor y se abre, si bien despacio, a los profanos.

Hasta aquí, todo parece bastante banal. Se puede calificar de irrupción de la historia en nuestro idílico ensueño cuando el entusiasmo por el estanque del bosque se ve truncado por la explicación de que este estanque no había estado allí desde siempre, sino que era producto del trabajo de excavación de los presos del campo de concentración situado cerca. También las vías del tren cubiertas de vegetación, que tenemos que atravesar para acceder a nuestra aldea y sobre cuya finalidad no habíamos reparado antes, resultaron ser la antigua explanación de la vía de la fábrica de ladrillos perteneciente al campo de concentración. En el tramo de bosque que va desde esta zona fabril a la aldea, y más allá aún, se encontraron a principios de la década de 1990 numerosas tumbas de víctimas de la persecución soviética durante los años posteriores a la guerra: la Unión Soviética se había limitado a dotar de nuevos presos las instalaciones de los campos de concentración del Tercer Reich, tema este sobre el que durante la época de la RDA no se podía hablar y que efectivamente cayó en el olvido con el tiempo. Así, por toda esta zona se descubrían con sobresalto las huellas del nacionalsocialismo, de la guerra y del comunismo. Una elevación en el jardín, utilizada como pista de baile, resultó ser la parte superior que tapaba un búnker de la época de la guerra. Las bonitas y acogedoras casas al estilo tradicional alemán que salpicaban el camino estaban construidas al gusto de sus primeros habitantes, oficiales de los cuerpos de vigilancia de las SS destinados a los campos de concentración. El cementerio, situado a la entrada del lugar, no es el cementerio de los habitantes de la aldea, el cual se encuentra en un lugar más bien apartado, sino un cementerio militar soviético. Esto lo recuerda un monumento con una patética inscripción en ruso y varias fotos carcomidas de color marrón adheridas a las lápidas de jóvenes soldados soviéticos caídos en 1945, año en que se peleó palmo a palmo el cruce del canal situado junto a nuestra aldea contra los últimos anillos defensivos hitlerianos, año en que la aldea cambió una vez más de ocupantes. No existe ningún cementerio militar alemán. Muchos caminos adoquinados en la zona del canal conducían, en la época anterior a la guerra, a puentes que nunca fueron reconstruidos y que todavía hoy son reconocibles en la forma de troncos enmohecidos.

Pero también más allá de la zona de la aldea se repite a cada paso la misma sensación de ambigüedad histórica. Cuando uno se tropieza con un

sendero asfaltado en el bosque, descubre que, las más de las veces, tenía una finalidad militar: en los bosques se hallaban situados numerosos graneros que albergaban misiles y emisoras de propaganda de la RDA. Cuando, de repente, las carreteras se tornan inusualmente anchas y bien asfaltadas, es que nos aproximamos a la otrora sede de la dirección de la RDA, situada fuera de Berlín: sus alrededores, como si se tratara de una «aldea Potemkin», debían hacer creer a los jefes comunistas que recorrían todos los días aquel «tramo protocololario» que se hallaban en el camino indicado para alcanzar el éxito en el terreno de la política. Los bosques mismos, situados cerca de la antigua frontera, han sido a menudo utilizados para realizar maniobras militares y muestran las heridas provocadas por esta utilización. En las aldeas, cerca de las casas rústicas y de los chalés de lujo, llaman la atención dos clases de edificios en estado ruinoso. Abundan las iglesias, que se encuentran en situación penosa; desde hace varias décadas, están abandonadas o fueron seriamente dañadas en la época de la guerra o durante la posguerra. Sobre las torres de las iglesias han crecido sendos abedules, y el visitante puede descubrir con sorpresa que un habitante de la aldea le propone la venta de la iglesia. En las lindes de las aldeas se encuentran, actualmente también en estado ruinoso las más de las veces, los amplios establos de las cooperativas agrícolas que se establecieron en la RDA como resultado de la política de colectivización forzosa del campo. En las pequeñas poblaciones se pueden ver numerosas fábricas en ruinas, restos del proceso de desindustrialización que siguió al colapso de la RDA; personalmente, me impresionó bastante ver, en medio de las ruinas de una factoría, un rótulo con la palabra «Progreso». La cultura aristocrática, que hasta la guerra había marcado la vida de Brandeburgo con sus típicos caseríos, generalmente descritos como castillos, ha desaparecido por completo; asimismo, muchos de sus edificios se destruyeron durante la época de la posguerra por causa de un odio ciego, mientras que otros fueron posteriormente abandonados o se tornaron irreconocibles a consecuencia de las reformas. En las poblaciones más antiguas, la mayor parte de las casas sufrió una insidiosa, lenta e imparable ruina. Los daños causados por la guerra aérea y terrestre —y ambas formas de guerra afectaron muy duramente a Brandeburgo— todavía se pueden reconocer hoy, desgarrando el aspecto urbano. Las construcciones del nacionalsocialismo producen en este entorno un efecto de exagerada monumentalidad. La identidad regional —brandeburguesa— de los habitantes se devaluó radicalmente en la misma medida que la estatal —prusiana—. La población judía ha desaparecido, y también el cristianismo ha perdido su potencialidad cultural.

La devaluación del pasado corrió pareja con la promesa de una nueva era, de un futuro utópico. Las ruinas de esta promesa de futuro y las barbaridades cometidas por esta causa yacen ahora juntas en distintos estratos. También la reunificación alemana y el proceso de occidentalización del este han acarreado nuevas e irreparables pérdidas. Viejas formas de comunidad que, en el marco de las dictaduras sufridas por el pueblo alemán, sólo habrían podido jugar, a los ojos de un observador, un papel compensatorio, al desaparecer son sentidas por los afectados como verdaderas y trágicas pérdidas.[18] El colapso económico devalúa las aptitudes profesionales, las experiencias laborales adquiridas y las distintas redes personales, al tiempo que sume a los afectados en unas profundas crisis de autoestima. En esta situación, y en el plano normativo y empírico, todo parece indicar que de la democracia, la legalidad y la economía de mercado se puede esperar un futuro mejor. Pero ahora a nadie se le ocurre anunciar esto con bombo y platillo como una nueva promesa de salvación política. Estas tierras están bastante cansadas, por no decir agotadas, de oír promesas de salvación política. Lo que se necesita es una actitud hacia los procesos de modernización que no reprima las pérdidas y sea consciente de la contingencia de su discurrir. Esto vale en todos los ámbitos, pero en especial para la cuestión del mantenimiento de la paz.

3

Como toda acción humana, el trabajo científico está también, al menos cuando puede determinarse, motivacionalmente sobredeterminado. El intento generalizado por reflexionar sobre las condiciones espaciotemporales originadoras de las propias posturas no debe en modo alguno significar que intervengan motivos de carácter exclusivamente científico-externo. En mi caso, con mi dedicación a la sociología de la guerra y al estudio de su elaboración intelectual corre pareja también la esperanza de avanzar con éxito por este camino hacia una teoría del cambio social que haga justicia a lo ocurrido en el siglo xx. La teoría de la modernización —esa pretenciosa teoría del cambio social que en las décadas de 1950 y 1960 dominó las ciencias sociales internacionales— no me pareció, ni me

18. Véanse mis observaciones en «Was hält die Bundesrepublik zusammen?», Friedhelm Hengsbach y Matthias Möhring-Hesse (comps.), *Eure Armut kotzt uns an. Solidarität in der Krise*, Francfort del Meno, 1995, págs. 69-82.

sigue pareciendo, por múltiples motivos la solución satisfactoria. En el presente libro intento exponer críticamente las dificultades que conlleva la teoría de la modernización para la comprensión de la guerra,[19] así como exponer mis discrepancias con la teoría del riesgo y de la «segunda» o «reflexiva» modernidad,[20] que parece diferenciarse básicamente a primera vista de la teoría de la modernización, aunque si la estudiamos con más profundidad, resulta claro enseguida que, sorprendentemente, coincide bastante con la teoría de la modernización convencional, y encubre este hecho, en vez de fundamentarlo, con su proclamación de una ruptura histórica respecto a una modernidad básicamente diferente.

En mi libro sobre la teoría de la acción, publicado en 1992,[21] expuse varias reflexiones en las que hacía particular hincapié, más allá de la racionalidad y la normatividad, en la creatividad de la acción humana y en las consecuencias que puede tener un cambio de la teoría de la acción, sobre el modelo de la acción creativa, en la teoría del orden social y del cambio social. En dicho libro volví a oponerme a la resurgida tesis de que la teoría clásica habría sido fruto de una fe ingenua en el progreso[22] y traté de mostrar cómo a todos los clásicos les fue común el pensamiento de que «sólo la pérdida de la fe ingenua en el progreso permite la apertura del futuro histórico, la situación de riesgo y la responsabilidad de la acción presente».[23] Las consecuencias para la concepción teórica de la acción humana, que se extrajeron de manera particularizada, fueron sin duda sumamente diferenciadas, pero es común a todos los pensadores que eludieron las filosofías de la historia de índole teleológica y las concepciones del progreso de carácter evolucionista el haber visto en la ac-

19. Véase el capítulo «La modernidad de la guerra», págs. 65-82. Este texto ha sido refutado por parte de una de las más importantes teorías de la modernización: Edward Tiryakian, «Krieg: Die verborgene Seite der Moderne», Wolfgang Knöbl y Gunnard Scmidt (comps.), *Die Gegenwart des Krieges. Staatliche Gewalt in der Moderne*, Francfort del Meno, 2000, págs. 194-213; allí se encontrará también mi réplica: «Aus Angst vor neuen Schrecknissen», págs. 214-217. Una crítica ulterior la ha propuesto Ian Roxborough en «The Persistence of War as a Sociological Problem», *Internacional Sociology*, n° 14, 1999, págs. 491-500; mi réplica en págs. 501-503.

20. Véase el capítulo «La guerra y la sociedad del riesgo», págs. 229-240. Ulrich Beck ha contestado a una versión anterior de este capítulo en «Erwiderungen», *Mittelweg*, n° 36, 1994, cuaderno 3, págs. 37-42.

21. Hans Joas, *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992, 1996 (2ª ed.).

22. *Ibid.*, sobre todo págs. 360 y sigs.

23. *Ibid.*, pág. 364.

ción humana la única esperanza para el surgimiento de lo nuevo y lo mejor. Pero ¿qué significó este centrarse en la creatividad de la acción para el análisis de cambio social? Es explicable la interpretación errónea de subordinar a esta perspectiva una sobrevaloración ilusa de las posibilidades del control colectivo del cambio social o una visión armonizadora —eliminadora de posibles paradojas— de la relación entre la autonomía de la acción individual y la colectiva. Sin embargo, para mí no es la proyección de la creatividad sobre los macrosujetos ni la hipótesis de un incremento aproblemático de la libertad tanto individual como colectiva la consecuencia lógica de la teoría de la acción orientada a la creatividad, sino, antes bien, una teoría del cambio social que se tome en serio, y de manera radical, la *contingencia* de los procesos sociohistóricos. Aquí asoma enseguida amenazadora la siguiente interpretación errónea, como si el acentuar la contingencia fuera el fin de todo teorizar, como si con ello se explicara con total claridad la bancarrota de toda teoría sociológica del cambio social y se despejara por completo el terreno para una representación narrativa de la historia. Pero es perfectamente posible hacer declaraciones teóricamente significativas sobre las consecuencias de la creciente contingencia de la acción mediante la multiplicación de las opciones de decisión estructurales o también sobre las bases estructurales de la decreciente reprimibilidad de la contingencia histórica en este siglo. En este contexto, sólo podemos aludir a esto de pasada,[24] pero dejando bien claro que constituye la base capaz de explicar por qué la teoría de la modernización me parece una nueva forma de represión de la contingencia, característica de la época de la posguerra pero en última instancia no defendible.

A pesar de este escepticismo, hay que constatar que, hasta ahora, las ciencias sociales —si no hacemos caso a lo que nos dice el marxismo— no han dado origen a ninguno de los competidores superiores de teoría de la modernización en el ámbito de la teoría del cambio social. Así pues, no se trata de su rechazo global, sino de su historicización y modificación.[25]

24. Este defecto se va a subsanar debidamente en un trabajo que va a aparecer próximamente.

25. Wolfgang Knöbl acaba de publicar una contribución esencial a esta historicización de la modernización, así como una excelente panorámica de los planteamientos más importantes de su modificación en los escritos de Shmuel Eisenstadt, Michael Mann, Alain Touraine y Johann Arnason: «Das Ende der Eindeutigkeit, oder: Die Spielräume der Modernisierung», *Soziologische Habilitationsschrift*, Universidad Libre de Berlín, 1999.

Una crítica que quiera ser más profunda que la demostración de los descuidos temáticos encontrados en la teoría de la modernización debe apuntar a la insuficiencia de hipótesis profundamente arraigadas, como, por ejemplo, a las carencias de la teoría de la diferenciación, de cuya lógica abstracta emanan muchos presupuestos más concretos de la teoría de la modernización.[26] Pero también la teoría de la diferenciación seguirá siendo un componente muy importante en una totalidad globalizadora. La discrepancia, que se devana a lo largo de muchos capítulos de este libro, con la cuestión de una vía especial alemana es, a este respecto, oportuna y perentoria si se tiene en cuenta que la tesis de que la «catástrofe alemana» remite a una relación específicamente inarmónica entre distintas dimensiones de la modernización parte de la suposición de una «eurritmia» (C. S. Whitaker) de estos procesos, producida de manera normal, algo que me parece insostenible. En la tesis de la vía especial se esconde una falsa tranquilización respecto a las consecuencias de los procesos de modernización. Debemos acostumbrarnos a la idea de que las discrepancias entre ámbitos sociales parciales son algo normal y que el concepto de «modernización» tal vez sólo sea un nombre colectivo para indicar una serie de eventos de cambio, cuyas relaciones variables resultan posibles y reales.

Este pensamiento parece imponerse más ahora que el discurso de la «posmodernidad», y también el de la modernidad «reflexiva» parece que empieza a cotizar a la baja, al menos en tanto en cuanto que éste predica la irrupción a una nueva era.[27] Es ilustrativa de este cambio de conciencia, que en mi opinión hay que saludar, la tipología de las respuestas básicas a la cuestión de la relación entre «modernidad» y «barbarie», tal y como la han expuesto los editores de un libro dedicado a dicha relación. Éstos recuerdan, con justicia, que en la idea que la modernidad tie-

26. Se encontrará una panorámica de las objeciones críticas a la teoría de la diferenciación en mi libro *Kreativität*, *op. cit.*, págs. 326 y sigs, donde las he contrastado (págs. 336 y sigs.) con otros planteamientos, que yo describo como «teorías de la Constitución», y con sus respectivas ventajas. Es también digno de notarse el hecho de que, salvo unas pocas excepciones, sólo se adviertan contribuciones muy escasas a semejantes teorías de la Constitución, históricamente orientadas, por parte de la sociología militar al uso. Una excepción se puede encontrar en el libro de Hans Speier, *Social Order and the Risks of War. Papers in Political Psychology*, Cambridge, Massachusetts, 1969, sobre todo págs. 223-319.

27. Se encontrará una crítica excelente de estas concepciones en Bernard Yack, *The Fetishism of Modernities. Epochal Self-Consciousness in Contemporary Social and Political Thought*, Nôtre Dame, Indiana, 1997.

ne de sí misma la civilización es en primer lugar «el principio de la sociedad moderna, siendo la barbarie su principio opuesto»;[28] pero que, bajo el efecto del nacionalsocialismo y del estalinismo —según encontramos, por ejemplo en Horkheimer y Adorno—, también la moderna represión de lo bárbaro premoderno, es decir, el propio proceso civilizador es pensado como barbarie. «La barbarie no puede, pues, aparecer como el principio opuesto, pero tampoco como el principio básico secreto de la sociedad moderna. Pero con ello no se agotan todas las posibilidades hermenéuticas. Una tercera respuesta posible, de carácter fundacional, a la pregunta acerca de la relación entre barbarie y modernidad sería la siguiente: el proyecto de la modernidad se cumple precisamente en tanto en cuanto ésta se torna consciente de su potencial de barbarie y procura subsumirlo y superarlo en un proceso civilizador.»[29] Pero con esta tercera posibilidad no se describe una nueva época de reflexividad, sino una autocomprensión interrumpida de muchas maneras e ilustrada por la historia de la violencia del siglo XX, una autocomprensión que no insiste, por ejemplo, en proclamar de manera optimista la superación de los peligros mediante nuevas barbaries en la modernidad, sino en mantener en la conciencia la permanencia del peligro. Shmuel Eisenstadt ha tratado de mostrar de manera más concreta cómo al «programa» político de la modernidad, con sus ideas e instituciones varias, desde las primordiales hasta las universalistas, le es inherente el peligro de la absolutización de los distintos puntos de vista, lo que a su vez, ya fuera por parte y obra de movimientos socialistas, nacionalistas o religioso-fundamentalistas, dio pie «a una exclusión dirigida por principios» y, con ello, a la barbarie moderna. Sólo un pluralismo complejo de los distintos planos de la identidad colectiva le parece a él una garantía, si bien constantemente frágil, contra este peligro. «El riesgo de la barbarie, tal y como está ins-

28. Max Miller y Hans-Georg Soeffner, «Einleitung», en *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunders*, Francfort del Meno, 1996, págs. 12-27, aquí pág. 14.

29. *Ibid.*, pág. 17. La tipología se podría ampliar en dos direcciones: en primer lugar, hacia el cambio de valores de la violencia, desde la aversión a la racionalidad y la modernidad hacia un concepto alternativo más positivo en las mitologías de la violencia (por ejemplo, de Georges Sorel y Benito Mussolini), y, en segundo lugar, hacia una diferenciación más precisa de las distintas variantes de la concepción de la violencia o la barbarie como fenómenos específicamente modernos. Véase al respecto las interesantes reflexiones de Christoph Liell en «Gewalt: diskursive Konstruktion und soziale Praxis», tesina en sociología, Universidad Libre de Berlín, 1997.

crito en el programa de la modernidad, nos seguirá acompañando en el futuro, si la modernidad y sus formas institucionales se siguen desarrollando.»[30] No son, en mi opinión, el «equilibrio» o la «discrepancia» entre distintas dimensiones del proceso de modernización —es decir, las categorías de una teoría convencional de la modernización— los necesarios medios teóricos para comprender el «complejo pluralismo» de que hablan Eisenstadt y otros, ni, por tanto, las condiciones requeridas para poner freno a la barbarie moderna. Sólo conviene determinar qué equilibro, en las distintas orientaciones de la acción y entre las distintas instituciones, colma estas expectativas antes de poder hablar con propiedad de él. Pero el equilibrio de una modernización homogénea no será esto, por supuesto.[31]

4

Las guerras exigen interpretaciones y valoraciones, y provocan la producción de nuevas interpretaciones y valoraciones. Retrospectivamente, a menudo parece como si a los nuevos casos sólo se hubieran aplicado interpretaciones ya existentes, impresión corroborada por el hecho de que los productores de nuevas interpretaciones con frecuencia muestren un grandísimo interés en que su interpretación no aparezca como nueva, sino como vieja y bien anclada en la tradición. Lo cual apunta a la producción de la ilusión retrospectiva de unas líneas históricas rectas. Con respecto a la Primera Guerra Mundial, hay que procurar, por ejemplo, no tomar demasiado a la letra la autoexhibición de las chovinistas publicaciones académicas. Thomas Nipperdey se ha preguntado si las ideas expresadas por los profesores de universidad «sólo fueron la expresión acendrada de las ideas académicas anteriores a 1914 o una cierta posibilidad esbozada que sólo se hizo real con la situación excepcional creada por la guerra mundial»;[32] en efecto, abundan los estudios de casos con-

30. Shmuel Eisenstadt, «Barbarei und Moderne», Miller y Soeffner (comps.), *op. cit.*, págs. 96-117, especialmente págs. 109 y 117.

31. Véase mi crítica al planteamiento de Beck en el capítulo «La guerra y la sociedad del riesgo», págs. 229-240, así como las observaciones atinadísimas, impregnadas de un profundo conocimiento de las sociedades occidentales, de Ralf Dahrendorf en «Widersprüche der Modernität», Miller y Soeffner (comps.), *op. cit.*, págs. 194-204.

32. Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, vol. 1, Múnich, 1990, pág. 595.

cretos que ofrecen resultados diferenciados e interpretan muchas hiperjustificaciones de la guerra no como expresión de un militarismo mental existente desde mucho tiempo atrás, sino como un intento febril por producir o conservar la predisposición a la guerra de la población.[33] Semejante cambio, o semejante giro hacia la parcialidad, no obedece por lo general a motivos estratégicos, sino que es fruto de factores inevitables del acontecer bélico. La sociología ya habló hace mucho tiempo de cómo, en las guerras libradas con entusiasmo nacionalista, tanto los soldados como los civiles, o las élites como el pueblo llano, a menudo cambian repentinamente de actitud y se crean nuevas motivaciones para la acción. Asimismo, ya se ha observado también que la manera como termina una guerra suele influir drásticamente en los valores y lealtades de una población concreta. Las victorias militares refuerzan la lealtad a cualquier régimen, mientras que las derrotas la debilitan y conducen a la rápida desvalorización de los vínculos actuales. Más allá de estas observaciones; encontramos —en el contexto de la Primera Guerra Mundial, como, por ejemplo, en Georg Simmel—[34] la estilización de la propia experiencia bélica, que se convierte en la experiencia existencial de una «situación absoluta», es decir, la experiencia afectiva de la absolutización de un valor por parte del sujeto, que nota que su voluntad de víctima y su coraje de víctima superan todas las ponderaciones racionales y las justificaciones discursivas. De este modo, Simmel —pero no sólo él—[35] parangona la experiencia de la guerra con las más profundas experiencias religiosas y sexuales constitutivas de valor y de personalidad.

Es lógico, y está justificado, tachar estos pensamientos de fantasía extravagante de un intelectual alejado de la realidad del acontecer en el frente.[36] Quien considere con escepticismo racionalista las experiencias

33. Véase el caso ejemplar de Stefan Meinecke, «Friedrich Meinecke und der 'Krieg der Geister'», en Wolfgang Mommsen (comp.), *Kultur und Krieg: Die Rolle der Intellektuellen, Künstler und Schriftsteller im Ersten Weltkrieg*, Múnich, 1996, págs. 97-118, sobre todo pág. 114.

34. Georg Simmel, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*, Múnich, 1917. Véase también mi interpretación en mi libro *Die Entstehung der Werte*, Francfort del Meno, 1997, págs. 118 y sigs.

35. Max Scheler, «Ger Genius des Krieges und der deutsche Krieg», 1915, *Gesammelte Werke*, vol. 4; *Politisch-Pädagogische Schriften*, Berna, 1982, págs. 7-251; Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, Berlín, 1925.

36. Yo también lo hago en el capítulo «Ideologías de la guerra» de este libro, págs. 83-117, n. 23, donde se encontrará una referencia a Arnold Zweig.

extraordinarias de índole religiosa y sexual, en esta visión de las experiencias de la guerra y de las experiencias de la violencia se dará de bruces contra sus límites de tolerancia personales. Pero tal vez con esto pierda una posibilidad de llegar a conocer los motivos más profundos de la acción humana. De hecho, en todas las diferencias existen paralelismos u homologías estructurales entre la experiencia de la constitución del valor y la experiencia de la violencia —ejercida o padecida—. La experiencia de la violencia es la «hermana perversa» de la experiencia del compromiso con los valores.

Como complemento a las elaboraciones literarias y filosóficas de la experiencia de la violencia durante la Primera Guerra Mundial, pero en parte también en relación directa con algunos motivos del pensamiento nietzscheano, después de la guerra se intentó tomar teóricamente en serio el hermanamiento de las experiencias extáticas creativas y destructivas y convertirlo en algo analíticamente fructífero. En este sentido, no me refiero naturalmente ni a la desmoralización completa de la violencia por parte de Mussolini en el movimiento fascista ni al existencialismo político y fascistoide de Carl Schmitt, en el que la decisión y la lucha se sobrealimentan como tales como elementos de valor,[37] sino a la interesante conexión de elementos entre la sociología de la religión de Durkheim y los escritos de Ernst Jünger sobre la «lucha como experiencia interna», que se descubre en una corriente de la sociología francesa del período de entreguerras. En particular, en Roger Caillois[38] se interpretan los rasgos de la guerra —como su dispendiosidad, la licencia para practicar la violencia, las concentraciones extáticas— en el sentido del estudio de Durkheim de religiosidad arcaica como forma moderna de desenfreno colectivo. También en estos círculos, sólo un hilo delgado separaba la rentabilización de estas visiones, sacadas de una sociología de lo sagrado, del giro occidental hacia una «sociología sagrada»,[39] en la que se realizaban experimentos en grupo de carácter sectario y se exteriorizaban fantasías de violencia, y todo esto se celebraba como una manera de escapar de las rasgaduras de la modernidad y como una liberación hacia la verdadera

37. Sobre Mussolini, véase más adelante, pág. 75; sobre Carl Schmitt, págs. 60 y sigs.

38. Roger Caillois, *Der Mensch und das Heilige*, Múnich, 1988, en particular el apéndice, así como *Bellone ou la pente de la guerre*, Bruselas, 1963.

39. Denis Hollier (comp.), *Le Collège de Sociologie*, París, 1979; véase también mi artículo «Die Soziologie und das Heilige. Schlüsseltexte der Religionssoziologie», *Merkur*, 53, 1999, cuadernos 605-606, págs. 990-998.

soberanía. Pero la disposición a utilizar analíticamente estos conocimientos ofrece ante todo una respuesta a la pregunta de por qué son las guerras tan «intensivas en interpretación». Como todas las experiencias extraordinarias, las experiencias de la guerra y de la violencia van *per definitionem* más allá de los marcos interpretativos de la vida cotidiana. Las experiencias necesitan, no obstante, ser reintegradas en el patrón de la interpretación cotidiana, lo que hace aumentar el hambre de planteamientos convincentes y las visiones de renovación carismática. Todos los concernidos están comprometidos en cuerpo y alma en estas experiencias y en su interpretación.

Para no caer en una descripción meramente metafórica de estos procesos y también para no traspasar la frontera hacia la mitificación de esta experiencia, es necesario ampliar el saber y la inteligibilidad de la concepción identitaria de las ciencias sociales, de tal manera que estas experiencias encuentren lugar en ella. Esta ampliación es necesaria, pues, en la estela de los dos clásicos de esta concepción, George Herbert Mead y Erik Erikson, la limitación de la constitución comunicativa de la identidad con el poder y la marginación en modo alguno basta para convertirse en temática. En los análisis de Mead acerca de la marginación de los enemigos exteriores o de los delincuentes, salen a relucir los fenómenos comunes, pero sin impregnar realmente el esqueleto de la teoría.[40] En mi libro *Die Entstehung der Werte*[41] he intentado registrar fenomenológicamente y analizar teóricamente las experiencias constitutivas de compromiso con los valores. La afirmación básica es que estos compromisos surgen de experiencias del autovínculo y de autotrascendencia. Esto significa una apertura de los límites identitarios trazados simbólicamente. Para comprender los parecidos y las diferencias con formas destructivas y autodestructivas de la autoapertura, debe quedar bien claro que semejante apertura no ocurre voluntariamente y que, después de cada apertura —voluntaria o involuntaria— de los límites identitarios, tampoco se produce de hecho la reintegración en la vida cotidiana. La

40. George Herbert Mead, «Psychologie der Strafjustiz» (1918), *Gesammelte Aufsätze*, Francfort del Meno, 1980, vol. 1, págs. 253-284; así como «Die psychologischen Gründlagen des Internationalismus» (1915) y «Nationale und internationale Gesinnung» (1929), *Gesammelte Aufsätze*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 242-439 y págs. 438-482. Con esta observación vuelvo en cierta medida al punto de partida de mi interés, arriba mencionado, por una sociología de la democracia y sus consecuencias para la consolidación de la paz.

41. Joas, *Die Entstehung der Werte*, *op. cit.*.

apertura involuntaria representa un trauma del que el afectado no se puede librar, como tampoco se puede librar de sus compromisos de valor identitarios; pero, a diferencia de éstos, no puede aportar una narrativa constitutiva de valores ni experimentar la paradójica sensación de la libertad suprema en la religación o compromiso supremos. También la experiencia de la violencia transforma la imagen de sí, y ello de tal manera que puede surgir una sensación de traición a uno mismo. La experiencia oculta aspectos no aceptables de la propia persona, o una sensación de «culpa de sobrevivir», cuando la propia existencia se mantiene en pie por motivos radicalmente contingentes. Estos pensamientos, aquí sólo esbozados, se expondrán algo más detenidamente[42] en un capítulo dedicado a los soldados americanos que estuvieron en la guerra de Vietnam. En cualquier caso, no cabe duda de que éste es un terreno relativamente virgen.

Volviendo a la filosofía de Hegel, y manteniendo una distancia crítica con George Herbert Mead, Axel Honneth, en una teoría sobre la lucha por el reconocimiento, ha tratado de explicar de forma sutil la fusión entre diálogo y marginación en los procesos de formación identitarios.[43] En efecto, en su teoría se considera la experiencia de la injusticia y de la sinrazón, pero no la experiencia de la violencia, ya infligida ya padecida. Mientras que en la experiencia de la injusticia aún se puede ver una dinámica hacia la formación de formas más elevadas de la conciencia de la justicia, de manera que la lógica de la lucha por el reconocimiento pueda ser al mismo tiempo una teleología en pos de una moral universalista,[44] este planteamiento se desmoronaría al ser sometido a una consideración más profunda de los fenómenos de violencia. Las consecuencias de la experiencia de la violencia y del cambio identitario por ella producido a menudo no apuntan a lo mejor, sino a evitaciones y automatismos de repetición de índole traumática, así como a nuevos actos de violencia, o a espirales de violencia que se forman cíclicamente y, de manera general, a la contingencia de los procesos históricos. En tales procesos, puede tener lugar un aprendizaje dificultoso de las catástrofes; pero esto tam-

42. Véase capítulo *«Sprayed and betrayed»*, págs. 153-166.

43. Alex Honneth, *Kampf um Anerkennung. Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*, Francfort del Meno, 1992.

44. La crítica a una teleología oculta en la teoría de Honneth se encuentra también en Jeffrey Alexander y Maria Pia Lara, «The Struggle for Recognition», *New Left Review*, nº 220, 1996, págs. 126-136.

bién puede conducir a enredarse inextricablemente en la maldición del acto inicuo.

5

Sólo mediante semejante apertura a la contingencia puede —es un *leitmotiv* de este libro— resultar creíble hoy la defensa de los valores universalistas. Sólo mediante la renuncia a las garantías que la filosofía de la historia ofrece a estos valores se pueden superar los últimos residuos de los mitos del progreso y, en su lugar, acometer la búsqueda de las huellas de la realización de los valores en la historia y de las posibilidades y peligros de la estabilización en el futuro de «progresos» ya logrados. Aquí vuelve a hacer su aparición con toda virulencia la tensión entre universalismo e historicismo. Esta tensión desaparece cuando, al estilo realista de la política del poder, toda acción (en materia de política exterior) obedece al interés y, por tanto, se sustrae a una consideración orientada al valor. Pero, en mi opinión, esta tensión desaparece también cuando, según la óptica pacifista, la moral y la política no se diferencian entre sí y la utilización de la violencia militar es denunciada como perniciosa en toda circunstancia.

En el siglo XIX, el historicismo tuvo en Alemania una estrecha vinculación con el realismo de la política de poder.[45] Esta vinculación no fue coercitiva de manera lógica. A través de la misma, se produjo una sacudida de los cimientos no sólo del derecho natural del universalismo moral, sino también del propio universalismo. Durante la Primera Guerra Mundial, este tipo de argumentación moral en materia de política exterior fue tachada en Alemania de hipócrita, de ocultamiento de intereses, y al mismo tiempo considerada la diferencia básica entre los valores propios y los de todas las personas contrarias a la guerra. Cuando, con la entrada en 1917 de Estados Unidos en la guerra, con la posterior fundación de la Sociedad de Naciones en 1920 y los sucesivos esfuerzos por desterrar la guerra (el acuerdo de Kellogg de 1928), las cuestiones acer-

45. Se encontrará tratado ampliamente el tema del origen de esta vinculación, tema apenas conocido en Alemania, en el libro de Massimo Mori, *La ragione delle armi: Guerra e conflito nella filosofia classica tedesca (1770-1830)*, Milán, 1984. El contenido de este libro se encuentra resumido en su artículo «Krieg und Frieden in der klassischen deutschen Philosophie», Joas y Steiner (comps.), *op. cit.*, págs. 49-91.

ca de una dimensión moral en política exterior se pusieron a la orden del día, Carl Schmitt agudizó la polémica del realismo de la política de poder. «Con las explicaciones que dio el presidente Wilson el 2 de abril de 1917 para involucrar al país en la guerra mundial contra Alemania, entró en la historia del nuevo derecho internacional el problema del concepto de guerra discriminador.»[46] Schmitt atribuyó al «giro hacia el concepto de guerra discriminador» un efecto agravador de la guerra. Si hemos de darle crédito, las guerras libradas exclusivamente por interés y sin demasiada ilusión deben acometerse cuanto antes; pero si se libraran con una actitud de convencimiento, con el sentimiento de contribuir a una causa moralmente mejor, entonces desaparecerían los obstáculos, pues ya no se trataría de la lucha de dos enemigos en igualdad de condiciones y derechos, sino de la lucha del bueno contra el malo, del mantenedor del orden contra el perturbador del orden. Curiosamente, este argumento ha resultado tener más vidas que un gato, e incluso actualmente vuelve a ser invocado,[47] si bien no resulta convincente en el plano empírico ni en el filosófico-moral. En realidad, ocurre que, también en el ámbito de la justificación moral, debe reflexionarse sobre cuáles son los medios adecuados y cuáles las previsibles consecuencias de una acción, con la conciencia de que siempre existe el peligro del hipócrita encubrimiento moral de los intereses. Pero, empíricamente hablando, la historia de la violencia del siglo XX no demuestra que la tendencia a la desfronterización de la violencia estuviera principalmente del lado de los partidos de la guerra occidentales, que argumentaban desde un punto de vista moral-universalista, sino todo lo contrario. Y por lo que respecta al plano moral-filosófico, este argumento no tiene en cuenta que, para los propugnadores de una orientación universalista, en modo alguno se trata de una moralización carente de instituciones y de los procedimientos de la política internacional, sino de la creación de normas jurídicas y de órganos para la aplicación de este derecho en el plano internacional. «Pues el establecimiento de un Estado cosmopolita significa que los atentados contra los derechos humanos no se juzgan ni combaten *inmediatamente* desde puntos de vista morales, sino que se persiguen *como* acciones criminales en el marco de un orden jurídico estatal,

46. Carl Schmitt, *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff* (1938), Berlín, 1988, págs. 1 y sigs.

47. Cora Stephan, *Das Handwerk des Krieges*, Berlín, 1998. Aludo a estos pensamientos de Schmitt en el capítulo «El sueño de una modernidad sin violencia», págs. 47-64.

según el procedimiento judicial institucionalizado. La juridización del estado natural entre los Estados protege precisamente contra una desdiferenciación moral del derecho y garantiza a los acusados, también en los casos actualmente relevantes de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, la plena protección jurídica, es decir, la protección contra una discriminación moral inmediatamente aplicada.»[48] Esta objeción que plantea Jürgen Habermas a Carl Schmitt no da en el blanco en tanto en cuanto que éste tuvo presente la dinámica del acontecer de la guerra y no la persecución de los crímenes de guerra. Pero es cierto que el plano del derecho puede ocupar un lugar entre la moral y la política y vencer los peligros de un «fundamentalismo de los derechos humanos» para la paz.

En los países occidentales más importantes, el realismo de la política de poder nunca fue tan dominante como en Alemania. Es significativo que la palabra *realpolitik,* pronunciada con tono triunfalista, entrara en otras lenguas directamente del alemán. Por el contrario, la república americana había prometido, desde su fundación a finales del siglo XVIII, una nueva diplomacia y una nueva política exterior; ciertamente no se puede entender sin su conciencia de cumplir una misión, al margen de todos los demás aspectos, y precisamente por esta conciencia de cumplir una misión ha sido también criticada la política exterior americana.[49] Pero también en la Gran Bretaña del siglo XIX se debatieron, especialmente entre los liberales, varias cuestiones interesantes; por ejemplo, cuántas intervenciones militares eran recomendables, si, en aras de los propios intereses, se podía atentar contra la soberanía de otros Estados, y si en algunas circunstancias también la no intervención necesitaba de una justificación.[50] En este sentido, estaba fuera de toda duda que no podía estar en juego una moralización en toda regla de la política exterior, pero tampoco una clara y decidida desmoralización. Los complejos con-

48. Jürgen Habermas, «Kants Idee des ewigen Friedens – aus dem historischen Abstand von 200 Jahren», *Die Einbeziehung des Anderen: Studien zur politischen Theorie*, Francfort del Meno, 1996, págs. 192-236, aquí pág. 226.

49. Knud Krakau, *Missionsbewußtsein und Völkerrechtsdoktrin in den Vereinigten Staaten von America*, Francfort del Meno, 1967.

50. Véase el artículo clásico de John Stuart Mill, «A Few Words on Non-Intervention» (1859), *Essays on Politics and Culture*, Gertrude Himmelfarb (comp.), Nueva York, Garden City, 1963, págs. 368-384. Se encontrará una panorámica en Michael W. Doyle, *Ways of War and Peace. Realism, Liberalism, and Socialism*, Nueva York, 1997, sobre todo págs. 389 y sigs.

flictos de valores y el sopesamiento de los bienes que aquí están en juego son cuestiones que nos tienen muy preocupados hoy, finalizado el terrible equilibrio que supuso la confrontación nuclear entre Oriente y Occidente.

Cualquier toma de posición en nuestros días ante el trascendental conflicto de valores en este ámbito —es decir, entre la soberanía nacional y la reivindicación universalista de los derechos humanos— debería comenzar reconociendo también de hecho como valor la soberanía nacional y la seguridad frente a una intervención. Es sin duda fundamental para la paz mostrar confianza en otros Estados, sociedades y culturas, y concederles el derecho a autodeterminarse, a que elijan ellos mismos su orden político y a que recorran ellos solos sus procesos de aprendizaje. El atentar contra este valor supremo sólo puede, por tanto, justificarse si están en peligro valores más elevados. En las tradiciones liberales, se admitía la existencia de motivos para semejante decisión en el conflicto de los valores. John Stuart Mill, por ejemplo,[51] consideraba justificada en principio una intervención cuando se trataba de una lucha de liberación de un pueblo contra un yugo extranjero o contra la propia tiranía apoyada en una potencia militar extranjera. Se vieron asimismo motivos en la lucha contra la esclavitud y el colonialismo, o cuando una potencia perpetraba sistemáticamente crueldades y masacres contra determinadas partes de la propia población. Este tipo de motivos justificativos hace largo tiempo que son objeto de controversia. También hace ya mucho tiempo que se formularon las postulaciones de la razón pragmática en el sentido de que, antes de emprender cualquier acción con medios militares, debían agotarse todas las posibilidades en el ámbito civil y de que en toda intervención se debía respetar la proporcionalidad entre los medios empleados y la meta buscada con la intervención. Del recto sopesamiento de los valores puede, por tanto, resultar un derecho a la intervención moralmente fundamentado.

Pero semejante *derecho* moral no conduce sin más a la *obligación* de intervenir. En la decisión de intervenir entra inevitablemente en escena la valoración de las propias posibilidades de intervención y de las propias fuerzas e intereses. Pongamos un ejemplo. Ni Estados Unidos ni toda la OTAN tendrían tampoco capacidad para intervenir al mismo tiempo en numerosas regiones del planeta, como intervinieron en Kosovo en 1999. La fórmula de «la política interna internacional» (Carl Friedrich von Weizsäc-

51. Mill, *op. cit.*, pág. 383.

ker) describe un cambio de conciencia necesario, pero en ningún caso una situación concreta. No vivimos en una república planetaria, como tampoco se puede volver a la simple coexistencia de los Estados, siempre potencialmente no pacífica, en el sentido del derecho internacional clásico. En tal situación, se pueden considerar dos vías distintas. La primera apunta, como argumentó Habermas de manera bastante clara con relación a la guerra de Kosovo,[52] en la dirección de una permanente juridización de las relaciones internacionales. Así, entraría en el campo de visión el monopolio de la violencia por parte de las Naciones Unidas; pero, para que exista legitimidad, se necesita una reforma fundamental de la organización mundial. Quien no pueda creer que uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad esté dispuesto a renunciar *motu proprio* a su derecho a veto dispone de una segunda vía, más realista a largo plazo. Ésta consiste, por una parte, en hacer todo lo posible para fortalecer y transformar a las Naciones Unidas de la manera descrita y, en caso de grandes conflictos, fomentar el consenso en la comunidad de Estados internacional, y por la otra, en estar también dispuestos a actuar en algunos casos aislados sin la existencia de dicho consenso, que permitiría cubrirse las espaldas. Esta vía consiste, pues, en hacer todo lo posible para que la fe en los derechos humanos eche raíces profundas en Europa y las decisiones estén presididas por dicha fe, y al mismo tiempo también en intentar involucrar de lleno a Estados Unidos en una política exterior multilateral, pues semejante política aumentará la presión para la justificación de los motivos para intervenir.

Este caso actual muestra de manera ejemplar lo difícil y arduo —por no decir también lo trágico— que es tomar una decisión con respecto a los conflictos internacionales, algo que es propio de toda acción en general, de toda la acción política más en particular, y con mayor fuerza todavía cuando se ventila la cuestión de la guerra y la paz, en la que está en juego literalmente la vida.[53] Siempre se debe actuar en el presente: el re-

52. Jürgen Habermas, «Bestialität und Humanität. Ein Krieg an der Grenze zwischen Recht und Moral», *Die Zeit*, 29 de abril de 1999. Mi opinión al respecto se puede encontrar en mi artículo «Wann darf der Westen eingreifen?», *Die tageszeitung (taz)*, 13 de julio de 1999, pág. 12. Aquí cito ocasionalmente formulaciones aisladas de dicho artículo.

53. En trabajos recientes he tratado de ampliar mi teoría del «surgimiento de los valores» en la dirección de los conflictos de valores ineludibles: «Combining Value Pluralism with Moral Universalism. Isaiah Berlin and Beyond», *The Responsive Community*, nº 9, 1999, págs. 17-29; «Die Sakralität der Person und die Politik der Würde (Über Avishai Margalit)», *Deutsche Zeitschift für Philosophie* 47, 1999, págs. 325-333.

mitir a ilusorios procedimientos futuros procura tan pocos réditos como acordarse de las ocasiones perdidas en el pasado. Las concepciones de la paz bien sopesadas[54] pueden orientarnos en este sentido, pero nunca sustituir a las decisiones. El Estado de derecho, la fiabilidad de las expectativas, el equilibrio económico, el entendimiento intercultural y la integración institucional entre los Estados estabilizan la paz. Pero en el siglo XXI también se van a dar conflictos como el de Kosovo. Además, desde la perspectiva europea no conviene olvidar que las guerras entre naciones (como entre la India y Pakistán), las guerras que dan origen a naciones (como las que tuvieron lugar tras la desintegración de la Unión Soviética), las luchas de los «señores de la guerra» en Estados en descomposición (como en África) y las guerras libradas por unos bienes que se han vuelto escasos (como el agua) amenazan igualmente con marcar el semblante del siglo XXI. La mirada a la historia de la violencia del siglo XX nos dice que seguirá habiendo conflictos por «guerras» y «valores». Pero el pesimismo de la mente puede correr parejo con cierto optimismo de la voluntad.

54. Es, en mi opinión, sumamente convincente el artículo de Dieter y Eva Senghaas «Si vis pacem, para pacem», *Leviathan*, nº 20, 1992, págs. 230-247.

Primera parte

LA MODERNIDAD DE LA GUERRA

Capítulo 1

EL SUEÑO DE UNA MODERNIDAD SIN VIOLENCIA[1]

El tema de la «violencia» está actualmente en boca de todo el mundo. Los motivos están, por desgracia, también a la vista de todo el mundo. Europa está experimentando la guerra de los Balcanes, con todos sus horrores asociados, como la vuelta de un espanto que se creía ya superado. Hoyeswerda y Rostock, Mölln y Solingen son claros ejemplos de la irrupción de la violencia en medio de la Alemania reunificada. La perplejidad de los políticos se corresponde con el desconcierto de la mayoría de los sociólogos, desde los estudios acerca de la paz hasta la sociología de la juventud. Ahora estamos pagando el precio de que el estudio de la violencia, tanto en el seno de la sociedad como en las relaciones entre los Estados, no haya formado parte, desde tiempo inmemorial, del corpus de investigación de las ciencias sociales. Sin duda, los fundadores y los clásicos de la sociología, en sus actitudes hacia la política cotidiana y en sus retrospectivas históricas, se han referido a las causas, procesos y efectos de las guerras, de las luchas de clases o de otros conflictos dirimidos de manera violenta. Sin embargo, la relación de sus posturas con el núcleo sistemático de sus teorías no resulta nada clara. Asimismo, los estudios sobre la paz y sobre la política internacional ejercen escasa repercusión en la formación teórica general. La atención a las desigualdades económicas, sociales y políticas siempre fue mucho mayor que la prestada a los fenómenos de la violencia. Las propias instituciones que ostentan legítimamente el monopolio estatal de la violencia se suelen interesar bastante poco por las investigaciones de las ciencias sociales, algo que, dada la magnitud y trascendencia de estos problemas, resulta cuanto menos digno de extrañeza. A Hans Paul Bahrdt debemos la observación atinada, y no sólo válida para Alemania, de que una ojeada a los manuales de ciencias sociales y a los textos de introducción a la sociología dará la impresión a cualquiera de que vivimos en unas sociedades sin

1. Publicado por primera vez en *Sinn und Form*, n° 46, 1994, cuaderno 2, págs. 309-318.

militares ni policía. En las investigaciones sobre la policía, el primer plano lo ocupa la conducta de ésta para con los delincuentes individuales. Por lo general, se presta mayor atención a violencia de los delincuentes *individuales* que a la génesis de la violencia *colectiva* y *estatal*. El reciente informe americano de la comisión de la violencia no dice ni palabra de este segundo tipo de violencia, mientras que dedica varias páginas al tema de una supuesta biologización de la propensión a la violencia.[2] Los estudios de la violencia colectiva padecen a menudo un peligroso contagio de los modelos individuales sobre la génesis de la violencia. Generalmente oscilan entre exageraciones de carácter racional e irracional. Si las primeras tratan de concebir la violencia como un instrumento fríamente elegido para, por ejemplo, los intereses de una nación o clase, sobre los cuales no hay mucho que decir más allá de esta instrumentalidad, las segundas pueden reconocer en la violencia el desmoronamiento de cualquier orden social, orientación normativa o racionalidad individual. En efecto, ciertos sucesos públicos espectaculares, como los disturbios raciales en Estados Unidos de la década de 1960, el terrorismo de la izquierda radical en Alemania Federal en la década de 1970 o la multiplicación de disturbios juveniles, han conducido al aumento pasajero del interés científico y a la confección de respetables informes de comisiones de expertos; pero, igual de deprisa que desapareció el interés de los poderes públicos, desapareció también el de los sociólogos por las nuevas situaciones creadas. Las estructuras de la sociología, profundamente ancladas, repercuten enojosamente en el tratamiento del tema de la «violencia colectiva».

¿Cómo explicar esto? En mi opinión, tiene mucho que ver con la estrecha relación existente en Occidente entre las ciencias sociales y la cosmovisión del liberalismo. En dicha cosmovisión, las guerras y los conflictos en el ámbito de la política interna violentamente dirimidos aparecían como reliquias de una época ya fenecida, no iluminada por las luces de la Ilustración. El primer liberalismo consideró las guerras contemporáneas como consecuencia del espíritu bélico aristocrático o de la incontrolada veleidad de los déspotas, e incluso la Primera Guerra Mundial fue perci-

2. Albert J. Reiss, Jr., y Jeffrey A. Roth (comps.), *Understanding and Preventing Violence*, Washington, D. C., 1993; la crítica a esta idea del Review Symposium se encontrará en *Contemporary Sociology*, nº 22, 1993, págs. 344-350, así como en la introducción del editor, «Gewalt in den USA. Deutsche und amerikanische Perspektiven», Hans Joas y Wolfgang Knöbl (comps.), *Gewalt in den USA*, Francfort del Meno, 1994, págs. 7-18.

bida por los intelectuales liberales americanos de la época como una clara muestra del atraso europeo respecto a la modernidad americana. El espíritu bélico aristocrático y el despotismo les parecían residuos de las fases primitivas en el desarrollo de la humanidad; la vida civilizada debía ser una vida civil, no refrenada en sus propiedades y necesidades bélicas sólo por la religión y la moral, sino que además debía suavizarse, reconduciéndose hacia otro tipo de contiendas, como, por ejemplo, competiciones de carácter deportivo o económico (*le doux commerce*). Si bien la era de la no violencia aún no podía alcanzarse plenamente en esta fase, parecía empero propio de un liberal ilustrado conocer el camino ulterior y los pasos hacia el perfeccionamiento de un orden razonable. Así como las torturas y los malos tratos, públicamente celebrados, tuvieron que desaparecer del dominio de la justicia penal, así también la guerra, y la violencia correspondiente contra las personas o las cosas, tuvo que desaparecer de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad burguesa. Para la teoría de la modernización de la posguerra, la solución de los conflictos sin violencia se convirtió incluso en un elemento definitorio de la modernidad. Con un claro rechazo de la violencia corre parejo, dentro de esta cosmovisión, cierta banalización de su presencia. Una mirada proyectada hacia adelante que mire al futuro con optimismo verá con impaciencia, y sin verdadero interés, todos los elementos anticuados y nocivos que van desapareciendo.

Desde el punto de vista de esta confianza en el futuro, incluso el marxismo clásico puede considerarse un retoño de dicha cosmovisión liberal. En efecto, sus representantes hacen especial hincapié en el carácter violento de la imposición del modo de producción capitalista, así como en la presión material que subyace inexorablemente en los contratos libremente estipulados y en el dominio de una clase que se esconde detrás de la supuesta igualdad de los individuos. Por eso no parecen tener reparos morales en caso de que se produzca un vuelco del dominio de clases por medios violentos o de que haya que mantener la «dictadura del proletariado» por medios igualmente violentos durante un período largo de tiempo después de advenida la revolución. El marxismo clásico no hizo sino desplazar la cosmovisión del liberalismo hacia una época ulterior: tras la violencia que acompañaría al cambio radical, necesario a escala mundial, vendría la asociación universal y libre de los productores, es decir, un orden social en el que la violencia no tendría ya cabida ni sentido. Para el marxismo, el fin de los conflictos sociales con carácter violento se asociaba en última instancia a la desaparición de toda divergencia de in-

tereses en el marco de un orden justo y plenamente justificado, que se autorregulaba de manera espontánea. Como para el marxismo todas las guerras o conflictos étnicos se ven como una expresión de las contradicciones de clase, con la desaparición de los conflictos de clase aquéllas desaparecerán igualmente.

A la postura optimista de apartar la mirada del papel de la violencia se opuso la postura de los antiliberales y de los defensores de la sociedad burguesa, que estaban dispuestos a borrar de un plumazo, prácticamente sin ninguna otra cosa que poner en su lugar, las esperanzas de su época, tan rica en cosas nuevas. Hay que nombrar aquí, por una parte, el belicismo de la Antigüedad, que veía en la guerra a la madre de todas las cosas y de una civilización pacífica, y que la desaparición de las virtudes guerreras suponía el desmoronamiento general de las costumbres, así como el debilitamiento y el afeminamiento de la sociedad. Esta corriente de pensamiento enlaza, en el transcurso del siglo XIX, en la estela de Darwin y de otros autores, con una especie de biologización de los elementos sociales y políticos para justificar la lucha o competencia sin freno de los individuos, así como de las razas y las etnias. Entre los primeros representantes de la sociología se encontraban —de Gumplowicz a Sumner pasando por Ratzenhofer— exponentes de dicho pensamiento; pero, curiosamente, éstos no pasaron a formar parte de la herencia viva de nuestra disciplina, sino que quedaron relegados al olvido.[3] A modo de continuación, está la variante del realismo de la política de poder, que, sin alardes ideológicos, trata el hecho simplemente como algo incuestionable, es decir, que los colectivos y los Estados actúan por interés propio, y, en los conflictos sociales, la violencia también está a disposición, y entra en acción, como un posible medio por emplear. Una versión ulterior del planteamiento antiliberal del papel de la violencia lo tenemos allí donde el antiguo belicismo aparece sobrealimentado en el campo de la filosofía vitalista y existencialista: la violencia como creatividad, la lucha como experiencia interior, la comunidad del frente de guerra (*Frontgemeinschaft*) como impulso de un nuevo tipo de orden estatal. Precisamente en Alemania, pero no sólo en este país, el pensamiento de Nietzsche sobre las denominadas «ideas de 1914» desempeña un papel muy importante, hasta el movimiento nacionalsocialista. Por extraño que nos resulte hoy, también aquí se descubre una dimensión de la experiencia.

3. Véase en este libro el capítulo «¿Existe una tradición militarista en sociología?», págs. 187-214.

Por lo tanto, parece como si nos encontráramos ante el siguiente dilema: por un lado, la Ilustración, el liberalismo e inclusive el marxismo nos prometen un mundo sin violencia, pero, por el otro, también nos hacen despertarnos bruscamente de este sueño y tomar conciencia con extrañeza de la obstinación de supuestas barbaridades. El belicismo, el darwinismo social, el realismo de la política de poder y la mitología de la violencia orientan nuestra mirada hacia la omnipresencia de la violencia, pero nos privan también de toda esperanza en un mundo estable y pacífico. *De este dilema sólo puede surgir una vía de reflexión que, en primer lugar (1) zarandee la autoconfianza del realismo de la política de poder, y en consecuencia las concepciones sobre la paz, en particular las liberales, en segundo y tercer lugar (2/3), se pregunte sin falsas ilusiones por su capacidad de convicción, y, finalmente (4), intente heredar las mitologías de la violencia para superar las limitaciones y reduccionismos del tradicional estudio de la violencia.*

1

Preguntémonos en primer lugar por la capacidad de convicción empírica del realismo de la política de poder. ¿Están obligados los sociólogos a considerar desilusionados el mundo como una lucha eterna entre intereses encontrados, o también nos muestra la sociología la *realpolitik* como una ideología? ¿Existen puntos de partida del orden social en la realidad que no sólo se puedan interpretar como un provisional armisticio en medio de la lucha perpetua? Un buen punto de partida para dar una respuesta a esta pregunta podría ser el siguiente experimento teórico de Thomas Hobbes: ¿puede surgir un orden social pacífico y estable de un estado de naturaleza en el que cada cual sólo persigue su propia utilidad y no se arredra ante la violencia ni la mentira, pero en el que también puede convertirse en víctima de abusos y estafas y, por tanto, no puede disfrutar nunca tranquilamente de su hacienda ni de la vida en general? Como es bien sabido, la solución de Hobbes estaba en el sometimiento, motivado por el temor a la muerte, de todos a un Estado fuerte o a la voluntad fuerte de un señor aceptado por todos, solución que se convirtió en uno de los modelos básicos del pensamiento político moderno. A este respecto, no deja de ser curioso que pasara en su mayor parte inadvertido el hecho de que, con la solución del problema, Hobbes creó al mismo tiempo un nuevo problema. La paz interna se puede garantizar ciertamente mediante Estados fuertes y centralizados, pero con

esto no se hace sino suscitar el peligro de un conflicto entre leviatanes. Los efectos de los conflictos interestatales vuelven a zarandear la seguridad del ciudadano particular y a destruir en parte la base necesaria para la existencia de una estatalidad más fuerte ante los peligros de una guerra civil —si se supone que el peligro de conflictos entre Estados débiles es menor—. La reacción del propio Hobbes a este problema no fue del todo coherente. Por una parte, es cierto que en modo alguno hizo abstracción del hecho de la guerra entre los Estados; lo cual no utilizó de manera solamente metafórica, sino como prueba empírica de que el estado natural por él descrito no sólo no era una suposición ficticia, sino además un conflicto realmente experimentable. Pero, por la otra, minimizó y redujo un problema, cuya explosividad social interna supo elaborar mejor que nadie, a una serie de planos intersociales. El estado natural entre los Estados es, según Hobbes, menos malo y menos inevitable que el estado natural entre los individuos. Los Estados estarían más dispuestos a la autolimitación, por lo que no toda la población de un Estado necesita participar en una guerra; los Estados son también más fuertes que los individuos y, por ende, menos orientados a acrecentar ulteriormente su poder. Esto desactiva el dilema de la seguridad entre los Estados y hace posible un equilibrio entre ellos. Independientemente de lo que aceptemos de estas argumentaciones de Hobbes, y de que creamos o no que deben tener validez también en la era de la guerra total, es evidente que no busca en modo alguno la misma solución para los conflictos entre los Estados que para los conflictos estatales internos: no espera empíricamente la formación de un Estado mundial centralizado, ni tampoco toma partido por éste; antes bien, apuesta por refrenar todos los esfuerzos de expansión internos y por «domesticar la guerra para convertirla en una guerra estatal pura» (Reinhart Koselleck). Esta inconsistencia interna de Hobbes fue descubierta ya por los estudiosos de la paz de la primera época de la Ilustración, y debidamente denostada por pensadores como el abate de St. Pierre, Rousseau y Kant, que cuestionaban la posibilidad de un equilibrio estable entre las grandes potencias; según Swift, su teoría se asemejaba a la construcción de un edificio cuya estabilidad corre peligro con el mero posarse de un pajarillo en el tejado. St. Pierre proponía, por su parte, estipular tratados internacionales; Rousseau, una reducción de la interdependencia de los Estados, así como de su aislamiento y autarquía; y Kant, un reforzamiento de las constituciones republicanas y del derecho internacional como la mejor manera de eludir una inestabilidad constante y amenaza-

dora.[4] Estos planteamientos no hobbesianos tienen en común su insistencia en la pregunta, ante la inconsistencia de Hobbes, de si las relaciones entre los Estados tienen de hecho el carácter extrajurídico, por no decir incluso extramoral, que les atribuye la tradición hobbesiana. Este constante movimiento teórico demuestra lo poco clara que es la idea del realismo de la política de poder hobbesiana en el sentido de considerar los Estados como actores unitarios con una serie de intereses inequívocos. Por lo general, es difícil saber cuáles son los intereses de un Estado o de un gran colectivo, quién los define, cómo se produce esta definición, qué imágenes universales los caracteriza, o si el poder y la seguridad se plantean desde un punto de vista expansivo, defensivo o recíproco. El realismo de la política de poder no es en modo alguno, pese a todo lo que puedan sugerir las apariencias, un simple reflejo de la realidad, sino que es fruto de una desmoralización programática y de una abstracción empíricamente problemática del carácter normativo e interpretativo de la realidad. Si nos preguntamos no sólo por las causas de las guerras, sino también por las causas de la paz, de las maneras que hay de superar el dilema de la seguridad, entonces es posible que las concepciones liberales nos parezcan no sólo más optimistas y normativamente más atractivas, sino también empíricamente más sólidas que el realismo de la política de poder.

2

Según todos los liberales clásicos, cuyo objetivo político estribaba en limitar el poder estatal e incrementar el margen de acción individual, y que, a partir de aquí, llegaron a una relación positiva con el libre comercio en el ámbito interno y externo, las guerras eran tan inmorales como perniciosas. Su carácter pernicioso saltaba a la vista si se razonaba desde un punto de vista económico. El despoblamiento de partes enteras del planeta, la destrucción de capitales, el aumento de la presión fiscal, la deuda estatal que se dispara, el retraimiento del comercio internacional, el empobrecimiento general..., he aquí sólo algunos de los términos clave con los que los liberales clásicos describían las consecuencias económicas de la guerra y de los regímenes belicosos. Pero también desde el punto

4. Sobre la documentación e interpretación de estos aspectos teóricos puede ser muy útil también *Ewiger Friede. Friedensrufe und Friedenspläne seit der Renaissance*, Kurt von Raumer (comp.), Friburgo/Múnich, 1953.

de vista moral condenaban la guerra por considerarla una irresponsable producción de desgracias e injusticias por puros intereses egoístas —es decir, por intereses malentendidos— de estamentos y magnates belicosos. Las dos concepciones que más influencia han tenido desde un punto de vista sociológico, y que se deben tomar más en serio para el esclarecimiento de la aptitud para la paz de los Estados, surgieron de este horizonte teórico del *liberalismo:* se las asocia a los nombres de Immanuel Kant y de Adam Smith. Kant, que relacionó la capacidad para la paz de los Estados con su estructura política interna, atribuyó a las repúblicas un talante esencialmente pacífico. Su concepto de república no apuntaba al derrocamiento de los monarcas, sino a la constitucionalización y juridicización del poder monárquico. El interés bien entendido de los ciudadanos, considerando sólo la toma de decisiones en materia de política exterior, se plasmaría en los esfuerzos por evitar la guerra y fomentar relaciones entre los Estados recíprocamente útiles. Según Kant, el establecimiento de un estatuto legal entre los Estados crea las condiciones plenas para que cada individuo viva también en la vida intraestatal de acuerdo con las exigencias de la razón, mientras que un Estado mundial siempre entrañaría el peligro del establecimiento de un despotismo universal. Por su parte, Adam Smith opina que las nacientes economías confiaron en los efectos pacificadores del libre comercio. En vez de ser una amenaza recíproca de destrucción y rapiña entre los Estados, el intercambio pacífico de bienes necesarios debería aumentar el bienestar de todos los partícipes y tornar superflua la guerra. Más aún que al comercio interior, al comercio entre los Estados se le atribuye un efecto civilizador. Estas dos concepciones podrían describirse como la versión *republicana* y la versión *utilitaria* del pensamiento liberal sobre la paz. En la realidad, o, mejor dicho, en el pensamiento de estos filósofos, economistas o sociólogos liberales, ambas concepciones no se distinguen realmente entre sí: Kant, en su argumentación sobre la posibilidad realista del establecimiento de unas condiciones de paz entre los Estados, se remite incluso a conceptos sacados de la economía política, y Smith en modo alguno se muestra sordo a la exigencia de seguridad como condición básica para el aumento del patrimonio. Sin embargo, tiene sentido hablar de estas dos versiones como de dos concepciones separadas, pues ofrecen pronósticos y valoraciones completamente diferenciadas. En el discurso del liberalismo descubrimos una especie de relación de tensión bastante productiva. El saber si la participación cívica democrática, la constitucionalidad interna o la recíproca imbricación de los Estados mediante relaciones comerciales au-

menta la verosimilitud de una política exterior pacífica es una cuestión que está abierta a la verificación empírica. Los resultados de los numerosos intentos a tal efecto se pueden discutir uno por uno, pero no permiten que las concepciones liberales sobre la paz parezcan en absoluto descaminadas, al tiempo que apuntan esclarecedoramente a la existencia de una especie de paz por separado entre los Estados liberales. Pero, por lo que a nuestra temática se refiere, hay que señalar que ambas concepciones liberales sobre la paz no sólo tienen un lado luminoso, sino también un lado oscuro. Ninguna ha aprobado el examen de las guerras y las luchas de la historia con una nota suficientemente buena como para que se pueda hablar de ellas tan sólo como de ideas inocentes. Ambas fueron empleadas también para justificar conductas belicosas. Hoy ninguna idea puede estar completamente inmunizada contra el abuso ideológico. Pero conviene preguntarse en qué medida una idea posibilita como tal el abuso y cómo se puede modificar para impedir dicho abuso. El hablar del lado más oscuro de ambas concepciones liberales sobre la paz no pretende ser, por tanto, una polémica contra el liberalismo, sino sólo establecer una vinculación, enseñada por la historia real, con varios elementos de la historia de las ideas.

El lado más oscuro de la concepción de la paz de índole *utilitarista-liberal* lo hallamos en la historia del colonialismo y del imperialismo. Pero aquí no entendemos el imperialismo en el sentido de la concepción leninista, que lo consideró como la consecuencia lógica de la práctica económica capitalista, y como su fase suprema o última. Este empleo del concepto de imperialismo como concepto de clase, que legitimó el dominio de la Unión Soviética de vastos territorios y puso bajo sospecha a todos los países con sistema de economía capitalista, ocultó en las últimas décadas los problemas de desigualdad en el mundo en vez de iluminarlos. Aquí nos referimos más bien al fácil acomodo de los pensamientos liberales a las políticas imperialistas. La historia del liberalismo alemán en la época de Bismarck y, sobre todo, en la era del emperador Guillermo II muestra a las claras que la denuncia librecambista de la perniciosidad económica de la propaganda colonial estatal y del carácter disipador del militarismo sólo fue exteriorizada por unos pocos y que los que se atrevieron a exteriorizarla se convirtieron en marginados con respecto al estamento oficial. Ni siquiera los que mantuvieron una distancia escéptica con respecto a las tendencias imperialistas encontraron nada que objetar al apoyo estatal de la conquista de espacio económico mediante medidas concretas en materia de exportación. Fueron más bien representativas de

la época las sintetizaciones hechas a partir del liberalismo y el imperialismo. Baste con citar a este respecto los nombres de Friedrich Naumann y de Max Weber. Inglaterra, como prototipo de lo liberal, significó también la ejemplaridad de la capacidad política, económica y cultural de los británicos para ponerse a la cabeza de un imperio mundial. Fueron precisamente los «imperialistas liberales» los que consideraron «un imperialismo alemán como el cumplimiento y continuación lógica de la política de la fundación imperial».[5] Para ellos, las reformas liberales en materia de política interior no se fundaban a partir de una relación de valor con la libertad y la soberanía popular, sino en el sentido de una modernización como requisito de una política imperialista hacia fuera; los liberales fueron más conscientes que las fuerzas conservadoras de la interrelación existente entre lo interior y lo exterior y plasmaron esta vinculación de manera más enérgica. Ahora bien, aquí se podría objetar, naturalmente, que el imperialismo de los liberales alemanes no enuncia nada sobre un lado oscuro del pensamiento liberal, sino que es sólo una prueba justificativa de la debilidad del liberalismo en Alemania y del arraigo insuficiente del pensamiento librecambista. En Alemania no ha brillado adecuadamente lo más granado de la política de paz del liberalismo librecambista. Por eso, la mirada tiene que viajar hacia Inglaterra, donde las cuestiones sobre la relación entre liberalismo e imperialismo se pueden plantear de manera más radical. De hecho, en todo el siglo XIX, el influjo de las ideas librecambistas en el movimiento por la paz fue muy grande en Inglaterra —combinación esta difícilmente imaginable en Alemania—.[6] Un autor como Herbert Spencer, en el que, según la opinión hoy reinante, se esperarían unas opiniones más bien al estilo del darwinismo social sobre la relación recíproca de los pueblos, perteneció al grupo de los decididos adversarios de la guerra de los bóers y de las intervenciones militaristas inglesas en general. En esta, al parecer, aversión al imperialismo de los principales liberales utilitaristas de Inglaterra se basó la teoría de Joseph Schumpeter sobre el imperialismo, postura esta que se consideraba fruto no tanto del capitalismo como de elementos precapitalistas. Por eso la cuestión se complica a la hora de saber cómo se condu-

5. Wolfgang Mommsen, «Außenpolitik und öffentliche Meinung im Wilhelminischen Deutschland 1897-1914», *Der autoritäre Nationalstaat. Verfassung, Gesellschaft und Kultur des deutschen Kaiserreiches*, Francfort del Meno, 1990, págs. 358-379.

6. Tiene mucho que ver con esto el libro de Michael Howard, *War and the Liberal Conscience*, New Brunswick, Nueva Jersey, 1978.

jeron individualmente frente al problema del imperialismo los propios liberales radicales, los representantes ortodoxos de la economía política y del spencerismo en Inglaterra. Éste es el lado histórico-teórico del debate en torno al *free trade imperialism.* Los liberales fueron ciertamente unos críticos acerbos del colonialismo mercantilista que perduró hasta principios del siglo XIX, pero ¿deben por esto ser conceptuados como antiimperialistas consecuentes? Un examen minucioso de sus teorías y posturas respectivas nos revela que la mayor parte de ellos había incorporado al menos algunas cautelas pro imperialistas a sus teorías. La superioridad industrial de Inglaterra, de sus productos, de su proceso productivo y de sus posibilidades de innovación ocupó un puesto importante en sus consideraciones. Si la relación entre el libre comercio y la superioridad de Inglaterra ocupó un lugar en el pensamiento de estos teóricos con el paso del tiempo y en cierto modo como un resultado contingente, hay que decir que también fue meditada y querida. La argumentación a favor del libre comercio no estuvo exenta de interés, sino que vino a potenciar el papel dirigente de Inglaterra en el mundo —un papel desempeñado sin violencia y sin grandes dispendios—. El propio Jeremy Bentham, que, consecuente con el espíritu del libre comercio, había exigido en sus escritos sobre la paz el abandono de todas las colonias, abrazó luego la postura según la cual las colonias no constituían una pérdida de dinero, sino una excelente oportunidad para invertir los excedentes de capital y para dar salida a la población sobrante. Sus seguidores y continuadores fueron activos defensores del programa imperial, que incluía, entre otras cosas, la sistemática colonización de Australia y Nueva Zelanda. Cuando Friedrich List y otros autores reaccionaron ante la postura librecambista argumentando que la extensión universal del libre cambio significaba la perpetuación de la sumisión de la mayor parte de los países a las grandes potencias productivas, comerciales y marítimas, entonces él vio con total claridad las intenciones de los teóricos librecambistas británicos. Su alegato a favor del proteccionismo tenía sólidos fundamentos y contribuyó, naturalmente, al debilitamiento de la postura sobre la paz utilitarista-liberal fuera de Inglaterra. El lado más oscuro de esta concepción de la paz es la dogmatización de la tesis de que el libre comercio tiene efectos pacificadores, y hace la vista gorda sobre los enormes desequilibrios y desigualdades existentes a nivel mundial. Esta concepción sobre la paz sólo puede mantenerse en pie si no se neutralizan, o no se dan por buenos, los efectos —susceptibles de producir violencia— de una economía mundial liberalizada.

3

Pero también la versión *republicana* de la idea de la paz liberal tiene su lado menos atractivo. Éste no es otro que un universalismo misionero que pone incluso en peligro la posibilidad de la paz. Esta problemática ya se planteó a la generación de alumnos de Kant en Alemania, algunos de los cuales simpatizaron con la república francesa revolucionaria cuando ésta, mediante la violencia de las armas, convirtió a otros Estados en repúblicas, alegando que, según la teoría, también esto contribuía a la difusión de la paz.[7] En manos de éstos, sobre todo en las del joven Görres, el planteamiento de Kant se transformó en una ideología del intervencionismo en orden a la «republicanización de tantos Estados (reguladores) despóticos como lo permitieran las circunstancias de la época y del lugar» y para la «inclusión de antiguos Estados republicanizados dentro de las fronteras asignadas por la naturaleza», lo que había que entender ante todo como un alegato a favor de las fronteras del Rin.[8] Quien con mayor acuidad trató este problema, que alcanzó su clímax con los pasos dados por el derecho internacional del siglo XX para poner coto a la guerra y con el surgimiento de la Sociedad de las Naciones y de otros organismos destinados a la resolución de los conflictos internacionales por medios pacíficos, fue Carl Schmitt. Para éste, una abertura sistemática a la pregunta de con qué procedimiento se determina la definición de un atentado contra el derecho internacional es una cuestión fundamental para la Sociedad de las Naciones, pero también para captar el sentido de la doctrina Monroe sobre Estados Unidos y América. A pesar de todas las objeciones y críticas lanzadas con razón contra la exageración por parte de Schmitt de la cuestión decisiva del decisionismo, no cabe duda de que su insistencia en la cuestión de los decididores constituye un problema sociológico de primer orden. «El problema no estriba —según argumentó Schmitt contra Friedrich Meinecke—[9] en la normatividad del contenido

7. Véase también, a modo de documentación suplementaria, Anita y Walter Dietze (comps.), *Ewiger Friede? Dokumente einer deutschen Diskusion um 1800*, Leipzig/Weimar, 1989.

8. Joseph Görres, «Der allgemeine Frieden, ein Ideal» (1798), Zwi Batscha y Richard Saage (comps.), *Friedensutopien*, Francfort del Meno, 1979, págs. 111-176, en particular pág. 168.

9. Carl Schmitt, reseña (1926) del libro de Friedrich Meinecke, *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, Múnich/Berlín, 1924, reeditada en el libro de Carl Schmitt *Positionen und Brefriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles*, Berlín, 1940 (2ª ed., 1988), págs. 45-52, aquí pág. 50. Véanse también otros textos en la colección de ensayos de Schmitt.

de un precepto moral o jurídico, sino en la siguiente pregunta: ¿quién es el que decide? [...]. Naturalmente, todos deseamos que reine el derecho, la moral, la ética y la paz, y nadie quiere cometer injusticias; pero la cuestión concreta y básica es siempre la de saber quién decide en determinado caso sobre qué es conforme a derecho; en qué consiste la paz; qué resulta un obstáculo o peligro para la paz; con qué medios se conjuran éstos, cuándo es normal y está "pacificada" una situación, etcétera. Este *quis iudicabit* muestra cómo, en el seno del derecho y del marco moral general, se oculta de nuevo un dualismo que priva a estos conceptos de capacidad para oponerse al "poder" como simple contradicción y para moverse hacia él en un movimiento pendular.» Una institución que permita el planteamiento de esta cuestión permitirá a un poder determinado realizar su definición; el poder de definir es, así, el poder en el sentido más fuerte. Este mismo peligro lo ve Schmitt en los esfuerzos que se hacen por «proscribir de la guerra» mediante tratados internacionales y en la orientación del derecho internacional hacia un concepto de la guerra por así decir «discriminatorio».[10] Schmitt se propone una redefinición de las guerras como enfrentamiento entre criminales y gendarmes del planeta. Mientras que el concepto de la guerra no discriminatorio concibe la guerra como lucha de dos o más potencias estatales y en principio atribuye a todas las partes en conflicto las mismas oportunidades de legitimidad, la proscripción de la guerra concebida de manera universalista conduciría a la capacitación de cada parte en conflicto para actuar, en nombre de la humanidad, contra el agresor real o presunto. El conflicto de dos órdenes se convierte así en un conflicto entre el orden y el desorden, entre el mantenedor y el perturbador del orden. Schmitt justifica sus temores con un insidioso socavamiento del concepto de neutralidad. Con respecto a la lucha de Estados soberanos con igualdad de derechos, sería posible, por supuesto, la neutralidad; en la contienda entre el policía y el criminal, cualquier conducta es una toma de partido a favor del orden o del desorden. En dicho giro hacia un concepto de guerra discriminatorio, junto con la legitimidad del enemigo se eliminaron al mismo tiempo los obstáculos morales con respecto a él y, por tanto, las posibilidades de delimitación de los conflictos. Las guerras volverían a convertirse en cruzadas y no apuntarían sólo a una victoria, sino a la completa aniquilación de la otra parte en esta «guerra civil planetaria». De manera intencionada o no,

10. Carl Schmitt, *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff*, 1938, Berlín, 1988.

según Schmitt, el resultado de los intentos por institucionalizar la idea de la paz republicana-liberal es de este modo una devaluación ideológica del enemigo y, en tal medida, constituye un peligro para la paz.

Naturalmente, las intenciones de Schmitt resultan bien perceptibles en esta argumentación. Nuestro autor razona desde un profundo resentimiento contra lo que a él le parece un conglomerado de Versalles, Ginebra y Weimar. Sobre los objetivos políticos de su programa alternativo —una idea de orden concreta y una nueva comunidad de los pueblos de Europa que se debe entender en sentido nacionalsocialista—, no hay ciertamente nada que discutir. Pero esto no quiere decir que haya que aceptar plenamente su proceso argumentativo. En efecto, en el debate suscitado en Estados Unidos durante el período de entreguerras sobre las oportunidades de paz y el derecho internacional, se detecta una interesante controversia entre universalistas y tradicionalistas, en la que se emplean argumentos que se parecen considerablemente a los empleados por Carl Schmitt.[11] También en Estados Unidos se pudo ver que, del lado de los universalistas, internamente exigidos en su intento de proscribir el empleo de la violencia, las nuevas justificaciones para el empleo de la violencia se convirtieron en la aplicación misma de la prohibición de la violencia. Para la historia del concepto de paz liberal en América, y de la propia política exterior americana, son muy característicos este dilema argumentativo y el pequeño paso desde una responsabilidad moral universal a una mentalidad del tipo cruzada política. Por paradójico que pueda parecer igualmente el concepto de *free trade imperialism,* se suele hablar de la política del presidente Wilson y de su trasfondo ideológico como de un *imperialism of good intentions.* Como lado oscuro de la idea de paz republicana, hay que considerar asimismo el peligro de admitir, en los mecanismos de la resolución pacífica de los conflictos internacionales del propio bando, una capacidad de definir ilimitada y de acometer frívolamente intervenciones con el fin de producir ordenamientos liberales.

4

Si, por lo tanto, el realismo de la política de poder, o imperialista, no es en modo alguno tan realista como pretende ser, sino que aplica clara-

11. Véase Knud Krakau, *Missionsbewußtsein und Völkerrechtsdoktrin in den Vereinigten Staaten*, Francfort del Meno/Berlín, 1967.

mente el modelo problemático del comercio racional al análisis de las relaciones internacionales, y si las concepciones liberales sobre la paz ponen bien de manifiesto la realidad del comercio normativamente orientado, pero se prohíbe su continuación ininterrumpida, entonces resulta imprescindible el desarrollo de un concepto de paz integrado que incluya la constitucionalidad, cierta consistencia en cuanto a las expectativas, un compromiso económico y cierto grado de empatía (Dieter Senghaas), amén de superar la oposición entre el idealismo liberal y el realismo de la política de poder.[12] Pero semejante concepto de paz integrado resulta más realista todavía si se sustenta en una adecuada comprensión de los fenómenos de la violencia. Para ello es necesario no apartar la mirada del verdadero núcleo de las mitologías de la violencia mediante una reacción moral precipitada, aun cuando cualquier paso en esta dirección se tope enseguida con alguna resistencia afectiva. Si los grandes sociólogos alemanes, como por ejemplo Georg Simmel y Max Scheler, interpretan la Primera Guerra Mundial como una oportunidad para intentar romper con las trágicas tendencias de la cultura moderna y reconocer en la guerra la experiencia existencial y tonificante de índole extática que libere a nuestras personas de toda fijación y les permita volverse dúctiles de nuevo, lo más normal es reaccionar entonces describiendo la experiencia de la guerra como simples soldados, en términos de sangre, sudor y lágrimas. Si aplicamos el oído al movimiento obrero y oímos una voz, como la de Georges Sorel, legitimando la huelga, y la violencia con ella emparejada, no como un medio para alcanzar el objetivo de las reformas sociales, sino como una experiencia para la concienciación de los oprimidos, entonces resulta evidente que aquí se ha introducido un cuerpo fascistoide extraño en la historia del socialismo. Si, en una tónica parecida, Frantz Fanon considera la violencia de los colonizados contra los señores coloniales como algo imprescindible para superar los sentimientos de inferioridad y recuperar la propia identidad, entonces resulta evidente que hay que hablar de esos callejones sin salida que son los procesos de descolonización en forma violenta y de las consecuencias de la concentración de poder militar, como ocurrió, por ejemplo, en la patria del propio Fanon, Argelia. Si vemos que en Estados Unidos, el país prototípico de la democracia, la violencia perpetrada en la frontera (*frontier*) con la naturaleza no civilizada y con los indios «salvajes» siempre acompañó al establecimiento y

12. Dieter Senghaas, «Frieden als Zivilisierungsprojekt», en el libro editado por él mismo *Dem Frieden denken. Si vis pacem, para pacem*, Francfort del Meno, 1995, págs. 196-223.

estabilización de un orden político democrático, entonces resulta evidente que se impone abandonar una simple relación casual y contingente, que no afirma nada sobre el carácter del orden liberal.[13] ¡Pero también podría ser de otra manera! Tal vez sólo sea posible comprender bien las causas y consecuencias de la Primera Guerra Mundial adoptando la entusiasta disposición bélica de los intelectuales y el éxtasis de las masas en el verano de 1914. Tal vez a veces haya que comprender los movimientos sociales como simples intentos colectivos de la violencia para la recuperación de identidad que no reparan en sacrificios en vez de como simples representaciones de intereses. Tal vez la maldición del establecimiento violento de un orden político democrático mediante el mito de la regeneración a través de la violencia siga aún produciendo frutos durante mucho tiempo en la historia de este orden político.

Si estas interpretaciones iluminan algo, entonces hay que concluir diciendo que sólo prosperarán las tradiciones del pensamiento liberal sobre la paz si se supera el miedo a una confrontación con la lógica interna de los fenómenos de violencia. La efectividad de este miedo no se muestra sólo en la represión de la violencia y en la tendencia a describir los fenómenos de la violencia, que manifiestamente no siguen un patrón de finalidad racional, como algo «sin sentido», como un retroceso del estado de civilización alcanzado o como, por así decir, la liberación del «salvaje» que se esconde tras la máscara de la civilización, o de la «bestia que se oculta en nosotros». Se muestra también en la tradición del estudio de la violencia, si el proceder violento se subsume bajo modelos del proceder instrumental o normativamente orientado.[14] Por supuesto, nadie discute que la violencia pueda ser ejercida a partir del cálculo racional o incluso a partir de un sentimiento de obligación moral. Pero, incluso en tales casos, la praxis de la violencia se alimenta de experiencias y fantasías que no se dejan encerrar en el «fin» ni en la «norma», algo que ocurre también en los casos en que el fin y la moral no han generado violencia. Como tarea teórica para el estudio apropiado de la violencia, conviene, por tanto, hacerse la pregunta de cómo superar la comprensión instrumental de la

13. Georges Sorel, *Über die Gewalt* (1908), Francfort del Meno, 1969; Frantz Fanon, *Die Verdammten dieser Erde* (1961), Francfort del Meno, 1969; Richard Slotkin, *Regeneration through Violence, The Mythology of the American Frontier, 1600-1860*, Middletown, Connecticut, 1973; Richard Slotkin, *The Fatal Environment, The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization 1800-1890*, Nueva York, 1985.

14. Véase en este libro el capítulo «La teoría de la acción y la dinámica de la violencia», págs. 251-262.

violencia sin, con ello, favorecer una desfronterización del concepto de violencia, donde todas las relaciones humanas parecen desarrollarse violentamente y todos los órdenes sociales parecen establecidos violentamente. Desmarcándonos de Nietzsche, el «filósofo del martillo», quien proclamó con tono violento la desintegración de las viejas tablas de los mandamientos como condición de toda nueva creación, nosotros debemos insistir en el parentesco, así como en la definitiva inconfundibilidad, entre creatividad y violencia.

Capítulo 2

LA MODERNIDAD DE LA GUERRA
La teoría de la modernización y el problema de la violencia[1]

La guerra y la violencia forman parte de la modernidad, y no sólo de su prehistoria. En el presente capítulo me gustaría utilizar el hecho de la guerra en la modernidad, y la elaboración intelectual de este hecho, como una sonda que permita estudiar la idoneidad de la teoría de la modernización para una comprensión de los procesos sociológicos de la violencia. En los debates actuales, saltan al primer plano temas muy distintos a la guerra cuando se trata de revisar la teoría de la modernización como el proyecto más ambicioso e influyente de una teoría macrosociológica del desarrollo social. El desplome del «socialismo real» ha dado un nuevo impulso, al menos por el momento, a la teoría de la modernización y propuesto una nueva interpretación de las vías de desarrollo soviéticas, o soviéticamente determinadas, mediante el concepto de una modernización fallida, o simplemente ficticia, a la que tendrá que seguir ahora una «modernización recuperada» y un punto y aparte respecto al retraso civilizador.[2] Los problemas ecológicos originados por los procesos de modernización que tienen éxito tornan atractiva, por su parte, la idea de una ruptura reflexiva del decurso automático del crecimiento y de la diferenciación, tal y como lo expone, por ejemplo, Ulrich Beck «con cierta vistosidad» con su diagnóstico y su programa de una «modernización reflexiva». La nueva autoconciencia de la teoría de la modernización y la conciencia de la crisis ecológica chocan a menudo —como, por ejemplo, con motivo del simposio de sociólogos celebrado en Francfort en 1990—

1. Este artículo apareció por primera vez en *Leviathan*, nº 24, 1996, págs. 13-27. Agradezco a Johannes Berger, Wolfgang Knöbl y Wolfgang Vortkamp sus constantes indicaciones.

2. Véase el capítulo de este libro «Después de la guerra. Democracia y anticomunismo en Berlín después de 1945», págs. 121-132. Se puede encontrar un intento original por describir las coyunturas de la teoría de la modernización con conceptos de la retórica y de cosmovisiones generales en el artículo de Jeffrey Alexander, «Modern, Anti, Post and Neo: How Social Theories Have Tried to Understand the "New World" of "Our Time"», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 23, 1994, págs. 165-197.

y sólo establecen una relación mutua de manera polémica.[3] El estudio del tema de la guerra en la modernidad convendría sacarlo de este callejón sin salida en que ha entrado el debate. No se puede esperar una imagen idílica y cien por cien positiva de la modernidad si aceptamos y abordamos el hecho de la guerra con seriedad; sin embargo, tampoco esto significa que las sociedades premodernas ofrecieran una contra-imagen deseable en este orden teórico. La pregunta sobre la capacidad para la paz de las sociedades y los Estados obliga, por tanto, ineludiblemente a la reflexión, para ir de nuevo en busca de los contenidos significativos de la modernización. Inversamente, desde esta perspectiva, la teoría de la modernización reflexiva concede a la teoría de la modernización al uso más cosas de las que parece en la medida en que a ésta sólo la considera históricamente superada y carente de validez desde que se vienen generalizando los daños ecológicos fruto de la actividad económica industrial, pero sin cuestionarla realmente en sus puntos esenciales. En mi opinión, semejante proceso de reflexión se podría aplicar no sólo al tema de la guerra y la violencia, sino también a otras cuestiones, como, por ejemplo, el nacionalismo, la religión y la secularización, o el desarrollo de los roles de género. Este proceso no debe conducir a una alternativa competidora, y ampliamente madurada, a la teoría de la modernización, sino más bien abrir una vía a su relativización bien dosificada.

El prestigio de la teoría de la modernización estuvo sometido en los últimos decenios a enormes oscilaciones coyunturales. Surgida, con su sentido pleno, tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, se generalizó la impresión de que, con esta teoría, tomaba cuerpo un paradigma de una teoría sociológico-politológica del cambio social que permitía resolver al menos cuatro tareas al mismo tiempo. Parecía 1) posibilitar una explicación histórica del surgimiento de la economía capitalista y de la política democrática en la Europa noroccidental y en Norteamérica; 2) extraer las enseñanzas de semejante explicación histórica en cuanto a las condiciones del crecimiento económico y de la democracia en otras partes del mundo, y ello de manera que pudiera convertirse en una línea maestra para una política de desarrollo activa; 3) rastrear la relación interna de

3. Wolfgang Zapf, «Modernisierung und Modernisierungstheorien», en el libro editado por él mismo *Die Modernisierung moderner Gesellschaften. Verhandlungen des 25. Deutschen Soziologentags*, Francfort del Meno (1990), 1991, págs. 23-39; Ulrich Beck, «Der Konflikt der zwei Modernen», págs. 40-53. Mi postura sobre la teoría de Beck se encuentra en el capítulo de este libro «La guerra y la sociedad del riesgo», págs. 229-240.

los aspectos económicos, políticos y culturales de las sociedades modernas, sin someterse a un esquema del tipo cimientos-superestructura, y 4) extraer todo un conjunto de valores de la herencia de los clásicos de la sociología —de 1890 a 1920— y llevarlo desde el plano de la teoría hasta los grandes programas de investigación. Desde finales de la década de 1960, este paradigma, indudablemente fructífero, empezó a ser blanco preferido de las críticas más variadas. Éstas se centraban tanto en los medios de elaboración teórica como en las hipótesis normativas implícitas, por no decir incluso en la cosmovisión totalizadora que se creía reconocer en el paradigma y que caía ahora bajo sospecha ideológica. El paradigma de la teoría de la modernización perdió, así, no sólo su hegemonía en las ciencias sociales internacionales, sino que además se pasó a la defensiva y perdió a la vista de todos buena parte de su fecundidad. Sin embargo, al sarcástico *requiescat in pace* que lanzó en 1979 Immanuel Wallerstein a la teoría de la modernización, convencido como estaba de la superioridad de su teoría del «sistema global», le siguió el *exhumetur* tan sólo una década después, como consecuencia del definitivo fracaso del socialismo soviético y del ascenso económico de Asia oriental; es decir, y dicho sin latinismos, le siguió el empeño por recuperar, y despertar a una nueva vida, una concepción que se había dado por muerta.[4] Sin embargo, no procede hablar ni de un acta de defunción ni de resurrección, sino de algo intermedio. Dicho en términos positivos, la teoría de la modernización nunca estuvo suficientemente muerta, es decir, que desarrolló, a la defensiva, unas revisiones y unas actualizaciones que impedían una continuación inalterada de los trabajos de la década de 1960. Y, formulado de manera negativa, la impugnación por parte de la alternativa marxista de vías de desarrollo no capitalistas tampoco basta para ocultar las carencias internas de la teoría de la modernización. Existen fuertes dudas, inmanentes a la teoría, acerca del núcleo de la formación teórica funcionalista y de la teoría de la diferenciación que está en la base de la teoría de la modernización. Las enormes oscuridades con respecto al concepto de diferenciación, a su estatus lógico, y a las causas, efectos, factores y ritmo de la diferenciación, constituyen motivo de sobra para ponernos nuevamente manos a la obra y no acomodarnos tranquilamente a una tradición su-

4. Immanuel Wallerstein, «Modernization: Requiescat in Pace», en el libro del mismo autor, *The Capitalist World-Economy*, Nueva York, 1979, págs. 132-137; Edward Tiryakian, «Modernization: Exhumetur in Pace (Rethinking Macrosociology in the 1990s)», *International Sociology*, nº 6, 1991, págs. 165-180.

puestamente buena. Si el debate sociológico sobre la teoría de la modernización sólo fuera un conflicto de actitudes políticas, no valdría la pena acometerlo como tal.

En la teoría de la modernización late, de manera más o menos tácita, la hipótesis de una modernidad sin violencia. El tránsito de la resolución violenta de los conflictos intrasociales a un actuar sin violencia en la regulación de los conflictos es considerado precisamente como una parte integrante, y definitoria, de las sociedades modernas. Pero no sólo la resolución de los grandes conflictos interestatales en el proceso político sin violencia está considerada como una tarea moderna; también para la criminalidad individual se postula un cambio de forma del delito; es decir, de un acto violento espontáneo a una delincuencia de la propiedad afectivamente controlada.[5] La teoría de la civilización de Elias, con su tesis sobre el creciente control del afecto en los entramados más complejos de los miembros de la sociedad, viene aquí perfectamente a cuento.[6] Por lo que respecta al papel de la violencia en la dimensión interestatal, se pueden contar con los dedos de una mano las contribuciones de la teoría de la modernización que contemplan dicho tema. Pero si es lícito situar la teoría de la modernización en una relación de continuidad no sólo con los clásicos de la sociología, sino incluso con las tradiciones clásicas del liberalismo en materia de filosofía social, también se puede afirmar que el sueño de una modernidad sin violencia es susceptible de volver a ser soñado.[7] En la cosmovisión del liberalismo, las guerras y los conflictos resueltos de manera violenta aparecían como parte de la *pre*historia de la humanidad civilizada, y los que pervivían eran interpretados como reli-

5. Véase el estudio general de Helmut Thome «Gesellschaftliche Modernisierung und Kriminalität: Zum Stand der sozialhistorischen Kriminalitätsforschung», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 21, 1992, págs. 212-228.

6. Norbert Elias, *Über den Prozeß der Zivilisation*, Francfort del Meno, 1976. Soy consciente de que, respecto a mi especial hincapié en la linealidad del planteamiento de Elias sobre el entramado y controles de afectos crecientes, hay también explicaciones que hacen hincapié asimismo en las constelaciones interestatales y su contingencia en la obra de Elias, las cuales lo acercan así a las intenciones que aquí se exponen. Véase, por ejemplo, Artur Bogner, «Die Theorie des Zivilisationsprozesses als Modernisierungstheorie», Helmuth Kuzmics e Ingo Mörth (comps.), *Der unendliche Prozeß der Zivilisation. Zur Kultursoziologie der Moderne nach Norbert Elias*, Francfort del Meno, 1991, págs. 33-58, así como varios trabajos de Johann Arnason. Pero no es éste el lugar adecuado para intentar una integración de ambas posturas.

7. Véase en este libro el capítulo «El sueño de una modernidad sin violencia», págs. 47-64. En el siguiente pasaje me apoyo en lo expuesto en dicho capítulo.

quias de una época en trance de desaparición, aún no iluminada por la luz de la Ilustración, como la expresión de una confrontación entre civilización y barbarie. El temprano liberalismo consideró las guerras de la época como una consecuencia del espíritu aristocrático o de las veleidades incontroladas de los déspotas. El espíritu de la guerra aristocrático y el despotismo son, en este sentido, residuos de fases de desarrollo primitivas de la humanidad. La vida *civilizada* debe ser *civil;* las tendencias y necesidades belicosas no deben estar proscritas sólo por la religión y la moral, sino que la sociedad civil debe suavizarlas y reconducirlas por la vía de las competiciones deportivas o la competencia económica (*le doux commerce*).[8] Aun cuando con ello no se alcanzara todavía plenamente la era de la no violencia, se consideraba propio de un liberal ilustrado conocer la vía y los pasos necesarios para el perfeccionamiento de un orden razonable. Con diferentes valoraciones, el libre comercio, el acuerdo de la burguesía en materia de política exterior, el derecho constitucional y el carácter contractual de las relaciones interestatales fueron sendas formulaciones de las concepciones liberales sobre la paz. Así como la tortura y los malos tratos, públicamente celebrados, debieron desaparecer del ámbito de la justicia penal, así también debieron desaparecer la guerra y cualquier tipo de violencia perpetrada contra las personas y cosas de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad burguesa. Pero con la proscripción de la violencia corre pareja, según esta cosmovisión, cierta banalización de su presencia. Una mirada orientada hacia delante y que vea el futuro con optimismo considerará con impaciencia y sin verdadero interés los viejos tiempos que van desapareciendo.

La eficacia de esta tradición de pensamiento, y su importancia para nuestra visión de la modernización, se pueden descubrir *ex negativo,* por así decir, considerando la Primera Guerra Mundial desde las denominadas premisas liberales.[9] A principios de siglo, éstas se amplían sin interrupción entre los intelectuales americanos, y sin duda es en ellos donde más claramente se encuentra tratado el tema de las consecuencias de la guerra para la cosmovisión liberal. Al principio, la consideraron como una muestra del retraso europeo respecto a la modernidad americana; es decir, como una reliquia feudal, clara expresión de la senilidad y la deca-

8. Albert Hirschman, *Leidenschaften und Interesesen: Politische Begründungen des Kapitalismus vor seinem Sieg*, Francfort del Meno, 1980, págs. 66 y sigs.

9. Véase en este libro el capítulo «Ideologías de la guerra. La Primera Guerra Mundial en el espejo de las ciencias sociales contemporáneas», págs. 83-118.

dencia europeas, que América debía intentar evitar. Con la revolución de febrero y la caída de los zares en Rusia, y la agudización del debate sobre la entrada de Estados Unidos en la guerra, hubo otro tema que pasó a ocupar al primer plano de la actualidad: la guerra como lucha entre democracia y autocracia. El ver en una democracia defectuosa la causa de una política exterior belicosa era algo que se adecuaba perfectamente a la cosmovisión liberal. En su libro *Imperial Germany and the Industrial Revolution,* publicado en 1915, Thorstein Veblen achacaba el peligro que venía de Alemania a la existencia en aquel país de una modernidad económico-técnica y un atraso político-cultural.[10] Al igual que sus contemporáneos, que razonaban desde los presupuestos de la historia de las ideas, él considera Alemania como una anomalía en el camino de la modernización. Con dicho planteamiento, echa a andar, sin duda, la tesis acerca de la vía especial alemana en la sociología americana. Es difícil saber cómo interactuó exactamente esta idea con la variante apologética alemana de la vía especial en el campo del historicismo. Es indudable, en cualquier caso, que la variante americana, a través de Parsons, de una parte, y de Dahrendorf y Wehler, de la otra, resultó decisiva para la posterior teoría sobre la modernización y los trabajos sobre Alemania. En mi opinión, su importancia teórico-estratégica ha sido muy poco valorada hasta la fecha. Dicha teoría permite disponer de un paradigma de progreso evolucionista con respecto a la guerra mundial con pequeñas correcciones. Si había que achacar la guerra al caso especial alemán, no se zarandeaban por ellos las hipótesis al uso sobre el carácter civilizador de la modernidad. Así, es perfectamente consecuente el que, como ocurre en Veblen, el nacionalismo aparezca no como producto de la modernidad, sino como reliquia de los tiempos bárbaros. Por tanto, la guerra mundial no condujo a las tempranas versiones del pensamiento de la modernización, a un cuestionamiento de la hipótesis de una modernidad sin violencia; la *Exotisierung* («exoticización») (Lepsius) de determinadas vías de desarrollo nacionales permitió, antes bien, una inmunización de gran alcance con respecto al devenir de la historia universal.[11]

10. Thorstein Veblen, *Imperial Germany and the Industrial Revolution* (1915), New Brunswick, Nueva Jersey, 1990; y *The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation*, Nueva York, 1917. Sobre la imagen que Veblen tiene de Alemania, véase Colin Loader y Rick Tilman, «Thorstein Veblen's Analysis of German Intellectualism», *American Journal of Economics and Sociology*, nº 54, 1995, págs. 339-355.

11. Una argumentación parecida la expuso Randall Collins en «German-Bashing and the Theory of Democratic Modernization», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 24, 1995, págs. 3-

La teoría de la «modernización defensiva»[12] constituye un paso más allá de la visión del mundo clásico-liberal, en cuanto que deja atrás el concepto de la simple coexistencia del desarrollo a lo largo de una senda de desarrollo igual. En los trabajos, repletos de material histórico, de Reinhard Bendix, por ejemplo, se intenta tomar en serio la idea de que sólo la nación que emprende la senda de la modernización tiene posibilidades de continuar en su desarrollo sin acuciantes presiones inducidas por extraños.[13] Cada nación que entra en escena se encuentra, antes al contrario, en un campo de fuerza producto de la competencia entre los precursores y los rezagados. Esta competencia podría interpretarse sobre todo en sentido económico y técnico. Conviene señalar que ya en Veblen se encontraba el argumento acerca de las ventajas del atraso. Sin embargo, la teoría de la modernización defensiva apunta principalmente las asimetrías del poder de carácter político y militar. La impactante experiencia de una derrota militar, y generalmente también la manera como las élites dominantes ven el peligro de semejante revés, actúan como detonantes de procesos de modernización en los ámbitos de la política económica en general, de política fiscal en particular y de la organización interna de lo militar. Por ejemplo, las primeras fases de la modernización en Europa occidental provocan en los Imperios Ruso y Otomano una presión a la que tiene que salir al paso la modernización del ejército y de la burocracia. El proceso de modernización defensiva más importante para Alemania tiene lugar tras la demoledora derrota de Prusia en 1806 frente a Na-

21; véase, no obstante, la réplica de Wolfgang Knöbl, págs. 465-468, así como la exposición, extraordinariamente equilibrada, del debate sobre la vía especial alemana que ofrece Jürgen Kocka en el capítulo «Deutsche Geschichte vor Hitler. Zur Discusión über den "deutschen Sonderweg"» de su libro *Geschichte und Aufklärung*, Gotinga, 1989, págs. 101-113; también es suyo el reciente artículo «Asymmetrical Historical Comparison: The Case of the German "Sonderweg"», *History and Theory*, nº 38, 1999, págs. 40-50. Son asimismo importantes, con referencia directa a Veblen, las observaciones de carácter relativizador de Thomas Nipperdey en *Deutsche Geschichte 1866-1918*, vol. 2, Múnich, 1992, págs. 902 y sigs., *passim*.

12. Véase Cyril E. Black, *The Dynamics of Modernization*, Nueva York, 1966.

13. Reinhard Bendix, «Tradition and Modernity Reconsidered», *Comparative Studies in Society and History*, nº 9, 1966-1967, págs. 292-346 (sobre la fundación histórica en general), y «Modernisierung in internationaler Perspektive», Wolfgang Zapf (comp.), *Theorien des sozialen Wandels*, Colonia, 1970, págs. 505-512 (sobre la relación entre pioneros y rezagados de la modernización); véase también Reinhard Bendix, *Könige oder Volk*, 2 vol., Francfort del Meno, 1980 (sobre su propia sociología histórica).

poleón; las reformas de Stein y Hardenberg, y la transformación de las estructuras del antiguo imperio, sirvieron para superar la ignominia de la derrota y tratar de impedir su repetición.[14] En Alemania se suele prestar menor atención al hecho de que también las naciones vencidas por ella, como, por ejemplo, Francia, después de la derrota de 1841, así como Dinamarca, después de 1864, sufrieron su correspondiente presión modernizadora defensiva. La historia más reciente de Japón tampoco se puede entender sin esta presión. Los ejemplos se podrían multiplicar a discreción. Para nuestro propósito, lo más relevante es que la teoría de la modernización defensiva una entre sí los distintos desarrollos de cada uno de los Estados, declare posibles las aceleraciones de los procesos de modernización y acepte una interacción entre una posición de poder internacional y la modernidad interna. Dicha teoría sólo haría todo esto en la medida en que se planteara la cuestión de si la competencia económico-político-militar entre los Estados puede conducir también a resultados distintos a los de una modernización. Por ejemplo, no aborda un fenómeno como el *afianzamiento* —apoyado en el poder— de la igualdad del desarrollo.

Entonces, sobre la teoría de la «modernización defensiva» debemos preguntarnos también lo siguiente: ¿qué ocurre si ésta no se da, o fracasa? Los Estados pueden también olvidarse de aprender la lección o, a pesar de todos sus esfuerzos por aprenderla, pueden fracasar. Una buena respuesta la ofrece, según mi parecer, la socióloga americana Theda Skocpol con su teoría de la revolución.[15] Skocpol no se basa, obviamente, en la teoría de la modernización al uso, sino en los estudios, influidos por el marxismo, de Barrington Moore sobre los orígenes sociales de la democracia y la dictadura. En estos trabajos de su profesor, el papel de la violencia en las transformaciones del sector agrario, así como en la denominada acumulación original y en la transformación del aparato del Estado resulta bastante más claro que en la convencional teoría de la modernización. Pero, a pesar de su dependencia de la tesis de Moore sobre la estructura rural de las clases y el papel bloqueador de la superestructura

14. Hans-Ulrich Wehler sitúa la historia alemana ente 1789 y 1815 bajo el epígrafe de «la modernización defensiva». Véase su libro *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 1, Múnich, 1987, págs. 343 y sigs.

15. Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, 1979; Barrington Moore, *Soziale Ursprünge von Diktatur und Demokratie*, Francfort del Meno, 1969.

terrateniente, se desmarca de Moore, así como de la teoría de la modernización, al proponer un *gestalt switch,* como dice ella, que conduzca de la consideración de la coexistencia, por no decir incluso de la interrelación en lo esencial, en los procesos de desarrollo endógenos a una manera de considerar el problema *a priori* intersocial. Semejante manera de razonar, que podemos encontrar ya también en Thorstein Veblen y León Trotky, no debe empero sucumbir, como la teoría del sistema internacional de Wallerstein, pero al revés, a un reduccionismo económico. Una transformación como la que propone Skocpol relativiza la fuerza determinadora a largo plazo de los requisitos internos de las sociedades y debilita la hipótesis de una vía especial alemana o japonesa, que hay que tener en cuenta al menos cuando ésta remite a causas endógenas y no a constelaciones exógenas. El cambio de perspectiva concentra la atención en las constelaciones de crisis que no pueden ser dominadas por los Estados ni siquiera mediante medidas de modernización forzosas. Éstas se toman en las guerras, las cuales casi siempre, pero sobre todo en el caso de una derrota prevista o sufrida, van acompañadas de una fuerte sacudida de la legitimidad del orden político *y* del debilitamiento de los aparatos de coerción estatales.[16] En este sentido, Skocpol estudia las revoluciones no desde el punto de vista de las élites revolucionarias o de las masas, como una manera de fase suprema de su movilización, sino desde una vinculación de las crisis de la modernidad con las constelaciones bélicas. Desde esta perspectiva, la irrupción de la Revolución francesa está determinada esencialmente por la competencia anglo-francesa del siglo XVIII; respecto a las Revoluciones rusas de 1905 y 1917, y a la historia de la Revolución china, la importancia de la guerra es inmediatamente evidente; mientras que la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, que acabó con una derrota para Rusia y azuzó el descontento que desembocaría en la revolución, estuvo temporal y espacialmente delimitada y dejó intacta la capacidad de función y la lealtad de los militares en lo esencial. En la Primera Guerra Mundial, las cosas fueron muy distintas. Las poblaciones campesinas y urbanas se rebelaron, y los militares no se mostraron, frente a la politización de los jóvenes soldados de extracción campesina, como un instrumento de represión, sino antes al contrario como una correa de transmisión de dicho descontento. El cambio de sistema median-

16. Randall Collins ha elaborado este tema de manera especialmente resuelta en el capítulo «Imperialism and Legitimacy. Weber's theory of politics» de su libro *Weberian Sociological Theory*, Cambridge, 1986, págs. 145-166.

te la revolución aparece menos como la realización de una perspectiva de mejora mundial ideológica que como la continuación desesperada de un proceso de modernización defensiva, con unos medios distintos a los de los competidores y con otras consecuencias en cuanto a la centralización extrema del poder estatal y a la completa destrucción de la estructura social tradicional. Pero el concepto de modernización resulta especialmente equívoco empleado de esta manera. En cierta medida, la competencia de la modernización produjo en las revoluciones del siglo XX precisamente lo opuesto al prototipo de la modernización. Este equívoco aparece en primer plano con la caída de esta vía de desarrollo, o de la «revolución anticomunista». ¿Fue el desarrollo soviético como tal una modernización recuperada, o necesita ahora de esta modernización recuperada tras el derrumbe del modelo soviético? ¿Tiene ahora el camino libre una modernización recuperada, o se está repitiendo la constelación de la que en otro tiempo provino el órdago revolucionario de la modernización defensiva? Con la asociación de la modernización, la guerra y la revolución se vino abajo la idea de que la presión para una modernización defensiva conduce indefectiblemente a una modernización recuperada de manera más o menos exitosa. En la actualidad, se ve más clara la posibilidad de una constitución de órdenes sociales nuevos como una consecuencia de las crisis de modernización y de las guerras.

La constitución de un nuevo orden resulta más clara aún si consideramos el nacimiento del fascismo como un producto del espíritu de la guerra. En la época de la guerra mundial, también entre destacados intelectuales alemanes, como, por ejemplo, Max Scheler y Georg Simmel, cundió la esperanza en un efecto revitalizador de la guerra. Esto sólo podemos entenderlo apropiadamente si no presuponemos la perpetuación de un belicismo trasnochado o de un social-darwinismo y reconocemos que se intentó lúcidamente una búsqueda, sumamente moderna, de otra modernidad. Así, por ejemplo, Georg Simmel ve en la guerra la gran ruptura, o al menos la gran oportunidad de una ruptura, con las tendencias trágicas de la cultura moderna. De un solo golpe se acortarían las cadenas «medios-fin» tornadas excesivamente largas, se recuperaría la verdadera temporalidad y se experimentaría de manera plástica el carácter social de toda individualidad. Todos los críticos de la cultura de la preguerra fueron por igual conscientes de que la modernización no se podía buscar en los manuales de la racionalización galopante; pero casi nadie creyó tampoco en la actualización de la modernidad. La guerra podía ser experimentada por todos estos estudiosos como la revelación de la solución

buscada. De repente, pareció producirse una génesis de nuevos valores y vínculos, y la guerra fue equiparada con las grandes rupturas culturales producidas en el espacio europeo, como la Reforma o la Revolución francesa. Parecía como si, en pleno proceso de modernización, el rumbo se hubiera invertido básicamente.

Entre los intelectuales alemanes, al júbilo desbordado por la irrupción de otra era moderna siguió pronto el malhumor de la resaca. Mussolini y los más destacados intelectuales italianos, por el contrario, hablaron de la guerra como de una revolución; no, como los bolcheviques, como de una condición favorable para la revolución, ni, como los belicistas existencialistas alemanes, como de una transformación interna de los seres humanos. Algunos de los más exaltados consideraron la guerra ruso-japonesa de 1905, que desencadenó la Primera Revolución rusa, como la prueba viva de «la modernidad de la guerra» (Enrico Corradini).[17] Gabriele d'Annunzio se sumó al elogio de la acción violenta por parte de Nietzsche (en cuanto señorial desahogo del hombre dionisíaco), pero convirtiendo en aventura belicosa lo que en Nietzsche no era más que la fantasía libresca de un filósofo. Para Mussolini, la guerra mundial se convierte en una ocasión propicia para romper con la visión común al liberalismo y al socialismo de un mundo pacífico y redescubrir al hombre como la «esencia belicosa de toda la zoología». En el plano organizativo e institucional, el fascismo italiano trató de instaurar la guerra a perpetuidad. En el plano organizativo, el movimiento fascista se adhirió al modelo que propugnaba una alianza de guerreros. La violencia terrorista contra el enemigo político interno no sólo fue practicada por las secciones de asalto fascistas de manera inauditamente descarada y sistemática, sino que además fue justificada allí donde no había ningún objetivo instrumental. Al principio, estos grupos se alimentaron principalmente de oficiales y soldados de élite despedidos del cuerpo, así como de un buen número de estudiantes de bachillerato y universidad. Los grupos de combate fueron luego transformados en una milicia fascista, que, como órgano estatal, tomó las riendas del partido. La economía de guerra, con su gran necesidad de coordinación y la enorme tensión de todas las fuerzas sociales, facilitó al caudillo carismático la visión de un nuevo orden: el de

17. Enrico Corradini habla explícitamente de la *modernità della guerra* en el artículo «La guerra», *Il Regno*, vol. 1, 1904, nº 4, págs. 2-4; aquí nos hemos basado en la reedición a cargo de Delia Castelnouvo Frigessi (comp.), *La cultura italiana del '900 attraverso le riviste («Leonardo, «Hermes», «Il Regno»)*, vol. 2, Turín, 1961, págs. 482-485, aquí pág. 483.

un Estado corporativo en el que todas las fuerzas obedecen a una sola voluntad y toda la población constituye una masa sumisa.[18]

Naturalmente, como en el caso del comunismo soviético, se puede interpretar el fascismo italiano como una dictadura de desarrollo recuperador más o menos exitosa. La dimensión del éxito del desarrollo se convierte en este caso en una cuestión empírica. Pero nos debería llamar bastante la atención que los objetivos proclamados por el fascismo y el nacionalsocialismo alemán en modo alguno fueran unívocamente modernistas o antimodernistas. Lo mismo hay que decir de los resultados de la política de estos regímenes. Dahrendorf ha atribuido al nacionalsocialismo una especie de función de modernización a regañadientes. A lo que hay que añadir que los fascistas y nacionalsocialistas intentaron ejemplarizar sus ideales de orden. ¿Cómo juzgaríamos hoy la modernización de recuperación si hubiera vencido Hitler, es decir, la Alemania nacionalsocialista? Es posible que hoy consideremos ridícula y absurda esta pregunta. Pero, en el año 1940, era perfectamente concebible que el orden político democrático sólo se conservara, en el mejor de los casos, en Norteamérica. Si tomamos en serio semejante posibilidad, veremos más claramente la radical contingencia del hecho de que el fascismo y el bolchevismo sucumbieran en los momentos históricos en que sucumbieron; es decir, si tomamos en serio tal posibilidad, en lugar del síndrome de desarrollo descrito por la teoría de la modernización, se hubiera impuesto un modelo capaz de competir y de sobrevivir sin los contenidos normativos de la tradición cultural occidental.

Si estamos dispuestos a reflexionar en la radical contingencia de la caída del fascismo y no explicamos la victoria en el siglo XX de las sociedades occidentales sobre sus enemigos basándonos en unas supuestas garantías de carácter histórico-filosófico, entonces es lógico y natural no interpretar tampoco el surgimiento de la modernidad según conceptos evolucionistas, sino como resultado de una constelación histórica contingente. A los clásicos alemanes de la sociología como, por ejemplo, Max Weber y Werner Sombart, en modo alguno les fue completamente ajena esta manera de razonar. Max Weber vio la irrupción de la modernidad no como el resultado lógico de un proceso de racionalización cultural. Por su parte, Werner Sombart intentó en 1913 explicar el papel consti-

18. Véase Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, Múnich, 1963; Zeev Sternhell, *The Birth of Fascist Ideology. From Cultural Rebellion to Political Revolution*, Princeton, Nueva Jersey, 1994.

tutivo de la guerra con respecto a los procesos de racionalización estatal y a los de procesos de disciplinamiento cultural. En sus lecciones sobre historia de la economía, Max Weber tachó esto de exagerado y mistificador por su carácter monocausal, pero también él concedió a la competencia de los Estados nacionales nacientes un papel esencial en el origen de la modernidad.[19] También en la reciente sociología británica —véase, por ejemplo, Michael Mann, John Hall e incluso Anthony Giddens—, este pensamiento de los clásicos ha experimentado un renacimiento importante.[20] De una manera mucho más diferenciada que en Sombart, en el Reino Unido se explica el fracaso de la formación de un gran imperio en Europa, con lo que ello conlleva de intrigas y enredos belicosos, precisamente como el motor del proceso de la modernización. La comunidad de la cultura cristiana impidió que esta competencia se convirtiera en una lucha de aniquilamiento general. La revolución militar, que, con las nuevas armas, tornó los combates de caballería cada vez más obsoletos, propició que se modificara radicalmente toda la relación del entramado Estado-ejército-economía. Las nuevas armas exigían una tecnología especial para su fabricación, así como una nueva organización y una mejor formación de los militares, amén de una nueva manera de financiación. Para muchos pequeños terratenientes, las medidas que se habían de aplicar resultaban sencillamente imposibles de financiar. Sólo resultaba relativamente posible, y fácil, sufragarlas allí donde, a causa ya de una economía financiera avanzada ya de una situación geográficamente favorable, la relación entre la política fiscal y la militar alcanzó un rápido

19. Werner Sombart, *Krieg und Kapitalismus*, Múnich/Leipzig, 1913; Max Weber, *Wirtschaftsgeschichte. Abriß der universalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1923, Berlín, 1981 (4ª ed.), especialmente págs. 265 y sigs.

20. Michael Mann, *Geschichte der Macht*, vol. 2, Francfort del Meno, 1991; John Hall, *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*, Berkeley, 1986; Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Cambridge, 1985. Una buena panorámica de este aspecto teórico lo ofrece Wolfgang Knöbl en «Nationalstaat und Gesellschaftstheorie», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 22, 1993, págs. 221-235. Se pueden encontrar planteamientos críticos para con Giddens en Christopher Dandeker, «The Nation-State and the Modern World system», y en John Breuilly, «Tha Nations-State and Violence: A Critique of Giddens», ambos en la obra editada por Jon Clark y otros, *Anthony Giddens. Consensus and Controversy*, Londres, 1990, págs. 257-269 y 271-288. En Alemania, Friedrich Tenbruk ha intentado, desde posiciones conservadoras, ofrecer una ampliación de la perspectiva centrada en el Estado nacional. Véase, por ejemplo, su artículo «Gesellschaftsgeschichte oder Weltgeschichte?», *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, nº 3, 1989, págs. 417-439.

equilibrio. En los demás casos, se precisó de una enorme concentración de recursos por parte del Estado y del embridamiento de todas las instancias intermedias para poder aguantar la competencia en lo militar. La situación económica y geográfica de Inglaterra predisponía a este país a experimentar un desarrollo constitucional y a convertirse en el prototipo de la modernización. Se puede especular si, desde el punto de vista político, Inglaterra no habría acometido realmente tanto una modernización, sino que se habría visto suficientemente libre de presiones para formar un aparato estatal superpotente.[21]

Esta explicación, que no ignora la existencia de tradiciones culturales y políticas que vienen de muy lejos, ni resta importancia a los desarrollos económicos y técnicos, invita a pensar en el surgimiento de la modernidad no como suceso único e irrepetible, sino más bien como una constelación contingente. En esta constelación de desarrollos culturales, económicos, políticos y militares, la revolución militar que tuvo lugar entre 1560 y 1660 y la historia de las guerras, tanto entre países como civiles, jugó un papel esencial, prácticamente ignorado por la sociología.[22] Pero esta formulación nos parece aún demasiado inofensiva, pues sólo reconoce el hecho de la participación de las guerras en el surgimiento de la moderni-

21. Este argumento remite, naturalmente, al historiador Otto Hintze, ignominiosamente olvidado por la sociología alemana a pesar de sus planteamientos próximos a la sociología; véase, por ejemplo, su clásico artículo «Staatsverfassung und Heeresverfassung» (1906), *Staat und Verfassung. Gesammelte Abhandlungen*, vol. 1, Gotinga, 1970, págs. 52-83. Los rasgos geopolítcos de la argumentación de Hintze aparecen convincentemente relativizados por Wolfgang Reinhard en «Staat und Heer in England im Zeitalter der Revolucionen», Johannes Kunisch (comp.), *Staatsverfassung und Heeresverfassung in den europäischen Geschichte der frühen Neuzeit*, Berlín, 1986, págs. 173-212. Se encontrará una versión sociológicamente aceptable del argumento de Hintze en Brian M. Downing, «Constitutionalism, warfare and political change in early modern Europe», *Theory and Society*, n° 17, 1988, págs. 7-56, y de manera más detallada en su libro *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Princeton, 1992.

22. Sobre la concepción de la «revolución militarista», que se remonta a Michael Roberts, véase sobre todo Geoffrey Parker, *Die militärische Revolution. Die Kriegskunst und der Aufstieg des Westens. 1500-1800*, Francfort del Meno, 1990; Bruce Porter, *War and the Rise of the State. The Military Foundations of Modern Politics*, Nueva York, 1994, sobre todo págs. 63 y sigs. Para el estudio sociológico de estas cuestiones es fundamental la obra de Charles Tilly. Véanse sus «Reflections on the History of European State Making» en el libro editado por él mismo *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, 1975, págs. 3-83, así como su libro *Coercion, Capital, and European States 990-1990*, Oxford, 1990.

dad. Al meollo del problema consigue llegar Stephen Toulmin en su libro *Cosmópolis*,[23] donde argumenta que las guerras, incluidas las guerras civiles, han marcado la modernidad tal y como la conocemos en su esencia más íntima. No es la imagen histórica, insoportablemente narcisista y parcial, en sentido protestante, de un auge lineal producto del Renacimiento, la Reforma, el comercio, las ciudades, la imprenta, la filosofía, las ciencias naturales, la soberanía nacional, la que marca a la temprana Edad Moderna —ya que, según él, ésta fue más bien una época de grandes convulsiones, de fanatismos religiosos y de un «Contrarrenacimiento»—, sino la idea de numerosas variantes de una posible modernización, sólo una de las cuales logró abrirse paso. Importantes rasgos de la temprana modernización cultural del Renacimiento, como el énfasis en la retórica, la sensualidad o la vinculación de todo pensamiento a un momento y un lugar concretos no tuvieron vigencia en el proceso de modernización social. Las ideas humanistas sobre un régimen de paz para toda Europa fueron víctimas de la argumentación racionalista de Hobbes, el cual dio expresión clásica a la idea de un mundo que se componía de Estados nacionales soberanos antes de su realización histórica. La búsqueda de la certeza por parte de Descartes, que en los replanteamientos de la modernidad filosófica ha marcado desde siempre el comienzo de la era moderna, en la visión de Toulmin es un desesperado intento por escapar a la confrontación, que en su época se volvió insoportablemente violenta, entre los distintos productos en descomposición posteriores a la Edad Media. La transfiguración de la racionalidad no surge de su validez obvia, sino que expresa en qué medida la esperanza orienta hacia ella a los desesperados.

Soy perfectamente consciente de que el panorama que aquí trato de bosquejar muestra sin duda muchas cosas, pero nada en concreto con la debida profundización. El sueño de una modernidad sin violencia; la importancia de la modernización defensiva; la estrecha relación entre modernización, guerra y revolución; el fascismo como producto del espíritu guerrero; el papel de la guerra en el surgimiento de la modernidad y la impronta dejada en la modernización por las experiencias de la guerra, incluida la guerra civil..., de todo esto hemos hablado por encima en el presente esbozo. Pero la interrelación de estos complejos individuales, que no la acumulación de particularidades sin cuento, nos invita, al abor-

23. Stephen Toulmin, *Kosmopolis. Die unerkannten Aufgaben der Moderne*, Francfort del Meno, 1992.

dar el análisis de las guerras, no sólo a revisar nuestra respuesta a muchos de los problemas de la sociología histórica, sino también a extraer las oportunas consecuencias para nuestra comprensión de la modernidad y la relativización de la teoría de la modernización.[24] La fórmula de «la modernidad de la guerra» no nos sirve para, poseídos por el espíritu de un nuevo belicismo, o por la ideología de una *realpolitik* ajena a los valores, proclamar la posibilidad de la guerra. Como tampoco sirve dicha fórmula para describir el tipo de guerras que podrían justificarse desde morales y universalistas premisas «modernas», ni para proyectar el deseo de paz a las sociedades premodernas. El empleo provocador de esta fórmula debe, antes bien, contribuir a acabar con la identificación satisfecha entre la modernización y la decreciente verosimilitud de la guerra. La historia del siglo que va a terminar y el presente inmediato nos impelen a asociar la búsqueda de unas condiciones de paz con un análisis realista de todos los elementos específicamente modernos que tienden y se orientan también hacia la guerra. Para la teoría de la modernización, de semejantes convicciones se desprenden cuatro consecuencias principales. En primer lugar, resulta evidente que, en el tema de la guerra, la modernización, como totalidad homogénea, no debe abordarse en paralelo con los distintos desarrollos de la cultura, la economía y la política. La estrecha relación existente en la teoría de la modernización entre determinados sistemas sociales parciales ha pasado de ser una ventaja teórica a convertirse en una carga. El énfasis en la variabilidad cultural y el descubrimiento de interrelaciones muy diferenciadas del orden político y económico han hecho que se preste mayor atención al endeble acoplamiento de ámbitos sociales parciales, de la misma manera que, a partir de fundamentos teóricos internos, cada vez nos parece más una asociación problemática entre marxismo y teoría de la modernización el suponer aquí vinculaciones estrechas.[25] Así pues, deberíamos distinguir bien entre las diferentes dimensiones y permitir entre ellas la existencia de condiciones variables. Entonces constataremos complejas discrepancias entre ámbi-

24. De manera paralela a mis investigaciones sobre la guerra, Wolfgang Knöbl se ha ocupado del empleo violento legítimo intraestatal. Véase su libro *Polizei und Herrschaft im Modernisierungsprozeß. Staatsbildung und innere Sicherheit in Preußen, England und Amerika 1700-1914*, Francfort del Meno, 1998.

25. Sobre la crítica al núcleo teórico-diferenciador de la teoría de la modernización, véanse mis argumentos (y la bibliografía allí ofrecida) en *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992, págs. 326 y sigs. Vale la pena leer también en este contexto la obra de Hans-Ulrich Wehler *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Gotinga, 1975.

tos sociales parciales, así como efectos retroactivos de pérdidas de modernidad y la defensa de viejos órdenes con medios modernos. En segundo lugar, el proceso mental aquí expuesto aumenta la presión para justificar las premisas normativas que están en la base de la teoría de la modernización. Si la teoría de la modernización abandona las pretensiones de linealidad y teleología, así como su tono de inevitabilidad histórica, entonces ciertos objetivos normativos, como el de la democratización, ya no pueden justificarse a partir de rendimientos funcionales. Esto no excluye, por supuesto, la idea de las preferencias funcionales de la democracia. Pero ya sabemos que las prioridades funcionales no se realizan siempre, ni mucho menos, y que el problema de la fundamentación normativa no es lo mismo que la prueba de los rendimientos funcionales. Por lo tanto, necesitamos una conciencia clara de los motivos normativos que convierten a la democracia en una medida del progreso, sin por ello poseer una garantía histórica de este proceso. También los conceptos de modernidad y modernización siguen mostrando nostalgia por semejante garantía, incluso allí donde la «modernidad» sólo se plantea de manera pesimista. En tercer lugar, el estudio de la importancia de la guerra para el cambio social muestra a las claras la incidencia de las constelaciones internacionales en el carácter exacto de los procesos de modernización. La recaída en un debate restringido a lo endógeno es aquí, en cierto modo, el defecto congénito de la sociología, independientemente de que ésta se encuentre cultural o materialmente orientada. Este defecto congénito puede resultar mortal para la disciplina misma y para su credibilidad.[26] Y, en cuarto y último lugar, el planteamiento cultural de las guerras nos recuerda la dualidad interna de la cultura moderna. El incremento de la racionalidad puede significar cosas muy distintas, y los posibles conceptos contrarios a la racionalidad son igualmente múltiples. Los procesos de

26. Los pronósticos sobre el futuro de China me parecen aquí un predecente interesante. Mientras que la teoría de la modernización permite hacer pronósticos sobre una democratización inevitable, la manera como se procede aquí tiende a incluir también otros escenarios completamente distintos. ¿No puede ser que el dominio militar de China a escala regional vaya militarizando cada vez más a los Estados económicamente avanzados del este asiático? ¿Se podría mantener la unidad estatal mediante una democratización? Véase al resepcto Kay Möller, «Muß man vor China Angst haben?», *Süddeutsche Zeitung*, 19 de mayo de 1995, pág. 9; Nicholas D. Kristof, «The Real Chinese Threat», *The New York Times Magazine*, 27 de agosto de 1995; y, con relación a la teoría de la modernización china propiamente, véase el artículo de Bettina Gransow, «Chinesische Modernisierung und kultureller Eigensinn», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 24, 1993, págs. 183-195.

abstracción de la teoría sociológica necesitan relacionarse con la intimidad objetiva de la escritura histórica y de la sensibilidad a las sacudidas de las corrientes culturales de la época si queremos obtener de la oferta de la teoría de la modernización una imagen adecuada de nuestro tiempo y de su prehistoria.

Capítulo 3

IDEOLOGÍAS DE LA GUERRA
La Primera Guerra Mundial en el espejo de las ciencias sociales contemporáneas[1]

«Las generaciones posteriores difícilmente podrán imaginar la falta de determinación, por no decir el servilismo, que han mostrado todas las corrientes ante el hecho de la guerra, creyendo ver en ella una ocasión perfecta para resurgir a una nueva vida. No existe en Alemania, ni fuera de ella, ninguna corriente intelectual ni cultural que no haya estado dispuesta a rendir a la guerra un tributo ideológico. Todas han pugnado por utilizarla como fuente de energía.»[2]

Estos párrafos del economista y sociólogo Emil Lederer, publicados en 1915, inciden proféticamente en la irritación que todavía hoy provocan los escritos de los intelectuales de la época de la Primera Guerra Mundial. Las ciencias sociales no fueron a este respecto una excepción. No fueron unos cuantos autores (o escuelas o disciplinas o naciones) aislados los que, cometiendo una especie de pecado original, se apartaron del recto camino de la objetividad científica y se pusieron al servicio de la propaganda y las exégesis de la guerra más o menos oficiales. Si se hubiera tratado de unos cuantos autores aislados, habría tenido sentido preguntar por ciertas continuidades hasta entonces inadvertidas en sus obras o investigar en su biografía, en su constitución psicológica, los motivos de

1. El presente capítulo es una versión ampliada y más elaborada de mi ponencia presentada en un simposio organizado por Wolfgang Mommsen, y que tuvo lugar en el Colegio Histórico de Múnich. Aparecieron versiones más breves, con los títulos respectivamente de «Die Sozialwissenschaften und der Erste Weltkrieg: eine vergleichende Analyse», en la obra editada por Wolfgang Mommsen *Kultur und Krieg. Die Rolle der Intellektuellen, Künstler und Schriftsteller im Ersten Weltkrieg*, Múnich, 1996, págs. 17-29, y de «Kriegsideologien», *Leviathan*, nº 23, 1995, págs. 336-350. Hay otros pasajes que remiten a mi artículo «Die Klassiker der Soziologie und der Erste Weltkrieg», Hans Joas y Helmut Steiner (comps.), *Machtpolitischer Realismus und pazifistische Utopie*, Francfort del Meno, 1989, págs. 179-210.

2. Emil Lederer, «Zur Soziologie des Weltkrieges», *Archiv für Sozialwissenscharft and Sozialpolitik*, nº 39, 1915, págs. 357-384; incluido también en *Kapitalismus, Klassenstruktur und Probleme der Demokratie in Deutschland 1910-1940*, Gotinga, 1979, págs. 119-144, aquí pág. 137.

su cambio abrupto; por ejemplo, por qué un Georg Simmel, esteta sensible y un exegeta existencialista de la guerra, o un Josiah Royce, venerable representante del idealismo alemán en Estados Unidos, acabaron convirtiéndose en rabiosos panfletistas. Si se hubiera tratado de unas pocas escuelas de pensamiento solamente, lo normal sería ver reflejada la problemática interna de dichas escuelas en sus escritos sobre la guerra. Pero tanto racionalistas como irracionalistas, idealistas como antiidealistas, neokantianos como filósofos vitalistas y pragmatistas, todos ellos abarrotan la lista de los intelectuales que se entusiasmaron con la guerra; por cierto, tampoco el marxismo inmunizó a sus seguidores contra las esperanzas suscitadas por la guerra. Si se hubiera tratado de disciplinas aisladas, nuestra mirada podría apartarse de la filosofía, la teología o la historia y esperar mejores resultados en las ciencias sociales, abundosas en hechos reales, o en las ciencias naturales, tan alejadas de la política. Sin embargo, también aquí sucumbimos rápidamente a la decepción. Las ciencias sociales, que en la Europa de esta época, a diferencia de Estados Unidos, apenas se habían independizado de las humanidades y de las ciencias políticas, no ofrecen, en su conjunto, otra imagen que la aludida, y los científicos de la naturaleza hablan a menudo del estado deficiente de su disciplina en el país enemigo, y prometen no tener en cuenta sus resultados en el futuro. Finalmente, si se hubiera tratado sólo de las grandes mentes alemanas, habríamos podido interpretar con tristeza la irritación por la conducta de los intelectuales echando mano de la tesis sobre la vía especial alemana. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial es vista por todas las partes en liza como un choque de culturas y de principios, y la responsabilidad de haber invocado valores muy disputados recae sobre los distintos gremios de intelectuales. Partiendo del hecho de que nos es conocida en sus rasgos básicos la reacción a la Primera Guerra Mundial por parte de las ciencias sociales de la época, el balance del estado de la investigación no puede ser más deprimente: en ningún país se distanciaron básicamente estas disciplinas de las principales corrientes intelectuales, y no sólo no ofrecieron ningún análisis objetivo sobre «la realidad científica», sino que ni siquiera mostraron la menor voluntad en este sentido.

Ante dicho panorama, un historiador podría darse por contento, pero no un sociólogo. Mientras que para un historiador la investigación ulterior de las ciencias sociales completa sin duda el cuadro general, pero sin modificarlo básicamente, el sociólogo debe hacerse dos preguntas suplementarias. En primer lugar, debe preguntarse por la relación entre, por una parte, los presupuestos paradigmáticos de los trabajos sociológicos y,

por la otra, las distintas posturas adoptadas ante la guerra. Aun cuando las hipótesis de determinadas escuelas no presenten una disposición favorable al espíritu bélico, puede haber presupuestos teóricos característicos de la disciplina, y que están por encima de las escuelas, que predeterminen la percepción de la guerra de manera especial; también es interesante estudiar la eventual relación de tensión entre los presupuestos paradigmáticos y el colosal acontecimiento que es la guerra, así como los intentos de resolución de esta relación de tensión. Y, en segundo lugar, a las ciencias sociales les incumbe, naturalmente, una exigencia explicativa superior. No pueden eludir la pregunta de por qué los representantes de esta disciplina actuaron y se manifestaron exactamente igual que todos los demás. En lo que viene a continuación, trataré de abundar en estos puntos en cuatro secciones distintas. En primer lugar, expondré las distintas reacciones de los clásicos de la sociología ante la Primera Guerra Mundial (1) tanto en Alemania (2) como en el resto de Europa. Luego me detendré en (3) las ciencias sociales y la filosofía en Estados Unidos, pues allí la relación de tensión entre la hipótesis de un mundo que se torna cada vez más pacífico y democrático y la realidad de la guerra adoptó una forma particularmente interesante. Después (4) intentaré esbozar los orígenes de la tesis acerca del efecto revitalizador y regenerativo de la guerra para una cultura y una sociedad percibidas en estado de crisis, para, finalmente, (5) ofrecer una hipótesis explicativa acerca de la sorprendente identidad de la postura adoptada por los intelectuales, hipótesis que he tomado de uno de los escasos intentos serios de la época de acometer una «sociología de la guerra mundial».

1

La Primera Guerra Mundial es, por consiguiente, un período especialmente importante en la historia de la sociología, pues nos permite conocer la toma de posición de los clásicos y fundadores de la disciplina respecto a los acontecimientos de la época. En la actualidad, casi todo el mundo conviene en considerar más bien como precursores y académicos marginales a los a menudo tenidos por fundadores de la sociología Auguste Comte y Herbert Spencer, y adscribir la institucionalización de la disciplina como tal a los autores que publicaron sus escritos más importantes entre 1890 y 1920, es decir, a los autores que siguen siendo una referencia en los estudios sociológicos actuales.

Por citar algunos nombres, en Alemania hay que mencionar a Max Weber, Georg Simmel, Ferdinand Tönnies y también a Werner Sombart; en Francia, principalmente a Émile Durkheim; en Italia, a Vilfredo Pareto; en Estados Unidos, a Charles Horton Cooley, William Isaac Thomas, George Herbert Mead y también a Thorstein Veblen; en Rusia, a Pitirim Sorokin. Más complicada aparece la situación de Inglaterra, donde la sociología encontró muchas dificultades a nivel institucional. Mis siguientes disquisiciones harán frecuente referencia a estos autores, así como a algunos filósofos directamente implicados en el debate, como es el caso de Henri Bergson y John Dewey. Al poner retrospectivamente en el candelero a unos autores que han resultado ser decisivos para el desarrollo de la disciplina, me desmarco de algunas valoraciones al uso y sigo una pauta que excluye determinadas metodologías. También se podría estudiar la conducta de las organizaciones sociológicas o de todos los representantes de la disciplina, incluidos los caídos en el olvido. Notemos solamente, a modo de ejemplo, que en la época de la guerra la «Sociedad Alemana para la Sociología» se veía a sí misma como una organización propagandística y belicosa, y que, ya después de la guerra, se fueron a pique en toda regla algunos intentos aislados por hacer autocrítica.[3] Respecto a las figuras olvidadas de la sociología, habría que mencionar, entre otros, a Johann Plenge. La frase de «las ideas de 1914» se debe al sociólogo de Münster, que en cualquier caso la interpretó más bien en el sentido de una organización completamente racionalizada de la sociedad que en el de una revitalización cultural, que fue como dicha frase se difundió de hecho entre el público.[4] Finalmente, entre los convertidos en clásicos de la sociología, Sombart, Weber y Simmel representan tres tipos de reacción a la guerra bien diferenciados.

Poco antes de la guerra, Werner Sombart[5] publicó un estudio detallado sobre *Guerra y capitalismo.* En el libro publicado en 1912 con el

3. Véanse Sven Papcke, «Dienst am Sieg: Die Sozialwissenschaften im Ersten Weltkrieg», *Vernunft und Chaos*, Francfort del Meno, 1985, págs. 25-142; Dirk Käsler, *Die frühe deutsche Soziologie 1909-1934 und ihre Entstehungsmilieus. Eine wissenschaftssoziologische Untersuchung*, Opladen, 1984.

4. Johann Plenge *1789 und 1914. Die symbolischen Jahre in der Geschichte des politischen Geistes*, Berlín, 1916. Sobre Plenge, véase Axel Schildt, «Ein konservativer Prophet moderner nationaler Integration. Biographische Skizze des streitbaren Soziologen Johann Plenge (1874-1963)», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, nº 35, 1987, págs. 523-570.

5. Werner Sombart, *Krieg und Kapitalismus*, Múnich/Leipzig, 1913; Werner Sombart, *Händler und Helden. Patriotische Besinnungen*, Múnich, 1915. Acepto la crítica de

mismo título, la relación entre la guerra y el capitalismo aparece tratada de una manera claramente distinta a la concepción materialista de la historia. Aquí no se postula el surgimiento de la guerra a partir de factores capitalistas, sino, antes al contrario, se inquiere sobre en qué medida y por qué el capitalismo como tal es precisamente un efecto de la guerra. No se niega con ello la posibilidad del planteamiento histórico-materialista; simplemente, es declarado estéril como fuente ulterior de conocimientos. Tampoco se impugnan los influjos destructivos de la guerra en la vida económica, en particular en la capitalista. Además de la inmediata destrucción de la guerra, se nombran las consecuencias negativas de la interrupción de las relaciones comerciales, de la presión fiscal excesiva, de la inseguridad del transporte y de la bancarrota estatal, así como, y no menos importante, la imposibilidad de crear capital recabando impuestos de los Estados en guerra. Pero nuestro autor no se detiene en esto; además, sostiene la posibilidad de que capitalismo fuera fruto del proceso de formación de Estados en los siglos XVI-XVIII y de los numerosos conflictos que tuvieron lugar entre los distintos Estados, a pesar de los destrozos que éstos acarrearon. Su argumentación se mueve a varios niveles diferentes. Sombart pretende mostrar que la guerra ha conducido al surgimiento del ejército moderno y que éste, según sus palabras, es un motor importante del sistema capitalista «1) como formador de fortunas, 2) como formador de actitudes, y (¡sobre todo!), 3) como formador del mercado».[6] Como formador de actitudes, los ejércitos modernos son efectivos en cuanto que, por primera vez, implantan de manera masiva esa cualidad que nos hemos acostumbrado a considerar como parte esencial del espíritu capitalista y del trabajo industrial: la disciplina. Como formador de patrimonios y de mercados, los ejércitos ejercieron un gran influjo en cuanto que el suministro de armas, y también de uniformes y alimentos, favoreció el surgimiento de grandes unidades de producción, aceleró indirectamente la minería y la extracción de metales y racionalizó el sistema productivo y comercial. Con la organización estatal del ejérci-

Friedrich Lenger —en su artículo «Werner Sombart als Propagandist eines deutschen Krieges», Wolfgang Mommsen (comp.), *op. cit.*— en el sentido de que en mis trabajos tempranos hablé impropiamente de una ruptura en Sombart como quiera que, ya en la preguerra, éste había publicado escritos en los que Alemania figuraba como la tabla de salvación respecto del comercialismo. Véase también el libro de Lenger, *Werner Sombart 1863-1941. Eine Biographie*, Múnich, 1994, sobre todo págs. 245 y sigs.

6. Werner Sombart, *Krieg und Kapitalismus*, *op. cit.*, pág. 14.

to corre pareja la racionalización del propio Estado, en cuanto que éste se ve obligado a abastecerlo y gestionarlo de manera permanente.

En su *Historia económica general,* Max Weber considera ya exageradas estas afirmaciones de Sombart.[7] Si fueran ciertas, entonces los enormes gastos militares «fuera de Occidente, como, por ejemplo, en la Gran Mongolia, o en China», habrían debido conducir también al desarrollo capitalista e, inversamente, la creciente satisfacción de las necesidades del ejército bajo la dirección del propio Estado habría tenido que poner nuevamente límites al capitalismo. En la época de la Segunda Guerra Mundial, el historiador americano de economía John Nef desarrolló una teoría contraria a la de Sombart en la que se extendía sobre los efectos nocivos del rearme en el progreso económico.[8] Aquello desencadenó un debate de grandes proporciones.[9] Se achacaba a Sombart, aportando las debidas pruebas, el no relacionar entre sí los rasgos constructivos y destructivos de la guerra con respecto al surgimiento del capitalismo ni preocuparse por diferenciar entre los efectos de la guerra y otros desarrollos a más largo plazo. De modo que su teoría puede conducir a erróneas apreciaciones empíricas en la mayoría de los casos. Con todo, como teoría no carece del todo de valor; hace que prestemos atención a una posibilidad de explicar el surgimiento del capitalismo claramente distinta, por ejemplo, de las interpretaciones evolucionistas, la insistencia de Weber en los rasgos específicos del racionalismo occidental o los intentos de exégesis marxistas. Siguiendo la teoría de Sombart, y en esto nos recuerda los trabajos de una serie de jóvenes sociólogos británicos de nuestros días (Hall, Mann, Ashworth y Dandeker), tal vez no la guerra pero sí la ausencia de un gran imperio europeo —con la consiguiente permanencia de intrigas y planes de guerra entre los distintos Estados— se convertiría en una dimensión esencial para los procesos de centralización económica y de disciplina cultural. A pesar de los sucesivos intentos de Carlomagno, Federico Barbarroja, Napoleón y Hitler —según John Hall—,[10] desde la caída del Imperio Romano no se ha llegado nunca en Europa al verdadero establecimiento de un gran imperio; con todo, la competencia entre los Es-

7. Max Weber, *Wirtschaftsgeschichte. Abriß der universalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1923, Berín, 1981 (4ª ed.), págs. 265 y sigs.

8. John Nef, *War and Human Progress*, Cambridge, Massachussets, 1952.

9. J. M. Winter, «The economic and social history of war», *War and economic development. Essays in memory of David Joslin*, Cambridge, 1975, págs. 1-10.

10. John Hall, «War and the Rise of the West», Colin Creighton y Margin Shaw (comps.), *The Sociology of War and Peace*, Londres, 1987, págs. 37-53.

tados se desarrolló dentro del ámbito cultural común de la fe cristiana. La ausencia de una estatalidad fuerte o de un ámbito cultural común habría debido bloquear el desarrollo capitalista.

El estallido de la Primera Guerra Mundial no defraudó las expectativas históricas de Sombart. En su opinión, queda fuera de toda duda que la guerra conservará su importancia mientras, según sus propias palabras, «los hombres determinen el destino de los pueblos».[11] Según su teoría, la guerra habría permitido un estudio preciso de los efectos económicos, sociales y psíquicos sobre las sociedades afectadas. Por otra parte, también habría podido dar pie a retomar el antiguo planteamiento de la concepción de la historia materialista sobre las causas de la guerra, y o bien a estar de acuerdo con alguna versión del imperialismo o bien a intentar una concepción opuesta. Pero Sombart no abordó ninguna de estas posibilidades teóricamente esbozadas. El libro *Händler und Helden,* publicado en 1915, muestra ya sus intenciones en el subtítulo: «Patriotische Besinnungen» [Actitudes patrióticas]. Sombart tacha de superficial cualquier interpretación del acontecer bélico como resultado de intereses económicos o de los deseos de poder de los Estados nacionales; la guerra mundial es, en su opinión, como toda gran guerra, una guerra de religión, la lucha a muerte entre la civilización europea occidental y la esencia alemana. Para él, es Inglaterra, y no Francia, el prototipo de esta civilización occidental. Sombart lanza un ataque general contra el utilitarismo, el eudemonismo, el individualismo y la comercialización de todos los ámbitos de la vida. En la línea de la crítica del utilitarismo, tan fundamental para la sociología, refuta que nos podamos representar las sociedades como agregados de individuos y las acciones como resultado del deseo de maximización del placer; el concepto de libertad como margen de acción del capricho individual lo considera igual de insuficiente que reducir la historia a la evolución de relaciones sociales individualistas. Pero lo que en los clásicos de la sociología era una argumentación sobre todo abstracta, aquí se convierte, mediante la identificación del utilitarismo con la esencia inglesa, en un parloteo nacionalista que provocó una profunda aversión entre los conocedores de Inglaterra contemporáneos de Sombart, simpatías políticas al margen.[12] «Con frecuencia viene a nuestra mente: unos grandes almacenes están luchando contra nosotros.»[13] Las co-

11. Werner Sombart, *Krieg und Kapitalismus, op. cit., sub voce.*

12. Klaus Schwabe, *Wissenschaft und Kriegsmoral. Die deutschen Hochschullehrer und die politischen Grundfragen des Ersten Weltkriegs,* Gotinga, 1965, pág. 29.

13. Werner Sombart, *Händler und Helden. Patriotische Besinnungen, op. cit.,* pág. 47.

rrientes no utilitaristas del pensamiento inglés se restringuen a la sangre irlandesa de algunos pensadores aislados. Contra el sometimiento del mundo desde estos presupuestos se yergue —de manera igualmente esencial— el espíritu alemán. La guerra desenfrenada es, según él, la guerra de Nietzsche, pero no sólo la de Nietzsche; es también la guerra contra el utilitarismo y el eudemonismo, en cuyo rechazo «coinciden los hermanos enemigos Schopenhauer y Hegel, Fichte y Nietzsche, los clásicos y los románticos, los alemanes de Postdam y de Weimar, y los alemanes antiguos y los modernos».[14] Sombart lleva bastante razón con esta caracterización; pero, más allá de la caracterización de una tradición alemana crítica con el utilitarismo, cree en la existencia de un antiprototipo positivo frente al sujeto orientado a la propia conveniencia de la tradición del pensamiento inglés. Lo característico de aquel individuo no es la propia conveniencia, sino el desprendimiento, la entrega y superación personales: sus virtudes son «la abnegación, la fidelidad, la candidez, el profundo respeto, la valentía, la piedad, la obediencia, la bondad».[15] La forma pura de estas virtudes la tipifica el héroe, y «ser alemán significa ser héroe»;[16] pero la guerra es fruto de una cosmovisión heroica y necesariamente conduce a la represión del espíritu comercial. En este punto, lo que escribe Sombart, por esa misma falta de crítica con la que son considerados como la antesala del militarismo alemán, por ejemplo, el patriotismo cultural apolítico de la época clásica alemana, la europeidad marcadamente antinacionalista de Nietzsche o, sobre todo, los ideales de la personalidad con una base preferentemente estética, se convierte en una distorsión de la historia, que sólo podemos entender desde una profunda sensación de absurdo en comparación con la cultura de la época anterior a la guerra. Sin duda, Sombart ya había avanzado atrevidas especulaciones acerca de la psicología de los pueblos, como, por ejemplo, al intentar achacar el espíritu capitalista a los rasgos esenciales de los judíos. Sin embargo, él se había inmunizado entonces contra las posibles críticas con la declaración de una parcialidad metódica consciente. Pero ahora aparece en él el capitalismo como inequívoca emanación del espíritu comercial, y éste a su vez como expresión de una individualidad como pueblo; la vida de los Estados es la lucha por la vida de estas individualidades como pueblo que pugna por desarrollarse; en dicha lucha, la victoria está del lado del pueblo que es capaz de frenar el comercialismo.

14. *Ibid.*, pág. 55.
15. *Ibid.*, pág. 65.
16. *Ibid.*, pág. 64.

El tenor de los escritos de Max Weber sobre el Estado nacional y la guerra se diferencia sin duda del de Sombart, si bien el vigor de su nacionalismo alemán durante el período de la preguerra y de su entusiasmo patriótico al estallar la misma no fue menor que el de aquél. En la obra de Weber no encontramos una concepción elaborada sobre la sociología del Estado nacional o del ejército; la sección titulada «Formas de poder: "La nación"» (III parte, cap. 3) de *Economía y sociedad,* donde nos habríamos esperado algo de esto, quedó, como se sabe, en estado fragmentario. Sin embargo, la importancia que tuvieron en la vida personal y pública de Weber el ejército como institución y el interés del Estado nacional como punto de referencia normativo se puede rastrear en muchos pasajes de su obra. Al igual que para Sombart, la disciplina militar es también para Weber una especie de resumen de la anterior disciplina de las masas; la moderna concepción del ejército como algo burocrático se convierte en el prototipo de un aparato instrumental en manos de los jefes. La idea de una estatalización de todas las normas jurídicas, que no deja de avanzar desde la temprana Edad Moderna, atraviesa toda sociología del derecho de Weber; en ésta, lo más digno de notarse en el plano teórico es que, para nuestro autor, la fuerza impulsora del monopolio de la violencia es sin duda el cuerpo de los que participan en el mercado, si bien el resultado del proceso consiste en una extensión simultánea del mercado y del fortalecimiento del Estado; así pues, vemos que el Estado y el mercado no se encuentran en una simple relación recíprocamente antagónica, sino que el desarrollo del Estado nacional y el establecimiento de las relaciones de mercado representan *un solo y único* proceso. El testimonio más conocido del pensamiento de Weber sobre el Estado nacional lo constituye su conferencia inaugural pronunciada en Friburgo en 1895, titulada «El Estado nacional y la política económica».[17] En esta conferencia, Weber rechazó, con el tono tajante tan característico en él, cualquier tipo de fe en los valores inmanentes de la ciencia económica, en particular, y de la ciencia, en general; según él, un buen punto de referencia respecto al valor, realista y responsable, lo tenemos no en la suerte o la justicia, sino sólo en el interés por la supervivencia de la nación, en su lucha darwinista por la existencia. La claridad normativa y la distancia respecto a todos los intereses particulares, y con ello una oportunidad para el enjuiciamiento de las clases y los partidos desde el punto de vista de un interés comprehensivo, hacen que el texto de Weber destaque en-

17. Max Weber, *Gesammelte politische Schriften,* Tubinga, 1980 (4ª ed.), págs. 1-23.

tre todos los demás, si bien no plantea la pregunta de la demostrabilidad de un interés nacional imaginable en el interior —o por encima— de los partidos. La supervivencia de la nación y su autoelevación, el *emporzüchtung* («desarrollo hacia arriba»), son los valores a los que la ciencia y la política deben supeditarse. Las afirmaciones de la economía clásica sobre el efecto pacificador del comercio mundial quedan todas, así, puestas en entredicho. «También bajo la apariencia de la paz —dice Weber en la valoración de su estudio sobre los campesinos de la región situada al este del Elba—[18] la lucha económica de las nacionalidades prosigue su camino; [...] la sombría seriedad del problema demográfico nos impide ser eudemonistas, hablar de la paz y la felicidad humanas en un futuro próximo y creer que la libertad de movimientos necesaria para la existencia terrenal se va a conseguir de otra manera que no sea mediante la dura lucha del hombre con el hombre. [...] Respecto al sueño de paz y felicidad humano, sobre las puertas del futuro desconocido de la historia humana aparecen grabadas las siguientes palabras: *lasciate ogni speranza.*» Y así sucesivamente, y con diversas variaciones. El desarrollo económico no acarrea la desaparición de las luchas por el poder, sino que representa sólo un cambio de las formas de estas luchas por el poder, de las que dicho desarrollo no se puede escapar. Según esta argumentación, está claro que Weber no sostiene *empíricamente* la forma violenta de un capitalismo rapaz, de carácter imperialista o colonial, con respecto a una política exportadora pacífica, sino que prejuzga *en el plano abstracto* el carácter básico de la lucha por el poder de todas las relaciones sociales.

A lo largo de la Primera Guerra Mundial, Max Weber publicó toda una serie de declaraciones y análisis sobre la misma, que están muy por encima del nivel —por lo general propagandístico y chovinista— de las publicaciones académicas de la época, que nadaron a favor de la corriente. Su rechazo de las interpretaciones de la guerra por parte de la pseudofilosofía de la historia y la pseudometafísica se basa, irónicamente, en el hecho de que, para él, el eterno guerrear de las naciones no precisa de ninguna justificación. Sin duda, también en él encontramos al principio alusiones a una supuesta misión cultural alemana, pero éstas van desapareciendo y volviéndose cada vez más débiles con el paso del tiempo. Sus escritos sobre la guerra no son tratados acerca de actitudes, pero tampoco análisis sociológicos del surgimiento de la guerra y de los efectos de la misma. Básicamente, se nos antojan como las contribuciones de un inte-

18. *Ibid.*, pág. 12.

lectual que solicitó una intervención directa en debates sobre estrategia de política interior y que también acabó siendo el profesor de universidad con la cabeza mejor amueblada. Muchas de sus manifestaciones, como las advertencias sobre una posible extensión de la guerra submarina a causa de la esperada implicación de Estados Unidos en la guerra, siguen teniendo todavía hoy un claro tono profético. En lo de reconocer la nación como el valor supremo —por encima de cualquier cuestión relativa a la forma concreta del Estado— y en lo del *pathos* de la política como lucha —y no como una autonomía administrativa—, poco o nada ha variado; la necesidad de la expansión colonial del Reich alemán es defendida, al igual que la hegemonía continental, en aras del supuesto interés de los pequeños Estados de Europa central. Pero varía la insistencia del ideal liberal en la protección de los derechos individuales. Las ideas ensalzadoras del Estado de los intelectuales alemanes, las denostadas «ideas de 1914», sólo sirven, a su parecer, de pauta para la ulterior creación de la burocracia. Así, polemiza y rechaza las advertencias sobre el exceso de individualismo o de democracia, pues para él la cuestión es más bien el saber cómo, «en vista de esta arrolladora tendencia a la burocracia [...], es posible salvar aún algunos restos de una libertad de movimientos individual en algún sentido»,[19] se puede mantener a raya y controlar de manera eficaz el poder creciente del funcionariado estatal y cómo se puede reconocer y compensar el déficit en rendimiento de la burocracia. El talante individualista de Weber deviene casi sin notarse en imperialista al abordar la cuestión de cómo producir y consolidar el punto justo de la política exterior y de la lealtad de las masas con vistas a una mayor expansión. La idea de Kant sobre el carácter pacífico de una constitución republicana se transforma, en manos de Weber, en la pregunta por las condiciones que plantea una política interna a una política exterior ofensiva bien calculada. Sus exigencias políticas, como la de una democratización del derecho a voto de la tercera clase en Prusia y la de una parlamentarización del brazo ejecutivo del Reich, parten de análisis en los que investiga de manera pionera la relación entre la capacidad de acción en materia de política exterior y la constitución interna del Estado. Es en esto donde más provechosos resultan en el plano científico sus escritos sobre la guerra. El diletantismo de la política exterior imperial, la complacencia del funcionariado apolítico, la inmadurez política de la población alemana..., todo esto le parecía a Weber que sólo cambiaba con una

19. *Ibid.*, pág. 333.

auténtica selección de los dirigentes en la lucha por conseguir un amplio seguimiento de las masas y en un parlamento fuerte. «*Sólo un pueblo políticamente maduro* es un "pueblo de señores"; es decir, un pueblo que lleva las riendas de la administración de sus asuntos y, mediante representantes por él elegidos, determina de manera decisiva la selección de sus dirigentes políticos.»[20] Por lo tanto, democratización según el patrón inglés, como medio para llevar a cabo una política planetaria imperial; sobre esta fórmula parece discurrir el pensamiento de Weber durante la época de la guerra. A los enemigos de esta tesis los solía denominar Weber con los términos despectivos de *literatentum* («intelectualoides») y *gesinnungsethik* («ética de las convicciones)».[21,*] También se podría adoptar el punto de vista opuesto y preguntarse si el nacionalismo de Weber no estuvo en el origen de algunas deficiencias teóricas en el núcleo de su obra. El mencionado fragmento de *Economía y sociedad* podría haber conducido a una histórica relativización del Estado nacional con relación al pasado y quizá también con relación al futuro. Pero el Estado nacional como fenómeno histórico *provisional* sólo con mucha dificultad puede servir de supremo punto de referencia normativo; asimismo, la tesis del eterno cambio de formas de la lucha por el poder se puede entender, en definitiva, de manera ahistórica. No deja de ser curioso el reprochar a Weber, el gran historiador de entre los clásicos de la sociología, su pensamiento ahistórico. Una crítica que se apoya, sin embargo, en la constatación de que Weber introduce también su concepto del Estado haciendo referencia a unos rasgos —como una clara territorialidad y el legítimo monopolio de la violencia— que caracterizan exclusivamente al Estado nacional moderno. La guerra dio a Weber pie para avanzar en el análisis de la relación entre política interior y exterior; él había protegido su concepción del Estado nacional —al parecer, por convicciones políticas— contra cualquier revisión.

En los escritos sobre la guerra de Georg Simmel, otro exponente de primer orden de la temprana sociología alemana, encontramos un tercer

20. *Ibid.*, pág. 441.

21. Günther Roth ha demostrado que el concepto de Weber de la ética de la responsabilidad está extraído directamente del concepto de la política de poder y de la *realpolitik* para dar una dimensión ética a estos conceptos clave de la época. Mediante su estrategia conceptual, Weber excluye prácticamente cualquier postura que no sea de tenor ético frente al capitalismo y la guerra mundial. Günther Roth, «Max Weber's Ethics and the Peace Movement Today», *Theory and Society*, nº 13, 1984, págs. 491-511.

* Por oposición a la «ética de la responsabilidad». (*N. del t.*)

tipo de elaboración teórica de la guerra. Ya en su famosa *Sociología* de 1908, atribuye al conflicto y a la lucha una importancia capital como causadora o modificadora de las formas sociales, e incluso describe el conflicto como una forma de socialización. Todavía hoy se le considera el fundador de la denominada sociología del conflicto. Pero, en estos debates, la guerra desempeñó sólo un papel cada vez menos importante: como judío que era —en la universidad se le fue marginando cada vez más—, desde el punto de vista político Simmel no parecía el más indicado para ser un exponente del nacionalismo alemán. Sin embargo, ante el hecho de la guerra, respondió con toda una serie de trabajos, algunos de los cuales aparecieron en 1917 en forma de libro con el título *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen,* donde «la voluntad de ser alemán» aparece como un valor superior no demostrable pero al mismo tiempo irrefutable. Simmel, finalmente nombrado profesor de la Universidad de Estrasburgo, ciudad disputada por Alemania y Francia, interpreta la guerra a partir de su teoría sobre la cultura, la cual surge de las contradicciones de la capacidad creadora entre la forma y la autocomprensión de la forma. Su interpretación, durante la época de la preguerra, de la vida moderna como una «tragedia de la cultura moderna» había incidido en la prolongación permanente de la cadena fin-medios a causa del dinero, así como en el entumecimiento de la vida creativa a causa de la imposibilidad de apropiarse de la enorme cantidad de obras culturales y, por tanto, de tener la experiencia de una formación completa. Finalmente incide en el vacío de la percepción temporal, que sólo conoce la ciclicidad de la vida cotidiana o la atemporalidad ideal del contenido semántico. Simmel ve la guerra sólo como la gran ruptura con estas tendencias trágicas de la cultura moderna: nos permite captar el carácter social y «orgánico» de nuestra individualidad, y ello no como una percepción cognitiva, sino como experiencia existencial de ver en peligro la sensación de seguridad extática, que libera a nuestra persona de las viejas fijaciones y le permite volver a ser dúctil y maleable. En el plano estrictamente teórico, aquí advertimos un claro paralelismo con la teoría de Durkheim de la «efervescencia colectiva», avanzada en su sociología de la religión de 1912. Durkheim analiza la experiencia religiosa como éxtasis en grupo con funciones formadoras de identidad y productoras de cohesión social. La experiencia de la efectividad futura de las acciones en el medio histórico de la guerra conduce, según Simmel, a la recuperación de la auténtica temporalidad. Y en esto reconocemos ahora un claro paralelismo con la crítica de la cultura del contemporáneo Bergson, que había convertido en piedra angu-

lar la pérdida de la verdadera experiencia temporal como consecuencia de la espacialización de la vida temporal. Finalmente, la guerra reconduce también desde la larga cadena fin-medios hasta los fines más elementales de la simple supervivencia. Simmel espera de esta experiencia de soldado «una relación más sensible, menos indolente, y me gustaría decir también que más respetuosa, con las cosas de uso cotidiano».[22] Al comienzo de la guerra, Simmel parece prometer una ruptura definitiva con la cultura de la preguerra; pero, cuanto más dura se torna la guerra, más blando parece el tono de Simmel: la esperanza se torna más modesta y se reduce a los efectos que la experiencia de la guerra deja en las personas. Para él, no se puede hablar de una sociología de las causas de la guerra; la sociología de los efectos de la guerra se limita a los efectos sociopsicológicos, y éstos no expresan precisamente hallazgos empíricos, sino a lo sumo los sueños ilusorios de un intelectual.[23]

22. Georg Simmel, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*, Múnich, 1917, pág. 58.

23. En la novela de Arnold Zweig, *Junge Frau von 1914*, 1931, Berlín/RDA, 1917 (17ª ed.), pág. 359, hay un pasaje bastante amargo, completamente opuesto al tipo de justificación estetizante y experiencial de la guerra representado por Simmel: «Buena parte del pueblo alemán, sobre todo la gente culta y los lectores de periódicos, los que prestaban oído a los catedráticos, doctoras y doctores, jueces, eruditos, poetas laureados, banqueros e industriales de pro, más los terratenientes de uno y otro sexo, hacía ya mucho tiempo que todos ellos habían dejado de vivir en la guerra real. En la guerra real vivían los seres abandonados por los que habían muerto, las esposas de los reclutados, los trabajadores y las trabajadoras, a los que se empezó a exigir, a pesar de la alimentación insuficiente, un esfuerzo supremo. Pero todos los demás vivían en el nuevo señorío del espíritu alemán, entendiendo también por esto las cuencas mineras, los puertos flamencos, las provincias rusas, las concesiones turcas, el petróleo de la lejana Persia. Para ellos, la importancia de la experiencia de la guerra estaba escrita con letra de molde: la elevación, la importancia, el convencimiento absoluto, la misión histórica, la nueva Roma, el hombre gótico, el imperio moderno, "nuestra hora". Para ellos, los soldados no morían gritando el nombre de su madre, sino que lo hacían sin quejarse, sublimes, serios; caían con todas sus galas, tras su heroico capitán. Para ellos, y para sus padres espirituales, lo que valía era la memoria imperecedera, la pose ante el ángel sepulcral. Actores sin fama soportaban su fatalidad sin quejarse, ponían a sus hijos a disposición de la patria y se regocijaban con el rigor de su sacrificio, que brillaría más allá de los tiempos a su lúgubre manera: gran destino para el gran género masculino».

El colmo lo tenemos en la extravagante recomendación hecha por Simmel a los ricos en varias publicaciones (por ejemplo, en su artículo «Die Umwertung der Werte. Ein Wort an die Wohlhabenden», *Frankfurter Zeitung*, 5 de marzo de 1915, edición matutina, pág. 2) de no empezar a consumir durante la guerra alimentos baratos, sino artículos de lujo —en la mayor medida posible—, para así no poner en peligro el aprovisiona-

Sombart, Weber y Simmel representan tres variaciones distintas de cómo reaccionó a la guerra la sociología alemana. Podríamos preguntarnos si la imagen que nos dejan sería muy diferente si abordáramos también las obras de otros grandes intelectuales de la época. Yo, personalmente, creo que debemos contestar con un no a esta pregunta, si bien no podré extenderme aquí sobre este tema.

El autor más importante en este sentido es Max Scheler, cuya obra del período de preguerra sólo toca tangencialmente la sociología. En sus escritos sobre la guerra, ofrece una interpretación de la misma, superando ampliamente a Simmel, desde el punto de vista de la filosofía de la vida. Como punto de partida, se pregunta cómo es posible que una época en la que imperan la muerte y el odio no haya producido como consecuencia la desesperación, sino que haya infundido el entusiasmo en todos aquellos que Scheler caracteriza de esta manera: «Los creyentes en la vida frente a los creyentes en las máquinas, los creyentes en el amor frente a los creyentes en la organización artera y en el contrato jurídico, los creyentes en la acción libre frente a los creyentes en el "desarrollo necesario"; los creyentes en la persona frente a los creyentes en las obras, los creyentes en el individuo frente a los creyentes en la ley, los creyentes en el espíritu creativo frente a los creyentes en el entendimiento calculador».[24] Las explicaciones sociodarwinistas de la guerra él las atribuye precisamente al insidioso pensamiento anglosajón, contra el cual invoca las tradiciones alemanas. Pero, con el devenir de la guerra, su postura se modificó, y su pregunta, algo candorosa, por los «motivos del odio a los alemanes» ya no es de la misma infatuación que la mayor parte de los escritos sobre la guerra, sino que se esfuerza por hacer comprensible el «concepto de libertad» alemán. Tras su «segunda conversión» al catolicismo, en 1916, el Max Scheler de resonancias nacionalistas se convierte en un firme partidario de la política social católica y del programa de paz del Partido de Centro de Erzberger.

Leopold von Wiese[25] habla también de la «nostalgia de todo ser humano por el seno materno de la masa», si bien pide una especial atención

---

miento de los pobres. En cualquier caso, nunca se llegó a hablar en su círculo de la posibilidad de regalar a los pobres langostas y alcachofas.

24. Max Scheler, «Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg», 1915, *Gesammelte Werke*, vol. 4., *Politisch-Pädagogische Schriften*, Berna, 1982, págs. 7-251, especialmente págs. 11 y sigs.

25. Leopold von Wiese, *Politische Briefe über den Weltkrieg. Zwölf Skizzen*, Múnich/Leipzig, 1914.

para no poner en peligro una política realista como consecuencia de un entusiasmo permanente y una retórica subida de tono. Considera una política realista la sublevación de las colonias orientales contra la odiada Inglaterra y la creación de un nuevo imperialismo europeo en el que, terminado el gran ajuste de cuentas con los británicos, Alemania pueda practicar una política internacional creativa. Robert Michels, el gran sociólogo de los partidos políticos, abandonó el socialismo sindicalista e internacionalista por el más craso nacionalismo —y, curiosamente, por el nacionalismo italiano— y, como uno de los primeros seguidores de Mussolini, justifica la entrada en la guerra de Italia contra Austria y luego contra Alemania.[26]

Finalmente, Ferdinand Tönnies busca un juicio moral equilibrado en la cuestión de las deudas de guerra y apuesta por potenciar el papel de los pueblos neutrales, del movimiento de la mujer y de la racionalidad de la ciencia, con el fin de poner coto al espíritu varonil-belicoso imperante. Moralmente, esto puede despertar hoy la simpatía de muchas personas; pero sociológica y teóricamente, yo no alcanzo a ver ningún avance importante. Su enemistad contra el «culto a Nietzsche» y sus marcadas tendencias reformistas en lo social, así como su gran conocimiento de Inglaterra y de su historia, lo habrían predestinado no sólo a mantener distancias respecto a las publicaciones chovinistas de sus colegas, sino también a utilizar sus propios análisis sociológicos contra ellos. Su libro, publicado durante la época de guerra, *Der englische Staat und der deutsche Staat*[27] habría dado pie a ello. Sin embargo, las valoraciones que ofrece en él están devaluadas por una perspectiva asimismo nacionalista. En clara oposición a Max Weber, cual imagen invertida. Tönnies sostiene que la política exterior está dirigida en Inglaterra, sin control parlamentario, por una denominada «aristocracia del gabinete», con el consiguiente peligro de «cesarismo», mientras que en Alemania los campesinos y la burguesía son fuertes y autónomos, la clase obrera de las ciudades articulan perfectamente su voluntad política, los elementos federales impiden cualquier tentación de supercentralización y la monarquía, con sus militares y sus empleados, constituye un sano contrapeso a la aristocracia y a las ten-

26. Roberto Michels, «"Razze" e "Nazioni" nella Guerra Attuale», *Nuova Antologia*, 1914, págs. 220-228, y «Die wirtschaftlichen Wirkungen des Völkerkrieges auf Italien in den ersten Monaten», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, n° 40, 1915, págs. 592-619.

27. Ferdinand Tönnies, *Der englische Staat und der deutsche Staat*, Berlín, 1917.

dencias plutocráticas de ésta. En el clima de la época, el reconocimiento de la falta de vida constitucional en Alemania favorecía a Inglaterra de manera escandalosa, para lo cual se necesitaba tener una buena dosis de valor personal. Así, la observación crítica de Tönnies de que en Inglaterra están menos desarrollados el espíritu policial y la burocracia tiene sin duda bastante importancia. Sin embargo, la tónica general de su libro se nos antoja un intento de no salirse de las filas de los denostadores de Inglaterra, pese a todas las críticas y todos sus alegatos a favor de las reformas, como, por ejemplo, el derecho a voto prusiano.

2

Si limitamos a Alemania la investigación de los efectos intelectuales de la Primera Guerra Mundial, podría producirse fácilmente una imagen distorsionada. Podría parecer que su entusiasmo por la guerra y el «chovinismo erudito» (Hermann Lübbe) se hubieran limitado a Alemania. Pero algo parecido sucedió también en Francia, Italia y Austria, y tal vez algo menos en Rusia, Inglaterra y, después, en Estados Unidos. Sin embargo, la relación entre una postura nacionalista y los ideales ilustrados-universalistas sobre un orden mundial pacífico se desarrolló en estos países de manera, curiosamente, distinta a como lo hizo en Alemania.

En el caso de Francia, esto vale para los dos eminentes filósofos Émile Boutroux y Henri Bergson, así como para el intelectual y destacado sociólogo —indiscutido por el sistema— Émile Durkheim. Todos ellos estuvieron profundamente influidos por el pensamiento alemán y se debatieron por responder a la pregunta de cómo dicho pensamiento se podía casar con el militarismo de Alemania. Boutroux adopta un tono chovinista cuando tacha a la cultura alemana de *une barbarie savante* y la equipara a la peligrosidad de los hunos.[28] Su recta, y sociológicamente atinada, afirmación de que en esta guerra no se trata tanto de una disputa reglamentada de militares con militares, sino de una guerra que se ha vuelto total, pierde fuerza en la medida en que esta nueva cualidad de la guerra es imputada sin más a la irrefrenabilidad de los alemanes. A pesar de todo, Boutroux acaba haciendo un llamamiento para no pagar a los alemanes con la misma moneda, sino dejar intactos los valores del humanismo. Los escritos sobre la guerra de Henri Bergson son especialmente

28. Émile Boutroux, *L'Allemagne et la guerre*, París, 1915, aquí pág. 29.

notables por cuanto que en ellos la cuestión de Francia se aborda desde los presupuestos de la filosofía vitalista. Mientras que Simmel, Scheler y —también— Sombart fundaron el nacionalsocialismo alemán en presupuestos filosófico-vitalistas y tacharon de inorgánicos tanto el utilitarismo o materialismo anglosajón como el racionalismo francés, para Bergson, por su parte, el carácter «mecánico» de Prusia le parece algo antinatural —«antivital»— y básicamente odioso. Este ejemplo muestra lo poco que las tradiciones de pensamiento abstracto se proponen perseguir objetivos políticos concretos. Como Estado, Prusia es, en opinión de Bergson, un tinglado de lo más artificial, que se mantiene en pie merced al ejército y a una praxis administrativa mecánica e infame. En Prusia, el ejército se ha convertido en la base cultural de la industrialización; allí, el ejército y la industria suelen reforzarse recíprocamente. Incluso la ciencia alemana es sólo un paso en el camino hacia la mecanización del espíritu y no una liberación en cuanto espiritualización de la materia. Cuando en este universo completamente mecanizado se expresa la necesidad de una nueva vitalidad, asistimos al entusiasmo por la propia fuerza sin que preocupe lo más mínimo la observancia del derecho. La vitalidad da al traste entonces con el sentido de la justicia y de la verdad. Pero esto es un craso error, pues la referencia a un ideal elevado es la condición *sine qua non* para que exista una fuerza de orden moral. Todo lo mecánico se consume con su propio empleo, «tandis que l'énergie morale qui s'alimente à un idéal éternellement vivant se revivifie sans cesse elle-même et sans cesse aussi refait son instrument organisé, comme une âme qui reconstituerait son corps» («mientras que la energía moral que se alimenta de un ideal eternamente vivo se revivifica sin cesar y sin cesar también rehace su instrumento organizado, cual alma que reconstituyera su cuerpo»).[29] Al dar manifiestamente la espalda a valores universalmente válidos, Alemania se habría quedado, por tanto, sin su propia fuerza vital moral. En el pensamiento de Bergson, la filosofía vitalista no se opone, pues, a las pretensiones de valor universalistas.[30]

29. Henri Bergson, *La signification de la guerre*, París, 1915, aquí pág. 34.

30. Curiosamente, Georg Simmel reaccionó a la noticia de las declaraciones de Bergson respecto a la guerra con el artículo «Bergson und der deutsche "Zynismus"», *Internationale Monatsschrift für Kunst, Wissenschaft und Technik*, nº 9, 1914, págs. 197-200. En contraste con las ingenuas polémicas de Gehart Hauptmann y a pesar de sus divergencias políticas, Simmel tiene la magnanimidad suficiente para llamar a Bergson «el intelecto más vigoroso de la generación filosófica viva». Descubrimos la dependencia intelectual de Simmel respecto de Bergson, a quien agradece sus esfuerzos por intentar

Durante la guerra, Durkheim publicó dos trabajos de cierta extensión sobre ella, que enseguida fueron traducidos al alemán e incluso fueron empleados con fines propagandísticos. Con su publicación, quería sin duda salir al paso de algunos críticos que lo consideraban amigo de Alemania: un «*boche* con nariz de cartón».[31] Sin embargo, en uno de ellos aborda la cuestión de la responsabilidad de la guerra, haciendo tal vez excesivo alarde de su falta de prejuicios.[32] En el otro folleto, más importante, titulado «Alemania por encima de todo»,[33] critica la política alemana seguida durante la guerra mundial tachándola de supuración de un modo de pensar que se abreva teóricamente en la obra de Heinrich von Treitschke. La absolutización de la autoridad estatal, la relación cínica con el derecho internacional, la exaltación de la guerra como fuente de las virtudes éticas más elevadas y la denuncia del ideal de la «paz eterna» como un ideal poco ético, todo lo describe Durkheim como un golpe asestado en Alemania contra la cultura de la Ilustración. En oposición a esto, Francia tiene una misión que cumplir. Como se desprende de las cartas de la época de la guerra, ésta no es según Durkheim la sentencia de muerte del ideal pacifista. La victoria de Francia puede, antes bien, coadyuvar a este mismo ideal acelerando el fin del militarismo. Para Durkheim, el final de la guerra y las conversaciones de paz de Versalles no supusieron una dura prueba sobre la verdad de dicho juicio.

Nosotros no tenemos por qué dudar de la autenticidad de las convicciones pacifistas de Durkheim. En su gran obra sobre la «división del trabajo», Durkheim se distanció teóricamente de la simple diferenciación que establece Spencer entre sociedades «militantes» y sociedades industriales. La tesis de que en las sociedades «militantes» la individualidad es oprimida por la violencia es para él fruto de la proyección de las ideas individualistas modernas sobre una época anterior.[34] En su opinión, la per-

---

introducir sus escritos en Francia. Pero, en contra de Bergson, expresa su convencimiento de que la guerra alemana no puede calificarse de cínica, pues el cinismo de la época anterior a la guerra había desaparecido precisamente a consecuencia de la experiencia de la guerra.

31. Wolf Lepenies, *Die drei Kulturen. Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft*, Múnich, 1985, pág. 87.

32. Émile Durkheim, *Qui a voulu la guerre? Les Origines de la guerre d'après les documents diplomatiques*, París, 1915.

33. Émile Durkheim, *L'Allemagne au-dessus de tout: La mentalité allemande et la guerre*, París, 1915.

sonalidad individual no existió como tal en las circunstancias primitivas. La formación de una autoridad fuerte en las circunstancias primitivas no debe verse, entonces, como una opresión de la libertad original, sino, antes al contrario, como un primer paso en la dirección del individualismo. «Lo caudillos fueron, en efecto, las primeras personalidades que se destacaron de la masa social.»[35] Además, Durkheim suaviza el pronóstico de Spencer acerca de la desaparición de la guerra en la sociedad industrial al pronosticar un retroceso de la guerra paulatino, no una desaparición brusca. En varios escritos de la época anterior a la guerra, propugna un concepto de patriotismo que no se oponga al ideal del cosmopolitismo. El problema teórico del fracaso de la teoría del Estado de Durkheim[36] estribó básicamente en su doble visión del Estado. Durkheim cree que se debe suponer un desarrollo entre las acciones violentas-agresivas del Estado hacia fuera y las acciones moralmente pacificadoras hacia dentro. Nosotros seríamos testigos de la galopante transformación del estado de guerra permanente de la esencia comunitaria primitiva en una legislación permanente de las sociedades modernas. Así pues, parece teóricamente excluido cualquier entusiasmo por un poder simultáneo hacia fuera y hacia dentro. Sin el Estado, Durkheim no contempla ningún tipo de regulación de la desigualdad social ni ningún tipo de garantías de la libertad individual. El fortalecimiento del Estado no es, por tanto, pensable como un peligro. La democracia significa sólo el amoldamiento del ciudadano a la manera de proceder de un Estado centralizado y fuerte, que está por encima de los grupos intermediarios. El fenómeno de la guerra se sustrajo básicamente a estas categorías. A lo sumo, Durkheim se esforzó por impedir que sus ideales normativos no sucumbieran al vértigo de las ideologías nacionalistas.

Tampoco en la escuela de Durkheim se acometieron análisis empíricos ni exégesis teóricas de la realidad de la guerra, que hubieran podido testimoniar una clara capacidad de producción por parte de la sociología. La cuestión de la responsabilidad de la guerra, el análisis de la retórica bélica alemana o de las constelaciones de alianzas, todo esto forma parte del instrumental convencional de la historia de la diplomacia contemporánea y no ofrece nada nuevo de índole específicamente sociológica. Sin embargo, en el entorno del rival contemporáneo de

34. Émile Durkheim, *Über soziale Arbeitsteilung*, Francfort del Meno, 1988, pág. 250.
35. *Ibid.*, pág. 251.
36. Émile Durkheim, *Leçons de sociologie. Physique des mœurs et du droit*, París,

Durkheim, René Worms, las cosas fueron distintas: se estudiaron mejor los efectos de la guerra en ámbitos sociales específicos. Con todo, está todavía por hacer un estudio exhaustivo de la guerra como fenómeno sociológico.[37]

El caso de Gran Bretaña parece distinto en la medida en que la sociología tuvo menor relieve en dicho país, amén de ser institucionalizada bastante después que en Francia o en Estados Unidos. Es un caso, empero, del que debe ocuparse la historia de la economía;[38] el debate acerca de las consecuencias económicas de las guerras modernas, y de su verosimilitud o inverosimilitud, ya se produjo allí por parte del movimiento librecambista a favor de la paz del siglo XIX, con aspectos particularmente interesantes, continuando hasta la crítica que hizo John Maynard Keynes al acuerdo de paz de Versalles. En cuanto al caso italiano, tan sólo una breve observación: las tres corrientes o tipos que he distinguido en el caso alemán (vitalistas, nacionalistas liberales e intelectuales que parloteaban sobre una supuesta guerra de las ideas), se dan igualmente en el país transalpino, con el añadido de que el entusiasmo por la experiencia de la guerra cual momento de nacimiento de un nuevo régimen, el fascismo de Mussolini y simpatizantes, se volvió históricamente importante. Pero Italia tiene también en Benedetto Croce[39] a un destacado intelectual, que, como Lederer, interpreta los escritos de la propaganda de la guerra no como juicios, sino como alharacas bajo el signo de la guerra. Croce defiende el pensamiento alemán contra los que lo reducen sin más a un producto bárbaro, exaltador del poder; según él, todo pensamiento debe verse históricamente en el contexto en que surgió, pero también de manera universalista, según su contribución a la cultura europea y de la hu-

1969.

37. Véase Werner Gephart, «Die französische Soziologie und der Erste Weltkrieg. Spannungen in Émile Durkheims Deutung des Großen Krieges», Wolfgang Mommsen (comp.), *Kultur und Krieg*, *op. cit.*, págs. 49-63. Sobre Francia, véase también el libro de Martha Hanna *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Massachussetts, 1996.

38. Véase, por ejemplo, el artículo de William J. Barber, «British and American Economists and Attempts to Comprehend the Nature of War, 1910-1920», *Economics and National Security – A History of Their Interaction*, suplemento annual de *History of Political Economy*, n° 23, 1991, págs. 61-86.

39. Benedetto Croce, *Randbemerkungen eines Philosophen zum Weltkriege, 1914-1920*, Zúrich (y otros lugares), 1922. Se encontrará una buena panorámica sobre Italia en el artículo de David D. Roberts «Croce and Beyond: Italian Intellectuals and the First

manidad en general. Croce insistió como nadie en el equilibrio entre historicismo y universalismo también en el tema de la guerra.

3

El problema que planteó Durkheim acerca del papel que podía desempeñar la guerra en la evolución de la humanidad con vistas a un orden mundial más pacífico se planteó de manera más candente para los filósofos y sociólogos americanos de la época. La búsqueda de una política exterior distinta, así como de formas pacíficas de resolver los conflictos internacionales y de un «nuevo orden mundial» echa sus raíces en la historia de las ideas estadounidenses desde la fundación de la república, y se puede afirmar que influyó decisivamente en la percepción optimista del futuro por parte de los intelectuales progresistas-liberales.[40] El estallido de la guerra en 1914 representó para ellos un auténtico *shock*, que muchos de ellos trataron de superar o sublimar insistiendo en las diferencias entre Estados Unidos y Europa.[41]

Un testimonio muy instructivo lo tenemos, por ejemplo, en la carta abierta con la que contestó en octubre de 1914 uno de los hombres más influyentes de la sociología estadounidense, Albion Small, a la queja de Georg Simmel de que en el extranjero se creían enseguida todas las mentiras sobre Alemania propaladas por los periodistas.[42] Small se esfuerza por mantener la cabeza fría y le hace ver que la guerra no es simplemente la deuda alemana, sino el resultado de un trasnochado militarismo extendido por toda Europa pero sólo en Alemania propagado de manera sistemática; que Estados Unidos quiere conseguir que esta guerra sea la última y que después se instaure un sistema de tribunales internacionales defendidos con ayuda de la policía. En general, en los primeros años de la guerra se puede rastrear la veneración tan grande, casi de carácter sentimental, que sienten por la universidad alemana y la ciencia alemana las primeras generaciones de sociólogos estadounidenses. Pero la distancia,

World War», *Internacional History Review*, n° 3, 1981, págs. 201-235.

40. Knud Krakau, «American Foreign Relations: A National Style?», *Diplomatic History*, n° 8, 1984, págs. 253-272.

41. Carl Gruber, *Mars and Minerva. World War I and the Use of the Higher Learning in America*, Baton Rouge, Luisiana, 1975.

42. Albion Small, «Germany and American Opinion. Professor Albion-Small to Pro-

que existió desde siempre, respecto a la centralidad estatal de la universidad alemana y de su organización, se acentuó ahora con mayor intensidad. Pero, por encima de todo, predominó el esquema interpretativo según el cual la guerra representaba una especie de reliquia feudal, como la expresión de la decadencia y senilidad europeas, de las que América debía procurar mantenerse alejada. Con el alargamiento de la guerra, que superó todas las expectativas, y la agudización del debate sobre la eventual participación en la misma de Estados Unidos, también en este país empezaron a oírse voces cada vez más exaltadas. Diatribas envenenadas contra los «godos» y los «vándalos», enconados estereotipos e interpretaciones de la historia del pensamiento a la medida de cada cual estuvieron a la orden del día. Uno de los pioneros de la investigación social empírica cuantitativa, Franklin Giddings, publicó varios escritos polémicos contra el «monstruo metafísico» del Estado prusiano-alemán,[43] ¡Sombart invertido!

El paladín de la demonización de Alemania fue el neohegeliano cristiano Josiah Royce, amigo de Peirce y maestro de Mead. Poco antes de la guerra, Royce había proclamado la validez de la filosofía de la historia hegeliana, sobre todo la tesis de que la humanidad tendía a fusionarse en una única mancomunidad; para impedir las guerras, proponía un sistema de seguros internacionales. Como reconocido representante de la filosofía alemana clásica en Estados Unidos, la guerra constituía una amenaza para su propia credibilidad personal entre la opinión pública americana. Al parecer, quiso acallar la cuestión general de la relación entre la historia del pensamiento alemán y la política alemana afirmando no entender nada de la política alemana y volcándose en la polémica contra los *enemies of mankind* alemanes, los caínes de la comunidad internacional.[44]

Pero sus rivales no tardaron en presentarle batalla. El antiidealista George Santayana se refirió sarcásticamente al desvalimiento teórico de Royce respecto a la guerra, que éste intentaba ocultar a base de polémicas.[45] Su propia contribución a la interpretación de la guerra se puede encontrar en un libro publicado en 1916 con el título de *El egotismo en la*

fessor Georg Simmel», *Sociological Review*, nº 7, 1914, págs. 106-111.

43. Franklin Giddings, *The Responsible State: A Re-examination of Fundamental Political Doctrines in the Light of the War and the Menace of Anarchism*, Boston, 1918.

44. Josiah Royce, *The Hope for the Great Community*, Nueva York, 1916.

45. George Santayana, *Character and Opinion in the United States: with reminiscences of William James and Josiah Royce and Academic Life in America*, Londres, 1920,

filosofía alemana.[46] Ya en el prólogo, reconoce que la filosofía alemana ha sido para él un coto cerrado durante toda su vida, al tiempo que la encuentra lúgubre, vacía y agresiva. Con el concepto de *egotism* pretende caracterizar el exceso de subjetividad en el plano teórico y de veleidad en el moral. Su libro traza una línea recta que va del protestantismo alemán a Max Stirner y Friedrich Nietzsche, pasando por Kant, Fichte y Hegel. También Goethe tiene su lugar en esta línea recta y, como su obra presenta aquí algunas dificultades, se saca a colación su vida amorosa, en la que el gran literato alemán habría atentado contra las resistencias de las mujeres de manera parecida a como atenta Alemania contra la neutralidad belga... La ignorancia respecto a las rupturas y contradicciones en la historia del pensamiento alemán y respecto a la filosofía de la subjetividad fuera de Alemania —desde Locke y Hume hasta William James—, hacen que resulte difícilmente creíble el que este libro, al margen de algunas críticas aisladas, obtuviera una acogida tan entusiasta. Santayana avanzó una teoría de la conjura, según la cual los alemanes estaban llevando a cabo un ataque en forma de tenaza contra la humanidad, «one with the secular arm, and another by solemn asseverations and sophistries».[47]

El intelectual progresista más importante de Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX, John Dewey, perteneció a una corriente más templada. En 1915 había publicado un libro sobre la filosofía y la política alemanas, donde podemos apreciar sus diferencias con los planteamientos de Santayana.[48] Según él, lo que resultaba preocupante en la historia del pensamiento alemán no era tanto la manera como concebía al sujeto la filosofía alemana propiamente dicha como el fácil acomodo que se hacía de pensadores alemanes como Kant a circunstancias políticas concretas, lo cual impedía la existencia de un espacio libre para la autodeterminación del individuo. La política alemana no sería simplemente una emanación del espíritu alemán, si bien tampoco Dewey se ve libre de una mistificadora homogeneización. Dewey habla de una *tragedy of the German soul;* sólo mediante una democratización de Alemania podría

págs. 123-126.

46. George Santayana, «Egotism in German Philosophy», *Works*, vol. VI, Nueva York, 1936, págs. 149-149.

47. George Santayana, «Egotism in German Philosophy», *op. cit.*, pág. 127.

48. John Dewey, «The Tragedy of the German Soul», 1916, *Middle Works*, vol. 10, Carbondale, Ill., 1980, págs. 305-309, y *Deutsche Philosophie und Politik*, 1915, Meisen-

el espíritu alemán alcanzar todo su esplendor, y añadir entonces nuevos matices a la vida intelectual de los pueblos democráticos. Con ello suscita Dewey un tema que acabó generalizándose en todos los círculos de pensamiento americanos desde la entrada en la guerra de Estados Unidos; a saber, la guerra como una lucha entre la democracia y la autocracia.

Tanto John Dewey como su amigo George Herbert Mead, dos destacados exponentes de la filosofía y la sociología pragmáticas, durante los primeros años de la guerra se mantuvieron leales a la pauta marcada por el presidente Wilson, que propugnaba una «paz sin vencedores» en Europa, por lo que rechazaba la idea de una intervención de Estados Unidos, ya que ésta inclinaría irremisiblemente el resultado del conflicto a un lado u otro de la balanza. En un brillante artículo, Christopher Lasch ha mostrado, basándose en la evolución de la revista *New Republic,* cómo el no intervencionismo, tan querido por los reformadores, se enfrentó empero a un activismo que no quería aceptar simplemente la lucha a muerte de los europeos.[49] Este impulso activista de los intelectuales reformistas se manifestó en el año 1917 en unas circunstancias cambiadas. Con el devenir de la guerra, Estados Unidos se implicó cada vez más, política y económicamente, en la defensa de la causa de los aliados. La Revolución de Febrero en Rusia acabó, además de con los zares, con el impedimento ideológico que quedaba para explicar que la causa de los aliados era la causa de la democracia. Defender la causa de la democracia y el final de las guerras mediante la creación de la Sociedad de las Naciones y garantizando el derecho a la vida y a la autodeterminación de las pequeñas naciones: éstos eran unos dignos objetivos de la guerra a los ojos de los intelectuales reformistas. Para el presidente Wilson, la entrada en la guerra de Estados Unidos no era una cuestión de interés nacional ni de observancia de pactos, sino de la defensa desinteresada de los principios del derecho y de la democracia. Esta justificación de la entrada en la guerra en términos de una misión americana a favor de la democracia la sobrepujaron incluso Dewey y Mead en la medida en que éstos consideraron dicha entrada como una oportunidad excelente para acometer reformas en el ámbito de la política interna. John Dewey ofreció la clásica legitimación de la guerra como la necesidad de extender los controles públicos sobre las empresas privadas y sobre todo de acometer una planificación desde presupuestos científicos, algo sobre lo que no se podría dar

heim, 1954.

49. Christopher Lasch, «"The New Republic" and the War: "An Unanalyzable Fee-

marcha atrás una vez finalizada la guerra. También Mead, en numerosos artículos publicados en los periódicos, consideró una victoria de los aliados como requisito esencial para la superación del militarismo en Estados Unidos. En un folleto especialmente interesante, abordó el problema de la objeción de conciencia y exigió el reconocimiento de la objeción motivada por convicciones religiosas o pacifistas; no obstante, para la objeción basada en motivos políticos, dada la obligación absoluta de cumplir la ley, no veía alternativas a la imposición de penas.

Pero pronto se vio claramente que los efectos de la entrada en la guerra de Estados Unidos sobre la política interna no tenían nada que ver con lo que habían especulado los reformadores. La represión, la censura y la persecución de socialistas y pacifistas aumentaron de manera alarmante. Dewey, que en septiembre de 1917 había tratado de restar importancia a estos síntomas, publicó en noviembre del mismo año una autocrítica en toda regla. Así, el desconcierto original no tardó en volver sobre sus fueros. En estas páginas no puedo extenderme sobre la tensa y progresiva revisión de tales expectativas en los escritos de Dewey ni sobre cómo éste fue descubriendo paulatinamente algunas verdades tras la entrada en la guerra de Estados Unidos.[50] Todos vieron con meridiana claridad lo ilusorias que habían sido las expectativas de poder domar al tigre de la guerra. La historia de esta decepción estuvo marcada por divisiones entre profesores y alumnos, súbitos enmudecimientos, el desinterés por la política y un replanteamiento de la interrelación entre democracia y paz. En suma, pues, se produjo un profundo desencanto respecto al sueño de un progreso automático y sostenido, ese «paraíso de mentecatos» de la época anterior a la guerra, en formulación del propio Dewey. «We confused rapidity of change with advance, and we took certain gains in our own comfort and ease as signs that cosmic forces were working inevitably to improve the whole state of human affairs.»[51] En este sentido, la guerra mundial supone claramente un antes y un después en los presupuestos de la sociología estadounidense. De este trauma no se recuperó del todo la generación que abogaba por las reformas progresivas. Cada cual defendió su postura con una mayor radicalización. Se hizo especial hincapié en la importancia del influjo de las *laboring masses* en la política exterior,

ling"», *The New Radicalism in America (1889-1963)*, Nueva York, 1965, págs. 181-224.

50. Se encontrará una exposición atinada del tema en el libro de Robert Westbrook *John Dewey and American Democracy*, Ithaca, Nueva York, 1991, págs. 195-227.

51. John Dewey, «Progress», *Character and Events*, vol. 2, Nueva York, 1929, págs.

pues sólo mediante ésta se podía conseguir que el aspecto económico de la conquista de los mercados dejara de resultar un factor peligroso para la paz. En 1929, Mead presentó, con el título de «Nacional-Mindedness and Internacional-Mindedness», la reformulación más madura de las opiniones de este círculo sobre el nacionalismo y la resolución pacífica de los conflictos internacionales. Tachaba el «equivalente moral de la guerra» de James de mero intento de sustituir el peligrosísimo culto a la guerra por el inofensivo pero «extravagante culto a un trabajo socialmente útil de una juventud que actúa obligada», pues los cultos no se podían producir por encargo.[52] Y proponía una solución de psicología social: la formación de la identidad del yo, a la que vencía la también virulenta suposición por parte de James de un innato instinto bélico masculino. Éste existiría de la misma manera que existe también, por ejemplo, el instinto de la colaboración. Sin embargo, la integración social no se produciría en el plano de los impulsos o instintos, sino en el de la formación de la voluntad colectiva. Su perspectiva es la institucionalización de las formas del debate abierto y de la solución racional de los conflictos de intereses en los ámbitos tanto internacional como nacional.

Al igual que Durkheim, los autores americanos intentan, por tanto, que la guerra no devalúe del todo sus ideales normativos; pero consiguen desarrollar unos puntos de partida sociológicamente productivos a partir de una reflexión, ajustada a la realidad, sobre estos ideales. Tales puntos de apoyo los encontraron sobre todo en la relación entre democracia y paz. Una relación que fue llevada al plano de la psicología social y que condujo a la contraposición de una integración social mediante la rivalidad con enemigos internos y externos o mediante la participación, formadora de lealtades, en procesos de formación de voluntad de carácter público. En el plano normativo, acentuar el aspecto universalista conduce a justificar la política exterior nacional, dentro de una dimensión en la que deben basarse los intereses y acciones de Estados o clases —o subclases— nacionales concretas. Pero tampoco fue una concepción satisfactoria de las causas y efectos de la guerra.

No deja de ser algo desconcertante el escaso peso relativo que la sociología de la época atribuyó a los factores económicos, políticos, tecnológico-militares y sociopsicológicos en el surgimiento de esta guerra. Quien

802-830, aquí pág. 820.

52. Goerge Herbert Mead, «Nationale und internationale Gesinnung», 1929, *Gesammelte Aufsätze*, Hans Joas (comp.), Francfort del Meno, 1983, vol. 2, págs. 458-482,

más lejos fue en este sentido, en el marco del debate originado en Estados Unidos, fue el economista de la Escuela de Chicago, Thorstein Veblen, quien propuso realizar un estudio exhaustivo de las concepciones de la paz perpetua, enfocado como un análisis científico y no como un programa ético.[53]

En sintonía con la tradición del republicanismo, Veblen considera las tradiciones dinásticas de la política exterior no controlada como el principal peligro para la paz. La democratización de los Estados autocráticos, en particular de los que estaban en el bando enemigo, pero incluyendo también a Japón, es en su opinión lo más decisivo. Unos medios completamente adecuados a este fin le parecen la ocupación en Alemania y la confiscación de los bienes patrimoniales a las familias más ricas. Un inte-

aquí pág. 479.

53. Thorstein Veblen, *The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation*, Nueva York, 1915. Se encontrará una crítica a Veblen en la reseña de Mead a este libro en *Gesammelte Aufsätze, op. cit.*, págs. 440-454, donde éste intenta atemperar la rigidez de la postura de Veblen si bien está básicamente de acuerdo con su método sociopsicológico.

Raymond Aron, en «Der Krieg und die industrielle Gesellschaft», Uwe Nerlich (comp.), *Krieg und Frieden im industriellen Zeitalter*, Düsseldorf, 1966, págs. 15-65, ha sido el primero en señalar que entre la teoría de Veblen y la del imperialismo de Schumpeter (Joseph Schumpeter, «Zur Soziologie der Imperialismen», *Aufsätze zur Soziologie*, Tubinga, 1953, págs. 72-146) existe cierto parecido. Sus grandes estudios, publicados por primera vez en 1919, se pueden interpretar también sin duda como una reacción sociológica a la guerra mundial. Para Schumpeter, al igual que para Veblen, el imperialismo, al que define como «la tendencia ciega de un Estado a la expansión violenta sin límites fijados» (pág. 74), es un «atavismo» perpetuado en los tiempos presentes. En la era del capitalismo, ya no encuentra un campo abonado; es simplemente un resto del absolutismo, adherido a las estructuras sociales y psíquico-individuales. Schumpeter emparenta con la teoría de Adam Smith su tesis acerca del carácter pacífico del capitalismo y del carácter modélico de Inglaterra en este sentido. El peligro de la guerra en su época lo explica Schumpeter a partir del monopolio exportador, que no es, empero —como pretendían los socialistas—, un resultado necesario del desarrollo capitalista. Este razonamiento, sumamente importante para la época que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, no lo podemos tratar aquí de manera detallada. No es fruto de la teoría sociológica sobre el carácter pacífico de la sociedad industrial, sino de la teoría económica sobre los efectos pacificadores del libre comercio. Aron me parece, no obstante, que exagera el parecido entre Veblen y Schumpeter en la medida en que no aclara suficientemente el hecho de que la teoría de Veblen proviene de la teoría política sobre los efectos pacificadores del republicanismo y, por tanto, expone los aspectos críticos respecto a una economía de mercado capitalista que la teoría de Shumpeter no contiene. Veblen y Schumpeter no ven, de todos modos, la esencia del nacionalismo ni del patriotismo modernos al considerarlos como una simple reliquia dinástica o feudal (Veblen, 1917,

rés dinástico-autoritario, reforzado por una política del Estado de bienestar, se uniría en estos Estados a un patriotismo desbocado en orden a una política exterior expansionista de carácter popular. Sin embargo, Veblen no erige a los aliados, ni a los propios Estados Unidos, en dechado de sociedades pacífico-democráticas. Antes bien, los considera internamente amenazados por un deficiente compromiso asistencial de la economía capitalista y teme también que en ellos se fomente el nacionalismo por miedo a las reivindicaciones de igualdad social. Pero, en su intento de compaginar desde una postura imparcial los puntos fuertes del Imperio Alemán y los puntos débiles de la sociedad en que vivía, Veblen se quedó al poco tiempo encerrado en una especie de limbo, pese a su profunda lealtad y pese a su papel de asesor del comité creado por el presidente Wilson para la preparación de un acuerdo de paz. Así, aunque las autoridades del Departamento de Propaganda habían recomendado encarecidamente uno de sus libros, la censura postal lo prohibió por considerarlo filo-alemán.[54]

Nos estamos refiriendo a su libro sobre Alemania, *Imperial Germany and the Industrial Revolution*,[55] en el que achaca el peligro que representa en aquellos momentos Alemania al desequilibrio que cree advertir en ese país entre el plano económico-técnico (muy avanzado) y el político-cultural (muy atrasado). Sin entrar en mayores detalles, podemos decir que, mientras que sus colegas, de inclinación más filosófica, abordaron sólo superficialmente la especificidad de la historia del pensamiento alemán y, al mismo tiempo, de la historia de las instituciones políticas en Alemania, y la mayor parte de las veces por cierto de manera grotescamente distorsionada, Veblen propuso una comprensión sociológicamente orientada del desarrollo alemán. Pero lo que lo une a los historiadores del pensamiento es su tratamiento de Alemania como un caso especial que sigue otro rumbo. Mientras que, al principio de la guerra, Estados Unidos y Europa aparecían contrapuestos como fases de la modernidad bien diferenciadas, con el devenir de la misma toma cada vez más cuerpo la postura de definir a Alemania como una anomalía de la modernización.

págs. 31 y sigs.; Schumpeter, 1953, pág. 144).

54. Joseph Dorfman, *Thorstein Veblen and His America*, Nueva York, 1961, pág. 382.

55. Thorstein Veblen, *Imperial Germany and the Industrial Revolution*, 1915, New Brunswick, Nueva Jersey, 1990. Naturalmente, después se debería aclarar también la relación entre los escritos de guerra y la obra científica de Veblen. Véase al respecto el interesantísimo artículo de Gunnar Schmidt «Die konstruierte Moderne. Thorstein Veblen

Personalmente, no tengo nada claro qué interacciones hubo entre estas variantes americanas y el surgimiento de la tesis de la vía especial en el ámbito del historicismo alemán.[56] No se encuentran referencias directas ni en una parte ni en la otra. Pero me gustaría avanzar la hipótesis de que, en la elaboración sociológica de la Primera Guerra Mundial, hay en Estados Unidos un origen autónomo de la teoría de la vía especial alemana y que esta versión tuvo una importancia decisiva para la posterior teoría de la modernización y los estudios sobre Alemania.[57] El interés teórico-estratégico de la teoría americana sobre la vía especial alemana estriba en que nos permite seguir un paradigma de progreso de índole evolucionista con correcciones más pequeñas. Si la guerra se atribuía al caso especial alemán, entonces no se venían abajo otras hipótesis sobre el carácter civilizador de la modernización. Nada más lógico, pues, que, desde esta perspectiva de Veblen, el nacionalismo no aparezca como producto de la modernidad sino como una reliquia de los tiempos bárbaros. Y, si bien es verdad que la guerra condujo al cuestionamiento del evolucionismo en la sociología americana, no es menos cierto que las correcciones fueron bastante limitadas.

4

Algo muy diferente ocurre con la tesis del efecto revitalizador de la guerra. Ésta no debe confundirse con anticuadas formas de belicismo ni con la defensa de la guerra desde el espíritu del realismo imperialista o del darwinismo social. Fue sobre todo Max Scheler quien habló, con gran nitidez por cierto, de la gran distancia existente entre la tesis de la inevitabilidad de la guerra, por una parte, y, por la otra, la tesis según la cual la guerra sería una manera de escapar de las crisis culturales.[58]

También aquí podría parecer, retrospectivamente, que esta sobrecarga existencial de belicismo fuera una peculiaridad alemana. Pero esto sólo es cierto, y a medias, con relación a los escritos sobre la guerra de la épo-

und der Erste Weltkreig», *Leviathan*, nº 28, 2000.

56. Bernd Faulenbach, *Ideologie des deutschen Weges. Die deutsche Geschichte in der Historiographie zwischen Kaiserreich una Nationalsozialismus*, Múnich, 1980. En estos estudios no se encuentra nada de especial interés sobre el debate en Estados Unidos.

57. Por ejemplo, Ralf Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, Múnich, 1965.

ca. Si aceptamos, en un plano algo abstracto, la tesis del efecto regenerador de la violencia también fuera de la guerra, entonces descubrimos aquí —desde Proudhon y Dostoievski, pasando por Sorel, con su idea de una autoconcienciación de los oprimidos mediante la violencia, hasta el *topos* americano de la lucha contra el desierto y el elemento salvaje en todas las sociedades modernas— una sorprendente generalización de esta tesis, según la cual, la guerra no sólo estuvo acompañada de manifestaciones aseverativas de este tipo, sino que incluso había sido deseada antes de manera ocasional. Pero esta generalización o internacionalización de la tesis no hace sino agudizar más aún el problema hermenéutico. Debemos tratar de comprender por qué la situación cultural de la «paz duradera» de la época anterior a la guerra se pudo experimentar de tal manera que la guerra y la violencia acabaran pareciendo como la solución del problema. A menudo se ha hablado, por lo que no hay necesidad de repetirlo aquí, de los elementos concretos de que se compuso el diagnóstico del malestar cultural y de cómo la guerra se erigió en una escapatoria.[59] Los diagnósticos son muy distintos y en parte contradictorios; la progresiva represión de la individualidad o el dar rienda suelta al antojo individual: dos cosas que no son en absoluto idénticas. Por eso, el análisis no debe establecer asociaciones demasiado directas entre los distintos elementos de la crítica cultural filosófico-sociológica y la esperanza proyectada en la guerra. Los rasgos comunes son sólo negativos. Todos los críticos de la cultura de la época comparten una especial sensibilidad ante el hecho de que la modernización no puede discurrir por la senda del individuo que se mueve racionalmente ni por la senda de una creciente racionalización. Pero casi ninguno de ellos creyó en la recuperabilidad de la modernidad. Por eso, todos se plantearon la cuestión de una visión alternativa de la modernización. De la época anterior a la guerra, se podría considerar la idea de «comunidad» de Tönnies, en modo alguno empleada retrospectivamente, así como los escritos sobre arte de Simmel, la concepción sobre el carisma de Weber y la teoría sobre la religión de Durkheim como intentos por entender la génesis de las nuevas normas y valores en la acción no instrumental y en las relaciones no individualistas. Después de la guerra, el pragmatismo americano elaboró una teoría del arte y de la religión a partir de los

58. Max Scheler, «Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg», *op. cit.*, pág. 9.

59. Modris Eksteins, *Tanz über Gräben. Die Geburt der Moderne und der Erste Weltkrieg*, Reinbeck, 1990; H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought 1980-1930*, Nueva York, 1977; Roland Stromberg, *Redemption*

mismos motivos. La guerra apareció a todos estos investigadores como la solución desde hacía tiempo buscada; de repente, se desplegaba ante sus ojos la génesis de los nuevos valores y relaciones, y por eso la guerra fue comparada con las mayores transformaciones culturales de que tenía memoria la conciencia europea, como, por ejemplo, con la Reforma o la Revolución francesa. Parecía como si se hubiera producido un cambio de rumbo radical dentro del proceso de modernización. La guerra mundial era también un cambio trascendental, pero en un sentido completamente distinto a lo que habían apuntado las esperanzas de una revitalización. Quien no esté dispuesto a atribuir el surgimiento del fascismo a la productividad cultural de la época de la guerra, llegará sin duda a la conclusión de que al júbilo desbordado ante el comienzo de «otra modernidad» le sucedió enseguida un enorme sentimiento de resaca y malhumor. La sensibilidad de la sociología alemana —particularmente crítica con la cultura— no se culpó menos que la evolucionista confianza en el futuro de, por ejemplo, los americanos.

5

Al final de este repaso, amplios sectores de las ciencias sociales internacionales nos parecen bastante alejados de la realidad, incapaces de analizar la realidad social de la guerra y penosamente dispuestos a emplear su reputación científica para la propaganda de la guerra y la elaboración de imágenes enemigas. Sin embargo, también hubo sus excepciones. Así, por ejemplo, algunos miembros del círculo de Heidelberg de Max Weber lograron sustraerse en 1914 al entusiasmo general por la guerra. Pero, mientras que Georg Lukács y Ernst Bloch se convirtieron al marxismo influidos por la guerra mundial y la Revolución de Octubre rusa, un autor que va a ocupar un lugar destacado en nuestro estudio, Emil Lederer, prosiguió con sus observaciones sobre las luchas de intereses de la época también durante la guerra y trató de dejar constancia de cómo se comportaban los actores colectivos bajo el influjo de la guerra. Pero, además, quiso llegar hasta el fondo de muchas cuestiones de la guerra que habían cogido por sorpresa a todo el mundo, incluidos los científicos y los expertos militares. Su intención era garantizar una «fría objetividad adoptando en medio de la guerra un punto de vista externo». Despachó la omnipresente cuestión de la responsabilidad de la guerra con una simple frase a la vista del nexo causal que había desencadenado la guerra. Asi-

mismo, en contra de todas las afirmaciones rotundas sobre la guerra, se reservó el derecho a la duda metódica. Según él, era obligación de los sociólogos e historiadores considerarla como algo probablemente «absurdo», que no respondía a principios de carácter cultural o económico-social. Lederer intenta poner en práctica eso mismo que se echa en falta en los escritos de carácter sociológico sobre la guerra de Gros: una reflexión sobre las condiciones de posibilidad de los rasgos específicos de la guerra. Mientras que la experiencia común ante el estallido de la guerra y el frente es tratada por encima, y con muchas generalizaciones, por la mayoría de los autores, Lederer intenta relacionarla con las condiciones específicas de una guerra en la que tiene vigencia el servicio militar obligatorio, y se centra ante todo en la tensión existente entre los principios organizativos del ejército y de la sociedad burguesa.

«El ejército aparece como una forma social junto a la sociedad, independiente de ella, pero ciertamente como una norma social universal. Y, con la movilización, se asemeja a la forma social de la comunidad, pues bajo la amenaza generalizada, se constituye como tal convocando a todas las fuerzas sociales en orden a la defensa nacional, y en este caso, la unión del pueblo articulada según los distintos grupos sociales en un ejército unitario no aparece en la conciencia de todos los individuos como una coerción del Estado, y menos aún como la consecuencia de una acción estatal, sino como un destino que se impone. La sociedad se transforma en comunidad en cuanto expresión no de una solidaridad social sino de una dependencia recíproca más intensa, y todos los grupos sociales existentes, y que se consideran fundamentales, palidecen ante la infinita unidad del pueblo, que surge y se eleva de manera grandiosa para defender el suelo patrio. No deberíamos ser tan ciegos como para no ver que este vivir con un solo ánimo se da fuera de Alemania igual que dentro de las fronteras alemanas. En esto, descubrimos una situación idéntica para todos. La comunidad en que están inmersos los pueblos de Europa no es una comunidad de hecho, sino de destino.»[60]

Después de reflejar la experiencia comunitaria y de tener también en cuenta los parecidos existentes entre los distintos países en liza, Lederer procede asimismo a abordar los fenómenos de la maquinaria bélica que se torna tecnológicamente independiente y la manifiesta paradoja de un Estado que se vuelve dependiente de la sociedad hacia dentro pero que aparece hacia fuera fortalecido como Estado de poder. También aquí hace

by War. The Intellectuals and 1914, Lawrence, Kansas, 1982.

hincapié en los rasgos comunes de los bandos beligerantes, así como en la creciente independencia de las formas de organización respecto de las culturas de cada país. Mientras que la mayor parte de los sociólogos participaron en la producción de ideologías que justificaban el nacionalismo, Lederer se dedicó a observar la homogeneidad estructural de las ideologías, que se dan órdenes entre sí. El nacionalismo moderno no resaltaba ya la particularidad cultural de los pueblos, sino que los hacía parecerse unos a otros. Es precisamente la competencia entre los Estados en el ámbito militar lo que hace asemejarse a los Estados entre sí, por lo que el nacionalismo se convierte en una simple ideología del Estado de fuerza. «Por lo tanto, observamos una interacción y una sintonía sin igual: en primer lugar, en el ejército, por su misma naturaleza, se alimentan mutuamente el desarrollo técnico y el número de ejércitos cada vez mayor. Y toda esta dinámica entra de nuevo en interacción con el poder del Estado cada vez mayor. Y es precisamente esta dinámica interna del ejército la que permite al poder estatal que aumente de manera particular.»[61]

Lederer quiere decir con esto que dichas relaciones se deben entender de manera histórico-contingente y no determinista. Del desdoblamiento entre el Estado de fuerza abstracto y la experiencia comunitaria, Lederer extrae también su interpretación acerca de la conducta de los intelectuales. Por un lado, el moderno Estado de fuerza actúa de manera tan sugestiva sobre las mentes que, más allá de toda propaganda oficial, las corrientes del espíritu empujan por sí mismas en la dirección deseada; por la otra, la multiplicidad de ideologías sobre la guerra en un mismo país, «la absoluta confusión en el enjuiciamiento ideal de la guerra», carece manifiestamente de consecuencias para el discurrir de la guerra. «De hecho, sólo se echa en falta en esta guerra los niveles organizativos de cada uno de los Estados.»[62] Sin embargo, este discurrir autónomo es vivido e interpretado naturalmente de manera subjetiva. Quien niega la diferenciación social en la experiencia de la comunidad inducida por el Estado de fuerza renuncia al mismo tiempo a la «lucha por los derechos del individuo y de la sociedad frente al Estado». Pero es precisamente esta lucha lo que Lederer quisiera retomar o proseguir. Tras su análisis centrado enteramente en el Estado, el camino conduce a otra modernidad, pero ciertamente más allá de la euforia de la experiencia de la guerra.

60. Emil Lederer, «Zur Soziologie des Weltkreiges», en *op. cit.*, págs. 121 y sigs.
61. *Ibid.*, pág. 130. Con estas formulaciones no pretendo destacar la verdad de las tesis de Lederer, sino más bien el estilo de su argumentación.

Lederer ve, al contrario, dos posibilidades. La primera consiste en «configurar la economía a partir del interés comunitario», pero siempre y cuando esta configuración no suponga, en el sentido de un socialismo de Estado, el avasallamiento estatal de la sociedad, sino sólo si y cuando, con una mentalidad económica completamente distinta, la principal pauta a seguir sea la obtención de una mayor justicia en vez de un mayor bienestar. Este ir en contra de la tendencia al incremento del despliegue de poder interno y externo del Estado le parece a Lederer algo ciertamente deseable, pero también un tanto utópico.

Como segunda posibilidad, más realista, propone que «los Estados modernos se unan estrechamente en grupos tales que no les quede margen alguno para una tendencia dinámica».[63] No detalla cómo tenemos que imaginar esto de manera constructiva. Pero tal vez podamos interpretar su idea en el sentido de una estrecha unión de los Estados en redes constituidas a distintos planos, en el sentido —tomando prestada la expresión a Philippe Schmitter— de un orden de los Estados posthobbesiano. Con respecto a la política de la paz —frente a las nuevas ideologías de la guerra y a las demonizaciones abstractas del Estado—, esto podría ser en la actualidad para nosotros una perspectiva a todas luces fructífera.[64]

62. *Ibid.*, pág. 141.
63. *Ibid.*, pág. 143.
64. Dieter Senghaas, *Friedensprojekt Europa*, Francfort del Meno, 1992. Véase también el capítulo de este libro «El sueño de una modernidad sin violencia», págs. 47-64.

Segunda parte

DESPUÉS DE LA GUERRA

Capítulo 4

DESPUÉS DE LA GUERRA
Democracia y anticomunismo en Berlín después de 1945[1]

A la sociología nunca le han ido demasiado bien las cosas en Berlín. El equilibrio entre compromiso y distanciamiento, del que necesitan absolutamente las ciencias sociales para llevar a cabo sus tareas de investigación y teorización, resulta particularmente difícil de mantenerse en un lugar en el que los altibajos de la historia alemana del siglo que está tocando a su fin son tan marcadamente perceptibles. Echando la vista atrás, no cabe duda de que la vida y obra de numerosas figuras de la historia de la sociología, actualmente famosas, están estrechamente ligadas a Berlín. Un buen ejemplo lo constituye Georg Simmel, que no sólo fue berlinés de nacimiento, sino que a lo largo de varias décadas, y casi durante toda su vida, fue una de las lumbreras de la Universidad de Berlín y de la vida cultural de la ciudad en general. La elección de temas, e incluso su misma forma de escribir, están empapadas por el espíritu de una metrópoli que no dejaba de crecer. En cuanto a la obra de Max Weber, tampoco se entiende sin su inclusión —ya experimentada en la casa paterna— en la vida política e intelectual de la capital del Reich. Algo parecido cabe decir de Werner Sombart y Theodor Geiger, o del menos conocido a nivel

1. Artículo escrito con motivo del libro de Harold Hurwitz, *Demokratie und Antikommunismus in Berlin nach 1945*, 5 vols., Colonia, 1983 (vol. 1), 1984 (vols. 2 y 3), 1990 (vol. 4 en dos partes) y 1997 (vol. 5).

Vol 1: *Die politische Kultur der Bevölkerung und der Neubeginn konservativer Politik.*

Vol. 2: *Autoritäre Tradierung und Demokratiepotential in der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung* (junto con Klaus Sühl).

Vol. 3: *Die Eintracht der Siegermächte und die Orientierungsnot der Deutschen.*

Vol. 4: *Die Anfänge des Widerstandes*, I parte: «Führungsanspruch und Isolation der Sozialdemokraten»; II parte: «Zwischen Selbsttäuschung und Zivilcourage: Der Fusionskampf».

Vol. 5: *Di Stalinisierung der SED. Zum Verlust von Freiräumen und sozialdemokratischer Identität in den Vorständen 1946-49.*

Mis discrepancias con respecto a esta obra aparecieron por primera vez en *Die Neue Gesellschaft/Frankfurter Hefte*, vol. 38, 1991, nº 12, págs. 1.135-1.139.

internacional, pero que influyó de manera poderosa en la sociología industrial de la posguerra, Goetz Briefs.

Pero sería un espejismo retrospectivo querer enlazar a estas grandes mentes con la tradición berlinesa de cualquier tipo de sociología. Como ya se ha dicho numerosas veces, nunca hubo una escuela berlinesa de sociología propiamente dicha. Berlín tampoco fue nunca en el pasado el centro científico de esta disciplina en Alemania. Nos parece una incongruencia que no exista una historia de la sociología berlinesa que vaya más allá de las típicas semblanzas personales. Incluso cuesta trabajo hablar de una tradición berlinesa si entendemos por tradición una relación eficaz y continuada. Como es sabido, Simmel nunca se movió en Berlín más allá del coto reducido de su cátedra universitaria, y en las dificultades de su carrera influyeron decisivamente la rigidez del mundo docente del Reich imperial y los prejuicios políticos y antisemitas que se escondían bajo el tono solemne de la autonomía universitaria. Por lo que a la influencia intelectual de Weber se refiere, hay que decir que tiene más que ver con Heidelberg que con Berlín. Sombart desplegó principalmente su magisterio en la Escuela Superior de Comercio, Geiger en la Escuela Superior del Pueblo y Briefs en la Escuela Técnica Superior de Charlottenburg. Así pues, las características de la sociología berlinesa apuntan más bien en la dirección de la multiplicidad y la dispersión que de la concentración y creación de una escuela. La nueva disciplina encontró especial dificultad para abrirse paso en la Universidad de Berlín —enseñar en la cual era, por cierto, el sueño de todo erudito prusiano—. Inversamente, la nueva disciplina mostró una nociva tendencia a dar la espalda a los esfuerzos sociológicos más importantes que se hacían fuera de sus propios límites: piénsese, por ejemplo, en Ernst Troeltsch o en Otto Hintze.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se formaron los primeros núcleos de la disciplina en otros lugares, como Colonia, Francfort, Münster o Gotinga. Otto Stammer y Hans-Joachim Lieber consiguieron crear un entorno de corte crítico-sociológico, que fue muy importante para el movimiento estudiantil berlinés; pero no se puede hablar de una escuela de sociología propiamente dicha. En la parte oriental de la ciudad dividida, después de la guerra hubo igualmente núcleos de preocupación sociológica; pero éstos no lograron superar la era glacial estalinista de la República Democrática Alemana. El gradual resurgir de la disciplina en la universidad y el mundo académicos en general tuvo que enfrentarse a controles suspicaces y a la exigencia de renunciar a una misión ilustrada autónoma. A pesar de los esfuerzos de unos pocos sociólogos compro-

metidos e íntegros, la sociología practicada en Berlín oriental sólo conoció unos impulsos científicos o políticos muy escasos. Esto lo expresa perfectamente el que fuera gobernador de Berlín oriental durante muchos años cuando, refiriéndose al cambio ocurrido en la RDA, afirma que «tal vez los sociólogos hubieran podido contribuir también a producirlo». Durante mucho tiempo, la oportunidad de ser conocido en el mundo occidental no estuvo al alcance de ningún científico corriente, sino sólo de los disidentes que actuaban de manera espectacular o de algún *Reisekader** plenamente fiable desde el punto de vista político.

El mencionado equilibrio entre compromiso y distanciamiento brilló también por su ausencia en Berlín occidental. Estoy pensando en las consecuencias, en absoluto intencionadas, que tuvo el movimiento estudiantil para la sociología berlinesa. La hegemonía temporal del *Mittelbau*** dentro del instituto, unida al rumbo tomado, y asumido como una especie de misión, hacia una reconstrucción del marxismo se nos antojan, retrospectivamente, como las victorias pírricas de un movimiento social. Quien crea que la falta de otros trabajos científicos es producto de un equivocado punto de vista —de clase social— no necesita estudiar con demasiada precisión los aspectos criticables para sentirse superior y desarrollar unas perspectivas grandiosas para sí mismo y para los estudios a realizar en el futuro. Si a una corriente amenazada en su mismo punto de arranque teórico por aires de grandeza no se le opone una postura intelectual digna de ese nombre, entonces no se impondrán los puntos fuertes, sino los puntos débiles de la argumentación. No es casual que el interés por los movimientos sociales y por las corrientes literario-estéticas o terapéuticas de aquí se convirtiera ocasionalmente, mediante un proceso de *going native*, en un cambio de campo por parte del sociólogo. También la atención prestada al estilo de vida y a las modas puede derivar en una dependencia del espíritu de los tiempos. Sería muy bonito aplicar con la debida reflexión a la sociología berlinesa las características con las que Simmel describe el espíritu de la gran ciudad: desde su nerviosismo hasta su desencanto. Me gustaría aventurar la afirmación de que en la sociología berlinesa se encuentran rasgos de esa imagen efímera de gran ciudad que ofrece Berlín occidental: una curiosa mezcla de gran ciudad e

* «Cuadros» o dirigentes del Partido Comunista que tenían permiso para viajar a los países no comunistas. (*N. del t.*)

** «Cuerpo intermedio» compuesto por doctorandos y jóvenes profesores con contratos laborales precarios. (*N. del t.*)

idilio o de proyecto crítico con la modernización; simultaneidad de las relaciones internacionales y aislamiento del entorno, y desinterés por este entorno y por la propia historia. Pero hoy, pese a la complejidad resultante de la coexistencia en Berlín de numerosas universidades y de grandes e importantes instituciones de investigación de corte sociológico, el potencial de trabajo que hay en esta ciudad para nuestra disciplina es realmente enorme. Y, en consecuencia, también son enormes las posibilidades de contacto y colaboración.

La investigación sociológica que se lleva a cabo en Berlín en modo alguno responde a un planteamiento típicamente «berlinista». En efecto, podemos afirmar que, en la conciencia de la población berlinesa y también de los sociólogos que trabajan en Berlín, la situación de la división alemana nunca estuvo tan reprimida como en la conciencia de la población de la zona oriental, lo que no impidió que reinara precisamente en esta ciudad-isla una necesidad mayor aún o bien de ocuparse solamente de la provisionalidad —que parecía haberse convertido en algo permanente— de Berlín occidental o bien de abrirse, en medio de su extraordinaria internacionalidad, a todos los contextos del mundo imaginables de carácter tanto político como científico, es decir, a cualquier cosa menos a su propia situación. Pero, por comprensibles que sean estas formas de reacción, significaron al mismo tiempo la renuncia a una gran oportunidad de autorreflexión científica. Ocuparse de los problemas locales corría aquí muy poco peligro de ser fruto del simple antojo. Esto lo vemos con claridad si repasamos brevemente los sucesos y procesos que han marcado la vida de la ciudad desde 1945: la ocupación militar, el increíble experimento de una administración a cargo de cuatro potencias —entre las que además existía un conflicto de suma trascendencia para la historia del globo—, el bloqueo de 1948 y las consecuencias de la creación en 1949 de dos Estados alemanes para el sector occidental, la gran crisis de 1958 (el ultimátum de Khruschev), la construcción en 1961 de un muro infranqueable que partía a la enorme ciudad en dos, las controversias en torno a la política de apertura al este y a la distensión, la coexistencia de dos sistemas sociopolíticos diferentes en una misma ciudad, el surgimiento y desarrollo —en 1967-1968— de un movimiento que cada vez mostraba más su vertiente revolucionaria, la insurrección democrática de 1989 en la RDA y la caída del muro, y, por último, los problemas actuales planteados por la reintegración de las dos mitades de la ciudad y por la recuperación de su condición de capital del país.

No es nuestro propósito ofrecer aquí una visión panorámica de las investigaciones en las que Berlín aparece como objeto de estudio sociológico. Sí me gustaría, empero, hablar de una obra que sitúa magníficamente la investigación sobre Berlín en el marco de un horizonte más amplio pero que posiblemente por sus prioridades, así como por su enorme precisión y escrupulosidad, no llame una mayor atención y ejerza menor influjo del que merece. Me estoy refiriendo a las más de tres mil páginas que ha dado a la luz Harold Hurwitz con el título de *Demokratie und Antikommunismus in Berlin nach 1945* [«Democracia y anticomunismo en Berlín después de 1945»]. Tal vez no sea una casualidad que el autor de esta obra ingente no sea berlinés, ni para el caso tampoco alemán, sino un americano que, no obstante, vive en Berlín desde 1946 y en esta ciudad ha ejercido sucesivamente de empleado civil del gobierno militar de Estados Unidos, de periodista de la radio, de sociólogo, de colaborador de Willy Brandt, Egon Bahr y Richard Löwenthal, y, finalmente, hasta que le llegó la jubilación, de profesor en la Universidad Libre.[2] Como extranjero en Berlín, le fue más fácil reunir en sí esa mezcla de entusiasmo y fría observación que es tan necesaria para acometer una investigación de lo próximo y cotidiano. Durante más de veinte años, adoptó un planteamiento de capital importancia para la comprensión de Berlín, y que hoy, tras el colapso de las dictaduras postestalinistas en Europa del Este, presenta una relevancia mayor aún si cabe. Se ventila nada menos que la cuestión de las posibilidades de una democracia tras el desplome de una dictadura en medio de una clara falta de tradición democrática y en unas condiciones materiales bastante malas.

Hurwitz basa su estudio en un concepto de democracia bastante ambicioso. Para él, la democracia es, al menos en dos sentidos, algo más que el establecimiento o la reforma de instituciones estatales y sociales. Por una parte, destaca el hecho de que el principio de la democracia representativa necesita correcciones al estilo de la democracia directa, pues sin ellas «el carácter representativo de los partidos queda funcionalmente vacío de sentido [...]. Cada vez más y, casi de manera exclusiva, los partidos se están convirtiendo en simples asociaciones de fines; por ejemplo, para la movilización de la población con motivo de una campaña electoral, para la elección del secretario general o para apoyar a la directiva, como partido ya en el gobierno ya en la oposición, en un clima donde la disci-

2. Hace poco ha aparecido un artículo autobiográfico sumamente interesante: Harold Hurwitz, «Mein Leben in Berlin», *Leviathan*, nº 27, 1999, págs. 264-279.

plina y la exigencia de sintonía casi siempre tienen la prioridad».[3] Estos elementos de democracia directa dependen para su funcionamiento, según Hurwitz, de una cultura democrática, mejor dicho, de un pluralismo de subculturas democráticas. Por eso, le interesa de manera muy especial el potencial democrático de las subculturas políticas existentes en Berlín y sus posibilidades de continuidad. El otro aspecto en el que Hurwitz va más allá del concepto de democracia —solamente— institucional es su insistencia en las experiencias y procesos de aprendizaje colectivos. Las orientaciones democráticas no están garantizadas a perpetuidad en ninguna sociedad, sino que se refuerzan o debilitan en el decurso de unos procesos históricos concretos.

El interés de Hurwitz se centra fundamentalmente en el surgimiento de un consenso de oposición al comunismo en los sectores occidentales de Berlín entre 1945 y 1948. La pregunta esencial para el enjuiciamiento de este consenso para la resistencia la plantea desde la concepción democrática en que éste se funda: ¿fue fruto de talantes pre o antidemocráticos, es decir, del antibolchevismo nacionalsocialista basado en un talante antisoviético más amplio de la población, o, por el contrario, predominaron orientaciones auténticamente democráticas, de manera que se puede hablar con toda razón, con relación a estos años, de una victoriosa lucha por la libertad democrática en Berlín?

Resulta imposible ofrecer aquí una visión suficientemente amplia de la riqueza metódica de estos estudios, y menos aún entrar en las eventuales ventajas o inconvenientes de la orientación hacia un modelo de «privación relativa» del desarrollo de la acción colectiva. Limitémonos a decir que el estudio de Hurwitz sirve tanto para el método sociológico como para la investigación de fuentes típicamente históricas, al combinar ambas cosas de manera feliz. Su trabajo se apoya esencialmente en la valoración secundaria de las encuestas de opinión del gobierno militar americano, así como en análisis de los periódicos berlineses y en sus propias pesquisas sobre el número de afiliados de los partidos políticos y sobre los currículums de cuadros del partido. Éstas son formas típicas del proceder sociológico. Pero, por otra parte, también se evalúan aquí materiales de archivo, como, por ejemplo, actas de gobiernos militares e informes de servicios secretos aliados, más en la línea de la investigación histórica. Además, se incluyen entrevistas a personas que fueron testigos directos, así como una bibliografía razonada de todas las obras de carácter histórico, politológico y so-

3. Vol. 2, pág. 280.

ciológico publicadas a lo largo del período en cuestión. La separación de las disciplinas sociológicas, que a menudo perjudica más que ayudar, está aquí superada; la ceguera histórica de muchos trabajos de investigación social empírica, así como la falta de teoría de muchos trabajos históricos, dejan paso aquí a un complejo mosaico de estudios parciales.

El primer volumen, titulado *Die politische Kultur der Bevölkerung und der Neubeginn konservativer Politik* [«La cultura política de la población y el nuevo comienzo de la política conservadora»], se ocupa de la evolución de la vida política en Berlín después de 1945. ¿Cuál fue la idea que se tuvo acerca de la conciencia política de la población berlinesa después de la caída del nacionalsocialismo, una caída no inducida, por cierto, por el propio pueblo? Entre las potencias de ocupación, y también entre muchos exiliados regresados, se generalizó la idea de que la población alemana seguía simpatizando en buena parte, de manera más o menos abierta, con el nacionalsocialismo, por lo que sólo mediante una reeducación a largo plazo se podía alcanzar la madurez democrática. Pero ¿cómo encajan con esto los múltiples impulsos políticos —como, por ejemplo, en contra del gran capital— que se multiplicaron durante los primeros años de la posguerra hasta el surgimiento de los partidos burgueses? ¿Se puede afirmar, en retrospectiva, que las potencias ocupantes constituyeron un freno para el surgimiento de un orden nuevo, deseado por la población alemana? Cuando hoy se habla de la población alemana de entonces, predomina un tercer factor: el recuerdo de una época de completa desorientación, de una tremenda devaluación de los ideales y lealtades y del miedo a cualquier acción política. «Las personas que habían seguido a los nacionalsocialistas, que se sentían engañadas, manipuladas y amargamente decepcionadas, y se veían ahora encima vencidas y ocupadas por las potencias extranjeras, reaccionaron a la vista de la propaganda de unos partidos que habían dado vía libre a las potencias ocupantes con una postura de "nunca más" o "no contéis conmigo". Y eran pocos los casos en que se estaba dispuesto a reconocer la legitimidad de estos partidos por el hecho de que sus miembros fundadores hubieran sido decididos enemigos de los nazis. A lo cual se añadió que los que tenían realmente el poder no eran los nuevos partidos, sino las potencias ocupantes. Y al principio no sólo se impuso la tendencia racional a amoldarse a la nueva realidad política, sino que se tendió también a someterse a los nuevos mandamases como tales.»[4] Los resultados de las investi-

4. Vol. 1, pág. 8.

gaciones de Hurwitz permiten, en este campo tan complejo, hacer afirmaciones sorprendentes pero empíricamente bien fundadas. Por una parte, era muy pequeña la proporción de personas con opiniones nacionalsocialistas profundamente arraigadas, y en Berlín menos aún que, por ejemplo, en las zonas alemanas ocupadas por los americanos. Los rasgos cosmopolitas de Berlín, unidos a los distintos medios socialistas —pero también prusiano-conservadores—, seguían estando bien vivos. Pero, al mismo tiempo, estos medios eran a menudo bastante autoritarios y poco democráticos en asuntos no políticos, como resulta del estudio de cuestiones relacionadas con la educación y las relaciones interpersonales. El cuadro se complica aún más cuando observamos que el generalizado sentimiento anticapitalista se pudo alimentar también de fuentes no democráticas. El autor dedica un capítulo aparte, bastante extenso, al resurgir de los partidos burgueses y, en particular, a la tensión entre sus cuadros directivos, que procedían de la resistencia, y a la base de dichos partidos.

El segundo volumen, que se ocupa exclusivamente del movimiento obrero socialdemócrata, empieza desde muy lejos su recorrido histórico para hacer ver mejor la gran importancia que éste tuvo para la democracia naciente. Estamos ante una historia, sumamente innovadora, de la socialdemocracia en la tesitura —como reza el título— de *Autoritäre[r] Tradierung und Demokratiepotential* [«Un legado autoritario y un potencial democrático»]. El autor recalca la enorme importancia que tuvo la subcultura que se gestó y desarrolló en torno al Partido Socialista Alemán y los sindicatos. Se nos muestran con suma claridad los rasgos típicamente alemanes de esta subcultura, y se destacan las virtudes de la confianza moral, el deseo de formación y la voluntad de primar la solidaridad.

Si en los dos primeros tomos se nos informa sobre todo del talante de la población berlinesa y de las actitudes de las élites políticas, en el tercero nos explica el autor de otro factor esencial: el papel desempeñado por las potencias vencedoras, y se hace particular hincapié en la importancia que tuvo el mandamiento de «mantener la concordia» para las potencias vencedoras. A lo largo de un período de tiempo sorprendentemente largo, las potencias vencedoras occidentales se sintieron en la obligación de hacer ver a los alemanes vencidos la solidez de la concordia aliada. Como en mayo y junio de 1945 la única potencia ocupante de Berlín fue la Unión Soviética, este país aprovechó dicho espacio de tiempo para ocupar posiciones de importancia en la administración berlinesa y en los medios de comunicación. «A los intentos de los no comunistas por defenderse contra los inconvenientes soviético-comunistas y los conatos de

unificación mediante críticas y quejas, los oficiales de las potencias ocupantes occidentales respondieron sistemáticamente con una actitud de desconfianza, lo que contribuyó a que los demócratas parecieran "fuerzas de distracción". Entre las potencias vencedoras se tendía a pensar que los alemanes estaban interesados en enemistar entre sí a las potencias vencedoras.»[5] Esta actitud fue mantenida, como puede probar Hurwitz, incluso cuando empezaron a aumentar las dudas sobre la posibilidad de entenderse con la Unión Soviética en el marco de los acuerdos de las cuatro potencias. Sólo al final de un proceso prolijo y contradictorio, los americanos superaron su desconfianza respecto a los alemanes vencidos y empezaron a verlos como unos aliados potenciales, y a los berlineses en particular como unos ciudadanos no rebeldes, sino heroicos.[6]

Estos resultados preparan también el terreno para el análisis extenso y pormenorizado que acomete el autor del primer acto decisivo en la lucha por la libertad antiestalinista de Berlín occidental: la disputa en torno a la fusión de los dos partidos del movimiento obrero alemán separados desde 1918-1919, el Partido Socialdemócrata y el Partido Comunista. Inmediatamente después de la guerra, en la base de ambos partidos prendió con fuerza la postura a favor de una alianza o una coalición para superar la vieja escisión, que se veía como una de las principales causas de la victoria de los nacionalsocialistas. Pero, al principio, el Partido Comunista se negó a esta pretensión; luego cambió de opinión en el otoño de 1945. La denominada disputa sobre la fusión tuvo lugar entre noviembre de 1945 y abril de 1946. En la zona de ocupación soviética y en Berlín oriental, de la fusión surgió el que después gobernaría con métodos dictatoriales, el Partido Socialista Unificado Alemán. En cambio, en Berlín occidental, tras llevarse a cabo una consulta previa, la gran mayoría de los miembros del Partido Socialdemócrata rechazaron la fusión. Hurwitz se pregunta qué es lo que determinó esta decisión y cuáles fueron las consecuencias históricas de la misma.

Tras un detenido estudio de la política practicada por los aliados, el autor descarta de antemano una posible interpretación. No fueron las potencias ocupantes occidentales las que indujeron a la socialdemocracia a persistir en su actitud de rechazo. Antes al contrario, como consecuencia de su desconfianza, desperdiciaron la ocasión para que la consulta sobre la fusión a los miembros del partido, prohibida por los soviéticos en

5. Vol. 3, pág. 10.
6. Vol. 3, págs. 78 y sigs.

el sector oriental de Berlín, se llevara a cabo bajo la responsabilidad de las cuatro potencias, o al menos se intentara. Ciertamente, hubo, sobre todo del lado británico, pero también del americano, algunos oficiales que mostraron comprensión y simpatía por los motivos de los demócratas y los antiestalinistas de izquierdas de Berlín, pero que encontraron muchas trabas por parte de los gobiernos militares. Sin embargo, conviene descartar la interpretación que achaca la renuencia hacia el Partido Comunista Alemán y hacia los planes soviéticos para la reunificación de los partidos obreros a un supuesto resentimiento anticomunista de la población. La población de Berlín se mantuvo en su mayor parte distanciada de cualquier tipo de política y, hasta la época del bloqueo de 1948, no mostró una resistencia activa contra la política soviética. Una tercera interpretación podría atribuir dicha renuencia y rechazo a los intereses personales de los cuadros socialdemócratas, temerosos de que la fusión les reportara más pérdidas e inconvenientes que ventajas. Pero, según las investigaciones de Hurwitz, esta explicación tampoco se sostiene. El aparato del Partido Socialista Alemán estaba en su mayor parte dispuesto a la fusión, a pesar de las numerosas dudas que albergaba. Hacen agua todos los intentos fáciles de diferenciación entre los adversarios y partidarios de la fusión. En modo alguno se puede afirmar que los socialdemócratas de izquierdas estuvieran a favor de la unión y los de derechas más bien en contra. Según Hurwitz, fueron muchos los socialdemócratas de derechas que siguieron más las directrices venidas de arriba que lo que les dictaban sus convicciones personales y, por tanto, aceptaron la fusión como la consecuencia inevitable de la situación de ocupación y de la fuerza de los soviéticos. Huwitz se muestra absolutamente neutral a la hora de abordar el análisis de los motivos de las distintas partes implicadas. En ningún momento presenta a los partidarios de la fusión como políticos irresponsables, corruptos o estrechos de miras. Tanto los socialdemócratas que se oponían como los que cedieron a la presión de la unificación se esforzaron por impedir la división de Alemania en las condiciones dadas.

Frente a estas falsas interpretaciones, el análisis de Hurwitz muestra que la resistencia a la fusión sólo se puede comprender como el *resultado de una rebelión de la base socialdemócrata del partido.* La base del partido había encajado bastante mal las manipulaciones antidemocráticas de los comunistas y de la administración militar soviética en el aparato administrativo de Berlín y en los asuntos del partido en el sector oriental y en la zona de Alemania ocupada por los soviéticos. La presión de los oficiales soviéticos a favor de la fusión, unida a las amenazas abiertas e incluso al

empleo de la violencia, hizo a los miembros del partido de todo Berlín caer en la cuenta de que el sí a la fusión podía significar el primer paso para el establecimiento de una nueva dictadura. Sin duda se habían liberado del yugo de la dictadura nacionalsocialista con ayuda extranjera; la enseñanza que se obtenía de todo esto no podía ser otra que pelear para impedir el surgimiento de una nueva dictadura. Como todos sabemos en la actualidad, las medidas de presión por parte de la administración militar soviética contra los socialdemócratas que se negaron a la fusión llegaron hasta la utilización de los terrenos de los antiguos campos de concentración nazis. Con una extensión propia de una epopeya —pero ¿acaso no la merece la exposición de dichas disputas?— Hurwitz describe la lucha victoriosa en los sectores occidentales de Berlín por el rechazo de la fusión para hacernos ver cómo esta lucha pudo convertirse en la piedra angular de un consenso democrático. Como se ha dicho, el Tercer Reich no había sido derrocado mediante una revolución, y la democracia no se había conseguido en Alemania mediante un movimiento social. Pero, al menos en Berlín occidental, con la lucha por la fusión comenzó una época de batallas sociales por la democracia que acabaron consiguiendo que ésta arraigara entre la población.

En los volúmenes de esta obra gigantesca no se plantea la pregunta de cómo se desarrolló en las décadas posteriores este consenso democrático, apoyado con pasión. El Partido Socialista Alemán le debió durante algunas décadas la indiscutida hegemonía política de que gozó en la ciudad. Pero cada vez corrió más peligro de no ver el sentido profundo de su lucha y de, explotando el trauma de la amenaza, practicar una política conservadora, inmóvil y guiada por *vested interests*. La colisión entre el movimiento estudiantil, que pedía a gritos la extensión de la democracia, y una socialdemocracia que temía un nuevo movimiento comunista a finales de la década de 1980 sólo se puede describir como un hecho trágico. Las distorsiones y deformaciones de las percepciones recíprocas condujeron a conflictos muy enconados, si bien el resultado final fue bastante feliz, con la ulterior pluralización del consenso democrático.

De la multitud de puntos interesantes abordados por Hurwitz se debe mencionar aún un último hallazgo. La fuerza de la Unión Soviética fue decididamente más «sentida» en Berlín que en las zonas occidentales de Alemania. Esto vale también para todas las situaciones y orientaciones de índole política. En Berlín también existió el convencimiento de mantener una relación especial con los pueblos de la Unión Soviética desde el punto de vista económico, político o cultural. Esto es extensible incluso para

los socialdemócratas enemigos de la fusión, así como para muchos políticos burgueses. Tanto en Alemania occidental como —más aún si cabe— en Occidente en general, existen numerosos malentendidos a este respecto. Cualquier intento de acuerdo con la Unión Soviética se entiende, demasiado precipitadamente, como una amenaza para la seguridad democrática. Esto se pudo ver en la percepción en Occidente del movimiento pacifista alemán de principios de la década de 1980 o en las reacciones que hubo al borrador de diálogo entre el Partido Socialista Alemán y el Partido Socialista Unificado Alemán, en el que se trataba de acabar con un largo período de incomunicación, no de aceptar un régimen antidemocrático. Independientemente de cuál sea en un futuro próximo la evolución en el ámbito de la antigua Unión Soviética, Alemania y sobre todo Berlín tendrán mucho que ver con ello. A Berlín le afectarán de manera especial no sólo los temas de una investigación social políticamente profundizada, sino también las condiciones y la manera como se traten las mismas.

Capítulo 5

DESPUÉS DE LA GUERRA FRÍA
La caída de la República Democrática Alemana[1]

1. PRESENTE Y FUTURO

La caída de la RDA nos va retrotrayendo a otro horizonte temporal: al pasado. Dicho acontecimiento ya no es lo que se desarrolla ante nuestros incrédulos ojos, ni lo que crea nuevas e inesperadas experiencias, sino que adopta los contornos de algo ya concluido. Dicho de otra manera, que ya forma parte de la historia.

Pero es una historia que, en lo esencial, aún se nos escapa de las manos. Sin duda, mantendrá en vilo a las ciencias sociales durante mucho tiempo. Ya se ha publicado toda una batería de análisis —en forma de comentarios al devenir en curso—, y cada vez se va haciendo más denso el tejido interpretativo, al tiempo que se repiten algunos puntos de vista. Sin embargo, aún queda casi todo por hacer. Y el hecho de que este acontecimiento ya pertenezca enteramente al pasado no despeja las dudas que aún plantea. El derrumbe de la RDA conforma el punto de partida de un futuro que sigue oscilando, por lo que se puede decir que también oscila su interpretación.

Sin duda, entre las tareas esenciales de la sociología figura observar el proceso de transformación de la sociedad de la antigua RDA y el surgimiento de una sociedad «de la Alemania unida», así como puntear los senderos de desarrollo más probables y las alternativas que se presentan en dicho proceso. La percepción de un marco de circunstancias que se viene abajo más que ser un obstáculo debería agudizar nuestra conciencia de las condiciones de estabilidad de que dependen, y *deben* depender, dichas proyecciones.

1. Este capítulo fue redactado junto con Martin Kohli, para servir de introducción al libro, editado también por nosotros, *Der Zusammenbruch der DDR*, Francfort del Meno, 1993. Para el presente libro, lo hemos abreviado un poco y sometido a una pequeña revisión. Hemos prescindido de la avalancha de nuevas publicaciones, pues la argumentación versa acerca de la tipología de las interpretaciones sociológicas, y sobre este tema no nos ha parecido necesaria ninguna modificación.

Ofrecer un análisis del hundimiento de la RDA es el necesario punto de partida para poder formarnos un juicio acerca de las probabilidades de desarrollo presentes. A este respecto, conviene preguntarse, en primer lugar, qué es lo que se ha hundido propiamente y qué es lo que no se ha hundido. Esta pregunta no puede contestarse independientemente de los marcos teóricos elegidos. No cabe duda de que las instituciones estatales, así como las sociales y económicas —en su mayor parte de carácter formal—, que apenas fueron mutuamente diferenciables en esta «sociedad estatalizada» (Claus Offe), se han ido definitivamente a pique. En cambio, muchas de las estructuras sociales, formas de vida y maneras de pensar siguen estando vivas, y lo seguirán estando durante mucho tiempo; qué sean exactamente estas cosas es algo que sólo se puede saber tras un análisis exhaustivo de la situación anterior. Una característica de la nueva sociedad naciente será, durante bastante tiempo todavía, una especie de «simultaneidad de lo no simultáneo».

La mejor manera de ofrecer una recta comprensión del tema que nos ocupa será sin duda disponer de una fundamentación de la formulación elegida. La formulación del fenómeno en cuestión como un «derrumbe» —con o sin signos de interrogación— no es aceptada en modo alguno por todo el mundo. Hay quienes hablan, más bien, de una «revolución» recuperada (Jürgen Habermas)[2] o protestante (Ehrhard Neubert),[3] o también de una revolución no violenta o tardoburguesa. Nada más lejos de nuestra intención que pretender restar valor a los logros reales y al coraje mostrado por los individuos y grupos que más se destacaron en el otoño de 1989. Pero no es el *pathos* de los vencedores y mandamases lo que nos permite hablar empero de la caída. Son mucho más relevantes y decisivos los aspectos relacionados con la política exterior, de un lado, y del otro, la no resistencia por parte del régimen. Que un Estado se venga abajo como un castillo de naipes es algo que difícilmente encaja con lo que normalmente se entiende por «revolución». La pregunta «¿revolución o caída?» expresa por sí misma que el carácter del acontecimiento que nos ocupa puede ser interpretado de manera distinta. Lo cual es también extensible a la evolución o desarrollo que precedieron a dicho acontecimiento.

2. Jürgen Habermas, *Die nachholende Revolution*, Francfort del Meno, 1990.
3. Ehrhard Neubert, *Die protestantische Revolution*, Berlín, 1991.

2. La inverosimilitud de la caída

Por lo que respecta al pasado, el debate comienza ya con relación a los mismos fundamentos, es decir, a la validez de los anteriores pronósticos de estabilidad para la RDA. En la actualidad, existe la tendencia a decir que eso ya se sabía: que el sistema estaba condenado a la quiebra, incluso a una pronta quiebra. Pero emitir juicios *a posteriori* o lanzar pronósticos sin aportar fechas siempre ha sido tarea fácil; por nuestra parte, aún no hemos encontrado a nadie contemporáneo de esa época —por ejemplo, en 1988— que vaticinara una quiebra o revolución en la RDA en un futuro próximo.

Quien no quiera ver esto no sólo comete una trampa teórica, sino que además se priva de la posibilidad de emitir un juicio imparcial: encalla en un determinismo esquemático, en una filosofía de la historia dirigida que del viejo pensamiento sólo ha modificado la manera de hacer augurios; es moralmente cuestionable porque es una filosofía de la historia de los vencedores, y es analíticamente falsa porque elige un punto de mira estrecho. Convierte la selección histórica de una alternativa de desarrollo en fundamento de su propio sistema de referencia. Analizar a la RDA únicamente a partir de su derrumbe es una teleología al revés, que hace uso (aunque sin saberlo) de esa dogmática que para el marxismo estatal fue tan característica. Para la teleología, todo son, retrospectivamente, indicadores de contradicciones que se agudizan irremisiblemente, es decir, indicadores de un proceso de ruina que discurre según leyes naturales. Si faltaba una teoría, pues se fabrica después.

Digamos, más bien, que el hundimiento de la RDA se produjo para la sorpresa general, incluso para la de los servicios secretos, como ha señalado Klaus von Beyme, no sin cierto sarcasmo.[4] Nunca dejará de sorprendernos el hecho de que este Estado, y todo el sistema institucional del socialismo real en él fundado (por supuesto, ahora, en retrospectiva, ya no se puede hablar de «socialismo real»), se fueran a pique de manera tan rápida y completa.

En este aspecto inciden también muchos autores. Rolf Reißig sostiene que la RDA no sólo era percibida como algo estable, sino también

4. Klaus von Beyme, «Selbstgleichschaltung. Warum es in der DDR keine Politologie gegeben hat», Bernd Giesen y Claus Leggewie (comps.), *Experiment Vereinigung. Ein sozialer Großversuch*, Berlín, 1991, págs. 123-132.

como un sistema capaz de evolucionar en el interior de sus fronteras.[5] Según Claus Offe, el derrumbe de la RDA no se puede entender con categorías relacionadas con la voluntad, ni tampoco con las estructuras, sino con el azar.[6] Sin embargo, conviene hacer la siguiente salvedad: el «azar» es también una cuestión de perspectiva. Desde la perspectiva de la RDA —de la periferia—, la *perestroika* y sus consecuencias son una casualidad, mientras que, desde la perspectiva de la Unión Soviética —el centro—, son un problema de estructura. El engreimiento por haber vaticinado con los medios de la propia teoría los hundimientos ocurridos en la avanzadilla estratégica de la Unión Soviética alcanza también cotas muy altas entre los representantes de las concepciones geopolíticas (como es el caso de Randall Collins).[7]

Se trata entonces más bien de saber si la hipótesis de la estabilidad siempre fue falsa, o desde cuándo resultó ser falsa. Con respecto a la sociología, se podría hacer esta pregunta: ¿habría debido prever ésta el derrumbe de la RDA? Para la sociología del este, esta pregunta no fue importante por motivos evidentes —ni siquiera fue una posibilidad teórica—. En cuanto a la sociología occidental, hay que decir que se ocupó muy poco de la RDA; era un tema que no irradiaba ninguna fascinación. Más aún: la RDA producía en la izquierda de Alemania occidental (incluida la mayor parte de la socialdemocracia) una sensación de malestar y de agobio. Aun cuando se distanciara del socialismo real, trazar los límites con éste de manera teóricamente convincente seguía siendo una empresa ardua, que intentaba eludir siempre que podía. La excepción era esa pequeña minoría que disculpaba todas las evoluciones fallidas en la RDA pretextando sus especiales dificultades para encontrar una salida y cifraba todas las esperanzas en el futuro. Tampoco para la derecha ofrecía la RDA especiales motivos de la satisfacción. Desde el acuerdo políti-

5. Rolf Reißig, «Das Scheitern der DDR und des realsozialistischen Systems. Einige Ursachen und Folgen», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 49-69.

6. Claus Offe, «Wohlstand, Nation, Republik. Aspekte des deutschen Sonderwegs vom Sozialismus zum Kapitalismus», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 282-301.

7. Randall Collins, «The future decline of the Russian Empire», *Weberian Sociological Theory*, Cambridge, 1986, págs. 186-209; Randall Collins y David Waller, «Der Zusammenbruch von Staaten und Revolutionen im sowjetischen Block: Welche Theorien machten zutreffende Voraussagen?», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 302-325.

co entre la dirección de la Unión Social Cristiana y del Partido Socialista Unificado Alemán, la derecha se vio en la tesitura de tener que elegir entre sus propios principios y el sentido de la realidad. Los dilemas políticos y la discriminación de esta sociedad en el campo teórico fueron suficientes para convertir el estudio de la RDA por parte de la sociología occidental en un fenómeno marginal.

Sin embargo, no hay motivos para poner en la picota a la sociología. Tal vez la hipótesis de la estabilidad no fuera del todo falsa, y tal vez fuera correcto no vaticinar el derrumbe de la RDA, pues era demasiado poco probable (una concatenación de sucesos contingentes muy poco pronosticable) y muy poco «endógeno» (demasiado dependiente de condiciones externas). La falta de pronósticos no es, en este sentido, de antemano una señal de debilidad. La sociología debe aceptar que su capacidad vaticinadora tenga límites y que su capacidad profética sea escasa. Este reconocimiento podría incluso darle mayor fuerza. Es propio de una ciencia madura renunciar a pretensiones de explicación universales.

Pero, si no fue posible hacer pronósticos, sí se puede intentar una elaboración posterior. Allí donde un resultado está determinado, o codeterminado, por casualidades, sólo se puede intentar una explicación histórica. Es el punto final de una concatenación de acontecimientos; no de un cambio social fijado por leyes, sino de una historia real, y no sólo de una historia de estructuras, sino también de acontecimientos.

Una historia contiene siempre un elemento de emergencia; está abierta a las sorpresas. Habría podido tener también otros puntos finales, pero esas alternativas quedan cada vez más sepultadas en el discurrir histórico. Es tarea de la «explicación histórica» no naturalizar este proceso de selección ulteriormente, sino tener bien presentes los puntos de bifurcación entre las alternativas. Los puntos de bifurcación son «rupturas estructurales» o cesuras que interrumpen un decurso continuado.

Si la sociología es consciente de estos límites necesarios y, en su tarea de elaboración, no se detiene exclusivamente en la perspectiva del derrumbe, puede aspirar entonces a iluminar los problemas estructurales y las contradicciones de la sociedad de la antigua RDA. Su ritmo es más bajo que el de los escritores y los ensayistas, los cuales sin necesidad de grandes casos teóricos o empíricos aspiran a la verdad hermenéutica. Sin duda son considerables las dificultades de una reconstrucción ulterior de las circunstancias pasadas y de su dinámica, pero también es cierto que muchas cosas son hoy más fáciles que antes porque ha caído el «velo informativo».

3. Una tipología de las explicaciones

Para una panorámica de las controvertidas interpretaciones de este acontecimiento histórico, puede sernos de ayuda establecer una tipología de las explicaciones existentes. Son muchos los autores que hacen referencia a diversos tipos, lo cual está completamente justificado, pues con frecuencia un tipo único es resultado de una falsa exclusividad. Los distintos tipos aparecen aquí ordenados según un *continuum* que va desde microdimensiones hasta macrodimensiones.

Un *primer tipo* lo tenemos cuando las *disposiciones psíquicas de la población de la RDA* se explican como un factor determinante de los procesos sociales. Nos referimos a las explicaciones que atribuyen la estabilidad del régimen de la RDA —en el sentido de una falta de grupos de oposición más amplios— preferentemente a la mentalidad de la población de la RDA y, consiguientemente, buscan las causas —si no del viraje, sí al menos del a sus ojos rápido final del viraje— en el marco de esta mentalidad. Entre la amplia opinión pública es sumamente conocido el psicograma de la RDA, *Der Gefühlsstau,* presentado por el psicoterapeuta de Halle Hans-Joachim Maaz.[8] Aquí se pueden incluir también las afirmaciones de muchos teólogos de la RDA sobre la patológicamente escasa conciencia y compromiso de los ciudadanos de la RDA. Este tipo de diagnósticos se pueden considerar como un correlato «subjetivo» de las teorías estructurales que hablan de la total «des-subjetivización» en circunstancias totalitarias. Esta mentalidad plantea enseguida la pregunta por sus orígenes. ¿La debemos entender como continuación de una mentalidad que ya se encuentra en la época fundacional de la RDA, tal vez como una mentalidad y cultura política específicamente alemanas, o como algo producido por la propia RDA? Pero ¿cómo se puede producir y mantener dicha mentalidad? ¿Es el resultado sistemático de una manipulación totalitaria o de la resignación de unas generaciones que tuvieron que sufrir la represión violenta de 1953 o la construcción del muro en 1961, o es efecto de una selección producida por el constante éxodo de partes enteras de la población? Estas preguntas testimonian la equivocidad y falta de sustancia de algunas explicaciones psicológicas precipitadas. Naturalmente, también podría ser que la premisa de todas estas interpretaciones fuera falsa. Es posible que también el totalitarismo fra-

8. Hans-Joachim Maaz, *Der Gefühlsstau. Ein Psychogramm der DDR*, Berlín, 1990.

casara con respecto a los fines que se había propuesto y que la mentalidad fuera una técnica racional de la supervivencia.

Un *segundo tipo* de explicación es la sociológica. Ésta pone el acento en la *fe de la población en la legitimidad* respecto al régimen de la RDA y en los intentos del Partido Socialista Unificado por fundamentar semejante fe. Entonces se trata de estudiar no un acomodo irracional o una aceptación a regañadientes de un régimen impuesto por la fuerza, sino una aceptación al menos parcial de dicho régimen. Ahora bien, sobre la base de los datos disponibles hasta el momento, resulta difícil, por no decir imposible, ofrecer un cuadro preciso de la fe legitimadora por parte de la población de la RDA a lo largo de la evolución histórica. Rolf Reißig cree tener puntos de apoyo empíricos para explicar una rápida caída de legitimación en el transcurso de la década de 1980 y un simultáneo aumento de las exigencias democráticas en este espacio de tiempo.[9] Pero esta explicación exagera posiblemente la dimensión de una fe en la legitimación existente antes de este proceso de erosión. Por eso conviene estudiar en primer lugar los intentos de legitimación del Partido Socialista Unificado. Esta tarea la acomete sobre todo Sigrid Meuschel,[10] cuando diferencia entre las fases del «estalinismo antifascista», de la ideología de la reformabilidad tecnocrática del estalinismo y, finalmente, del «socialismo real». Mientras que en la primera fase la legitimidad derivaba del antifascismo (el Estado fuerte se fundaba con la vista puesta precisamente en una supresión futura del Estado y los déficit de legitimación parecían soportables como consecuencia de la deformación del pueblo alemán, que había sido en definitiva el sustentador del caído Tercer Reich), en la segunda fase la promesa de reformas se convirtió ella misma en la base de la lealtad de la población. En la tercera fase, finalmente, la pérdida de utopía se puede apreciar ya en la fórmula misma de autodescripción del socialismo como «real»; pero la idea de la paz como un medio de legitimación más amplio no pudo resolver unos déficit de legitimación que se habían tornado enormes para entonces. Una variante, en cierta medida posmoderna, del tipo de explicación centrada en la legitimidad la tenemos en el intento de Heinz Bude de estudiar la manera de autotematización de las sociedades como fundamento de los problemas de legiti-

9. Rolf Reißig, «Das Scheitern der DDR und des realsozialistischen Systems», *op. cit.*

10. Véase Sigrid Meuschel, *Legitimation und Parteiherrschaft in der DDR*, Francfort del Meno, 1991.

mación, aplicando a tal fin una dicotomía entre autorreferencia «trágica» e «irónica».[11]

Al tipo de explicación relacionada con la legitimidad pertenecen también todos esos intentos por primar los grandes sistemas de interpretación del mundo y sus plasmaciones institucionales. Sin duda es cada vez mayor la pérdida de contenido de la ideología del marxismo-leninismo. A causa de su dogmatización, ésta consiguió conservar un gran atractivo para intelectuales de orientación científica; no obstante la pérdida utópica de la ideología le restó también buena parte de su potencial cuasi religioso. Y la idea, que se encuentra también en muchos intelectuales no marxistas, de la inevitabilidad de las tendencias comunistas también había hecho agua. Sobre esta pérdida de credibilidad y fascinación del marxismo-leninismo no existe hoy controversia alguna. Se debate, más bien, acerca del papel exacto de las Iglesias, en particular de la Iglesia evangélica —la más importante desde el punto de vista cuantitativo—, en el desplome de la RDA. ¿Fue la «revolución» una revolución «protestante», o la Iglesia sólo propició *un* pequeño boquete en la estructura general monolítica? Detlef Pollack[12] cree que se ha sobrevalorado el papel de la Iglesia en la explicación de los procesos e insiste en que también las Iglesias jugaron un papel equívoco, cosa, por cierto, que no tuvieron más remedio que hacer. Finalmente, el papel de la identidad nacional se suele debatir de manera particularmente acalorada.[13] Las interpretaciones al respecto discrepan bastante. Rolf Reißig habla de que en la RDA no había cuajado ningún tipo de identidad nacional, si bien ello lo achaca al fracaso de los intentos por infundir en la población de la RDA el sentimiento de una «nación socialista» propiamente dicha. Pero no entra a fondo en la importancia de la identidad nacional «pan-alemana». Una tesis muy interesante también es la que avanza al respecto Claus Offe.[14] En su opinión, la insistencia en las ansias de una identidad nacional alemana responde a un planteamiento artificial e intrumental; para los objetivos

11. Heinz Bude, «Das Ende einer tragischen Gesellschaft», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 267-281.

12. Detlef Pollack, «Religion und gesellschaftlicher Wandel. Zur Rolle der evangelischen Kirche im Prozeß des gesellschaftlichen Umbruchs in der DDR», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 246-266.

13. Véase Jürgen Kocka, «Revolution und Nation 1989. Zur historischen Einordnung der gegenwärtigen Ereignisse», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, nº 19, 1990, págs. 471-499.

14. Claus Offe, «Wohlstand, Nation, Republik», *op. cit.*

de un proceso de unificación, las élites de la Alemania occidental habrían hecho, razonado en frío, una oferta que la población de la RDA habría aceptado de manera igualmente fría. Offe tiene ciertamente razón al rechazar la idea de que en Alemania se produjo de repente un resurgir de índole altamente emocional y nacionalista. Pero ¿cómo explica un final tan rotundo? En otra dirección apunta, por ejemplo, la tesis acerca del regreso espontáneo, y no escenificado por las élites de Alemania occidental, de las identidades regionales, hasta exigirse la refundación precipitada de las grandes regiones históricas (Sajonia, Brandeburgo, etcétera), así como la fuerte orientación, nunca desaparecida, hacia el Estado de la Alemania occidental.

El *tercer tipo* de explicación no busca las causas del repentino y brusco cambio en las mentalidades transmitidas a largo plazo ni en los sistemas de legitimación política, sino en la *dinámica de los movimientos sociales* como tales. Jan Wielgohs y Marianne Schulz[15] ofrecen una «descripción» de los movimientos civiles en la Alemania del Este y de los contextos de donde surgieron. Estos movimientos civiles los interpretan menos en el sentido de una oposición política que como corrientes contra-culturales de contenido fuertemente ético-social. Estableciéndose una comparación con los «nuevos movimientos sociales» de las sociedades occidentales, pero también con otros movimientos civiles de Europa central y oriental, se precisa mejor el cuadro que nos ofrecen. De manera completamente distinta procede Kart-Dieter Opp en su estudio deudor de la teoría de la acción racional y de la elección racional,[16] donde se esfuerza por explicar la importancia cuantitativa de la participación en las espectaculares manifestaciones del otoño de 1989. En su trabajo centrado en las transformaciones socioestructurales, Wolfgang Zapf[17] hace hincapié en una particularidad de la dinámica del movimiento de protesta de Alemania oriental, a saber, en su interacción con el «movimiento migratorio» que iba en aumento por la misma época. En muchos análisis que se centran en la dinámica de los movimientos sociales, la caída de la capacidad de

15. Jan Wielgohs y Marianne Schulz, «Von der "friedlichen Revolution" in die politische Normalität, Entwicklungsetappen der ostdeutschen Bürgerbewegung», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 222-245.

16. Karl-Dieter Opp, «DDR '89. Zu den Ursachen einer spontanen Revolution», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 194-221.

17. Wolfgang Zapf, «Die DDR 1989/1990 – Zusammenbruch einer Sozialstruktur?», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 29-48.

represión del régimen de la RDA (o de su voluntad de represión) es puesta en primer término sin duda alguna, pero brillan por su ausencia unos análisis más a fondo de las contradicciones internas de los aparatos de seguridad. El tabú que existió en la investigación social de la RDA respecto a los aparatos de seguridad no ha perdido manifiestamente aún su poder de conjuro.

Un *cuarto tipo* de explicación —de las más extendidas— apunta al profundo *déficit en la organización política de la sociedad y el Estado de la RDA*. Los distintos modos de enjuiciamiento de la RDA son a menudo sendas variantes de la teoría de la diferenciación. Se suele hacer hincapié en el partido y en la estructura de poder monopolista del Estado de la RDA, así como en las dificultades de aprendizaje que de ello se derivan. Sin la posibilidad de articular cosmovisiones divergentes, ni de organizar intereses encontrados, difícilmente pudo conseguirse un acomodo a las nuevas condiciones. Basándose en sus muchos años de estudio de la RDA, Gert-Joachim Glaeßner dibuja las consecuencias involuntarias del poder centralizado.[18] El estudio casuístico de Rainer Weinert titulado «Freien Deutschen Gewerkschaftsbund» abunda en el mismo tema en el caso de una de las mayores organizaciones de masas.[19] Manfred Lötsch[20] y Sigrid Meuschel[21] aluden por su parte, para explicar la menor diferenciación del sistema político, a la nivelación y des-diferenciación de la estructura social. Del arsenal de la sociología se toman los medios más diversos para conceptuar la especificidad de la sociedad de la RDA. Así, Gleßner habla de «patrimonialismo de partido», Meuschel de hegemonía «burocrática del partido» *(partocratic),* y Arthur Meier ve incluso en la RDA un «Estado de estamentos con dominio de castas»,[22] a lo que Man-

18. Gert-Joachim Glaeßner, «Am Ende des Staatssozialismus – Zu den Ursachen des Umbruchs in der DDR», Joas y Kohli (comp.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 70-92.

19. Rainer Weinert, «Massenorganisationen in mono-organisationalen Gesellschaften. Über den strukturellen Restaurationszwang des Freien Deutschen Gewerkschaftbundes im Zuge des Zusammenbruchs der DDR», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 125-150.

20. Manfred Lötsch, «Der Sozialismus —eine Stände— oder eine Klassengesellschaft?», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 115-124.

21. Sigrid Meuschel, «Revolution in der DDR. Versuch einer sozialwissenschaftlichen Interpretation», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR*, *op. cit.*, págs. 93-114.

22. Artur Meier, «Abschied von der sozialistischen Ständegesellscahft», *Aus Politik und Zeitgeschehen* (suplemento del semanario *Das Parlament)*, nº 16-17/90, 13 de abril de 1990, págs. 3-14.

fred Lötsch presenta importantes objeciones. A la hora de enjuiciar todos los déficit de la sociedad de la RDA en el plano de la diferenciación, tampoco conviene olvidar los rasgos modernos, también existentes, de esta sociedad.[23]

El *quinto tipo de explicación* es de *índole económica.* Desde hace varias décadas, se viene disputando acerca de la viabilidad de la planificación general económica y de las consecuencias del monopolio del comercio exterior estatal y de la propiedad estatal para la mayor parte de los medios de producción. Las insuficiencias —en cantidad y calidad— en la producción de medios de consumo y en la disponibilidad de servicios eran evidentes para todo el mundo con una simple mirada superficial. Y, sobre todo a causa de las nuevas innovaciones tecnológicas en Occidente, se puso a la orden del día también el problema de la capacidad de innovación técnico-económica del «socialismo». Heiner Ganßmann apunta en un artículo[24] de manera especial a la «caotización» de la economía, a la que condujo la búsqueda de una planificación económica general. Algunas cuestiones extraeconómicas, como, por ejemplo, el papel del endeudamiento o de la insuficiente vinculación con la división del trabajo internacional, son asimismo objeto de otros análisis económicamente centrados.

El *sexto tipo de explicación* está estrechamente ligado al problema de la falta de diversificación y capacidad de aprendizaje e innovación del socialismo real. Pero, además, estos diagnósticos se incluyen en un *esquema de evolución global,* según el cual el cambio brusco aparece como la simple corrección de una anomalía. Esto lo representa perfectamente la fórmula de Jürgen Habermas de *nachholenden Revolution* («revolución de recuperación»). La larga experiencia de esta anomalía y el hecho de que también la Revolución rusa y la ideología bolchevique fueran también una reacción a una forma determinada de modernización, podrían empero aconsejarnos prudencia. No todos los casos de modernización conducen a una modernidad estable. Los efectos a largo plazo de las transforma-

23. Sobre la cuestión de la modernidad del socialismo real, es especialmente interesante el artículo de Ilja Srubar «War der reale Sozialismus modern? Versuch einer strukturellen Bestimmung», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 43, 1991, págs. 415-432.

24. Heiner Ganßmann, «Die nichtbeabsichtigten Folgen einer Wirtschaftsplanung. DDR-Zusammenbruch, Planungsparadox und Demokratie», Joas y Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR, op. cit.*, págs. 172-193.

ciones de 1989 aún distan mucho de estar del todo claros; de la superioridad normativa de determinadas instituciones no se sigue una verosimilitud superior de aplicación empírica interna.

El *séptimo tipo de explicación* ve en las *circunstancias externas* de la RDA, más que en las internas, el factor decisivo de su caída. En la mayor parte de estos estudios se hacen alusiones al influjo de la *perestroika* y la *glasnost* de la Unión Soviética, así como a las transformaciones habidas en Polonia y Hungría y a la porosidad de la relación entre los bloques del este. A modo de corolario, se menciona a menudo también la importancia cada vez mayor de las relaciones culturales internacionales y la «Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa». Pero, en su mayor parte, tales alusiones son marcos de referencia asistemáticos respecto a constelaciones contingentes y al entorno social. Todo lo contrario opina Randall Collins, según el cual, a principios de la década de 1980 ya se veía la caída del Imperio Soviético como una simple cuestión de tiempo.[25] Consideraba este imperio como una hiperextensión de oportunidades de poder sobre una base de recursos muy pequeña, por ejemplo, en comparación con Estados Unidos. En el estudio, no sólo recalca que sus presupuestos teóricos permitían un pronóstico de la evolución ya iniciada, sino que había también otras teorías que apuntaban en esta misma dirección, sin que sus exponentes hubieran tenido valor suficiente para hacer tales pronósticos.

Collins no procede en modo alguno de manera monocausal, sino que exige, antes bien, aplicar una teoría «geopolítica» a los resultados del estudio del movimiento y de los análisis sobre la legitimación. Como ya se ha dicho, son muchos los autores que toman para su teoría elementos de los distintos tipos de explicación reseñados. El siguiente paso a dar para que se integren de manera convincente es no mirar solamente la caída de la RDA.

4. La necesidad de una perspectiva comparativa

El final de la RDA plantea de inmediato la pregunta por los fundamentos de la «vía especial» de la RDA. Entre todos los países de Europa del Este con socialismo real, la RDA fue el único en el que (al menos desde 1953) no se pudieron distinguir claros indicios de una oposición constituida. La protesta masiva del otoño de 1989 no tuvo —prescindiendo

25. Véase Randall Collins, «The Future Decline of the Russian Empire», *op. cit.*

de algunos pequeños grupos pro derechos civiles y de ecologistas, formados en los últimos años— verdaderos precursores. La quiebra se nos antoja, por tanto, más súbita y sorprendente.

Aquí ofreceremos una respuesta que haga referencia a la estructura del entramado externo; a saber, a la relación con el otro Estado de Alemania occidental. Esta relación impidió la formación de un punto de referencia nacional propio para la identidad de la sociedad de la RDA. El trabajo identitario de la dirección de la RDA —por una parte, sobre el antifascismo y la autoproclamación como «la mejor Alemania» y, por la otra, sobre la delimitación de la explotación y depravación del capitalismo— resultó a largo plazo carente de efecto. La demonización oficial del capitalismo occidental contribuyó eventualmente a que éste no sólo pareciera la bicoca del consumo, sino incluso una promesa utópica. Así rezaba uno de los aforismos más extendidos en la RDA: «En Occidente, la gente no tiene ideales. En el este, la gente tiene uno: Occidente».

Es evidente que el derrumbe de la RDA también hay que verlo en el marco de la estructura reticular de la situación del socialismo real. ¿No se necesita por tanto aplicar un sentido especialmente agudo a las causas socioestructurales y económicas del derrumbe? La *perestroika* de la Unión Soviética, las transformaciones lentas de Polonia y Hungría y, finalmente, la apertura de las fronteras en Hungría contribuyeron en buena medida a acabar con un sistema que nunca se había apoyado en la lealtad de las masas. En realidad, en la Alemania del Este no había habido nunca una recepción franca de las ideas socialistas, sino sólo una vinculación estrecha con el estalinismo y con la ocupación militar soviética. Pero tampoco vale quedarse en esto: la explicación sería demasiado fácil. Que el empujón vino del centro no significa que no debamos investigar las condiciones internas del hundimiento. La pregunta debe reformularse entendiendo a la RDA. No es «¿por qué se vino abajo la RDA?», sino que debe ser «¿por qué el régimen de la RDA, una vez desaparecidos los apoyos externos a través del aparato de dominación soviético, opuso tan poca resistencia a la quiebra?».

Esta pregunta remite a su vez a las circunstancias en que se encontraba la RDA en comparación con las demás sociedades con socialismo real. Semejante trabajo de comparación está todavía en mantillas. Aun cuando su necesidad no es disputada, su realización puede hacerse esperar, pues el conocimiento de las demás sociedades de Europa del Este había sido hasta ahora para la sociología de Alemania occidental mucho menor aún que el de la RDA.

La comparación debería centrarse en los requisitos socioestructurales que existían en la transición al socialismo y en su transformación mediante los regímenes socialistas. El siguiente intento comparativo con la RDA será el de Checoslovaquia (al menos en su parte occidental). La dinámica de desarrollo diferenciada en los dos Estados testimonia las dificultades que se plantean. Aun cuando preguntemos por los posibles núcleos organizativos para una posible oposición y, en tal sentido, destaquemos, por ejemplo, la importancia de la Iglesia, las dificultades que surgen a la hora de establecer una comparación (con Polonia, Checoslovaquia o Hungría) son evidentes.

La relación entre la dinámica socioestructural y la política cobra especial interés sobre todo si establecemos la comparación con Hungría. Hungría es un caso de desarrollo relativamente continuado, sin hundimiento estatal. Las décadas que siguieron a 1956 estuvieron marcadas por una modernización social y económica, que paulatinamente suscitó la necesidad de una transformación política, la cual también fue reconocible por las propias élites políticas, y favorecida y fomentada por éstas. ¿Por qué en Hungría se llegó a semejante modernización de carácter continuado sobre la base de una política orientada al compromiso? Aquí no debería bastar sólo una explicación socioestructural. Debería completarse con una historia de las distintas etapas de la oposición política y de la manera como ésta se relacionó con el Estado; también se podría completar con una historia de las etapas del contrato social entre la población y el régimen.

5. Consecuencias teóricas

Ante la multiplicidad de motivos y ofertas explicativas concurrentes sobre el derrumbe de la RDA —desde el entramado internacional hasta el psicoanálisis—, parece inútil construir un marco explicativo unitario en caso de que no nos demos por satisfechos con explicaciones parciales. Sin embargo, esto no puede ser tampoco la última palabra. Sin aquí presentar una «interpretación maestra» que lo integre todo, al menos permítasenos ofrecer unas cuantas indicaciones sobre posibles consecuencias teóricas.

Podemos intentar una explicación análoga al marxismo clásico, es decir, explicar la caída como la consecuencia de una nueva agudización histórica de la contradicción entre las fuerzas productivas y las condiciones

de producción: unas fuerzas productivas que, a resultas del aumento de la complejidad científico-técnica y de la informatización de la producción, deben apoyarse en la descentralización y en la individualización, y unas condiciones de producción que las bloquean precisamente. La RDA y, junto con ella, los demás Estados de socialismo real no han superado la transición de un crecimiento extensivo a un crecimiento intensivo. Con los conceptos de la sociología industrial desarrollados para el cambio de las estructuras productivas occidentales, podemos afirmar lo siguiente: el socialismo real se las ha apañado perfectamente para resolver los problemas planteados por un modo de producción taylorista, pero el paso a un modo de producción postaylorista, por no decir incluso posfordista, no ha podido asimilarlo. Con la irrupción en Occidente de los nuevos conceptos productivos y la descentralización en el marco de la nueva división del trabajo industrial, el objetivo para la RDA de alcanzar a Occidente fue retrocediendo cada vez más. El ocultamiento de este hecho resultó una tarea cada vez más agotadora.

Llegados a este punto, es el momento de plantear un problema de reconstrucción teórica. No es fácil, ni tampoco productivo, buscar las «correspondientes raíces» (Reißig) del derrumbe. Incluso desde la perspectiva del entramado externo, resulta poco productivo remontarnos con las cadenas causales cada vez más hacia atrás, hasta encontrar la última causa, la primera. La *perestroika* no viene aquí al caso, pues exige ulteriores fundamentaciones. De esta manera, podría ocurrir fácilmente que aterrizáramos en Helmut Schmidt o en Ronald Reagan, en la doble resolución de la OTAN o en el desarme mundial forzoso.

Por eso es más sencillo buscar en un terreno común un punto de referencia teórico que torne superficial esta improductiva búsqueda de las últimas causas; un punto que, a nuestro entender, no es otro que la teoría de la diferenciación y de la apertura de los sistemas. Se trata de buscar una serie de circunstancias estructurales e instituciones que aseguren a un sistema la necesaria capacidad de adaptación. La pregunta por el derrumbe de la RDA puede entonces reformularse de esta manera: si hubo tantos obstáculos y tantas dificultades, ¿por qué aumentaron de manera tan desenfrenada hasta convertirse en serios peligros para la existencia del sistema? ¿Por qué fallaron todos los mecanismos de reparación y compensación? Esta pregunta, que se dirige a las estructuras internas, sigue teniendo sentido cuando —cosa que no se puede discutir— llegan, como de hecho llegaron, de fuera los impulsos inmediatos y tal vez también las causas más importantes del hundimiento. Los sistemas abiertos

se caracterizan por ser susceptibles de interrumpir cadenas de acontecimientos; es decir, que no se pueden convertir en cadenas causales naturales.

La pregunta puede también plantearse en términos de evolución, o incluso desde la teoría del aprendizaje; a saber, ¿por qué la RDA no consiguió aprender de sus propios fallos? ¿A qué déficit institucionales y encallamientos culturales se debió que no se percibieran los fallos, que los fallos percibidos no se pusieran inmediatamente en el orden del día y que no se encontrara ninguna solución para unos fallos públicamente debatidos?

La RDA fue, desde 1961 como muy tarde, una «sociedad cerrada»: a partir de esta fórmula tan fácil se pueden explicar muchas cosas. Cerrada naturalmente hacia fuera, pero demasiado abierta también en su elaboración de información interna. Había muy pocas posibilidades para la autoobservación y la autoevaluación sociales. En el ámbito de la economía, como es bien sabido, no hubo ninguna posibilidad de autoobservación ni autoevaluación con relación a los mercados y los precios. Pero también en los ámbitos político y cultural faltaron las instituciones necesarias. No había ningún sistema de alarma en toda regla; antes al contrario, las señales de alarma fueron sistemáticamente ahogadas. La palabra «bloqueo» parece una metáfora inevitable cuando se habla de la RDA, y otra es «estancamiento»: «estancamiento de los conflictos» (Niethammer), «estancamiento sensorial» (Maaz), «estancamiento del futuro». Tanto estancamiento es particularmente peligroso para una sociedad que siempre está planteando su presente, como deja bien claro Heinz Bude, en términos de futuro. Por eso también pudo tener importancia la pérdida de credibilidad del marxismo-leninismo entre sus partidarios. Entre las experiencias más importantes en el diálogo con los sociólogos y filósofos de la RDA destacaba, desde hacía años, la impresión de que nadie, literalmente nadie, «creía» ya en serio, y de que los individuos sólo se diferenciaban con relación a su falta de fe primordial. Entre nosotros se está viniendo abajo el *des*interés individual y social, formuló Volker Braun con humor patibulario.

Cuando se habla de «sociedad estatalizada» (Claus Offe) o de «sociedad organizacional» (Detlef Pollack), se está planteando el problema básico de la insuficiente diferenciación entre el sistema político, económico y cultural y sus criterios de racionalidad propios. En la RDA, la política lo impregnaba absolutamente todo; dentro de la política estaba el partido y, dentro del partido, el Politburó. El dominio político y la organización económica, que se apoyan en la centralización del monopolio de

las órdenes y de la violencia en una jerarquía política, no son a todas luces suficientemente productivos.[26]

Poco antes de los acontecimientos de los que se trata aquí, Immanuel Wallerstein expuso la tesis de que los movimientos de 1968 habrían representado una revolución en el sistema mundial.[27] Esta tesis no es sorprendente en el marco del edificio teórico de Wallerstein, pero las consecuencias de esta revolución, que hoy vemos con bastante claridad, fueron distintas a las que él columbró; a saber, que el movimiento del 68 había inyectado a Occidente un impulso de modernización cultural que se había hecho esperar demasiado, cual un tratamiento con células frescas para una sociedad envejecida. En un principio, la revolución cultural habría podido poner en peligro la existencia de Occidente, pero empíricamente produjo —eso nos parece— el efecto contrario: fomentó su capacidad de adaptación a unas circunstancias y a un entorno cambiados (incluida la transición a un modo de producción «posfordista»...). En Occidente, esta revolución fue reprimida, hasta que, dos décadas después —en medio de unas condiciones cambiadas—, estalló con una fuerza aniquiladora.

Con esto queda relativizado cualquier intento de evaluación conformado según el modelo marxista. La explicación del hundimiento de las sociedades con socialismo real no debe buscarse en el hecho de que se hayan desarrollado las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; es decir, en el hecho de que estas sociedades no hayan conseguido pasar de la producción extensiva a la intensiva, o de la industria pesada a la electrónica y al sector terciario. Para encontrar explicación, hay que preguntarse por qué estas sociedades no han conse-

26. Algo parecido se puede advertir con relación al sistema cultural, en particular con relación a las ciencias. Sólo existía la autoridad que emanaba del cargo, o de la jerarquía política, y que se legitimaba a partir de ella, es decir, teniendo como última preocupación la «encomienda» recibida en aras del bien general, por lo que ya no era necesario aducir motivos razonables para imponer las órdenes. Un ejemplo muy ilustrativo lo ofrece Jürgen Kuczynski, el decano de las ciencias sociales de la RDA, cuando relata una conversación mantenida con Honecker, en la que ambos trataron acerca de una decisión relacionada con la política económica. Kuczynski retiró sus reticencias respecto a la decisión de Honecker con las siguientes palabras: «Yo soy competente en el ámbito del desarrollo de las ciencias sociales, y tú, Erich, lo eres en el de la seguridad del socialismo. La seguridad y salud del socialismo son más importantes que el desarrollo de las ciencias sociales, y por eso tú llevas razón».

27. Immanuel Wallerstein, «1968, revolution in the world-system. Thesis and queries», *Theory and Society*, nº 18, 1989, págs. 431-449.

guido esto, es decir, por qué no pudieron reaccionar con suficiente flexibilidad a una contradicción que se agudizaba; o, dicho de otra manera, por qué carecieron de las instituciones necesarias para una adaptación flexible. Lo mismo cabe decir respecto de la crisis política: lo decisivo no es que estas sociedades no consiguieran canalizar los cambios de las exigencias políticas y los movimientos de protesta que empezaban a anunciarse, sino el saber por qué no lo consiguieron, es decir, por qué el repertorio institucional estuvo limitado de un modo tan fatal.

Esta situación constituye una base indiscutiblemente buena para el renacimiento de las teorías de la modernización y, al mismo tiempo, de las teorías que en los últimos veinte años dieron ocasión al «consenso ortodoxo» de la sociología occidental de la posguerra y ya se habían convertido en objeto de irónicas notas necrológicas. Este renacimiento no sólo se advierte en autores que se confirman en sus viejas concepciones —como es el caso de Wolfgang Zapf o de los parsonianos—, sino también en autores que eran conocidos como críticos de la teoría de la modernización —como Dieter Senghaas— o como reformadores algo escépticos del paradigma de dicha teoría —como Edward Tiryakian—.[28] La situación se nos antoja un tanto peliaguda, por dos motivos principalmente. Por un lado, la experiencia histórica debería habernos enseñado que, a partir de los acontecimientos del presente, sólo se pueden dirimir controversias teóricas con la mayor de las prudencias. Por otro, que las objeciones intrateóricas contra la teoría de la modernización han caducado de repente. La falta de claridad de la pregunta por las causas originarias y los fundamentos de los procesos de diferenciación, la valoración exclusivamente positiva de tales procesos, el empleo de explicaciones funcionales y muchas cosas más... autorizan al menos a hacer una correc-

28. Véase el discurso inaugural de Wolfgang Zapf en las XXV Jornadas Sociológicas Alemanas celebradas en Francfort del Meno en 1990: «Modernisierugn und Modernisierungstheorien», en el libro editado por él mismo *Die Modernisierung moderner Gesellschaften. Verhandlungen des 25. Deutschen Soziologentags*, Francfort del Meno (1990), 1991, págs. 23-39, así como el artículo de Dieter Senghaas «Jenseits des Nebels der Zukunft: Europas ordnungspolitische Option», en el libro editado por él mismo *Europa 2000. Ein Friedensplan*, Francfort del Meno, 1990, págs. 57-77, y el artículo de Edward Tiryakian «Modernisation: Exhumetur in pace (Rethinking macrosociology in the 1990s)», *International Sociology*, nº 6, 1991, págs. 165-180. Se puede encontrar una crítica en el artículo de Klaus Müller «Nachholende Modernisierung? Konjunkturen der Modernisierungstheorie und ihre Anwendugn auf die Transformation der osteuropäischen Gesellschaften», *Leviathan*, nº 19, 1991, págs. 261-291.

ción profunda —y no una simple resurrección— de la teoría de la modernización. Se impone una confrontación y la búsqueda de una síntesis con las macroteorías fundadas en la teoría de la acción.[29]

6. Las perspectivas

El presente capítulo no es el lugar apropiado para contestar a todas estas preguntas. Para concluir, vamos a intentar echar una mirada en otra dirección. Nos preguntaremos si, junto con la RDA, se ha venido abajo también un sistema incapaz de funcionar y se confirma, por tanto, la vía occidental, o si ambas vías conducen a un callejón sin salida, algo que no todos nosotros hemos observado. Ante la enorme acumulación de problemas en las sociedades occidentales, pero también en el sistema internacional, no es en absoluto una pregunta absurda. Veremos si se demuestra una vez más la capacidad de aprendizaje de la sociedad occidental.

Durante los años de la posguerra, las sociedades occidentales han venido desarrollando un repertorio de instituciones que, en lo esencial, se puede reducir a un «cuadrado mágico»: democracia de estilo plural, Estado constitucional, economía de mercado y Estado de bienestar. Este repertorio determina el contrato social (principalmente entre trabajo y capital) y consiguientemente las coaliciones de modernización en las que se ha basado hasta ahora el éxito de las sociedades occidentales. Pero en esto no se muestran en absoluto unidas. A principios de la década de 1980, fue corriente ver amenazados por un agudo peligro de extinción («euroesclerosis») a sistemas enteros de las sociedades de Europa occidental. Actualmente, esta óptica parece haberse invertido. La quiebra de las sociedades con socialismo real tuvo lugar en una situación en que las sociedades de Europa occidental, sobre todo la alemana, aparecían como unos modelos dignos de asombro por su manera de revolver la estabilidad social y política y la dinámica económica. Sus desarrollados Estados de bienestar no sólo no parecían ser una rémora para la dinámica económica, sino que además resultaban ser una nueva fuerza productiva. Los Estados de bienestar más fuertemente desarrollados (sobre todo Suecia) han dado pie en Occidente a unas esperanzas generalizadas y equívocas sobre una posible «ter-

29. Hans Joas, *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992, 1996 (2ª ed.), sobre todo págs. 326 y sigs., así como, en el presente libro, la introducción, págs. 13-44, y el capítulo «La modernidad de la guerra», págs. 65-82.

cera vía» —equívocas porque no se ha atendido al hecho de que todas estas sociedades cuentan con una estructura básica de economía privada y, por tanto, son simples variantes de la «primera vía»—. Pero es verdad que la distancia entre estas variantes es considerable; por ejemplo, con respecto a la regulación de los mercados laborales y del volumen del sector estatal.[30]

Con la quiebra del socialismo real, en las sociedades occidentales se produce una situación nueva. Por una parte, ha desaparecido la competencia de los sistemas, lo cual, a largo plazo, podría hacer volver peligrosamente la presión para la innovación.[31] Por la otra, se plantea el problema de la integración de las sociedades del este, que están en proceso de transformación. Para el sistema federal alemán, en concreto, se formula la pregunta de si su estructura institucional está a la altura de las exigencias de adaptación que plantea el proceso de unificación, una prueba muy exigente con relación a su capacidad de aprendizaje. No se trata aquí, en modo alguno, sólo de la capacidad funcional de las instituciones en el ámbito de la apertura a Occidente, sino sobre todo también de saber si las instituciones básicas, y los distintos actores políticos y económicos, se muestran suficientemente abiertos y flexibles para impedir la colonización del este de Europa por los países occidentales. Sólo si, en el marco de una sociedad unificada, se consigue nivelar tan peligrosos desequilibrios y poner las bases para un nuevo y estable contrato social, estaremos en condiciones de afirmar que el repertorio institucional de Alemania occidental ha estado realmente a la altura del proceso de reunificación. En el plano europeo general, se repite el mismo problema. Si la integración de Europa no se produce *con la inclusión del este,* podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la parte occidental de Europa no será una balsa de aceite en el piélago de unos problemas globales que no dejan de multiplicarse.

30. *Hasta qué punto* es considerable es algo que se suele pasar por alto en los debates de Alemania occidental —por falta de perspectiva comparativa—; véase Martin Kohli, «Institutionalisierung und Individualisierung der Erwerbsbiographie. Aktuelle Veränderungstendenzen und ihre Folgen», Ditmar Brock y otros (comps.), *Subjektivität im gesellschaftlichen Wandel*, Múnich, 1989, págs. 249-278. Así, como muestra el ejemplo de Suecia, no se tiene en pie la afirmación de que sería imposible un volumen produtivo general al nivel de la antigua RDA en las condiciones de una economía occidental. Semejante régimen productivo no puede, empero, ser adoptado *ad libitum* y, por tanto, no podría estar disponible con las condiciones alemanas.

31. En la antigua República Federal Alemana, lo de la competencia entre los distintos sistemas funcionó de estímulo en muchas innovaciones sociales fundamentales, así como para la configuración del Estado de bienestar (véase, por ejemplo, la gran reforma de las pensiones acometida por Adenauer en 1957).

Capítulo 6

SPRAYED AND BETRAYED
La experiencia de la violencia en la guerra de Vietnam y sus consecuencias[1]

Las guerras tienen consecuencias deletéreas incluso mucho después de haber concluido. Finalizada una guerra, no sólo se está triste por las personas desaparecidas de manera violenta, por las relaciones sociales destrozadas y por los paisajes urbanos o rurales destruidos; tampoco los que sobreviven a las guerras suelen vivir como antes, pues las separaciones, las pérdidas, las cosas horribles que han visto los han cambiado para siempre. La guerra, como manera violenta de dirimir un conflicto entre Estados, produce en todos los que tienen que ver con ella, tanto en los causantes de la violencia como en los que la padecen, unas experiencias imborrables, y a veces ocurre incluso que los verdugos se convierten en víctimas, y las víctimas en verdugos. Si bien es verdad que la vida social nunca está libre de violencia, ni de las amenazas que ésta conlleva y encierra, no es menos cierto que, en la guerra, la dimensión de estas amenazas, y del miedo que producen, es mucho mayor de lo que podrían imaginar los que han crecido en tiempos de paz.

Los inválidos de guerra imponen su presencia durante la posguerra, recordando, cual ruinas vivientes, la violencia destructora del período anterior. Su sola visión impide a los que han sobrevivido, y a los nacidos después, el olvido de tan terrible acontecimiento o su fácil heroicización, si bien suelen contribuir a ver al propio bando como la víctima inocente del enemigo. Más escuece cuando son los propios hijos, hermanos, pa-

1. Publicado por primera vez en la obra editada por Hans Joas y Wolfgang Knöbl *Gewalt in den USA*, Francfort del Meno, 1994, págs. 300-313.

El siguiente texto no se debe entender como un estudio exhaustivo de la amplísima bibliografía sociológica sobre el tema, sino, antes bien, como unos apuntes sobre la relación existente entre, por una parte, la experiencia de la violencia y, por la otra, la propensión a la violencia, las transformación de la identidad y los sentimientos de traición a uno mismo.

Para un estudio más detallado, recomendamos: Ellen Frey-Wouters y Robert S. Laufer, *Legacy of a War: The American Soldier in Vietnam*, Armonk, Nueva York, 1986, así como, sobre todo en el aspecto bibliográfico, el artículo de John Modell y Timothy Haggerty «The Social Impact of War», *Annual Review of Sociology*, nº 17, 1991, págs. 205-224.

dres o maridos los que aparecen como perpetradores de la violencia, y más en particular cuando la dimensión y el tipo de violencia superan la medida considerada instrumentalmente necesaria. Los crímenes de guerra del propio bando y las acciones violentas perpetradas por los ex combatientes podrían por tanto, si existe una disposición para ello, convertirse en ocasión de lancinante autointerrogatorio sobre la justificación de una determinada guerra, o de la guerra en general. La masiva investigación sociológica llevada a cabo en Estados Unidos sobre los veteranos de la guerra de Vietnam representa un caso especial de semejante autocuestionamiento público con medios científicos. Establece un puente entre el estudio de la violencia externa y la interna.

El recuerdo histórico de Estados Unidos está especialmente asociado con la guerra civil (de 1861 a 1865), una guerra que, por la brutalidad causada con medios de destrucción modernos, supera a todo lo vivido en la historia anterior y está considerada por muchos historiadores actuales como la primera guerra moderna y como la antesala de la guerra total. Desde este conflicto fratricida, Estados Unidos no había conocido ninguna guerra en su propio territorio. Es más bien el trauma de la guerra civil que la larga paz vivida en el país lo que hacía tan fascinante la visión de una guerra sin víctimas propias gracias a la superioridad de armas aéreas o misiles. El fracaso de esta visión en la jungla, los arrozales y las ciudades de Vietnam desencadenó una crisis profunda en la conciencia de Estados Unidos, concretamente en el concepto que los americanos tenían de sí mismos y de la legitimidad de su sistema político. Al suscitar en las páginas que siguen algunas cuestiones de índole sociológica sobre las consecuencias de la guerra de Vietnam, y resaltar las consecuencias para Estados Unidos de la violencia experimentada en la guerra de Vietnam, no se debería reforzar la tendencia etnocéntrica a tener más en cuenta las consecuencias —a veces sutiles— del acontecer bélico para la población de Estados Unidos que los terribles destrozos producidos en el país de sus enemigos bélicos asiáticos. Sin embargo, una valoración de la investigación sociológica actual de Estados Unidos sobre Estados Unidos sólo puede convertir en tema lo que dicha investigación convierta en tema.

Antes de iniciar cualquier tipo de estudio acerca de las secuelas que dejó en los soldados la experiencia de la guerra, conviene saber de quién estamos hablando exactamente.[2] Hablar en general de «los» sol-

2. Véanse los siguientes trabajos: D. Michael Shafer, «The Vietnam-Era Draft: Who Went, Who Didn't, and Why It Matters», *The Legacy. The Vietnam War in the American*

dados o de «la» generación de la guerra de Vietnam puede ocultar diferencias individuales y dar pie a interpretaciones erróneas y a consecuencias equivocadas. La manera como afectó la guerra de Vietnam puede presentar distintos grados en la población de Estados Unidos. Si limitamos a 1964-1973 el período de la guerra de Vietnam, podemos decir entonces que, en este espacio de tiempo, 53 millones de jóvenes americanos alcanzaron la mayoría de edad —a los 18—. De éstos, como suele ser normal en términos demográficos, algo más de la mitad fueron de sexo masculino (26.800.000). Las mujeres no participaron prácticamente en la guerra de Vietnam desde el punto de vista estrictamente militar, si bien desempeñaron un papel muy importante en el ámbito sanitario, principalmente; en cualquier caso, su participación no supera la cifra de quince mil.[3] De los hombres en principio aptos para el servicio, sólo alrededor del 40 % (es decir, 11 millones) fueron llamados a filas de hecho; los otros, o bien fueron declarados no aptos o bien consiguieron una prórroga por motivos de estudio o de trabajo, o simplemente eludieron la guerra de manera ilegal. En total, fue a Vietnam alrededor de un cuarto (2.700.000), es decir, el 10 % de todos los jóvenes en edad de reclutamiento. Y, de los soldados destacados en Vietnam, sólo uno de cada cinco participó de hecho en acciones de combate (540.000). Así, las conclusiones generales que podamos extraer acerca de las consecuencias de la experiencia de la violencia deberán centrarse en este grupo, que constituyó alrededor del 2 % de la totalidad de los jóvenes de las mencionadas «quintas». Sin duda hubo toda una generación que quedó marcada por la guerra, pero sólo una pequeña minoría se vio implicada en ella hasta el punto de sentir que su vida se hallaba seriamente en peligro.

Tanto durante la guerra como después de la misma, los soldados y la opinión pública debatieron la cuestión de si el llamamiento a filas, la marcha a Vietnam o la participación en los combates estaban equitativamente repartidos en el escalafón social. La desigualdad social en cuanto al

---

Imagination, Boston, 1990, págs. 57-79. Se encontró asimismo una panorámica bastante amplia del destino de la generación del Vietnam en la obra de Lawrence M. Baskir y William A. Strauss, *Chance and Circumstance. The Draft, the War and the Vietnam Generation*, Nueva York, 1978.

3. Véanse Keith Walker, *A Piece of My Heart. 26 Women in Vietnam*, Novato, California, 1985, y Stephen J. Dienstfrey, «Women Veterans' Exposure to Combat», *Armed Forces and Society*, n° 14, 1988, págs. 549-558.

riesgo de perder la vida en una misión encargada por el Estado contradice de manera flagrante el ordenamiento jurídico de cualquier sistema social liberal. En la realidad social de todos los Estados modernos, también de Estados liberal-democráticos como Estados Unidos, existen tradiciones institucionales muy arraigadas en cuanto a la posibilidad de esquivar el servicio militar mediante contraprestaciones financieras o el envío de un sustituto, o también alegando motivos de estudio («estudios superiores»), el acceso a los cuales no suele, por cierto, estar repartido según criterios de justicia social. Los resultados de la investigación sociológica son completamente unívocos en su tendencia general: los jóvenes de las clases medias blancas tenían más éxito que los negros de su misma edad, y que los pertenecientes a capas más bajas, en su intento por librarse del servicio militar; y, si luego eran llamados a filas, las más de las veces evitaban ser enviados a Vietnam; y si, finalmente, eran enviados a Vietnam, el riesgo que corrían de participar en los combates era claramente inferior. Esta selectividad social aparece también en toda su crudeza en el porcentaje de bajas durante la guerra de Vietnam. Si establecemos una comparación entre los licenciados de dos instituciones particularmente elitistas, la Universidad de Harvard y el Instituto de Tecnología de Massachusetts, con, por ejemplo, los licenciados de South Boston, un barrio situado cerca de estas instituciones, pero con una población predominantemente obrera, veremos que, de los más de 20.000 jóvenes de las citadas instituciones elitistas que se licenciaron en los años 1962-1972, sólo cayeron 14 en Vietnam, mientras que, de los 2.000 jóvenes que alcanzaron la edad de reclutamiento en el mismo espacio de tiempo en South Boston, 25 perdieron la vida en Vietnam. Esto significa que el peligro para los jóvenes de las capas más bajas, en este caso comparativo concreto, fue casi veinte veces mayor. Otros resultados comparativos apuntan en esta misma dirección.

Naturalmente, es interesante la pregunta de cómo, en unas condiciones de igualdad formal, pudo darse una desigualdad tan flagrante en una cuestión en que estaba en juego la propia vida. Ante todo, desempeñó un papel muy importante el hecho de que cursar estudios universitarios permitiera obtener una prórroga del servicio militar. Semejante normativa favorecía de manera automática a los jóvenes de las capas medias, más instruidas, que concluían sus estudios —en una proporción tan poco equitativa— o que, a la vista de semejante ventaja, podían animarse a cursar estudios superiores. El conocimiento de esta y otras normas excepcionales supone además cierta capacidad informativa, por regla general

más desarrollada en las capas más instruidas. Pero, gracias a la política de información activa por parte del Estado, se podía hacer aquí una especie de contramaniobra. Como los militares localizaban principalmente en las capas medias la tendencia más desarrollada a protestar contra la guerra de Vietnam, no encajaron demasiado mal, desde el punto de vista organizativo, las consecuencias de este reparto socialmente poco equitativo. Otro coladero para las capas más privilegiadas lo representan también los denominados *draft boards* locales, que ni siquiera estaban compuestos de manera socialmente representativa, pues sus miembros eran elegidos entre los notables del lugar. El tener a un familiar o a un conocido entre estos notables aumentaba las probabilidades de evitar ser destinado a Vietnam. Asimismo, conocer a médicos, psiquiatras o abogados desempeñó un papel nada despreciable en el proceso de la selección para el servicio militar. A lo que hay que añadir que las vías ilegales para rehuir el reclutamiento, como, por ejemplo, huir al extranjero, fueron utilizadas principalmente por miembros de las capas medias de raza blanca. A pesar de algunos casos espectaculares de enjuiciamiento y encarcelamiento de objetores de conciencia, la actitud estatal fue al respecto bastante indulgente en general. Como la cantidad de los reemplazos no planteaba problemas en principio con respecto a los reclutas disponibles, los medios ilegales contribuyeron también a que el reparto social fuera en perjuicio de las capas más bajas.

También con respecto a la edad de los soldados americanos enviados a Vietnam conviene hacer algunas precisiones, para así caracterizar mejor a los ex combatientes de esta guerra. Los soldados americanos que eran destinados al teatro de operaciones de la guerra no permanecían allí más de un año. Para ellos, esto tenía la ventaja de saber que su misión poseía un plazo de caducidad fijo, independientemente de la duración global de la guerra. Este sistema de rotación, concluidos los trescientos sesenta y cinco días de destino, permitía repartir entre más personas el riesgo a morir en la guerra, en vez de centrarse principalmente en las personas destinadas de manera definitiva. Pero estas ventajas iban acompañadas también de graves inconvenientes. Como los soldados enviados eran reclutados en su mayoría inmediatamente después de terminar la formación militar, la edad media de los combatientes en Vietnam fue sumamente baja: rondaba los 19 años. En esto se diferenció negativamente de la edad media de los soldados americanos en otras guerras anteriores. En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, se había situado en torno a los 27 años. En Vietnam, incluso los oficiales fueron en su mayoría inusualmente

jóvenes y relativamente inexperimentados. Pero no sólo esta edad media baja fue una característica de los soldados americanos destinados a Vietnam, sino también la homogeneidad del grupo de edad. Mientras que una tropa más diferenciada con relación a la edad combina una experiencia más variada de la vida y de la guerra, y por tanto posibilita el proceso de socialización de los soldados más jóvenes, los reclutas estadounidenses enviados a Vietnam contaban sólo consigo mismos a este respecto. Pero como más se reconoce en la práctica la *individualización* del soldado es compensando las pérdidas sufridas en las unidades de combate no mediante otras unidades militares, sino mediante otros soldados individuales. Con esta manera de proceder se impedía la formación de una cohesión y solidaridad social entre los soldados y el surgimiento de una identidad colectiva. El sistema de rotación en la guerra de Vietnam tuvo en cuenta las quejas expresadas por los soldados de la Segunda Guerra Mundial respecto a tener que cumplir misiones demasiado largas y desesperanzadas, pero fue en contra al mismo tiempo de los resultados de la investigación sociológico-militar sobre la Segunda Guerra Mundial. Si la importancia de la madurez emocional de los soldados, del respeto a la profesionalidad de los oficiales y de la interrelación social de las unidades de combate se había considerado imprescindible para mantener elevada la moral de la tropa, el sistema de rotación producía una extremada individualización de la perspectiva temporal de cada uno de los soldados. El salir airoso, y con vida, de los combates del largo año pasado en Vietnam constituía sin duda el único y verdadero norte para unos soldados en su mayoría aún adolescentes.[4]

Para conocer mejor la problemática de la guerra de Vietnam, puede ser interesante conocer también sus efectos en la vida posterior de los veteranos.[5] La guerra de Vietnam no fue la típica guerra convencional en la que un ejército se enfrenta a otro ejército, sino una guerra de un ejército regular contra un ejército de guerrilleros. Sin querer con esto meter en un mismo saco a todas las guerras convencionales, sí se puede afirmar que, en éstas, la situación de la batalla, y por consiguiente la propia agudización de la guerra en un combate a vida y muerte, representaba una excepción muy limitada en el plano temporal. Por ejemplo, y sobre todo, en

4. Charles Moskos, «The American Combat Soldier in Vietnam», *Journal of Social Issues*, nº 31, 1985, págs. 25-38.

5. Véase D. Michael Shafer, «The Vietnam Combat Experience: The Human Legacy», *op. cit.*, págs. 80-103.

la guerra estacionaria del frente occidental alemán durante la Primera Guerra Mundial, este carácter de excepción perdió fuerza en la medida en la que la batalla estaba permanentemente presente como una posibilidad potencial y no se producía ninguna circunstancia decisiva clara para el devenir de la guerra. Sin embargo, para la mayoría de los soldados hubo también a menudo en el frente, y no digamos ya en la retaguardia, largos períodos de tiempo de una paz relativa y sin miedo inmediato a la muerte. Pero la situación en Vietnam fue para los soldados americanos radicalmente distinta. Ni el enemigo estaba del todo claramente identificado ni se veían claros resultados en la lucha con él. Los vietnamitas aliados eran mirados a menudo como personas poco de fiar; y, con respecto a la población civil vietnamita, por cuya protección física —y política— estaban arriesgando la vida, en cualquier momento podían esperarse un ataque de su parte. La amenaza no se limitaba por tanto a la situación de la batalla, sino que acechaba por todas partes en cualquier momento del día y de la noche. La estrategia militar propia no dirimía por regla general el resultado del combate, sino que el enemigo, que golpeaba siempre por sorpresa, obligaba a la autoprotección y a la autodefensa. Tampoco había territorios que pudieran considerarse conquistados definitivamente (ni, por tanto, «liberados»). A falta de datos territoriales, para conocer los éxitos alcanzados cada vez se recurría más a los partes sobre las bajas del enemigo. Entre los vietnamitas muertos se incluían miembros de la población civil. Ciertamente, nunca se podía estar seguro de que alguno de ellos no perteneciera a la guerrilla enemiga. El año transcurrido en Vietnam era por tanto un año de permanente y difusa amenaza, incluso para los que nunca se verían envueltos en ningún combate. Ello no quiere decir que sea irrelevante la demarcación de personas con experiencia inmediata de violencias y de peligros. Pero es indudable que la modalidad de su experiencia, y la experiencia de los no directamente afectados, están marcadas por el carácter específico de una guerra librada contra un ejército de guerrilleros.

Tampoco se debe acentuar exageradamente el contraste con la guerra clásica librada por un ejército contra otro.[6] De lo contrario, se daría la impresión de que el hecho bélico clásico es tal y como aparece en la mayor parte de la bibliografía sobre la estrategia y la historia de la guerra; a saber, como un movimiento de masas conducido y coordinado por una vo-

6. Con relación a lo que se expone a continuación, véase el libro de John Keegan *Das Antlitz des Krieges*, Francfort del Meno, 1991.

luntad superior, unas masas que, con total disciplina y entrega a la causa, ponen fríamente a disposición la propia vida, como si de piezas de ajedrez se tratara (en este caso, piezas de la maquinaria militar). En realidad, también los combates clásicos tienen un carácter sumamente contingente, pues se desarrollan dentro de una situación donde el factor estratégico sólo marca una pauta bastante vaga. En una situación donde está amenazada la propia vida y existe el imperativo de matar, predomina el miedo al enemigo y a los propios jefes, y las decisiones son tomadas sobre la marcha al calor de unas circunstancias imprevisibles y muy intrincadas, por no decir incluso a veces caóticas. Esta extrema contingencia del compromiso personal supremo es el motivo por el que no puede ser decisiva para el éxito la disciplina como tal, sino sólo un estado de ánimo colectivo que capacite a los individuos para asumir por sí mismos una conducta arriesgada. El resultado de una batalla no está determinado solamente por criterios de cantidad y de recursos, ni tampoco por la disciplina pura y dura, sino fundamentalmente por la fuerza «moral» del bando propio. Por ello, los conceptos sobre la acción racional tampoco son del todo aplicables a la contienda clásica; también ésta sume a los contendientes en unos ámbitos de experiencia que afectan a los fundamentos de la estabilidad personal. La guerra de un ejército regular contra un ejército de guerrilleros no constituye, así, una contraposición a la lucha clásica, sino antes bien un aumento de la experiencia de la violencia y de la amenaza, de una experiencia que ya era insoportable.

«Cuando se pone a los hombres en situación de matar, ya no se puede disponer de ellos como si fueran máquinas.»[7] Esta frase vale sobre todo para el caso de la guerra, donde la violencia contra los civiles o los prisioneros, y las crueldades contra los enemigos, van mucho más allá de la violencia permitida por la estrategia. En el caso de la guerra de Vietnam, además de espectaculares crímenes de guerra, como la destrucción de la aldea de My Lai, hubo numerosos actos violentos cometidos por soldados retornados, hechos que encontraron un eco especial entre la opinión pública. Los ex combatientes eran representados por los medios de comunicación como auténticas bombas de relojería, cuya explosión podía tener lugar en cualquier momento. El temor a una reimportación de la violencia desde Vietnam alcanzó en Estados Unidos su punto álgido en Detroit en mayo de 1971, cuando Dwight Johnson fue abatido a tiros por

7. Guy Chapman, *A Passionate Prodigality*, Londres, 1965, citado por Keegan, *op. cit.*, pág. 54.

la policía en el transcurso de un atraco a mano armada.[8] Dwight había sido condecorado por su especial valentía en Vietnam con las más altas distinciones militares, e incluso contratado por el ejército para hacer propaganda. A estos inquietantes hechos presentados por los medios de comunicación se oponían las tranquilizadoras estadísticas oficiales, de las que no resultaba una superior propensión a la violencia de los ex combatientes con respecto a sus compañeros de edad y de género que se habían quedado en casa. Esta contradicción resultaba especialmente difícil de asumir. ¿Habían exagerado los medios de comunicación, o se habían falseado las cifras oficiales? Sólo con el paso del tiempo se pudo aportar un poco de luz gracias a los estudios sociológicos. Nos quedaremos, sobre todo, con tres conclusiones particularmente iluminadoras. En primer lugar, hay que superar el sofisma de base de que, a partir de las cifras acerca de los soldados destinados a Vietnam, se podrían extraer consecuencias sobre la conducta de los ex combatientes. Como sólo una minoría tuvo experiencias de combate reales, su especificidad se diluye en las afirmaciones generales. Asimismo, además de las consecuencias de las experiencias de combate, es necesario considerar también las consecuencias de la participación en actos brutales concretos.[9] Y aquí hay que distinguir también entre participación activa o simple presencia, si bien esta diferencia resulta difícil de establecer en la investigación sociológica, pues los encuestados tienden a no reconocer su participación activa en los crímenes contra la humanidad. Pero las brutalidades dejan por lo general huellas duraderas en quienes las cometen. Finalmente, se necesita cierta distancia temporal para ver claramente las consecuencias de la experiencia violenta tenida en la guerra. Desde esta distancia temporal, son distintos los indicadores en el sentido de que la experiencia violenta deja una lacra permanente. El número de suicidios es significativamente superior, al igual que el número de accidentes de coche mortales y de intoxicaciones y muertes por consumo droga; también es mayor el número de personas encarceladas por actos violentos entre los veteranos de guerra que en

8. Chaim F. Shatan, «Die trauernde Seele des Soldaten. Die Selbsthilfe-Bewegung der Vietnamkriegsveteranen», *Friedensanalysen*, nº 14, 1981, págs. 271-299 (original inglés de 1973).

9. Robert S. Laufer y otros, «War Stress and Trauma: The Vietnam Veteran Experience», *Journal of Health and Social Behavior*, nº 25, 1984, págs. 65-85. Este artículo contiene al mismo tiempo una autocorrección explícita de trabajos anteriores de este grupo de estudiosos.

otros grupos estudiados. Por eso hoy nadie discute ya la existencia de relaciones causales en el primer grupo.

Sin embargo, no está claro dónde reside exactamente la explicación de estos efectos causales. La cuestión de las relaciones entre guerra y criminalidad violenta tiene una larga tradición sociológica.[10] De las investigaciones sociológicas se desprende que el aumento de los actos violentos como consecuencia de la guerra no debe achacarse simplemente a la conducta de los ex combatientes, sino —mirando más allá— a la caída general del tabú de la violencia, es decir, a cierta legitimación por parte de la población del empleo de la violencia. Pero este resultado no invalida que la tendencia a la violencia sea incluso superior entre los ex combatientes que entre otras personas. En efecto, junto a los estudios de casos concretos hay también numerosos trabajos cuantitativos que abonan esta hipótesis.[11] Algunos autores dicen que los ex combatientes ya habrían mostrado, antes de la edad militar, una predisposición particular a la violencia, o que la habrían adquirido durante el período del servicio militar. Los que aceptan estas explicaciones alternativas llegan de hecho a afirmar que persisten las tendencias originales a la violencia, o también que los factores productores de violencia de la formación militar disminuyen con la distancia temporal. Pero un diagnóstico corriente suele ser que, entre los que no propenden de antemano a actos violentos, suelen volverse violentos los que participaron activamente en combates, lo que significa que adquirieron la tendencia a la violencia en la guerra, independientemente de cualquier predisposición. El combate no representa simplemente un campo de acción para una agresividad que ya estaría presente en los varones, sino que, antes bien, transforma la personalidad del soldado de tal manera que su relación con la violencia queda modificada de manera perdurable.

La mayor propensión a la violencia se encuentra, según esto, en los ex combatientes que presentan síntomas del denominado síndrome PTSD (Trastorno de Estrés Postraumático). Bajo este concepto, la American Psychiatric Association engloba las consecuencias de una traumatización, en las que a) el trauma hace su aparición en pesadillas, obsesiones o la

10. Ofrecen una panorámica interesantísima Dane Archer y Rosemary Gartner en «Violent Acts and Violent Times: The Effect of Wars on Post-war Homicide Rates», *Violence and Crime in a Cross-national Perspective*, New Haven, Connecticut, 1984, págs. 63-97.

11. Véase el excelente capítulo de Ghislaine Boulanger, «Violence and Vietnam Veterans», en el libro editado por ella misma y Charles Kadushin, *The Vietnam Veteran Redefined. Fact and Fiction*, Hillsdale, Nueva Jersey, 1986, págs. 79-90.

sensación de sumirse irremisiblemente en el pasado; b) se advierte la tendencia a un embotamiento emocional y a apartarse del mundo circundante; y, finalmente, c) la persona traumatizada sufre pérdida permanente de sosiego, graves trastornos de sueño, falta de concentración, impaciencia y sentimiento de culpabilidad. No deja de ser interesante que este síndrome, y el catálogo de síntomas asociados, hicieran su aparición en la psicopatología, y paulatinamente también en la opinión pública, después de la guerra de Vietnam. Durante la Primera Guerra Mundial, todavía existía la tendencia a clasificar los síntomas de traumatización según categorías de culpa e intencionalidad.[12] Entre los fusilamientos por cobardía, hubo muchos casos de claro derrumbe psíquico. Sin embargo, gracias a conceptos como «neurosis por las bombas» o *shell schock,* se fue imponiendo la tendencia a realizar categorizaciones más bien de carácter patológico-psiquiátrico.[13] La naturalidad con la que se emplearon en la guerra de Vietnam categorías psicopatológicas del lado americano muestra lo mucho que había avanzado en Estados Unidos la psicologización del problema. Cada vez era mayor la distancia entre, por una parte, la guerra y las expectativas normativas de las propiedades de la guerra, y, por la otra, la galopante psicologización y la «civilización» de la vida civil. Un papel importante lo desempeñaron también los denominados *rap groups* de veteranos de guerra. A resultas de la desconfianza respecto a la psiquiatría militar y a las organizaciones de veteranos, se formaron numerosos grupos de autoayuda, que permitían a los que habían participado en la guerra charlar tranquilamente sobre sus respectivas experiencias. La alta concienciación de estos grupos hizo posible que los psiquiatras más críticos[14] abordaran directamente los problemas de los ex combatientes y expusieran ante la opinión pública las «heridas ocultas» en su psique.

En estas investigaciones también se estudian las relaciones conceptuales que permiten entender por qué la experiencia de la guerra condu-

12. Véase Keegan, *Das Antlitz des Krieges, op. cit.*, pág. 391.

13. Para Alemania, es muy interesante: Bernd Ulrich, «Nerven und Krieg. Skizzierung einer Beziehung», Bedrich Löwenstein (comp.), *Geschichte und Psychologie. Annäherungsversuche*, Pfaffenweiler, 1992, págs. 163-92.

14. Los más impresionantes son: Robert Jay Lifton, *Home From the War. Vietnam Veterans: Neither Victims nor Executioners*, Nueva York, 1973. Véanse también Shatan, «Die trauernde Seele des Soldaten», *op. cit.*, y —sin referencia a los *rap groups*— Herbert Hendin y Ann Pollinger Haas, *Wounds of the War. The Psychological Aftermath of Combat in Vietnam*, Nueva York, 1984; Arthur Egendorf, *Healing from the War: Trauma and Transformation after Vietnam*, Boston, 1986.

ce tan frecuentemente a la comisión de nuevos actos violentos. Incluso en estas mismas sesiones de charla, la ira y la violencia hacen acto de presencia de manera más o menos permanente. Muchos veteranos hablan de cómo pequeñas diferencias de opinión, o ciertos impulsos involuntarios, sacan a flote en ellos unas tendencias reflejas a la violencia. Aquí se detecta una especie de habituación a la acción violenta, que torna peligrosos a los ex combatientes e incluso los empuja a veces a cometer actos de auténtica criminalidad violenta. Pero en muchos se aprecia no sólo cierta tendencia —casi convertida en rutina— a la acción violenta, sino también una imagen de sí fundamentalmente cambiada. La asimilación de la propia capacidad para ser violento, por no decir incluso para matar a un ser humano, modifica el concepto de la propia identidad. La autodefinición como un «monstruo» violento permite —o torna vaticinables— acciones que habrían sido incompatibles con la anterior imagen de sí. El planteamiento de esta nueva imagen de sí es doloroso, pues trae de nuevo a la mente la dimensión moral de los propios actos violentos. Semejante planteamiento puede a su vez rechazarse con violencia. Las exigencias excesivas del lento trabajo autodefinidor o el rechazo de una autocrítica planteada son descritas por muchos ex combatientes como situaciones frecuentemente generadoras de violencia.

El tema que más aparece citado en las explicaciones de los ex combatientes sobre los desencadenantes de su ira y su violencia es la sensación que tienen de haber sido traicionados. Lo cual no deja de tener sus fundamentos racionales. En efecto, fueron muchos los soldados que se sintieron traicionados por la institución militar y por sus respectivos jefes. Esto había comenzado ya con las injusticias que rodearon a su reclutamiento. Se les había hablado del servicio militar y de la guerra en términos tan poco realistas que ahora achacaban sus traumas a esta manera equivocada de proceder. Pero, detrás de los militares, estaba también el estamento político y cultural de Estados Unidos, cuyos objetivos bélicos, manera de plantear la guerra y propaganda en general eran sentidos asimismo como una traición; un sentirse traicionados que se achacaba finalmente también a toda la población americana. El desencanto que sufrían al volver no podía ser mayor. Como es sabido, a su retorno no les esperaba ningún acto especial ni ningún desfile militar. Antes bien, para buena parte de la población americana eran los chivos expiatorios de su propio sentimiento de culpabilidad. No es de extrañar, pues, que numerosos soldados retornados guardaran silencio sobre su experiencia en Vietnam, para evitar ser señalados con el dedo. Muchos hablan de haber sido ob-

jeto de escarnios y ataques físicos. La individualización en los combates en Vietnam, propiciada por el sistema de rotación de que se ha hablado antes, se repetía al volver a casa. En los aseos del avión, se quitaban el uniforme militar, se vestían de paisano, ¡y con ello quedaban enterradas sus increíbles experiencias de la guerra!

El sentimiento de traición de estos ex combatientes tiene mucho que ver con el discurso sociológico sobre las consecuencias del «agente naranja».[15] Para atacar los enclaves guerrilleros de la jungla, pero también para destruir las fuentes alimenticias del enemigo, se procedió a la deforestación del país y, así, hasta 1970-1971 se estuvieron rociando con productos químicos todos los campos de Vietnam. Los catastróficos efectos secundarios del «agente naranja», sustancia que contenía dióxido y que era así llamada por el color que solía tener el recipiente, pasaron al principio inadvertidos para los militares. El producto ya se había introducido antes en la economía americana. Su aplicación se hizo, consiguientemente, a gran escala y sin tomar las debidas precauciones. Como el rociado se realizaba sin tener en cuenta la dirección del viento, y además los recipientes vacíos solían ser utilizados para otros fines, el daño afectó también al personal que rociaba: a los soldados americanos. Como la enfermedad entró con retraso, y relativamente sin especificar, resultó difícil demostrar de manera creíble las relaciones causales. La Veterans Administration, organización extraordinariamente importante en Estados Unidos, rechazó todas las reivindicaciones de los ex combatientes de Vietnam, que exigían indemnizaciones por los daños físicos sufridos, calificándolas de fantasiosas. En 1977, año en el que se plantearon las primeras reivindicaciones de esta índole, comenzó una disputa de larga duración acerca de la legitimidad de las mismas, lo que sirvió para agrandar aún más el abismo que separaba a la sociedad americana de los veteranos de Vietnam. Hasta que un grupo de periodistas no decidió hacerse cargo del problema, y de exponerlo a la atención pública, la clase política no tomó cartas en el asunto: de hecho, el debate en el Congreso no tuvo lugar hasta muchos años después. Asimismo, ante el desinterés de las organizaciones oficiosas de veteranos de guerra, surgieron organizaciones autónomas de veteranos del Vietnam, que, con su presión, consiguieron en 1982-1983 arrastrar finalmente a las organizaciones oficiosas. Después de mover todo lo movible a nivel administrativo y político, los querellantes consi-

15. Wilbur J. Scott, «Competing Paradigms in the Assessment of Latent Disorders: The Case of Agent Orange», *Social Problems*, nº 35, 1988, págs. 145-161.

guieron finalmente la firma de un convenio en 1985, por el que al menos se reconocía una parte de sus reivindicaciones. En la famosa pegatina de los parachoques *sprayed and betrayed* se resume simbólicamente la experiencia de los veteranos de la guerra de Vietnam.

Sin embargo, junto a este sentirse traicionado por los demás, existe también el sentirse traicionado por uno mismo. Ya se habló de la transformación de la imagen de sí bajo la presión de la violencia. Este sentimiento de autotraición se plasma en dos clases de complejo de culpabilidad. Por una parte, en las situaciones de combate muchos soldados llegaron a sentir que el empleo de la violencia, la tortura y la muerte de otras personas podía llegar incluso a producirles placer. Si esto no da pie para una redefinición negativa de la propia identidad, entonces esta experiencia se fija como el conocimiento espantoso de un lado oculto en la propia persona. Es un sentimiento de culpa que no sólo se relaciona con un hecho reprobable, sino también con un lado inaceptable de la propia persona. Por otra parte, la experiencia del combate deja también en su estela un sentimiento de «culpabilidad por haber sobrevivido», como ya ocurriera con los supervivientes de los campos de concentración nazis. No es un sentimiento de culpabilidad por la muerte de los propios compañeros, como suele ocurrirles a los jefes que han tomado decisiones erróneas, sino algo mucho más hondo: el sentimiento de que la propia existencia se mantiene en pie por motivos radicalmente contingentes. Precisamente porque ningún mérito propio explica la supervivencia, ésta se experimenta como algo casual y absurdo con respecto al infinito sufrimiento de quienes no fueron tan afortunados. El sentimiento de traición no se relaciona aquí con los demás, sino con la pérdida del propio sentido de la vida. Haber sobrevivido es ya de por sí una especie de traición. En medio del espanto por sentir placer con la violencia y del dolor que produce la culpa por haber sobrevivido, de la experiencia violenta de la guerra surge el sentimiento de haber perdido el propio sentido de la vida. Se pierde la confianza en ser —o poder llegar a ser— quien se quiso ser o llegar a ser. De este modo, la violencia convierte al sujeto agente en sujeto paciente.[16]

16. Véase Tadeusz Rózewicz, «Neue philosophische Schule», *In der schönsten Stadt der Welt*, Berlín, 1971, págs. 47-68.

Tercera parte

LA GUERRA Y LA VIOLENCIA EN LA TEORÍA SOCIAL

Capítulo 7

ENTRE EL REALISMO DE LA POLÍTICA DE PODER Y LA UTOPÍA PACIFISTA

La guerra y la paz como tema de la teoría sociológica[1]

Después de que Václav Havel recibiera el Premio de la Paz de los libreros alemanes en octubre de 1989, es decir, pocas semanas antes de producirse el golpe de Estado en Checoslovaquia, no pudo leer el discurso de agradecimiento personalmente al habérsele denegado el permiso para viajar al extranjero —lo hizo en su lugar un actor, amigo suyo—. En dicho discurso, titulado «Unas palabras sobre la palabra»,[2] se hacía especial hincapié en la alergia que producía —y que, por cierto, sigue aún produciendo— la palabra «paz» entre muchos de los que viven en la mitad oriental de Europa. Como consecuencia de su empleo incesante, y de la desfachatez con que se utilizó para justificar una política agresiva hacia el exterior y una política represiva hacia el interior, se devaluó tanto que casi nadie prestó atención, ni teórica ni política, al serio peligro que corría la paz. No obstante, la caída del mundo humano en la catástrofe de una guerra nuclear forma parte de las perspectivas de futuro, inimaginables pero reales, de las últimas décadas. Sin duda, los sucesos de 1989 han reducido de manera significativa la probabilidad de una confrontación nuclear en Europa entre bloques militares fuertemente armados; pero esto no nos faculta para anunciar ahora el comienzo de una paz perpetua y ver el peligro de una autodestrucción involuntaria sólo en las negativas consecuencias ecológicas de nuestra economía.

Si los sociólogos no queremos renunciar a tratar de dilucidar las causas de estos peligros inconmensurables y la posibilidad de ahuyentarlos, con medios que sólo recurran a la racionalidad y la ciencia, entonces tenemos que mantenernos equidistantes del optimismo forzoso de buena parte de nuestros dirigentes políticos y de una fascinación que paraliza la acción y el análisis mediante el horror. También tenemos que preguntar-

1. Publicado por primera vez en: Hans Meter Dreitzel y Horst Stenger (comps.), *Ungewollte Selbstzerstörung*, Francfort del Meno, 1990, págs. 135-159.

2. Václav Havel, «Ein Wort über das Wort», *Süddeutsche Zeitung*, 16 de octubre de 1989, pág. 44.

nos por qué nuestras disciplinas, y nuestras propias prestaciones, han contribuido a semejante tarea. Esto adopta la forma de una doble pregunta; a saber: ¿qué nos enseña la sociología sobre el surgimiento y causa de las guerras, así como sobre su incidencia en el desarrollo de la humanidad?, y ¿bajo qué luz nos aparecen los grandes proyectos teóricos de nuestras disciplinas, y estas disciplina propiamente tales, cuando las consideramos desde este ángulo?

Una primera mirada al momento actual de las ciencias sociales nos depara una impresión sumamente contradictoria. Por una parte, parece como si los acuciantes problemas globales del presente coparan los debates parlamentarios, la actividad docente y el día a día de la investigación de la profesión.[3] En las grandes teorías de nuestros días —estamos pensando, por ejemplo, en Habermas, Luhmann o los postestructuralistas—, apenas se habla del problema de la guerra y la paz. Por otra parte, sabido es que los planteamientos sociológicos jugaron un papel considerable tanto para la formación de la estrategia nuclear como para el movimiento pacifista. Las teorías del juego y del conflicto representan a menudo el núcleo duro de los análisis estratégicos y, por lo que a las distintas corrientes del movimiento pacifista se refiere, cuando van más allá de una dimensión puramente ético-anímica suelen emplear casi exclusivamente análisis sociológicos globales. Esta contradicción deja de ser tal si consideramos que las ciencias sociales distan mucho en general de preocuparse por la temática de la guerra y la paz. El estudio de la paz, la sociología militar, el estudio de las relaciones internacionales, el análisis de la teoría lúdica de los escenarios de conflictos nucleares..., todos estos campos apenas tienen la menor incidencia en el desarrollo general de la sociología. Los motivos de esta enajenación en modo alguno son fortuitos, antes bien, están estrechamente relacionados con el concepto de «sociedad» constitutivo de las ciencias sociales. Alain Touraine (1986) y Anthony

3. Con respecto a Gran Bretaña, este tema lo ha investigado empíricamente David Marsland en *Neglect and Betrayal. War and Violence in Modern Sociology*, Londres, 1985 (Institute for European Defence and Strategic Studies). Pero resta valor a su estudio por su tono sumamente polémico y sus prejuicios políticos. Con respecto a Estados Unidos, puede servir, a modo de inventario: Lester Kurtz, «War and Peace on the Sociological Agenda», Terence Halliday y Morris Janowitz (comps.), *Sociology and Its Publics. The Form and Fates of Disciplinary Organization*, Chicago, 1992, págs. 61-98. Lester Kurtz ha extraído las debidas consecuencias de este diagnóstico y acometido una vasta enciclopedia sobre el tema, la cual acaba de aparecer: *Encyclopedia of Violence, Peace and Conflict*, 3 vols., San Diego, California, 1999.

Giddens (1985) han reprochado por igual a la sociología clásica[4] que con su concepto de «sociedad» sólo exprese la realidad del Estado nacional europeo —y tal vez también del norteamericano— del siglo XIX. Todas las distintas normativas de desarrollo se relacionan bajo mano con la realidad de un Estado territorial claramente delimitado, sujeto a derecho y modernamente administrado, mientras que la dinámica de las relaciones entre estos Estados es experimentada como una contingencia puramente histórica, y además suele pasar inadvertida. Ni las particularidades internas de un Estado nacional respecto a otras estructuras históricas ni la dependencia de procesos intrasociales respecto de procesos económicos, políticos, militares o culturales de carácter internacional pudieron convertirse empero en un tema suficientemente importante. Por supuesto, existen excepciones, pero éstas tienen muchas dificultades para tener continuación a causa principalmente de su proximidad con el encumbramiento del poder y el chovinismo.[5] Los que critican a la sociología clásica el haberse olvidado de tratar las relaciones internacionales tienen que preguntarse si el ilustrado optimismo por la paz, que tanto contribuyó a este olvido, fue una pura ilusión que tuvo que abandonarse a favor de un mayor realismo en el ámbito de la política de poder o si es de por sí susceptible de una reconstrucción en toda regla.

La reflexión sobre los requisitos de la paz comenzó mucho antes de la Ilustración. La tardía Edad Media conoce ya toda una serie de intentos por convertir a la religión cristiana, que une a todos los pueblos europeos, en el núcleo de un orden pacífico pensado a imagen de la antigua *Pax romana*. Pero esa mirada raras veces se vuelve hacia al mundo no cristiano; y, cuando lo hace, las normas de la paz cristiana no parecen tener validez con respecto a los paganos. Sólo el Renacimiento y algunos de sus precursores, así como las sectas radicales que surgen en la época de la Reforma, representan un claro impulso en la dirección de un planteamiento universalista de la paz. La historia de los efectos de este pensamiento presenta muchas ramificaciones; por ejemplo, marcó en muchos aspectos la vida de las colonias norteamericanas. La principal línea de desarrollo hay que buscarla, empero, en la época posterior: en la consolidación en

4. Alain Touraine, «Krise und Wandel des sozialen Denkens», Johannes Berger (comp.), *Die Moderne — Kontinuitäten und Zäsuren (Soziale Welt*, volumen especial nº 4), Gotinga, 1986, pág. 15-39; Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Cambridge, 1985.

5. Véase el capítulo de este libro «¿Existe una tradición militarista en sociología?», págs. 187-214.

Europa de los Estados territoriales, o nacionales, y en el desarrollo de la ideología de la razón de Estado y del equilibrio de poder. El discurso sobre la paz debe entenderse en cierta medida como una contrapartida relativamente silenciosa y marginal para un pensamiento para el que los ejércitos en pie y los interminables conflictos de intereses entre los Estados están cada vez más a la orden del día. El retorno, en la primera Ilustración francesa, del tema de la paz es experimentado por los contemporáneos como sutilezas un tanto bizantinas. Y, si bien es verdad que el autor de la más famosa utopía de la paz de esta temprana Ilustración —el abate de St. Pierre— no puede quejarse de falta de atención a sus propuestas, no es menos cierto que predominan, de manera totalmente unívoca, las réplicas rudas y polémicas.[6]

Sin embargo, es en la Ilustración donde encontramos los primeros intentos, todavía hoy influyentes —y a tomar en serio— sociológicamente hablando, de fundar la posibilidad de una paz duradera a partir de la transformación de la esencia misma del Estado. En líneas generales, se pueden diferenciar al menos cinco concepciones principales, que tratan de garantizar la paz mediante la extensión del libre comercio, la fundación de repúblicas, el desarrollo de la sociedad industrial, la construcción del socialismo o la creación de alianzas nucleares estables. Todas ellas, al menos en la forma definida con que se presentaron al principio, han metido la pata en su vaticinio de los acontecimientos históricos. Ello no quiere decir que hayan quedado descalificadas sin más. Pero su pretensión globalizadora hizo agua con el surgimiento de guerras que no habían vaticinado, y cuyas causas manifiestamente estaban en contradicción con las expectativas alimentadas por la teoría. El método que he escogido para estos cinco planteamientos lo he llamado, a imitación de la etnometodología, con la expresión de «experimento de crisis histórico», entendiendo por esto la elección de una relación de acontecimientos históricos que naturalmente no fue producida por un experimentador pero en la que los órdenes sociales cambiaron de tal manera que hicieron tambalearse las teorías en la cabeza de los protagonistas. Con dicho método, el estudio de semejantes constelaciones de acontecimientos, y de las maneras de reaccionar de los distintos protagonistas, puede servir para ilustrar planteamientos teóricos bien arraigados y a menudo no declarados.

6. Se puede encontrar una panorámica de los primeros artículos escritos sobre el pensamiento pacifista en James Turner Johnson, *The Quest for Peace. Three Moral Traditions in Western Cultural History*, Princeton, 1987.

Las dos concepciones más antiguas sociológicamente relevantes están asociadas a los nombres de Immanuel Kant y Adam Smith. Kant, tomando prestada la idea a Rousseau, relacionó la capacidad de paz de los Estados con su estructura interna y teorizó acerca de la esencia pacífica de las repúblicas. Con todo, su concepto de república en modo alguno apunta al derrocamiento de los monarcas, sino más bien a la constitucionalización y juridicización del poder monárquico. El interés bien entendido de los ciudadanos, cuando se trata de la toma de decisiones en materia de política exterior, debe orientarse en la dirección de evitar la guerra y de trabar relaciones recíprocas útiles entre los Estados. Esta teoría «republicana» se corresponde con la otra gran teoría de la paz, auspiciada por la economía política naciente. En efecto, Adam Ferguson y Adam Smith apostaron por los efectos pacificadores del libre comercio. En vez de amenazas, destrucciones y saqueos recíprocos, abogaron por el intercambio pacífico de los bienes necesarios; la extensión de estas relaciones de intercambio sería de suma utilidad para ambos bandos y tornaría superflua la guerra.

Pero los desarrollos históricos hicieron que ambas concepciones chocaran pronto con dificultades de gran calado. La dificultad más descarnada la encontró sin duda la postura defendida por Kant. Esta postura se correspondía por completo con el pensamiento «republicano» en general, tanto en Alemania como en Francia. En la Francia posterior a 1789, era grande la esperanza de que la revolución fuera también un paso serio para acabar con las guerras de gabinete del siglo XVIII. En las guerras que libraban los Estados monárquicos de Europa contra Francia, una victoria republicana sería también una manera de contribuir al advenimiento de un mundo pacífico. Pero el carácter cada vez más ofensivo de la guerra francesa sumió a la teoría republicana de la paz en una grave crisis. Sobre todo los intelectuales alemanes de la época debatieron con preocupación acerca de las consecuencias que planteaba esta nueva situación.[7] ¿Era correcto que la Francia revolucionaria convirtiera en repúblicas a otros Estados por medio de la guerra? ¿Debían los intelectuales que simpatizaban con la revolución apoyar esta extensión de la misma mediante la violencia de las armas? Después de la derrota prusiana contra Napoleón en 1806, esta pregunta se agudizó todavía más. Ahora, los intelectuales

7. Sobre el debate alemán iniciado en torno a 1800, los estudios más importantes se encuentran en Anita y Walter Dietze (comps.), *Ewiger Friede? Dokumente einer deutschen Diskussion um 1800*, Leipzig/Weimar, 1989.

progresistas pasaron a ver en el fortalecimiento de una conciencia nacional alemana, y cada vez más en la lucha armada contra el ejército de ocupación, la consecuencia política de sus convicciones. La conciencia nacional incluía todavía elementos justificativos de carácter universalista; pero la esperanza de crear un mundo en paz dejó ya de jugar un papel importante. En una especie de inversión, en el discurso sobre la guerra se impuso el bando que esperaba la paz ahogando ese foco de disturbios que era Francia mediante el restablecimiento de la monarquía legítima, de un nuevo equilibrio entre las potencias y de una convivencia según el espíritu de un cristianismo fortalecido. Para la valoración del desarrollo ulterior del pensamiento alemán en el siglo XIX, es fundamental preguntarnos hasta qué punto la ruptura de la justificación de la guerra estuvo marcada por el derecho natural y por los rasgos universalistas del pensamiento ilustrado sobre la paz.[8]

La teoría de Smith sobre la sustitución de la guerra por el libre comercio en modo alguno fue tan fácil como podría dar a entender esta fórmula escueta. El economista escocés fue igualmente consciente del hecho de que las repúblicas que también favorecían el comercio estaban necesitadas de protección militar, mientras no se demostrara lo contrario, así como de la necesidad de saber cómo el comercio entre Estados militarmente distintos podía preservarse del influjo de la fuerza militar. No obstante, en su conjunto predominó el optimismo acerca de la política de paz. El libre comercio parecía contribuir al fortalecimiento de las capas sociales que se oponían a la nobleza, tradicionalmente belicosa. La concepción de la paz de corte librecambista-liberal encerraba, no obstante, un matiz peculiar: en su mayor parte, las esperanzas de paz que se fundaban en ella no eran igualmente universalistas, sino que se limitaban al círculo de los pueblos «civilizados». Tomás Moro ya había declarado justa una guerra contra un pueblo que dejara la tierra sin cultivar e impidiera su cultivo y explotación por otro pueblo. Con frecuencia, para los «salvajes» no tenían validez las normativas vigentes. Sin duda, ya a finales del siglo XVIII Bentham había exigido, consecuente con el espíritu del libre comercio, la renuncia a las colonias. Y, después de limitar el poder de los aristócratas belicosos, se podía temer que surgieran siempre nuevas guerras

8. Desde este punto de vista, es trascendental el estudio de Massimo Mori, «Krieg und Frieden in der klassischen deutschen Philosophie», Hans Joas y Helmut Steiner (comps.), *Machtpolitischer Realismus und pazifistische Utopie. Krieg und Frieden in der Geschichte der Sozialwissenschaften*, Francfort del Meno, 1989, págs. 49-91.

a causa del conflicto por las colonias. Pero, en Inglaterra, el pensamiento de la paz y el llamamiento al libre comercio fueron casi siempre de la mano. En cambio, fuera de Inglaterra se tenía la impresión de que el libre comercio a menudo servía a los intereses de la nación económica y tecnológicamente más avanzada, es decir, precisamente Inglaterra, por lo que en modo alguno podía ser el resultado de un pensamiento universalista.[9]

En el siglo XIX, a estas dos concepciones sobre la paz se añaden otras dos que siguen de cerca la estela del pensamiento sobre la paz de la Ilustración. El marxismo traslada al capitalismo la polémica con respecto a la incapacidad para la paz de los Estados no constitucionales. No es la república, sino el socialismo, la condición para la paz en el interior de una sociedad. Al capitalismo se le atribuye un carácter particularmente violento y expansivo; así, la lucha por el fin del capitalismo y por la paz puede entonces librarse de manera paralela. Por eso, las corrientes pacifistas que no daban prioridad a la crítica al capitalismo o los esfuerzos del derecho constitucional por lograr una reglamentación y solución pacífica de los conflictos internacionales fueron considerados siempre por los movimientos de inspiración marxista con bastante arrogancia. En el tardío Engels encontramos, empero, una nueva sensibilidad tanto respecto a las posibilidades de un cambio no violento en el plano interior como a las perspectivas del desarme europeo. En esta línea se inscriben los intentos marxistas posteriores por reconocer al capitalismo, al menos en la era nuclear, una capacidad básica para instaurar la paz.[10] Pero el pensamiento marxista está fuertemente determinado por diversos intentos de crear una teoría sobre el imperialismo, sobre todo inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial, intentos que se vieron confirmados por ésta en su idea de que el capitalismo impulsa incesantemente hacia una *fase* imperialista en la que es inevitable el conflicto entre las principales potencias «imperialistas». Esta visión determinó el pensamiento después de la Primera Guerra Mundial, inclusive dentro del campo de la socialdemocracia, donde aún estaban vivas antiguas concepciones sobre la paz de la época de la Ilustración; visión que se vio ulteriormente corroborada por la impresión de que la política exterior de la Unión Soviética, como único Estado socialista, estaba —independientemente del carácter exacto de su socialismo— orientada hacia la defensa y hacia la paz.

9. Se encontrará una visión general del tema en Michael Howard, *War and the Liberal Conscience*, New Brunswick, Nueva Jersey, 1978.

10. Véase Dieter Klein, *Chancen für einen friedenfähigen Kapitalismus*, Berlín, 1988.

Fuera de los movimientos socialistas y comunistas, al temor a una revolución en el plano interior se añadió desde muy pronto otro motivo de preocupación: que la Unión Soviética o la Internacional Comunista instigaran o apoyaran semejante sublevación. Pero, en el seno del movimiento obrero, el pacto Hitler-Stalin de 1939 fue el acontecimiento que sacudió con mayor virulencia las convicciones mantenidas hasta la fecha, y no sólo con respecto a los miembros de la Resistencia que luchaban contra los nazis en el Reich alemán, o con respecto a todos los contactos que se habían establecido con vistas a una posible colaboración entre los partidos socialista y comunista de Alemania, sino, sobre todo, con respecto a los exponentes del pensamiento marxista, como revela a las claras la famosa controversia entre Rudolf Hilferding, el socialdemócrata y teórico del «capital financiero», y Walter Ulbricht. En el cambio de año 1939-1940, y bajo la impresión del compadreo entre la Alemania hitleriana y la Unión Soviética estalinista, Hilferding extrajo la conclusión de que ambas formaban una unión de totalitarismos y de que, por tanto, debía ser tarea de la socialdemocracia el prestar su apoyo a Gran Bretaña y a Francia en su lucha contra ambos totalitarismos. Ulbricht le contestó, suscitando una polémica que llamó la atención internacional, asegurando que era el imperialismo británico el enemigo principal que batir. Precisamente por su disposición a pactar con la Unión Soviética, la Alemania nazi se había convertido, según él, en el tipo de imperialismo menos agresivo de la época. De donde se demostraba, de manera natural, no sólo la bancarrota de la teoría marxista sobre el imperialismo, por su completa funcionalización para las necesidades de justificación de la política exterior soviética, sino también su absoluta falta de atención a la importancia autónoma de la democracia y al derecho constitucional a la hora de valorar la capacidad de los Estados para la paz. El ataque alemán contra la Unión Soviética en 1941 produjo un nuevo cambio de percepción, pues ahora el principal enemigo contra el fascismo dejaba otra vez de ser cuestionado. Durante la posguerra, la política soviética practicada en Europa oriental y central, y en particular las intervenciones militares para reprimir los movimientos de reforma internos de dos Estados socialistas (de Hungría en 1956 y de Checoslovaquia en 1968), volvieron a suscitar un amplio debate sobre la capacidad para la paz del socialismo; la tesis de que la desaparición de los intereses del capital invertido en la industria armamentista conducía a la paz sufrió un duro revés en ambos casos y perdió poco a poco todo atisbo de credibilidad.

Para la generación que redescubrió el marxismo en las décadas de 1960 y 1970, y que contribuyó así en su renacimiento, los acontecimientos

antes mencionados, a excepción del aplastamiento de la «primavera de Praga», ya estaban demasiado lejos para dejar su marca en la experiencia política. Las disputas militares entre los Estados socialistas (sobre todo entre China y la Unión Soviética), así como la intervención soviética en Afganistán en 1979, desempeñaron un papel decisivo. Para muchos antiguos marxistas, esto significó simplemente la transformación en un realismo político dictado por ansias de poder geopolítico. Esta transformación no es plausible porque, pese a todos los evidentes déficit explicativos de una concepción sobre la paz centrada en el capitalismo, o el «imperialismo», la pregunta inicial acerca de los presupuestos internos de carácter económico, social y político para una política exterior orientada a la paz no había dejado de tener vigencia en absoluto.

La teoría sobre la esencia pacífica de la sociedad industrial fue fundamental para la sociología. Auguste Comte y Herbert Spencer, esos marginados por el *establishment* que propagaron la sociología como una ciencia nueva pero sin poder institucionalizarla a nivel académico, se mantuvieron dentro del pensamiento de la Ilustración sobre la paz en su intento por demostrar el carácter pacífico de la sociedad industrial en sus inicios. Es especialmente interesante la diferenciación que establece Spencer entre estos dos tipos de sociedad: la *militant society* y la *industrial society*. En la sociedad belicosa-combativa, predomina la capacidad colectiva para la acción violenta hacia fuera. Semejante sociedad subordina por completo el bienestar y la suerte de los individuos al objetivo colectivo; la estructura de dominación es aquí linealmente jerárquica. En cambio, la sociedad industrial muestra su fuerza liberalizando las relaciones contractuales entre los individuos; en semejante sociedad florecen el individualismo y el mercado, la estructura de dominación está descentralizada y es poligonal, y hacia fuera se busca el establecimiento de relaciones contractuales con otras sociedades para utilidad recíproca. La hipótesis evolucionista sobre la paulatina desaparición de la *militant society* nos puede parecer hoy increíblemente optimista; pero para el pensamiento sociológico del siglo XIX, principalmente en Inglaterra y Estados Unidos, estas hipótesis tienen una gran importancia representativa. Incluso el marxismo clásico está más cerca de esta hipótesis de lo que podría parecer a primera vista. En cierta medida, el marxismo no hace sino desplazar un escalón histórico el comienzo de la era de la paz: no es la industrial-capitalista, sino más bien la socialista, la que se erige en la sociedad pacífica *per se*. El camino hacia ella entraña ciertamente transmutaciones intrasociales, cuyo carácter violento salta a la vista, si bien el éxito

de estas transformaciones —según afirma Engels en el *Anti-Dühring*— está garantizado desde el punto de vista evolucionista por la descomposición interna del militarismo capitalista, dada la creciente dificultad para financiar las partidas de armamento y la necesidad de armar —consecuencia del servicio militar obligatorio— a un proletariado con cada vez mayor conciencia de clase. La hipótesis sobre el carácter pacífico de las sociedades industriales ofrece, como prueba testimonial, el período, interrumpido por algunas guerras pequeñas, que media entre 1815 y 1914. Por eso, el estallido de la Primera Guerra Mundial significó un terrible cuestionamiento de la filosofía de la historia que servía de trasfondo a las ciencias sociales y, allí donde la guerra como tal no contradijo las expectativas que se tenían, su discurrir produjo también un profundo malestar.

En este sentido, la reacción a la Primera Guerra Mundial de los sociólogos alemanes fue extraordinariamente interesante por las distintas formas como el culto a la guerra y el chovinismo deformaron la insigne tradición de los estudios históricos y jurídicos alemanes, pero lo fue mucho menos ante la problemática interna de la tesis sobre la esencia pacífica de la sociedad industrial. Por cierto, en Alemania esta tesis conoció muy escasa difusión; en general, los fundadores de la sociología alemana sintieron un gran respeto hacia Comte y Spencer y se mantuvieron bastante alejados del liberalismo y el positivismo. A Werner Sombart, Max Weber y Georg Simmel podemos considerarlos aquí tres autores claramente diferenciables.[11] En cuanto a Sombart, si bien antes de la guerra había presentado una teoría sociológica sólida sobre la relación entre la guerra y el capitalismo, durante la guerra la transformó en un simple combate fatídico entre el espíritu comercial británico utilitarista y el espíritu heroico germano antiutilitarista. Max Weber no incurrió en semejantes exageraciones, propias de la filosofía de la historia, aunque tampoco desarrolló un análisis sociológico acerca del surgimiento y de los efectos de la guerra. En las publicaciones en que apunta a un influjo político directo, se muestra pionero en el análisis de la interrelación entre la constitución política interna y la capacidad de acción externa. En cuanto a Georg Simmel, interpreta la guerra sólo con categorías propias de la filosofía estética y vitalista y ve en la experiencia de la guerra una escapatoria a la tragedia de la cultura moderna. Los demás autores de la época

11. Sobre esto se trata de manera pormenorizada en el capítulo de este libro «Ideologías de la guerra», págs. 83-117, donde se ofrece también la bibliografía pertinente. Para el siguiente pasaje, me baso en dicho capítulo.

tampoco hacen demasiado por reparar este mutismo de la sociología. La única excepción la encontramos en la obra de Emil Lederer, quien no se entrega a especulaciones nimias ni sobre la cuestión de la responsabilidad de la guerra ni sobre el sentido de la misma, sino que se esfuerza por aportar una interpretación sociológica de los rasgos más sorprendentes de la guerra, como es la amalgama entre la guerra popular y la maquinaria de la guerra hecha por iniciativa propia.

En cuanto a las posturas de los grandes sociólogos de otros países, vemos que también favorecieron los intereses nacionales propios, según ellos los entendieron. Sin embargo, la relación entre tales posturas de corte nacionalista y los ideales ilustrados-universalistas sobre un orden mundial pacífico se nos antoja, curiosamente, distinta a como se dio en Alemania. En sus escritos políticos, Émile Durkheim, sin duda el representante más señero de la sociología en Francia, no ve en la guerra una sentencia de muerte para el ideal pacifista, ya que considera una victoria de Francia como un paso importante para poner fin al militarismo. En el plano teórico, hacía tiempo que había atemperado los pronósticos de Spencer sobre la desaparición de la guerra en la sociedad industrial al mostrarse partidario de una desaparición paulatina, no brusca. Desde una postura completamente optimista-evolucionista, Durkheim habló de la transformación progresiva del estado de guerra permanente de las sociedades primitivas en el régimen legislativo permanente de las sociedades modernas. Sin embargo, no abordó el problema de que un Estado legislador hacia dentro podía parecer hacia fuera como un Estado poderoso que no se dejaba someter a ninguna ley. El devenir de la guerra se sustrajo en buena parte a sus categorías. Durkheim se esforzó todo lo que pudo por que sus ideales normativos no cayeran en el remolino de las ideologías nacionalistas.

El pensamiento americano de la época se caracterizó menos por su fe, apoyada en Spencer, en los efectos pacificadores de la libertad contractual individualista que por su intento de trasladar una visión específica de la república y la democracia al plano internacional. La creciente internacionalización de la economía y de las ciencias no permitía ya la pura coexistencia de los Estados. La única alternativa a la solución de los conflictos al margen de las instituciones y, por tanto, de una manera cada vez más violenta, estriba en el reconocimiento de un plano moral y jurídico para la regulación pacífica de los contenciosos internacionales. Para estos pensadores, el estallido de la guerra era especialmente perturbador por entrar en contradicción con su hipótesis de un progreso ordenado y con

su fe, de corte casi evolucionista, en una tendencia imparable a la extensión de la democracia a nivel mundial. El acontecer bélico en Europa lo interpretaban, y anatematizaban, ante todo como un anacronismo, como la expresión del atraso europeo: naturalmente, América debía mantenerse al margen de semejante guerra. Con el devenir de la guerra, cada vez cobró más fuerza la postura que defendía la entrada de América del lado de los aliados en aras de un ideal universalista. Intervenir por la causa de la democracia y de la paz mediante el establecimiento de una Sociedad de Naciones que garantizara el derecho a la autodeterminación de las naciones más pequeñas: éstos eran unos objetivos completamente dignos a los ojos de los intelectuales reformistas de allende el Atlántico.

Las consecuencias de la entrada de Estados Unidos en la guerra en el plano de la política interior fueron negativas en cuanto que frustraron la esperanza de que la guerra ofreciera una oportunidad para las reformas. Sin duda, algunos planteamientos resultaron sociológicamente fecundos al desarrollarse sobre todo la hipótesis de la relación entre «democracia» y «paz». Estos planteamientos se hicieron sobre todo en el plano de la psicología social, donde la posibilidad de la integración social mediante una participación generadora de lealtad en los procesos públicos de formación de la voluntad se oponía a la integración mediante el antagonismo a enemigos externos o internos. Con pocas excepciones —como, por ejemplo, el libro que Thorstein Veblen publicó en 1917 con el título de *The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation*—, el peso relativo de semejantes factores psicosociológicos con respecto a los factores económicos, políticos o técnico-militares sólo raras veces fue estudiado en las ciencias sociales americanas de la época de manera ponderada. No deja de ser interesante que Veblen lograra sustraerse completamente a la tensión existente entre la democracia y el capitalismo. Para el autor, uno de los motivos que explicaban el nacionalismo moderno era el apoyo que éste recibía por parte de determinados círculos, que sentían un miedo especial a las reivindicaciones relacionadas con la igualdad social. En general, considera el nacionalismo como algo obsoleto, antimoderno y sin futuro; pero las reflexiones de índole psicológico-social no desembocan en un análisis del nacionalismo moderno y de su importancia para la guerra.

Las cuatro concepciones de la paz mencionadas —el carácter pacífico del libre comercio, el orden republicano, el socialismo y la sociedad industrial— también siguieron ejerciendo su influjo después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, si bien de una forma algo modificada. Cada vez mostraron mayor tendencia a escorarse del lado de la política

de poder. Así como desde el comienzo de la Guerra Fría, las superpotencias —y las alianzas formadas por ellas— se enfrentaron con arsenal nuclear, así también el «internacionalismo proletario», de un lado, y el universalismo democrático, del otro, parecieron enfrentarse como alternativas mutuamente excluyentes. En realidad, tanto en el debate político como en el seno de las ciencias sociales, ambas posturas tendieron cada vez más a convertirse en ideologías de legitimación del realismo político. Durante la época de la Guerra Fría, fueron muchos los sociólogos que reconocieron personalmente los múltiples problemas de la guerra y la paz o que anunciaron su retirada ante los intimidatorios horrores de la problemática nuclear; pero muy pocas veces aportaron análisis que fueran algo más allá. El teórico más representativo de la época, Talcott Parsons, apenas dijo nada de especial trascendencia acerca de la Guerra Fría, limitándose a la simple constatación de una menor institucionalización de las relaciones internacionales. Como reconocen destacados representantes del neoparsonismo, Parsons encontró especial dificultad para insertar el papel histórico de las guerras —incluida la contemporánea— en el marco general de su evolucionista teoría de la diferenciación. En este marco teórico, las guerras son, al igual que los movimientos sociales, simples vehículos de unos procesos de diferenciación mucho más amplios; en el peor de los casos, pueden desviar o dificultar el curso de estos procesos, pero no influir de manera realmente decisiva.

En las décadas de 1950 y 1960, las dos voces más importantes de la sociología que se ocuparon de la importancia social de la guerra y de los efectos de la carrera nuclear fueron Raymond Aron y C. Wright Mills.[12] El primero está siendo redescubierto en Francia e Inglaterra con muestras de gran entusiasmo por haberse negado, a lo largo de varias décadas, a postergar los problemas relacionados con la guerra tanto en su obra teórica como en sus artículos periodísticos. En el plano teórico, siempre fue un realista estratégico neoclausewitziano, cuya obra podría servir de antídoto contra los reduccionismos económicos, si bien, en mi opinión, no abre ninguna nueva perspectiva realmente importante. En cuanto a Mills, fue un disidente respecto del «consenso ortodoxo» de la sociología americana dominante. Su escrito, a modo de advertencia y aún hoy bastante interesante, titulado *The Causes of World War Three,* consiste en un análisis de las estructuras de poder de la sociedad americana, en la que

12. Raymond Aron, *Frieden und Krieg. Eine Theorie der Staatenwelt*, 1962, Francfort del Meno, 1986; C. Wright Mills, *The Causes of World War Three*, Nueva York, 1958.

identifica a un grupo elitista que controla las decisiones de carácter estratégico-militar y de política exterior global. Esta tesis era, a decir verdad, demasiado fácil empíricamente hablando, al centrarse excesivamente en el antagonismo de las dos superpotencias, y tenía muy poco calado histórico para poder ser considerada seriamente. Con todo, al menos alguien protestó contra la ligereza con la que buena parte de la opinión pública, y también del estamento sociológico, creía en la estabilidad del sistema basado en la disuasión.[13] Fue ésta sin duda una creencia muy extendida. Los momentos aislados en que corriera peligro esta estabilidad del miedo debían abordarse mediante reuniones para el control del armamento; el interés por las posibilidades de una guerra convencional, por debajo del umbral nuclear, para mantener la capacidad de acción política, fue ciertamente escaso.

Desde finales de la década de 1970, la situación ha cambiado por completo. Este cambio representa para la teoría defendida durante la posguerra —la creencia de que la paz estaría garantizada mediante una disuasión nuclear permanente— ese «experimento de crisis» que puede desempeñar una función parecida a la de la Primera Guerra Mundial en cuanto a la toma de conciencia de ciertos presupuestos ocultos. Las innovaciones en materia de tecnología armamentística han reducido la estabilidad de la disuasión, o al menos han puesto sobre el tapete la posibilidad de una desestabilización radical. Esto afecta tanto a la idea de una campana protectora sobre Estados Unidos (*Strategic Defense Initiative, SDI*) como a las nuevas posibilidades de «golpear el primero» o de una guerra nuclear limitada. La escalada de las tensiones internacionales a comienzos de la década de 1980 sensibilizó a la población de muchos países europeos ante el complejo entramado militar en el que vivía. La dimensión de los problemas ecológicos a que se enfrentaban los bloques (Chernobil) puso en primer plano la necesidad de una colaboración global y la cuestión de la interrelación entre economía, ecología y política armamentista. Todos estos procesos contribuyeron a mirar más allá de la seguridad falaz de esta quinta concepción sobre la paz, que en muchos aspectos se parece bastante a la antigua teoría del equilibrio; quizá la contribución más importante del movimiento pacifista consista en haber za-

13. Se encontrará una panorámica del desarrollo durante la posguerra en Martin Shaw, «Ideen über Krieg und Militarisierung in der Gesellschafttheorie des späten swanzigsten Jahrhunders», Joas y Steiner (comps.), *Machtpolitischer Realismus und pazisfistiche Utopie*, *op. cit.*, págs. 283-308.

randeado la obviedad de este realismo de la política de poder y, en general, haber abierto de nuevo la temática armamentística al discurso público de los ciudadanos en un marco internacional.

Esta apertura tuvo lugar además en una situación teórica en la que el marxismo no se ofrecía ya como una alternativa hermenéutica convincente. Varias e importantes contribuciones de marxistas se alejaron bastante de las visiones clásicas de la tradición marxista; esto vale tanto para la tesis de Edward P. Thompson acerca del denominado «exterminismo», es decir, una carrera de desarme movida principalmente por su dinámica interna, no por intereses económicos o políticos, como para la tesis de Mary Kaldor sobre el «barroquismo de los preparativos bélicos», por la que se ponía en duda la utilidad económica y militar de las nuevas tecnologías militares fruto de la carrera armamentística. En el campo de la sociología, la mayor parte de los intelectuales más jóvenes empezaron a buscar más bien, como ya se ha hecho antes alusión, en la dirección de Clausewitz y de Aron, o también en la de unos planteamientos «geopolíticos» renovados. Pero con ello se ha perdido posiblemente esa parte merecedora de conservarse de las concepciones sobre la paz que no se podían mantener en su totalidad.

Una vía de escape a esta situación puede ser intentar zarandear la identificación, dada por supuesta, entre orden social y Estado nacional. Como ya se ha señalado, Alain Touraine y Anthony Giddens son los autores que más han llamado la atención sobre el hecho de que la identificación tácita entre el concepto abstracto de «sociedad» y la realidad concreta de los Estados nacionales territorialmente delimitados oculta, en vez de tornar inteligible, la dependencia de los procesos sociales respecto de las relaciones económicas, políticas, militares y culturales en el plano internacional. En la sociología clásica, se afirma una relación entre Estado y sociedad que no se refleja en su particularidad histórica y geográfica. Pero si desbaratamos esta falsa identificación, conseguiremos una nueva valoración de la significación esencial de la teoría de la acción. La relativización del concepto de sociedad mediante la teoría de la acción ayuda a captar procesos sociales de distinta índole y al mismo tiempo a no prejuzgar conceptualmente la dimensión de su carácter «sistémico», sino a considerarla de manera empíricamente variable. El estudio del entramado de acciones, y de sus respectivas consecuencias, nos permite obtener un cuadro más diferenciado que el que nos permite el concepto de sistema. Aquí nos limitaremos a decir que los intentos actuales por fundar una microsociología no funcionalista en la línea de la teoría de

la acción me parecen sumamente fructíferos para la temática de la paz. Pensemos, por ejemplo, en la temprana transformación de la teoría de Parsons en la teoría de la sociedad activa de Etzioni, en el desarrollo por parte de Giddens de una teoría de la estructuración crítica para con el marxismo, en las contribuciones de Castoriadis y Touraine para una teoría de la institucionalización como proceso creativo o, finalmente, en el planteamiento, por cierto no exento de matices voluntaristas, propuesto por el brasileño Roberto Mangabeira Unger.[14] A todas estas concepciones les es común, sobre todo, el partir de un concepto de acción que no está limitado al ámbito individual, lo que les permite desarrollar modelos de orden que, por oposición a los modelos sistémicos funcionalistas, se adecuan a los rasgos específicos de la sociedad humana. A este fin, los modelos del proceder racional y normativamente orientado se deben recubrir con un modelo global que incluya la dimensión de la acción productora de instituciones y al mismo tiempo creativa. Para todas estas teorías, las situaciones de guerra o de revolución se convierten en «experimentos de crisis» no sólo de presupuestos heredados, sino también de las propias estructuras sociales. Estas teorías se interesan por las sociedades en trance de movilización, pues de ellas obtienen puntos de apoyo para la comprensión de las estructuras sociales. Esto lo expresan perfectamente tanto el concepto de Giddens de estructuración (activa) como la tesis de Etzioni según la cual la sociedad «activa», es decir, capaz de autotransformación consciente, es la única alternativa a la decadencia en la era posmoderna; y lo mismo se podría decir de la insistencia de Unger en la contingencia de las innovaciones institucionales y en las ventajas de la «plasticidad», que, según él, es fruto de la experiencia actual del surgimiento de sociedades capitalistas-industriales fuera del círculo cultural occidental y de casos históricos de modernización militar en función del enemigo. Naturalmente, por movilización se entiende también el entusiasmo nacionalista por la guerra, pero sin una valoración positiva. También se deja empíricamente abierta la cuestión de saber si la extrema tec-

14. Amitai Etzioni, *Die aktive Gesellschaft*, Opladen, 1975. Anthony Giddens, *Die Konstitution der Gesellschaft*, Francfort del Meno, 1988. Cornelius Castoriadis, *Gesellschaft als imaginäre Institution. Entwurf einer politischen Philosophie*, Francfort del Meno, 1984. Alain Touraine, *La voix et le regard*, París, 1978. Roberto Mangabeira Unger, *Politics*, 3 vols., Cambridge, 1987. Se puede encontrar un tratamiento algo más detallado de este tema en mi libro *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992, en particular en la cuarta parte.

nologización de la moderna guerra nuclear y convencional posibilita la renuncia a la movilización masiva.

Pero, más importante que esta posibilidad de acometer análisis sociales basados en el planteamiento de la teoría de la acción, me parece a mí el hecho de que los reduccionismos económicos, políticos o psicológicos sólo se puedan evitar sin la premisa de unos modelos de sistema, estructura u orden generales. En Giddens y Castoriadis, pero también en un planteamiento con referencias weberianas como es la teoría de las fuentes del poder de Michael Mann, las sociedades se analizan según dimensiones distintas, no mutuamente orientadas de manera «funcional».[15] A todos estos autores les es común el no privilegiar un ámbito social que supuestamente contiene la clave para la comprensión de la totalidad social. Así, por ejemplo, Giddens intenta separar analíticamente las dimensiones del capitalismo, el «industrialismo», la organización de la violencia militar y la «supervisión» o el control internos y mantenerlo todo ello dentro de una relación mutuamente variable. Castoriadis hace particular hincapié en que la democracia no debe entenderse como una excrecencia del capitalismo, sino como algo que representa una dimensión propia de la historia humana. Erzioni pretende probar cómo, por encima del ámbito de los Estados nacionales, se encuentran unas capas suplementarias reguladoras de carácter inter o supranacional; sobre este trasfondo, ya abogó desde hace mucho tiempo por la superación de los bloques militares mediante formas reguladas de colaboración y contra la nueva desintegración en Estados nacionales rivales. El programa que ofrece semejante teoría nos permite tener presente la integración de los presupuestos de las referidas concepciones sobre la paz en el ámbito de las ciencias sociales o de la filosofía social: cuanto más se ven éstas zarandeadas por los acontecimientos históricos, menos se pueden descartar por completo. La teoría sobre el carácter pacífico de la sociedad industrial ha salvado el tipo al menos con respecto al proceso de pacificación interna, incluida la «civilización» del ejército. La idea kantiana de republicanismo sigue planteando hoy importantes preguntas sobre el control público de la política exterior como condición de su defendibilidad. Los presupuestos marxistas sobre los intereses del capital invertido en la industria armamentista no son mera fantasía. Y el libre comercio, o la supresión del proteccionismo y de los monopolios de exportación, han contribuido a consolidar las relaciones pacíficas entre las sociedades industriales occidentales. Es

15. Michael Mann, *Geschichte der Macht*, vol. 1, Francfort del Meno, 1990.

preciso, no obstante, seguir profundizando en el plano teórico sobre el derecho relativo de cada una de estas hipótesis, y hacerlo valer en la totalidad narrativa sobre los análisis de las causas de una guerra. Así, sin duda, es demasiado fácil explicar la Primera Guerra Mundial a partir del conflicto de intereses entre las potencias imperialistas, del carácter autocrático del Reich alemán, de la existencia de monopolios de exportación autónomos o del retraso de Europa respecto a Estados Unidos, tal y como trataron de hacer diferentes voces contemporáneas.

El estallido de una nueva «guerra fría» a principios de la década de 1980 demuestra también que no debemos acomodarnos en la falta de fantasía normativa del realismo de la política de poder. Es importante, antes bien, ver asimismo en los enormes peligros que nos acechan el núcleo racional de las concepciones históricas sobre la paz y actuar en consecuencia.

Capítulo 8

¿EXISTE UNA TRADICIÓN MILITARISTA EN SOCIOLOGÍA?

La escasa atención prestada a la guerra y a la violencia por las ciencias sociales, y la relación de este hecho problemático con la cosmovisión del liberalismo, vuelve de nuevo a ocupar un lugar de relieve en este libro. Por eso, no está de más volver la mirada también a las corrientes de pensamiento no liberales y a planteamientos de la teoría social más antiguos, a los que no se les puede reprochar en absoluto el no haber hecho hincapié en el papel de la guerra en la historia, o de la violencia en la vida social. Conviene preguntarse, entonces, si podemos agrupar dichas concepciones en una tradición alternativa propia —ya olvidada ya silenciada.

La tesis acerca de la existencia de semejante tradición alternativa «militarista» la ha defendido con especial interés Michael Mann, uno de los más destacados representantes de la sociología histórica de nuestros días. Esta tesis se encuentra dispersa en numerosos trabajos suyos,[1] que preparan y explican su trascendental proyecto de una historia universal sociológica, si bien hay que decir que sólo se nos presenta de pasada, y nunca de manera realmente sistemática. En su influyente artículo titulado «War and Social Theory: into Battle with Classes, Nations and States»,[2] contrapone dos escuelas teóricas distintas, a la primera de las cuales describe como «liberal-marxista» y a la segunda como «militarista». La teoría liberal, que Mann ve encarnada en Adam Smith, Saint-Simon, Comte, Spencer y Durkheim, no se habría olvidado de la guerra como consecuencia de su fe liberal en el carácter pacífico de la sociedad industrial o del capitalismo, sino que, antes bien, la considera como un tema de segunda categoría, mientras que, por su parte, Marx, con las modificaciones que todos sabemos, habría compartido por completo, a este y otros respectos, las premisas de la tradición liberal. A esta tradición de li-

1. Michael Mann, *Status, War and Capitalism*, Oxford, 1988. Su obra principal es *The Sources of Social Power*, 2 vols., Cambridge, 1986 y 1993.

2. Mann, *Status, War and Capitalism*, *op. cit.*, págs. 146-165, en particular las págs. 146-149.

beralismo y marxismo se contrapone otra tradición, que Mann denomina militarista, entendiendo por tradición militarista un talante y una estructura de instituciones de los que la guerra y los preparativos bélicos emanan como actividades sociales normales, por no decir incluso deseables.

Ambas tradiciones son rastreables en distintas experiencias históricas y en distintas naciones y países del globo. Mientras que la tradición liberal habría coincidido con el denominado siglo de la paz (de 1815 a 1914) y, en particular, con las experiencias de Gran Bretaña —y en menor medida también de Francia— por esta época y con sus proyectos de hegemonía mundial, la experiencia de otras naciones fue totalmente distinta. Mann nos remite a la famosa diferencia en la ciencia económica, en la que la doctrina clásica del *laissez-faire* se presentó como algo plausible de manera muy distinta según el respectivo contexto nacional y consiguió plasmarse en el plano institucional. En Alemania y en Austria, de manera especial, el intento del Estado por favorecer el crecimiento económico estuvo acompañado por un despliegue del poder militar, razón por la cual las ciencias de estos dos países habrían adoptado unos planteamientos militaristas. Asimismo, el darwinismo habría jugado un papel muy importante.

En el citado artículo, Mann considera como principales exponentes de semejante postura teórica a los sociólogos austríacos de la primera ola, Ludwig Gumplowicz y Gustav Ratzenhofer; en otros trabajos[3] se añaden también los nombres de Franz Oppenheimer y Carl Schmitt. Y vuelve a mencionarse la teoría de la *Überschichtung* («superposición de estratos») de Alexander Rüstow. Como autores no pertenecientes al ámbito de lengua alemana, se cita a Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, y una sola vez a William Graham Sumner, de Estados Unidos. Finalmente, Mann se refiere de nuevo a Otto Hintze y a Max Weber, pensadores liberales que habrían estado influidos por el clima político del militarismo, mientras que algunos marxistas aislados se habrían movido también, en el marco de los debates sobre el imperialismo, en esta misma dirección.

La tesis de una tradición alternativa austríaco-alemana en las ciencias sociales la completa y corrobora Mann desde el punto de vista histórico. Así, en su opinión, el olvido de esta tradición es achacable, por irónico que pueda parecer, a la misma historia del siglo XX, tan rica en guerras y violencias. Pero, mientras que la historia de las guerras mundiales y del fascismo habría prestado a la tradición militarista una plau-

3. *Ibid.*, págs. 2 y 126.

sibilidad suplementaria, la tradición militarista habría desaparecido como tal con los imperios en los que predominó. «[...] Unfortunately for the militarists, their armies lost. The Austrian Empire disintegrated; Russia was conquered by Marxism; Germany lost two wars and its militarist theories were outlawed from civilization. Finally, the United States became a super-power and re-discovered the usefulness of British transnational laissez-faire for its own global hegemony. As liberalism and Marxism divide up the geo-political and geo-economic world, they naturally dominate its sociology. Since 1945 the militarists have been forgotten, the waverers purged of their more violent side (e.g. Weber...), and the "classic tradition" of liberal/Marxist pacific transnational sociology has been enshrined in pedagogy.»[4]

Està tesis de la tradición militarista, ampliada hasta el punto de convertirse en una explicación de su caída, no la defiende Mann porque quiera abogar por la recuperación de este pensamiento. Según él, este pensamiento representa el olvido liberal y marxista de la sobreacentuación invertida del poder y la violencia. Pero precisamente la corrección de las debilidades de la tradición liberal se ha visto dificultada por la asociación de la tradición opuesta con el darwinismo social, el racismo, la glorificación del poder estatal y el fascismo, y por su consiguiente expulsión del canon de las ciencias sociales. No obstante, esta renuncia a un contrapeso tiene consecuencias importantes no sólo para el tratamiento de la guerra en sentido estricto, sino también para cualquier teoría del Estado en general, pues el papel autónomo del Estado —respecto al conflicto de los grupos de interés y de los individuos, pero también respecto a su consenso normativo— se pierde de vista de nuevo y a pesar de todas las críticas y autocríticas. Para el propio proyecto de Mann, y para su valoración de las tareas de una sociología adecuada al presente, esto es la consecuencia catastrófica de una bienintencionada represión de la tradición.

¿Qué se puede salvar entonces de esta tesis de Michael Mann, una tesis que, aunque generalmente sólo se conoce de manera poco detallada, es sin embargo conceptualmente comprehensiva? En primer lugar, no está mal entender la sociología como una disciplina completamente impregnada de «programas» culturales y experiencias históricas arraigadas. Es así como la materia suele dividir una de las más recientes e importantes concepciones generales de la historia de la sociología, es decir, según

4. *Ibid.*, pág. 148.

el principio de las tradiciones nacionales de dicha disciplina.[5] No obstante, esta decisión que atañe a la composición de la disciplina en modo alguno debe entenderse como una constatación dogmática, sino antes bien como una hipótesis empírica. No se supone en absoluto un espíritu nacional unitario que se individualizaría respectivamente en distintas épocas y en pensadores aislados, sino una relación activa y empíricamente documentable de participantes en un discurso que atraviesa varias generaciones. En particular, en la fase de la constitución de la sociología como disciplina académica —como pretende Donald Levine, el autor de esta historia de la sociología—, en los años que van de 1890 a 1920, se puede demostrar que las tradiciones de pensamiento nacionales han sido más importantes a largo plazo en los países concernidos que las interrelaciones intelectuales en el plano internacional.

La tesis sobre la historia de la sociología de Mann debería considerarse también desde una perspectiva más amplia. En los últimos años, la gente está cada vez más sensibilizada al hecho de que la descripción histórica, incluida la historia de las disciplinas científicas, está sometida a los imperativos del género narrativo. Las historias de las disciplinas no se deben entender como simples relaciones de hechos científicos incontenibles mente acumulativas, sino integradas en el contexto de la producción de una identidad colectiva para los partícipes en una disciplina y de la socialización de las generaciones que han crecido en el seno de la misma. La sospecha de que más de una forma en otro tiempo influyente ha caído en el olvido por simples motivos cognitivos o, incluso, de que determinadas tradiciones nacionales enteras han conseguido, o perdido, su eficacia también por motivos relacionados con la política de poder, es algo que no se puede rechazar sin más. Así pues, son muchas las cosas que invitan a tomar en serio la tesis de Mann sobre la tradición militarista y el destino de la misma.

Sin embargo, son también muchas las dudas que plantea esta tesis. Para empezar, salta a la vista un curioso parentesco entre ésta y la propaganda bélica de la Primera Guerra Mundial. En el marco de la historia del espíritu del siglo XX, la Primera Guerra Mundial fue ciertamente una época en que la proximidad de tradiciones conceptuales nacionales se convirtió, desde todos los puntos de vista, en una lucha implacable entre

5. Donald N. Levine, *Visions of the Sociological Tradition*, Chicago, 1995. Véase también mi artículo, en el que expreso mi discrepancia con este libro, «Postdisziplinäre Disziplingeschichte», *Berliner Jouunal für Soziologie*, nº 8, 1998, págs. 269-277.

distintos espíritus nacionales.[6] Muchos científicos y filósofos que habían basado su pensamiento en su propia tradición nacional empezaron a renegar de ella, o a desmarcarse de la crítica general del supuesto espíritu depravado del país enemigo. Pero también allí donde, poco antes de la guerra —durante los primeros meses de 1914—, se habían tomado posturas equilibradas respecto a los puntos fuertes y débiles de otras tradiciones de pensamiento nacionales, una vez comenzada la guerra éstas empezaron a considerarse culpables de alta traición. Las tradiciones propias y las ajenas se despojaron rápidamente de sus aspectos contradictorios y complejos, se esencializaron de manera perentoria e incluso llegaron a biologizarse parcialmente, hasta el punto de que las tradiciones nacionales a veces ya no parecían hechos culturales, sino fenómenos naturales. Como reacción a estos planteamientos terribles y absurdos, que a menudo encontraron también eco entre eruditos importantes, las tradiciones nacionales en las ciencias sociales empezaron, sobre todo después de 1945, a ponerse en tela de juicio. Así como no podía haber una «física alemana», tampoco podía haber una «sociología alemana».

La tesis de Mann toca también un punto neurálgico en el tema de las relaciones culturales entre Alemania y Occidente. Durante la Primera Guerra Mundial, a Alemania siempre se le había reprochado haber elevado el primado del poder por encima del derecho, al revés que en la tradición ilustrada del derecho natural, primero en el plano intelectual y luego también en los planos político y militar. Tres nombres, los de Treitschke, Nietzsche y Von Bernhardi, salían siempre a relucir como representantes de este pensamiento: un historiador chovinista, el filósofo del lema «vivir peligrosamente» y un propagandista de la guerra. Aunque la inclusión de estos pensadores en un mismo grupo y el suponerles un magisterio intelectual fueron sin duda producto de la propaganda bélica, muchos profesores alemanes, en sus artículos periodísticos y publicaciones en general, asumieron esta imagen extranjera con cierta obstinación. De las secuelas de la imagen hacia dentro y hacia fuera de aquella época agitada no nos hemos liberado del todo todavía, creo yo, en la percepción de las tradiciones teóricas. Se impone, pues, la pregunta de si la tesis de una tradición militarista específicamente alemana (y austríaca) no sería una secuela de estas equívocas homogeneizaciones y mitificaciones de la época de la Primera Guerra Mundial, o si está realmente justificada.

6. Véase en particular el capítulo de este libro «Ideologías de la guerra», págs. 83-117.

Las primeras dudas que surgen de la asociación de la hipótesis aquí discutida con la propaganda bélica de la época las confirman otras observaciones superficiales. La tradición alemana de las humanidades, de la politología histórica y de la filosofía no suele caracterizarse por el hincapié en el conflicto y la lucha por el poder. En cambio, de esa tradición nacional en la que el poder y el egoísmo nacional sí estuvieron justificados sin ningún tipo de paliativos, es decir, de la tradición italiana, apenas si habla Mann. El darwinismo social no fue, ciertamente, un fenómeno específicamente alemán, y menos aún un fenómeno predominantemente alemán.[7] Por eso, la tesis de Mann debe mirarse con lupa. La supuesta tradición militarista ¿es realmente una tradición si se tiene en cuenta que ésta debe contener un mínimo de unidad y de eficacia demostradas? ¿Es esta supuesta tradición, si es que existe realmente, una tradición específicamente alemana? Esta pregunta no se puede contestar si no existió una tradición militarista uniforme, pues entonces en todas las corrientes de pensamiento existentes en un país de manera mínimamente diferenciada se podrían identificar generalidades políticas que diferenciarían a este país de los demás. Finalmente, hay que preguntarse lo siguiente: ¿podemos hoy aprender de esta tradición contrapuesta, o de corrientes de pensamiento subsumidas falsamente bajo ella, algo que nos ilumine sobre los puntos oscuros del pensamiento liberal?

La revisión de la tesis de Mann debe ceñirse exclusivamente a los autores y corrientes de pensamiento expresamente mencionados por él. Esta limitación es necesaria para asegurar una base empírica común; conviene recordarlo, pues, en principio, podría ocurrir perfectamente que su tesis tuviera validez aunque sus pruebas fueran insuficientes. El detalle con que vamos a tratar a cada pensador variará según los casos. Ningún autor será valorado teniendo en cuenta toda la extensión de sus escritos, sino sólo según el lugar que ocupa en la tesis de Mann acerca del militarismo y, por qué no, según el influjo que ejerza, en mi opinión, en la sociología actual.

El darwinismo social

En primer lugar, la tesis de Mann hace hincapié en el importante papel desempeñado por el darwinismo social. Éste había surgido del inten-

7. Se encontrará una panorámica del tema en Hansjoachim Koch, *Der Sozialdarwinismus. Seine Genese und sein Einfluß auf das imperialistische Denken*, Múnich, 1973.

to de transferir elementos sueltos de la famosa teoría de Darwin sobre la evolución orgánica —en particular, los relacionados con la «adaptación» y la «lucha por la existencia» y la «supervivencia» de los más «aptos»— al ámbito de la vida social. El darwinismo social constituye un fenómeno internacional que se desarrolló particularmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, fenómeno en el que, por cierto, no había nada que fuera específicamente alemán o austríaco. A primera vista, en el planteamiento darwinista podría parecer evidente una orientación favorable a la violencia y la guerra, o al menos contraria a la moral. Pero también aquí conviene andarse con pies de plomo.[8] Ni siquiera en el propio Darwin estaba claro si el concepto de lucha por la existencia *(struggle for existence)* describía unos modos de conducta exclusivamente antagónicos o, de manera más general, todas las formas de dependencia social de los organismos, y por tanto también la lucha común, en mutua colaboración, por la supervivencia. Esta equivocidad no hizo sino aumentar considerablemente en los libros que se publicaron después de su muerte, a menudo de carácter divulgativo, a finales del siglo XIX. Aun cuando nos limitemos a una interpretación de la teoría de Darwin estrictamente «antagonista», las concepciones sobre la interpretación darwinista de la guerra, es decir, sobre sus efectos en los procesos de selección, divergen mucho entre sí. Los darwinistas sociales no militaristas sostienen que la guerra pone en peligro, por lo general, la vida de los biológicamente superiores. Los ejércitos se componen de jóvenes sanos, bien preparados corporal y anímicamente, y en la mejor edad para la reproducción; su muerte, pues, sólo puede empeorar las cualidades biológicas de un pueblo. En la guerra, los contendientes se proponían a menudo aniquilar precisamente a la élite enemiga, creyendo que así aumentarían las posibilidades de reproducción de los menos valientes. A esto había que añadir las secuelas dejadas por las heridas, los casos de invalidez, los efectos perniciosos de la guerra para la salud de la población y la difusión de las enfermedades venéreas a

8. Véase, con relación a lo que sigue, Pitirim Sorokin, «Sociological Interpretation of the "Struggle for Existence" and the Sociology of War», *Contemporary Sociological Theories*, Nueva York, 1938, págs. 309-356, donde se encontrarán también numerosas indicaciones bibliográficas suplementarias acerca de autores italianos, franceses, británicos, estadounidenses y rusos, lo que explica con creces la difusión internacional de este debate. Max Scheler afirmó, por el contrario, que el darwinismo social estaba emparentado con el utilitarismo y, por tanto, era ajeno al pensamiento alemán. Max Scheler, «Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg», 1915, *Gesammelte Werke*, vol. 4: *Politisch-Pädagogische Schriften*, Berna, 1982, págs. 7-251, aquí pág. 16.

causa del estilo de vida de los soldados. Los representantes más radicales de esta manera de pensar veían en la guerra una de las principales causas de la degeneración biológica de los pueblos y de la decadencia de las naciones.

A los darwinistas sociales antimilitaristas se oponían, como es bien sabido, los que defendían la postura de que la guerra como tal, al menos antes de la mecanización e industrialización de la misma, era un medio perfecto para seleccionar a los biológicamente superiores. Esto valía no sólo para el combate propiamente dicho, sino también, de manera mucho más general, para las condiciones de vida más difíciles que había que soportar en tiempo de guerra. Asimismo, aumentaban las posibilidades de reproducción de los héroes de guerra mediante su posición de poder y su atractivo sexual. Algunos representantes de esta postura trataron también de demostrar la existencia de un efecto seleccionador biológicamente benéfico en el caso de las guerras modernas, como quiera que también éstas fomentaban las virtudes varoniles-belicosas. Pero aun cuando el efecto seleccionador fuera negativo para los hombres, para las mujeres era ciertamente positivo, lo que fundamentaban diciendo que, como consecuencia de la muerte de gran número de personas de sexo masculino, se reducían las posibilidades de procreación de las pertenecientes al sexo femenino biológicamente menos valiosas, ya que, ante la escasez de varones, no todas las mujeres tendrían posibilidades de formar pareja y, por tanto, de procrear, con lo que mejoraría indudablemente la calidad de los retoños.

Lo primero que salta a la vista en este discurso, que hoy parece tan alejado de nosotros, es que también el darwinismo social estuvo completamente dividido ante la cuestión militarista, por lo que no se puede hablar de una difusión particular de esta manera de pensar en Alemania ni de una preferencia especial por la interpretación militarista de dicha teoría.

Ludwig Gumplowicz y el «concepto sociológico de Estado»

Aunque casi todos los argumentos de los darwinistas sociales tratados hasta ahora se orientaban hacia los efectos de la guerra en la selección de los *individuos* biológicamente superiores, unos cuantos autores se decantaron, por el contrario, por la selección de los *grupos* y, consiguientemente, interpretaron la guerra desde este punto de vista. Para ellos, la guerra favorecía la selección de los grupos biológicamente superiores, por no decir que constituía la única posibilidad de demostrar la superio-

ridad de un grupo sobre los demás en una confrontación de fuerzas directa. Esto nos conduce de manera natural al primero de los sociólogos nombrados por Mann; a saber, a Ludwig Gumplowicz. Éste no fue un darwinista social en ningún sentido preciso de la palabra, ni tampoco, a pesar de su discurso sobre la «lucha de razas», fue un racista en el sentido corriente de la palabra, pues para él las razas no eran el resultado de propiedades biológicas, sino de diferencias de carácter histórico-social. Sin embargo, con su «concepto sociológico de Estado» —por él defendido de manera monomaníaca y considerado como un planteamiento decisivo para la sociología naciente—, razonó de manera muy parecida al darwinismo social que apostaba por la selección de los grupos.

El núcleo de este «concepto sociológico de Estado», que Gumplowicz expuso y defendió por primera vez en 1883 en su libro *Der Rassenkampf*, luego en su *Grundriß der Soziologie*[9] y después expuso y defendió siempre que pudo, consistía en la noción de que el Estado había surgido de la lucha primordial entre los distintos grupos y etnias. Los vencedores de tales luchas habrían descubierto, en las brumas de la prehistoria, que la destrucción del enemigo no era en modo alguno la solución más ventajosa, sino, antes bien, ponerlo a su servicio para la satisfacción de sus propias necesidades. Por eso pasaron de intentar aniquilarlo a intentar someterlo. Esta relación entre los grupos victoriosos y los vencidos sería el origen de toda dominación, como también de la lucha de clases, fundada en la violencia original. El Estado, según Gumplowicz, no es otra cosa que la concreción, parcialmente atemperada y tornada habitual, del sometimiento de los vencidos por los vencedores. Desde sus inicios, el Estado es, y lo seguirá siendo para siempre, en este sentido, un Estado clasista. El derecho es un instrumento en manos de este Estado clasista. El reconocimiento de los puntos de vista de los inferiores correspondería a una especie de alto el fuego duradero entre enemigos. La moral no precede al derecho, sino que resulta de éste mediante el desplazamiento de los medios de dominio a la vida interior de los dominados. Pero ningún alto el fuego dura eternamente. Bajo la superficie del orden estatalmente regulado no deja de librarse un combate larvado, de manera que siempre

9. Ludwig Gumplowicz, *Der Rassenkampf* (1883), Innsbruck, 1926; *Grundriß der Soziologie* (1885), Innsbruck, 1926; *Die soziologische Staatsidee* (1892), Innsbruck, 1902. De la bibliografía secundaria, cabe destacar: Gerald Mozetic, «Ein unzeitgemäßer Soziologe: Ludwig Gumplowicz», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 37, 1985, págs. 621-647.

hay que contar con nuevos intentos por trastocar las circunstancias actuales. Semejante trastocamiento podría determinar cuál es el grupo dominador y cuál el dominado, pero sin cambiar para nada el carácter básico del Estado clasista.

Gumplowicz acompaña este concepto sociológico de Estado con una tesis, presentada de manera igualmente resuelta, sobre el origen poligenético de la humanidad y con un sociologismo estricto que expulsa cualquier asomo de libertad de acción individual al reino de la pura quimera. Estos dos componentes de su pensamiento dejan bien claro que el «concepto sociológico de Estado» atenta a la vez contra el universalismo «ilustrado» de un género humano unitario y contra la tradición idealista alemana. Si la humanidad no procede de un mismo tronco, entonces la pluralidad original de las razas es incuestionable para Gumplowicz, y con ello se demuestra también el papel fundamental de la lucha entre razas. Y si el eje central de todos los procesos sociales es esta lucha entre razas, entonces los individuos no pueden elevarse por encima de ella; están atados de manos y pies ante esta pugna de colectivos, y sus motivos y proyectos son por ley natural simple resultado de los del grupo al que pertenecen. El término de «sociologismo» es, según el antiindividualismo radical de Gumplowicz, sumamente equívoco al no representar una concepción de la sociedad homogeneizada y herméticamente cerrada, sino que, antes bien, concibe la «historia como resultado de relaciones conflictivas entre los grupos».[10] Por eso, utilizando categorías de hoy, podríamos denominar su sociología como un *utilitarismo colectivo naturalista*. Pero, aun cuando el «concepto sociológico de Estado» fuera completamente insostenible, opina Gerald Mozetic, uno de los pocos autores actuales que se muestran comprensivos con Gumplowicz, podría seguir resultando al menos interesante este empeño por centrarse en la permanencia de los conflictos de grupo.

Pero, en el tema que nos ocupa, no se trata tanto de saber cuán interesantes podrían resultar otros aspectos de la obra de los autores tratados como de saber si éstos conforman una tradición militarista con un centro de gravedad en la sociología de habla alemana. Así, si atendemos a las reacciones que suscitó la obra de Gumplowicz en la Alemania de su tiempo, debemos hablar del fracaso absoluto de su trabajo. Por ejemplo, en una reseña de Otto Hintze sobre dos escritos de Gumplowicz de 1892, daba por supuesta «la insostenibilidad de este sistema, que en su unilate-

10. Mozetic, «Ein unzeitgemäßer Soziologe», *op. cit.*, pág. 624.

ralidad y consecuencia tiene sin duda algo de grotesco».[11] Unos decenios más tarde, volvió a hablar, también con relación a Gumplowicz, de un «monismo materialista de una ramplonería absoluta».[12] Estas palabras de Hintze son representativas de la mayoría de los humanistas y sociólogos alemanes. «Las disciplinas politológicas que se abrevaban en la fuente idealista podían tener cierto grado de positivismo, pero no ese materialismo craso que mata toda individualidad.»[13] Entre los autores menos renombrados de Alemania y Austria, sólo se nos ocurren dos excepciones. La primera la constituye Gustav Ratzenhofer, que también es citado por Mann. Con Gumplowicz comparte sin duda la noción de la guerra como estado natural propio y del Estado como simple dominio de los vencedores sobre los sometidos, pero sin seguir el sociologismo de éste ni compartir muchas de sus conclusiones; antes bien, justifica el belicismo tradicional con argumentos suplementarios.[14] Sobre la otra excepción, Franz Oppenheimer, hablaremos enseguida.

Fuera del espacio de habla alemana, la recepción de Gumplowicz fue bastante más intensa que en la propia Alemania. Sus escritos, traducidos a numerosas lenguas, ejercieron un influjo considerable, si bien sólo efímero, en el campo de la sociología. En Francia, el joven Durkheim se opuso con denuedo a Gumplowicz, ya desde los inicios de su carrera, con una reseña fulminante.[15] Y fue curiosamente en Estados Unidos, sobre todo por parte de Lester Ward y Albion Small, donde sus escritos fueron recibidos con mayor interés. Su utilitarismo colectivo naturalista encontró allí numerosas almas parientes.

Tampoco se puede hablar de la representatividad de su pensamiento con respecto a una tradición militarista alemana. Sin duda, el entorno personal y experiencial que rodeaba a su sociología no lo predestinaba para desempeñar semejante papel. Era un judío de origen polaco que, tras

11. Otto Hintze reseña los libros de Gumplowicz, *Soziologie und Politik* y *Die soziologische Staatsidee*, en *Schmollers Jahrbuch*, nº 21, 1897, págs. 715 y sigs., cita en pág. 716.

12. Otto Hintze, «Soziologische und geschichtliche Staatsauffassung. Zu Franz Oppenheimers System der Soziologie» (1929), *Soziologie und Geschichte. Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964 (2ª ed.), págs. 239-305, aquí pág. 240.

13. *Ibid.*

14. Sobre Ratzenhofer y Gumplowicz, véase John Torrance, «Die Entstehung der Soziologie in Österreich 1885-1935», Wolf Lepenies (comp.), *Geschichte der Soziologie*, vol. 3, Francfort del Meno, 1981, págs. 443-495, sobre todo págs. 444-448.

15. Émile Durkheim, «La sociologie selon Gumplowicz», 1885, *Textes*, vol. 1, París, 1975, págs. 344-354.

luchar intensamente por la nación polaca, y muy dolido por el antisemitismo reinante, optó, con resignación y con un profundo pesimismo histórico, por defender su teoría. Así pues, tampoco en el plano personal es Gumplowicz un candidato muy recomendable para desempeñar el papel de portavoz de un belicismo o militarismo alemán (o austríaco).

El antiestatismo liberal de Franz Oppenheimer

El otro sociólogo al que, como se dijo, se suele emparentar con Gumplowicz es Franz Oppenheimer. A menudo se discute si la enseñanza de Gumplowicz marcó de manera decisiva el pensamiento de Oppenheimer, o si éste no estuvo influido más bien por Eugen Dühring, el autor refutado por Friedrich Engels en su famoso *Anti-Dühring.*[16] Sea como fuere, lo cierto es que el «concepto sociológico de Estado» de Oppenheimer tiene una importancia estratégica decisiva para su sistema sociológico, así como para su historia universal de la evolución de la humanidad y para su combate por la reforma del suelo y la nueva fundación de las cooperativas rurales. Aunque durante la época imperial estuvo también científicamente marginado, después de la Primera Guerra Mundial fue nombrado profesor de la recién fundada Universidad de Francfort, y formó parte del grupo de maestros de la sociología alemana. Durante la república de Weimar, su pensamiento, que no se había modificado sustancialmente, se tomó mucho más en serio que antes. Esto se debió a factores tanto externos como internos. A los motivos externos hay que imputar sin duda el que, tras la caída del imperio, al menos entre algunos exponentes de la tradicional idealización alemana del Estado se iniciara un proceso de reformulación teórica, que posibilitó un estudio sin prejuicios del «concepto sociológico de Estado». «¿Por qué no deberíamos intentar una enseñanza sin prejuicios que viera en la violencia y la injusticia el punto de partida de todas las diferencias entre las clases, así como de la política y de la formación del Estado?», se preguntó Otto Hintze en una de sus dos importantes polémicas con Oppenheimer.[17] Pero tanto el

16. Sobre estas cuestiones, véase Dieter Haselbach, «Die Staatstheorie von L. Gumplowicz und ihre Weiterentwicklung bei Franz Oppenheimer und Alexander Rüstow», *Österreichische Zeitschrift für Soziologie*, nº 15, 1990, págs. 84-99.

17. Hintze, «Soziologische und geschichtliche Staatsauffassung», *op. cit.*, pág. 242. La otra disputa de Hintze con Oppenheimer lleva por título «Probleme einer europäis-

desinterés original por Oppenheimer como el esfuerzo y la autosuperación perceptibles en este giro repentino indican que tampoco se puede tomar a Oppenheimer como representante de una sólida tradición militarista.

Entre los motivos internos, hay que hablar de la superioridad de Oppenheimer con respecto a Gumplowicz.[18] Oppenheimer incorporó el «concepto sociológico de Estado» a una filosofía de la historia muy comprehensiva, perfilándolo también en su contenido. Según él, había que buscar el fundamento del Estado en la era prehistórica, cuando los hombres vivían en grupos sin estructuras internas violentas y sin contactos externos. El tiempo histórico propiamente dicho se describe entonces mediante el «concepto sociológico de Estado»; esa fase temporal puede, en su opinión, ser superada por una era nueva, en la que los hombres volverían a vivir en libre cooperación, y el régimen del Estado quedaría superado. Pero el tiempo histórico que transcurre entre la era mítica y la era posthistórica utópica no lo considera Oppenheimer, como tampoco lo considerara Gumplowicz, como un círculo vicioso y un dominio violento siempre igual, sino como un proceso de desarrollo forzoso articulado. La violencia empujaría a los grupos a la expansión, pero la expansión agrandaría el ámbito de aplicación de la moral solidaria, creando órdenes sociales no violentos cada vez más amplios que, finalmente, podrían extenderse a toda la humanidad. No podemos por menos de establecer una homología entre este planteamiento, que aparece como ciencia empírica, y el planteamiento de Marx, si bien en Oppenheimer no es la economía, sino la violencia, la que se erige en motor de la historia.

En su intento loable por estudiar el planteamiento histórico de Oppenheimer sobre la base de su valor empírico y teórico, Otto Hintze ataja la fácil objeción de que aquí no se trataría de una teoría empíricamente apoyada, sino sólo de una filosofía de la historia de carácter especulativo, con una referencia al estatus lógico de los planteamientos propios del derecho natural acerca de un estado natural y de un contrato social original. «El "contrato social" no se acepta hoy nada más que como una explicación histórica del origen del Estado, y sin embargo contiene un valor teórico imperecedero como formulación ideal del Estado de derecho puro. ¿No podría el "concepto sociológico de Estado", aun cuan-

chen Social- und Wirtschaftsgeschichte». Publicado por primera vez en 1930, apareció asimismo en la obra citada de Hintze, págs. 306-312.

18. Franz Oppenheimer, *Der Staat*, Francfort del Meno, 1907; *System der Soziologie*, Jena, 1922-1926.

do lo descartáramos como explicación histórica del surgimiento del Estado, reclamar una importancia semejante como intento de formulación ideal del poder estatal real, con su asociación característica de política imperialista y lucha de clases sociales?»[19] Como formulación ideal, la teoría de Oppenheimer tiene sin duda mucho mérito. Entre otras cosas, hay que reconocerle el haber planteado la cuestión de la satisfacción de las necesidades económicas a través de medios políticos, es decir, el empleo de la rapiña, del saqueo y de la violencia en general con fines económicos; algo importantísimo, según Hintze, para la recta comprensión del imperialismo, el cual no hace su aparición sólo en el capitalismo, sino también en todas las formaciones históricas. Ahora que finaliza el siglo XX, y que conocemos la economía de los campos de concentración nacionalsocialistas y del Gulag estalinista, sin olvidar la guerra de rapiña de la estrategia hitleriana durante la Segunda Guerra Mundial, creo que se debería recalcar más aún este aspecto. Hintze restringe sus elogios acto seguido. Sin duda, Oppenheimer, a diferencia de Gumplowicz, además de los rasgos «señoriales» del Estado también ha tenido en cuenta su carácter «cooperativo»; pero sin ser capaz de fundir ambos componentes en una teoría histórica sobre la formación del Estado, dispersándolos más bien en épocas históricas completamente opuestas. «Toda la teoría política de Oppenheimer es una teoría del imperialismo. Pero, además del principio imperialista [...], él ofrece también otro principio constitutivo del Estado: el federalismo.»[20] Hintze aduce numerosos ejemplos históricos de esta virtualidad, desde las alianzas entre los grupos étnicos antiguos, germanos o iroqueses hasta las Constituciones representativas democráticas de los modernos Estados nacionales, pasando por las repúblicas y alianzas urbanas medievales y la Confederación Helvética. En opinión de Hintze, el «concepto sociológico de Estado» representa, según la versión de Oppenheimer, un buen remedio para luchar contra la idealización del Estado como «producto de desarrollo surgido orgánicamente de una "comunidad" originaria»,[21] pero no permite una integración satisfactoria de sus distintos componentes en un análisis, teóricamente cerrado y empíricamente sostenible, de sus procesos de formación.

Lo más destacable del planteamiento histórico de Oppenheimer en el plano político no fue una defensa, o aceptación indiferente, del militaris-

19. Hintze, «Soziologische und geschichtliche Staatsauffassung», *op. cit.*, pág. 243.
20. *Ibid.*, pág. 293.
21. *Ibid.*, pág. 274.

mo, sino su vinculación idiosincrásica de la utopía de una cooperativa reformadora con la lucha radical-liberal en contra de la propiedad monopolista del suelo y a favor de una aplicación consecuente de la economía de mercado. Los planteamientos radical-liberales de Oppenheimer tuvieron amplio eco en el mundo académico de Alemania. Así, el igualmente mencionado por Michael Mann Alexander Rüstow, sobre todo en su época de emigración durante el Tercer Reich, transformó la sociología de Oppenheimer en una teoría sobre la historia universal, que sirvió de puntal al liberalismo de la política económica de la posguerra alemana.[22] Rüstow ya no encaja, desde el punto de vista cronológico, en el marco de referencia de la tesis de Mann. Pero tampoco Franz Oppenheimer, el *utópico liberal-antiestatalista de la cooperativa,* representa claramente ninguna tradición militarista.

El existencialismo político de Carl Schmitt

El siguiente nombre importante que figura en la lista de Michael Mann como representante del militarismo alemán es Carl Schmitt. Es evidente que también tenemos dificultad para insertar a este autor en una tradición militarista de la sociología alemana anterior a la Primera Guerra Mundial, pues ni fue sociólogo ni sus escritos habían destacado especialmente antes de la guerra. Carl Schmitt, que fue uno de los teóricos del derecho más representativos de la república de Weimar y del Tercer Reich, pertenece empero al grupo de pensadores políticos más influyentes del antiliberalismo y debe, por tanto, ser abordado desde este punto de vista. Este hincapié en su correcto enmarque temporal afecta al núcleo de su pensamiento, pues sin la experiencia de la Primera Guerra Mundial, y de sus consecuencias —la profunda sacudida que conoció el concepto de Estado en Alemania, la revolución bolchevique y el fascismo italiano, así como las transformaciones que sufrió la política internacional con la creación de la Sociedad de Naciones—, no se puede entender éste en su justa medida. Veamos ahora si la obra de este autor, en absoluto reprimido u olvidado, sino enormemente influyente y

22. Alexander Rüstow, *Ortsbestimmung der Gegenwart*, 3 vols., Zúrich, 1950 y sigs. Sobre él, véase también Haselbach, «Die Staatstheorie von L. Gumplowicz und ihre Weiterentwicklung bei Franz Oppenheimer und Alexander Rüstow», *op. cit.*, págs. 91-95.

casi mitificado, puede servir de prueba para la tesis sobre la contra-tradición militarista.[23]

Para responder a esta pregunta, es esencial echar un vistazo a su trabajo, primeramente dado a conocer en 1927, publicado como libro en 1932 y hasta hoy editado sin cesar, *El concepto de lo político.*[24] Schmitt siente necesidad de definir lo político, y no dejarlo simplemente en las brumas de su relación con el Estado, pues, según él, está tocando a su fin la época en la que el Estado ostentaba el monopolio de lo político y, consiguientemente, lo político podía entenderse sin ningún problema a partir de su relación con lo «estatal». «Tal fue el caso allí donde el Estado o bien (como ocurriera en el siglo XVIII) no reconocía ninguna "sociedad" como contrapartida suya o bien (como ha ocurrido en la Alemania del siglo XIX y de la primera parte del XX) se ha erigido como poder estable y diferenciable por encima de la "sociedad".»[25] Pero al volverse esta equiparación históricamente insostenible, porque «cada vez el Estado y la sociedad se interpenetran más, todos los asuntos hasta ahora de carácter estatal se convierten en sociales y, al revés, todos los asuntos hasta ahora de carácter "sólo" social se convierten en estatales, como corresponde a una comunidad democráticamente organizada»,[26] ya no es posible buscar la especificidad de lo político en su relación con el Estado. Schmitt busca una definición abstracta de lo «político» en una «última diferenciación» que fundamente el quehacer específicamente político y la encuentra en la «distinción entre *amigo* y *enemigo*».[27] Esto no debe significar, como señala Schmitt expresamente para evitar posibles malentendidos, que la política no sea nada más que lucha, sino más bien que el trazar fronteras con relación a los demás, y la eventualidad de una lucha con ellos, inclusive a muerte, es constitutivo de una unidad política. La guerra no necesita «ser experimentada como algo cotidiano, como algo normal, ni siquiera como algo ideal o deseable, sino que debe estar disponible como una posibilidad real, si es que el concepto de enemigo debe tener algún

23. A diferencia de la bibliografía sobre Gumplowicz y Oppenheimer, secundaria y exigua, la bibliografía sobre Schmitt es tan rica en contenido que no puedo pretender ofrecer una panorámica completa. Ejerció un influjo especial en mi planteamiento el antiguo libro de Chiristian Graf von Krockow *Die Entscheidung. Eine Untersuchung über Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger*, 1958, Francfort del Meno, 1990.

24. Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, 1932, Berlín, 1963.

25. *Ibid.*, págs. 23 y sigs.

26. *Ibid.*, pág. 24.

27. *Ibid.*, pág. 26.

sentido».[28] De ahí que no sea lo cotidiano, sino el «caso excepcional»[29] donde se abre a nuestra mirada esta diferenciación, establecedora de lo político, entre amigo y enemigo, diferenciación de la que «la vida de los humanos extrae su tensión específicamente *política*» como una posibilidad extrema.[30]

Con todo, según Schmitt, no es la comunidad específica o la identidad de motivos de sus miembros lo decisivo para la formación de una agrupación humana —por ejemplo, para una comunidad religiosa o nacional, o para la convergencia de determinados intereses económicos—, sino exclusivamente el «grado de intensidad de una asociación o disociación».[31] Independientemente de las fuerzas determinables por la vida de los hombres en la vida cotidiana y por la comprensión de sí mismos, Schmitt despoja a todo esto de «lo político» en tanto en cuanto su mirada se orienta más bien al caso extremo del conflicto mortal, pues, según él, sólo en este caso resulta claro qué estipula en concreto la sustancia de la unidad política y qué es, consiguientemente, la instancia que marca el compás y relativiza todos los demás vínculos. Sólo a esta instancia le atribuye él la verdadera «soberanía», pues, en su opinión, la soberanía no estriba en otra cosa que en esta capacidad de última instancia para decidir en un caso de excepción, e incluso para decidir por encima de éste; en una palabra, para determinar cuándo un Estado puede llamarse realmente de excepción.

El libro de Schmitt es en realidad sumamente antiliberal. Está lleno por prolijas polémicas contra el liberalismo, al que el autor reprocha desconocer, o encubrir, el sentido mismo de lo político. El liberalismo ocultaría lo político al someterlo a la polaridad, típicamente liberal, entre negocio y espíritu, economía y ética, y atemperar la lucha por la competencia económica, por un lado, y por el debate normativo, por otro. En lugar de una clara diferenciación entre guerra y paz, se impone aquí una cosmovisión caracterizada por la «dinámica de la eterna competencia y el eterno debate».[32] Este desconocimiento se convierte en ocultamiento cuando el liberalismo utiliza su arsenal de conceptos desmilitarizados y despolitizados para hacer política con ellos. Según Schmitt, es evidente

28. *Ibid.*, pág. 33.
29. *Ibid.*, pág. 35.
30. *Ibid.*
31. *Ibid.*, pág. 38.
32. *Ibid.*, pág. 71.

que esto ocurrió y ocurre permanentemente. Toda argumentación normativa no es, según él, más que un intento por ejercer el dominio. Esto vale tanto para la política interior como para la exterior. Con relación a Hobbes, califica la *rule of law* dentro de cada Estado de simple frase vacía o como la «soberanía de los humanos [...], que imponen y manipulan las normas jurídicas».[33] Con respecto a la política exterior, interpreta la teoría de la guerra justa en la misma línea, es decir, «como el esfuerzo político por dejar en otras manos la disposición del *jus belli* y buscar normas de justicia sobre cuyo contenido y empleo no decide en cada caso el Estado propiamente, sino cualquier tercero, que es el que determina de esta manera quién es el enemigo».[34]

Al someter Schmitt lo normativo a la pregunta por su sentido político en situaciones de decisión concretas, despoja lo político de toda dimensión normativa inherente. No podría haber, pues, una fundamentación normativa para la disposición de los humanos a matar a otros humanos o a dejarse matar. Pero esta frase no debe entenderse en el sentido pacifista de un límite válido para toda acción antagónica, sino, antes bien, como la eliminación de toda delimitación normativa del «sentido existencial» de la lucha. En ésta, se enfrentan dos formas de existencia enemigas excluyentes, sin que exista un tercer plano superior en el que se pueda argumentar o dirimir el «derecho» a la existencia. «No existe ningún objetivo racional, ninguna norma —por justa que sea—, ningún programa —por ejemplar que sea—, ningún ideal social —por hermoso que sea—, ni ninguna legitimidad o legalidad que pueda justificar que los hombres se maten mutuamente. Si el aniquilamiento físico de la vida humana no emana de la suposición óntica de la propia forma de existencia respecto a una negación, igualmente óntica, de dicha forma, entonces no se puede justificar.»[35] Sólo si se reconoce esta dimensión existencial de la lucha como elemento esencial del pensamiento de Schmitt se estará en condiciones de entender la especificidad de su antiliberalismo (rabioso).

El propio Schmitt es perfectamente consciente de la diferencia que existe entre su planteamiento y otros modos de pensar cuando afirma que la definición que él da de lo político no es «belicista, militarista ni imperialista,

33. *Ibid.*, pág. 66.

34. *Ibid.*, pág. 50. Con esto no pretendo negar la fecundidad sociológica de este planteamiento. Véase al respecto más arriba, el capítulo «El sueño de una modernidad sin violencia», págs. 47-64.

35. *Ibid.*, págs. 49 y sigs.

pero tampoco pacifista».[36] En el prólogo de 1963, se queja, decepcionado, de que Otto Brunner haya entendido su concepción como punto final del desarrollo de una doctrina de la razón de Estado. Como epígono de Max Weber y exponente de la era imperialista, se siente, con razón, mal interpretado.[37] Con respecto a Franz Oppenheimer, tacha de caprichoso y empíricamente poco plausible oponer la sociedad como «esfera de la justicia pacífica» al Estado como «región de inmoralidad violenta».[38] El origen real de la concepción de Schmitt se ve, en cambio, claramente cuando relaciona con la experiencia bélica de la Primera Guerra Mundial su pensamiento básico de que la «asociación» política no convive pluralísticamente con otras asociaciones, sino que las relega bruscamente a un segundo término y las envuelve con un espíritu comunitario nuevamente constituido. Le gusta particularmente citar la siguiente frase de Emil Lederer: «El día de la movilización, la sociedad que existía hasta entonces se transformó en una comunidad»,[39] con lo que, por irónico que pueda parecer, Schmitt no apela a una de las numerosas proclamaciones entusiastas de este sentimiento comunitario de la época de la guerra, sino al único análisis sociológico lúcido de un contemporáneo que había hablado también de la artificialidad y fragilidad definitiva de esta autosugestión.[40]

Por supuesto, se pueden criticar las exageraciones que encierra el concepto de Schmitt de lo político como tal, como hizo de nuevo, por ejemplo, Otto Hintze en su reseña de la *Teoría de la Constitución* de Schmitt, en la que afirma, con cautela, que el concepto de soberanía en Schmitt con respecto a la doctrina dominante está interpretado de otra manera, más concreta, en la medida en la que habla de una voluntad política viva y no de una propiedad abstracta de la violencia estatal. Inversamente, el concepto de Constitución se convertiría en Schmitt, mediante el descabezamiento de todas las consideraciones éticas, en un concepto formalmente jurídico.[41] Pero, por importante que sea semejante crítica, a la hora de es-

36. *Ibid.*, pág. 33.

37. *Ibid.*, pág. 14. Se refiere al libro de Otto Brunner, *Land und Herrschaft, Grundfragen der territoriales Verfassungsgeschichte Österreichs*, (1939), Viena, 1990, pág. 2.

38. Schmitt, *ibid.*, pág. 75 y sig.

39. *Ibid.*, pág. 45, n. 15. Se refiere a Emil Lederer, «Zur Soziologie des Weltkriegs», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, nº 39, 1915, págs. 347-384 y 349.

40. Sobre el texto de Lederer en cuanto excepción, véase el capítulo «Ideologías de la guerra» del presente libro, págs. 83-117.

41. Otto Hintze, «Rezension zu Carl Schmitt, *Verfassungslehre* (München, 1928)», *Historische Zeitschrift*, nº 139, 1929, págs. 562-568.

tudiar a Schmitt como teórico del derecho no basta con formular la pregunta, importante en nuestro contexto, sobre de qué lógica proceden sus sutilezas y exageraciones; ésta sólo se torna comprensible si se reconoce la continuidad entre el pensamiento de Schmitt y las interpretaciones «existenciales» de la guerra de un Georg Simmel o un Max Scheler.

La recepción contemporánea ha constatado esto también y ha calificado el modo de pensar de Schmitt de «existencialismo político».[42] Schmitt polemizó no sólo con el liberalismo, sino también con el romanticismo, dos movimientos que relacionó de manera contraintuitiva y calificó de sendas esferas burguesas de miedo a la decisión en oposición al mundo de lo político (en el sentido que él daba a este término), en el que se suelen tomar duras decisiones existenciales. Es en el patetismo de esta toma de decisiones y de la necesidad de luchar, y lejos de los valores concretos para los que debe servir esta lucha —es decir, en el valor que subyace a los actos de decidir y de luchar como tales frente a los actos de discutir y hacer negocios—, donde se reconoce de qué trata Schmitt en realidad. Ciertamente, la lucha nos viene impuesta por completo y no es veleidosamente promovida, pero debe ser anhelada y, si se torna perentoria, ser saludada con alivio, pues sólo la lucha puede liberar del trance de la indecisión y del constante cavilar, de la falta de un fuerte compromiso con los valores y del escepticismo, y, por tanto, devolver de nuevo al individuo su cohesión interna.

Pero esto es una aporía y no una solución, pues, si bien el individuo experimenta una liberación de la pulsión reflexiva, y la liberación de la constante duda sobre los valores, no desarrolla un compromiso con determinados valores, sino sólo con el medio en el que enmudecen estas dudas: la lucha como tal y la política como lucha. «Así, la política se convierte para él en la idea de su propio contenido perdido. No se trata del contenido esencial de lo político, sino de lo político como prueba de su existencialidad. De ahí que, en vez del fenómeno completo, el individuo capte un fenómeno marginal: la lucha.»[43] La estructura del discurso de

42. En primer lugar, sin duda, Herbert Marcuse, «Der Dampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung», *Zeitschrift für Sozialforschung*, nº 3, 1934, págs. 161-195 y 185. Para esta interpretación, me ha estimulado el artículo de Michael Großheim «Politischer Existenzialismus», Günter Meuter y Henrique Ricardo Otten (comps.), *Der Aufstand gegen die Bürger. Antibürgerliches Denken im 20. Jahrhundert*, Würzburg, 1999, págs. 127-163.

43. Helmut Kuhn, «Rezension zu C. Schmitt *Der Begriff des Politischen*», en *Kant-Studien*, nº 38, 1933, págs. 190-196. La indicación de este texto se la debo a Großheim.

Schmitt se parece mucho a la interpretación eufórica de la guerra que hace Georg Simmel como «situación absoluta», en la que sopesar razonablemente la experiencia afectiva repercute en la experiencia afectiva de la valoración ilimitada del propio derecho a la existencia.[44] Lo que, en una determinada situación histórica, pudo parecerle a Simmel como una revelación del camino que conduce a una modernidad alternativa, se convierte en Schmitt en una posibilidad y una necesidad constantemente presentes: en el «concepto de lo político». Por lo tanto, tampoco se debería considerar su pensamiento en términos de militarismo o belicismo. Sin duda, se pueden trazar ciertas líneas de continuidad entre el hincapié tradicional en los efectos morales positivos de la guerra, su contribución a la preservación de las virtudes viriles y el belicismo existencial de un Scheler, un Simmel y, naturalmente, un Ernst Jünger. Pero, así como éstos no habían elogiado la guerra como simple medio contra el debilitamiento y afeminamiento, sino como una excelente oportunidad para la superación de la intelectualización y la individualización, Schmitt va más allá al transformar el belicismo existencial de la época anterior al Tercer Reich en *un existencialismo político fascistoide.*

Otto Hintze y la sociología histórica

La última figura que tenemos que estudiar es la del gran historiador prusiano Otto Hintze. Mann lo describe (al igual que a Max Weber, por cierto)[45] como un liberal que se dejó inficionar por el espíritu de la susodicha tradición militarista. Pero, como el «liberalismo» de Hintze está menos aún por encima de toda duda que el de Max Weber y como, además, no creemos que una «tradición militarista» pudiera actuar de manera contagiosa, aun cuando ésta no hubiera debido existir, ningún camino conduce tampoco a una revisión más precisa del caso de Hintze. En el

44. Georg Simmel, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*, Múnich, 1917, sobre todo págs. 20 y sigs. Sobre la «situación absoluta» de Simmel, véase lo que expongo en *Die Entstehung der Werte*, Francfort del Meno, 1997, págs. 118 y sigs.

45. En lo que viene a continuación, me centraré en Hintze y prácticamente no entraré a tratar a Weber. Esto se debe, por una parte, a que sobre Weber ya han dicho otros lo más relevante para nuestra cuestión y, por la otra, a que ya se ha hablado de esto en otro lugar del presente libro (véase el capítulo «Ideologías de la guerra», págs. 83-117). Con relación a Weber, es imprescindible el libro de Wolfgang Mommsen, *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920*, Tubinga, 1974 (2ª ed.).

transcurso de la presente investigación, éste ya ha aparecido como crítico de Gumplowicz, Oppenheimer y Carl Schmitt, por lo que no debería sorprendernos que su modo de pensar se diferenciara asimismo del de los autores tratados hasta ahora.

A diferencia de Michael Mann, a ningún sociólogo alemán se le habría ocurrido la idea de que Otto Hintze deba aparecer en un debate acerca de las tradiciones sociológicas. Mientras que, en la sociología anglosajona, su nombre aparece citado constantemente junto al de autores tan importantes como Barrington Moore, Theda Skocpol, Anthony Giddens y, por cierto también, junto al propio Michael Mann, en la sociología alemana, en cambio, este autor apenas si ha ejercido influjo alguno. Sí es importante, desde luego, su influjo en la escuela de las ciencias históricas alemanas, que se autodescriben como «ciencias sociales históricas». De estos autores, concretamente de Jürgen Kocka, provienen los reconocimientos más atinados de Hintze, al que se considera como el «historiador alemán más avanzado metódicamente hablando, por no decir también el más importante, del tardío imperio y de la época de entreguerras».[46] Si bien es verdad que Hintze debe mucho a las tradiciones de la historiografía prusiana, no es menos cierto que, desde el principio, se mostró completamente abierto a las cuestiones relacionadas con la economía y los movimientos sociales y se interesó vivamente por la sociología naciente, un interés que, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, se expresó en sus devaneos múltiples con las teorías sociológicas. Su temática principal fue inicialmente la historia de la administración prusiana. Pero cada vez se interesó más por la historia constitucional y social, por un lado, y por cuestiones relacionadas con la política internacional com-

46. Jürgen Kocka, «Otto Hintze», Hans-Ulrich Wehler (comp.), *Deutsche Historiker*, vol. 3, Gotinga, 1973, págs. 275-298. Se encontrará otras importantes interpretaciones sobre la obra de Hintze en Gerhard Oestreich, «Otto Hintzes Stellung zur Politikwissenschaft und Soziologie», en Otto Hintze, *Soziologie und Geschichte*, *op. cit.*, págs. 7*-67*; Felix Gilbert, «Introduction», *The Historical Essays of Otto Hintze*, Felix Gilbert (comp.), Nueva York, 1975, págs. 3-30; Dietrich Gerhard, «Otto Hintze: His Work and His Significance in Historiography», *Central European History*, nº 23, 1970, págs. 17-48 (reeditado en *Gesammelte Aufsätze*, Gotinga, 1977, págs. 268-295), así como la colección de artículos editados por Otto Büsch y Michael Erbe, *Otto Hintze und die moderne Geschichtswissenschaft*, Berlín, 1983. En el último volumen se puede encontrar también una exposición de la recepción de la sociología por parte de Hintze y de la recepción (o no recepción) de la obra de Hintze por parte de la sociología a través de Winfried Schulze, págs. 134-149.

parada, por otro, de manera que se puede decir que desarrolló las bases de una sociología histórica del Estado «en su dimensión de poder externa y en su función de modernización interna».[47]

Pero ¿cómo es que Hintze acaba en la órbita investigadora de Mann, que aquí nos ocupa? ¿Qué hay en Hintze de «militarista» y qué de «liberal»? Como es sabido, Hintze procede de una tradición historiográfica que hacía particular hincapié en los aspectos de los procesos intraestatales relacionados con la política exterior. Hintze se propone, «tanto respecto de la escuela histórica de la economía nacional como de la escuela jurídica, defender la idea de que no es pertinente interpretar la historia constitucional como un proceso de desarrollo puramente inmanente que no conoce violentos ataques de fuera».[48] En realidad, ya en 1897 había reprochado a Wilhelm Roscher el no tener suficientemente en cuenta «el hecho fundamental, que toda historiografía imparcial debe reconocer, de que la vida interna de cada Estado depende en buena parte de las condiciones de los respectivos Estados, así como de los empellones y apreturas que se producen entre ellos, del crecimiento y caída de los Estados vecinos, y de la mayor o menor presión, por así decir, de la atmósfera política general; en suma, pues, de eso que Ranke denomina la gran circunstancia mundial».[49] Pero este recalcar la política exterior en la tradición de Ranke y Droysen no tiene nada que ver con la concepción naturalista de la violencia ni tampoco con una postura elogiosa del Estado de poder puro y duro. Tampoco es resultado de descubrir un espíritu «militarista» en la segunda mitad del siglo XIX, sino que procede de las experiencias de la era de las guerras napoleónicas. La escuela de Ranke, de la que Hintze toma este tema, está imbuida precisamente por un fuerte idealismo antinaturalista y aplica, por tanto, a la historia conceptos de acción, si bien de una acción llevada a cabo por totalidades supraindividuales. En esto consiste su centrarse en la «historia de acontecimientos políticos bajo el principio del primado de la política exterior».[50] Si bien esta escuela his-

47. Kocka, «Otto Hintze», *op. cit.*, pág. 41.

48. Este pasaje procede de la disputa con Oppenheimer, *op. cit.*, pág. 285.

49. Otto Hintze, «Roschers politische Entwicklungstheorie», *op. cit.*, págs. 3-45, aquí págs. 19 y sigs.

50. Véase, en este sentido, la concisa caracterización del historicismo alemán en el libro de Herbert Schnädelbach, *Philosophie in Deutschland 1831-1933*, Francfort del Meno, 1983, págs. 51 y sigs., aquí pág. 65. Sobre esta tradición en su conjunto, véase Georg G. Iggers, *Deutsche Geschichtswissenschaft. Eine Kritik der traditionellen Geschichtsauffassung von Herder bis zur Gegenwart*, Múnich, 1971. Las interpretaciones de Iggers

toriográfica es profundamente consciente del hecho «de que el Estado descansa en el principio del poder y de que su origen está estrechamente relacionado con la guerra y con una concepción defensiva»,[51] esto debe entenderse sólo como la corrección de una concepción que tiene al Estado por una pura circunstancia jurídica y no como la unilateralidad invertida. De todos modos, es normal que la relación precisa entre poder y derecho, o entre historicismo y universalismo, quede algo confusa. Algunos exponentes aislados de esta tradición se complacieron, sobre todo en la exaltada época fundacional del Reich, en el *pathos* de la fría *realpolitik* y asociaron las frases socialdarwinistas más populares de la lucha por la existencia a una leyenda histórica prusiana. Esto vale particularmente para Heinrich von Treitschke, muy citado en las arremetidas de la propaganda bélica occidental contra el espíritu alemán. Sin embargo, Treitschke nunca había sido un representante de la ciencia histórica alemana. Un historiador como Otto Hintze no se puede entender, como pretende Michael Mann, como un liberal que aceptó con reticencia el espíritu militarista dominante. Antes bien, es un representante cabal de una tradición que se defiende contra la actitud parcial emergente. Negar el papel del derecho en la vida estatal interna, y concebir ésta solamente en función del poder o incluso de la violencia, le parece a él una barbaridad; allí donde esto ocurre —como en Oswald Spengler, a quien Mann no menciona, por cierto—, se desemboca, según Hintze, en el programa de los nacionalsocialistas.[52] También en política exterior, según Hintze, se debe tener en cuenta el derecho y la opinión pública, al menos de manera estratégica. El Estado no se puede entender si el poder o el derecho se convierten, unilateral y simplificadoramente, en su esencia.

También con respecto al debatidísimo primado de la política exterior, la postura de Hintze se diferencia bastante de la de los demás. Ni en el plano práctico ni en el teórico, atribuye a dicho primado un valor absoluto. A él le interesa sobre todo la interacción entre política exterior y política interior, de cuyo carácter preciso no habría una fórmula permanentemente válida, de manera que todo depende de «las relaciones indi-

---

son, con todo, en mi opinión, demasiado deudoras de la tesis de la vía especial. Véase también al respecto Gerhard, «Otto Hintze: His Work and His Significance in Historiography», *op. cit.*, pág. 291, nº 34.

51. Otto Hintze, «Rezension zu Oswald Spengler, *Der Staat u.a.*», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, nº 79, 1925, págs. 541-547, aquí pág. 546.

52. *Ibid.*, pág. 541.

viduales y del tacto que se tenga para comprenderlas y asociarlas».[53] Ciertamente, en las dos direcciones de esta interacción, Hintze se interesa más en su obra por la dependencia de la política interior respecto de las condiciones geopolíticas y de las constelaciones de la política exterior que por la constitución del sistema de los poderes como tal o por los determinantes en política interior de la presión por la extensión del poder estatal. A este respecto, su estudio estuvo marcado por su temática preferida: la era del absolutismo. Con respecto a ésta, dicho punto de vista se puede justificar con buenos motivos empíricos. Pero aun cuando Hintze hubiera estado condicionado por dicha preferencia a emitir juicios históricos indebidos sobre otras épocas, ello no constituiría una prueba válida de una orientación «militarista» por su parte.

¿Hasta qué punto fue Hintze un pensador liberal? Ciertamente, sólo en el sentido del nacional liberalismo alemán, es decir, como ha señalado Kocka, haciendo mayor hincapié en lo nacional que en lo liberal. Sin duda, para Hintze fueron valores importantes el derecho a la libertad y la seguridad jurídica individuales; pero él nunca defendió la parlamentarización en Alemania, pues, por motivos de política exterior, le parecía irresponsable, por no decir incluso imposible, «que la Alemania continental, por muchas partes amenazada, y constreñida a un ejército de tierra, a la contundencia en el combate y a una jefatura rígida, se pudiera permitir la parlamentarización».[54] La Primera Guerra Mundial zarandeó la confianza, contenida en esta afirmación, en la superior capacidad de acción, en el plano de la política exterior, de la monarquía constitucional, así como la idea de que Alemania podía defender con respecto a la democracia un tipo de modernidad propio, distinto de Occidente. A partir de entonces, Hintze se interesó más vivamente por los determinantes de la democratización y por la historia de las Constituciones representativas. Pero hay que decir que tampoco entonces le pareció la democracia un valor en sí.

La creciente sensibilidad de Hintze hacia los rasgos específicos de la democracia lo lleva a una oposición bastante reveladora con Max Weber, a quien Michael Mann, al igual, por cierto, que a Hintze, ya lo había tildado de liberal influido por el militarismo. En su artículo sobre la socio-

53. Hintze, *Soziologie und Geschichte*, *op. cit.*, pág. 286.

54. Jürgen Kocka, «Otto Hintze, Max Weber und das Problem der Bürokratie», Büsch y Erbe (comps.), *Otto Hintze und die moderne Geschichtswissenschaft*, *op. cit.*, pág. 150-188.

logía de Weber, Hintze censuraba a este autor el no haber tratado adecuadamente el tema de la democracia moderna.[55] Sin duda, en su obra se podían encontrar importantes pasajes sobre la democracia en la Antigüedad y la Edad Media, y las referidas lagunas se podían imputar al carácter fragmentario de su obra. Sin embargo, Hintze atisba un motivo más profundo en el hecho de que toda la sociología del Estado de Weber emane de su sociología del poder y sea aplicada por tanto de manera unilateral. Hintze utiliza aquí la distinción entre lo «gubernamental» y lo «cooperativo» que se remonta a Otto von Gierke y que ya hemos encontrado antes al hablar de Oppenheimer. Para Weber, es «sumamente característico que el momento del liderazgo y el gobierno públicos, en un sentido más amplio, el momento señorial, esté muy acentuado, y que la solidaridad cooperativa esté muy poco acentuada».[56] La democracia aparece por tanto como la democracia del líder y la doctrina de la forma estatal pasa a un segundo término, por detrás del análisis de la burocracia como el «engranaje» que caracteriza al Estado como empresa, ya sea en sentido democrático o no.

En esta mayor apertura respecto a la democracia moderna, podemos percibir cierta superioridad teórica de Hintze con respecto a Weber. Algo parecido se puede decir de su mayor capacidad para reconocer tendencias de cambio concretas en el seno de la burocracia, y no, como hace Weber, explicar la burocracia específica de su tiempo y de su país en función de tendencias históricas y generales de la burocratización.[57] También con respecto a la formación del capitalismo moderno, podemos conceder a Hintze algo de ventaja sobre Weber en la medida en que, en sus planteamientos históricos, consideró de manera más consecuente la dimensión militar. Pero la relación de estos puntos fuertes de Hitze, que no me parecen estar agotados aún en absoluto para la teoría sociológica actual, con su concepción política es, al igual que ocurre con Weber, mucho más complicada de lo que afirma la tesis de Mann. Lo decisivo no es que haya más o menos liberalismo, o una proximidad mayor o menor con respecto al «militarismo». Al comparar Jürgen Kocka las teorías sobre la burocracia de Hintze y de Weber, en ambos ha distinguido y constatado,

55. Otto Hintze, «Max Webers Soziologie», 1926, *Soziologie und Geschichte. Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964 (2ª ed.), pág. 135-147.

56. *Ibid.*, pág. 142.

57. Kocka, «Otto Hintze, Max Weber und das Problem der Bürokratie», *op. cit.*, sobre todo pág. 177.

entre las representaciones de los objetivos políticos y los puntos de vista analíticos, que, en el aspecto político, Hintze es responsable, en una medida mucho mayor que Weber, de una política imperialista alemana, pero que, en el plano analítico, Weber se mostró más predispuesto que Hintze a abordar los determinantes económicos, sociales e intrapolíticos de la época del imperialismo. Weber «fue, en cierta medida, el más moderno, políticamente en su nacionalismo y analíticamente con su insistencia en el papel jugado por los fenómenos de masas en la política contemporánea, la cual trató de explicar con su categoría del poder carismático y con su análisis del partido de masas moderno».[58] La manera como Weber asoció el liberalismo y el imperialismo no tiene paralelismo en Hintze. Éste permaneció políticamente anclado en la era de la política exterior clásica, dentro del sistema de potencias europeo. Pero su obra científica es, junto con la de Weber, el fruto más maduro *de una transformación del historicismo alemán en una sociología histórica.* A este fruto podemos referirnos hoy de manera productiva y considerarlo como el único de las direcciones propuestas.

Conclusión

Llegados al final de nuestro estudio de la tesis de Michael Mann sobre la existencia de una tradición militarista reprimida en la sociología, vemos que ha sido necesario adentrarnos en varios discursos que actualmente resultan bastante extraños. Muchos lectores pueden preguntarse si ha valido realmente la pena tanto esfuerzo para impugnar una tesis científica sólo expuesta de pasada por sus autores y cuya importancia sistemática para la sociología histórica es poco segura. Pero aquí no se trataba de hacer una montaña de un granito de arena ni de entretenernos poniendo pegas a la admirable obra de Michael Mann. Antes bien, la tesis de este autor nos ha servido de ocasión para contextualizar unas corrientes de pensamiento que pudieran servir de punto de partida para una sociología que no propenda al olvido de la guerra y la violencia. Semejante contextualización puede ser útil más allá de esta ocasión inmediata. Sin duda, Michael Mann lleva razón al afirmar que, a resultas de su canonización entre los clásicos de la sociología, la obra de Max Weber —durante mucho tiempo— y, podríamos añadir también, la de Georg

58. *Ibid.*, pág. 167.

Simmel han sido abordadas hasta hoy de manera bastante fragmentaria. En tal sentido, la tesis de Mann representa un intento de contextualización justificado, si bien poco esmerado.

La conclusión que podemos sacar de este repaso no deja lugar a dudas. Somos distintas manifestaciones de un belicismo que viene de antiguo y que se las ve con el darwinismo social en sus distintas formas, con el utilitarismo colectivo basado en las ciencias naturales de Ludwig Gumplowicz, con el utopismo cooperativista radical-liberal y antiestatista de un Franz Oppenheimer, con el existencialismo político de Carl Schmitt, continuación del belicismo existencial de Georg Simmel, y con los intentos por parte de Otto Hintze y Max Weber por transformar el historicismo alemán en sociología histórica. La heterogeneidad de estas distintas maneras de pensar, tanto respecto a su comprensión de la guerra y la violencia como a su relación con el liberalismo, es demasiado grande para poder subsumirse bajo una tradición no «militarista» o antiliberal. Asimismo, la enorme repercusión crítica en los intentos de exaltación del poder y la violencia en la ciencia alemana muestra a su vez que la suposición de una comunión de elementos dispares no tiene validez. Lo que Mann nos presenta no conforma una tradición, sino sólo una categoría residual. Habría tenido que acometer una investigación ulterior para dar cuenta también de las corrientes de pensamiento que caen igualmente en otros contextos nacionales bajo esta categoría residual. En cualquier caso, hacer de estos elementos heterogéneos una «tradición» propia, y considerarla específicamente alemana, es algo que no se puede sostener. En lo que nos expone Mann no vemos ninguna vía especial alemana en el ámbito de las ciencias sociológico-históricas.[59]

59. Esta afirmación no impide, naturalmente, que reconozcamos, y estudiemos, los rasgos específicos de Alemania, como, por ejemplo, en la ideologización de la Primera Guerra Mundial.

Capítulo 9

LA SOCIOLOGÍA DESPUÉS DE AUSCHWITZ

La obra de Zygmunt Bauman y la conciencia alemana[1]

Es para mí un gran honor y una gran satisfacción poder hablar sobre la recepción de la obra del profesor Zygmunt Bauman en Alemania. Existen razones obvias para que los alemanes nos interesemos particularmente por los escritos de este eminente colega, y me alegra poder constatar que este interés es real y está enormemente extendido. Si bien las primeras publicaciones de Zygmunt Bauman, hasta aproximadamente el año 1989, no pasaron de ser más o menos asunto reservado para los especialistas en teoría sociológica, su libro *Modernidad y holocausto*[2] entró a formar parte de lleno en el debate general de la cultura alemana. Desde entonces, no han dejado de traducirse al alemán los principales libros de este autor tan fecundo. Las recensiones de sus obras ya no aparecen sólo en publicaciones de índole científica, sino también en revistas y diarios de gran tirada; asimismo, las entrevistas que concede el profesor Bauman animan los debates de muchos círculos intelectuales. Zygmunt Bauman se ha convertido en uno de los principales puntos de referencia de la revitalización de la teoría social y de la nueva toma de conciencia que han tenido lugar tras los acontecimientos de 1989. A continuación, voy a intentar analizar detenidamente los procesos de la recepción y el estudio de su obra, y los relacionaré —aunque sea de mane-

1. En este capítulo se ofrece la traducción de la versión en alemán de la conferencia que pronuncié en la Universidad de Leeds el 22 de marzo de 1996 en honor de Zygmunt Bauman. Fue publicada por primera vez en *Mittelweg*, nº 36, 1996, cuaderno 5, págs. 18-28. Agradezco a Wolfgang Engler, Thomas Neumann y Frank Sieren sus útiles consejos. Para el título, me he basado en la formulación empleada por Harald Welzer en su artículo «“Verweilen beim Grauen”. Bücher über den Holocaust», *Merkür*, nº 48, 1994, págs. 67-72, aquí pág. 67. Mi texto original en inglés apareció publicado en *Theory, Culture, and Society*, nº 15, 1998, págs. 47-55. En ese mismo número apareció también publicado un estudio sobre la recepción de la obra de Bauman en Alemania: Ian Varcoe, «Identity and the Limits of Comparison», *ibid.*, págs. 57-72.

2. Así rezaba el título original del libro en inglés, publicado en 1989. El de la edición alemana es: *Dialektik der Ordnung. Die Moderne und der Holocaust*, Hamburgo, 1992.

ra muy aproximativa— con mis propios trabajos, esperando así poder entablar un diálogo fructífero con este sabio, al que todos admiramos sin reservas.

Como todos ustedes saben, el libro de Zygmunt Bauman sobre el Holocausto representa uno de los pocos intentos serios por interpretar este hecho atroz de la nueva historia desde un punto de vista verdaderamente sociológico. Y digo verdaderamente sociológico en cuanto que no reduce de una manera psicologizante el exterminio de pueblos y gentes burocráticamente organizado a las predisposiciones anímicas de los autores ni responsabiliza principalmente de las atrocidades a supuestas particularidades históricas de Alemania. Asimismo, el libro de Bauman se diferencia de las hipótesis más o menos implícitas de la corriente teórica principal de la sociología en cuanto que rechaza cualquier interpretación del Holocausto como desviación de un presunto devenir progresivo de la modernización. Si seguimos a Bauman, el Holocausto no debe considerarse como un suceso específico en la historia de las relaciones germano-judías ni como un trastorno—o alejamiento— pasajero de la modernidad. Antes al contrario, sólo podremos entenderlo debidamente si tenemos en cuenta su profundo carácter moderno, y sólo podremos obtener una comprensión adecuada de la modernidad si la desarrollamos a partir de nuestra comprensión del Holocausto. El libro de Bauman podría, por tanto, describirse como uno de los textos más decisivos con que contamos hoy para abordar una *sociología después de Auschwitz.*

Para entender mejor las intensas reacciones emocionales que suscitó en Alemania la manera de pensar de Bauman, conviene tener presente la interpretación al uso acerca de los orígenes del nazismo en Alemania; es decir, la denominada tesis sobre la «vía especial» alemana o, con otras palabras, la pretensión de que la historia alemana tomó un rumbo especial a partir de un momento determinado y, con ello, se apartó de la senda modernizadora «normal» de Occidente. Semejante hipótesis conoció una gran difusión en Alemania a finales del siglo XIX y principios del XX, si bien a la sazón con connotaciones positivas: «La gente se sentía orgullosa de su gobierno fuerte, por encima de los partidos, así como de su conspicuo y eficiente funcionariado y de la larga tradición de reformas auspiciadas desde arriba, todo lo cual daba argumentos a favor de una vía especial alemana respecto de los principios occidentales que habían inspirado la revolución, el *laissez-faire* y el régimen de partidos. La cultura alemana parecía superior a la civilización occidental: se basaba en una

ideología que había alcanzado su punto culminante en las "ideas de 1914"».[3] Si bien esta interpretación desapareció, en líneas generales, después de 1918, surgió de nuevo después de 1945, aunque ahora con una valoración inversa. Si no me equivoco, esta versión de la tesis de la vía especial se remonta a los escritos sobre Alemania de Thorstein Veblen publicados durante la Primera Guerra Mundial y llegó a Alemania a través de los trabajos de Talcott Parsons y Ralf Dahrendorf. Según esta tesis, Alemania es una «nación retrasada» (Helmuth Plessner), con un Estado fuerte y avanzado en el aspecto de la industrialización pero retrasado en el aspecto de una cultura política democrática. Esta tesis ejerció un fuerte influjo en la mayoría de los historiadores de izquierdas y liberales alemanes. La tesis de la vía especial alemana se convirtió en uno de los presupuestos básicos de todos los intelectuales alemanes para los que la occidentalización de Alemania occidental después de 1945 había representado la ruptura definitiva con una tradición perniciosa que venía de muy lejos. Cualquiera que manifestara la menor duda sobre esta interpretación de la historia alemana era tachado enseguida de conservador, nacionalista o reaccionario.

En Zygmunt Bauman, por el contrario, no sólo no se secunda la tesis de la vía especial, sino que además ésta aparece directamente impugnada. Preguntado al respecto en el transcurso de una entrevista,[4] Bauman dijo reconocer a la tradición prusiana de una eficiente organización burocrática un papel en verdad importante, si bien dejó enseguida perfectamente claro que con ello no se debía entender un déficit de modernidad, sino antes bien un papel destacado en la tendencia moderna general hacia la burocratización. Durante la década de 1980, las dudas sobre la validez de la tesis de la vía especial no dejaron de aumentar; unas dudas que, por cierto, procedían de todos los bandos —y en absoluto sólo del campo conservador—. ¿Era la sociedad civil alemana particularmente débil en el plano político en comparación con las sociedades occidentales más importantes, o era esto producto de una visión de las sociedades occidentales más idealizadora que crítica? ¿Estuvieron apoyados los nazis sólo por las residuales clases preindustriales, o tenemos que considerar el movimiento nazi como una fuerza innovadora y modernizadora? Es posible

3. Jürgen Kocka, «Deutsche Geschichte vor Hitler. Zur Discusión über den "deutschen Sonderweg"», *Geschichte und Aufklärung*, Gotinga, 1989, págs. 101-113, aquí pág. 102.

4. Helga Hirsch, «Der Holocaust ist nicht einmalig. Gespräch mit dem polnischen Soziologen Zygmunt Bauman», *Die Zeit*, 23 de abril de 1993, pág. 68.

que tengamos que distinguir entre varios procesos de modernización parciales, bien diferenciados entre sí —como la burocratización, la secularización, la democratización y la industrialización capitalista—, y renunciar, por tanto, a la hipótesis de su interrelación perentoria.[5] Es éste un punto sobre el que no puedo detenerme aquí, como me gustaría; pero su simple mención debería darnos ya una idea de lo movedizo que es el terreno en que nos movemos.

El debate que nos ocupa alcanzó su punto álgido con la famosa disputa de los historiadores, que tuvo lugar en el año 1986; me estoy refiriendo a los vehementes ataques que lanzó en tal ocasión Jürgen Habermas contra Ernst Nolte por su peculiar interpretación de la relación entre nazismo y bolchevismo.[6] Habermas atacó la postura de Nolte con toda la elocuencia y toda la intensidad moral de que fue capaz; pero no sólo arremetió contra las afirmaciones concretas de Nolte, sino que además las tomó como síntoma de un supuesto resurgir de ideologías que pretendían negar el carácter absolutamente asesino del régimen nazi y las verdaderas causas de su éxito. Tampoco puedo detenerme aquí sobre las principales líneas de argumentación de esta controversia, que se dirimió de una manera extremadamente agresiva, y en la que, por cierto, la sociología no desempeñó un papel destacado; pero espero que con esta alusión tal vez se entienda un poco mejor la gran repercusión que tuvo en Alemania el hecho de que un sociólogo judío procedente de Polonia, o de Gran Bretaña, defendiera la tesis de que el Holocausto no era algo absolutamente inconmensurable y que tampoco debía achacarse a las particularidades de la historia alemana. Semejante voz sólo podía ser silenciada si no se la quería tomar en serio, pues, en tal caso, no servía de nada achacar estas ideas a posturas ideológicas ni absolver al pueblo alemán de su culpa y responsabilidad.

La reacción que suscitó el libro de Zygmunt Bauman se pareció bastante, a este respecto, a la suscitada en su momento por el libro de Hannah Arendt sobre Adolf Eichmann, un libro con el que, por cierto, tiene en común más de un parecido.[7] No obstante, mucho más interesante que

5. Randall Collins, «German-Bashing and the Theory of Democratic Modernization», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 24, 1995, págs. 3-21.

6. *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Múnich, 1987; Charles S. Maier, *Die Gegenwart der Vergangenheitt. Geschichte und die nationale Identität der Deutschen*, Francfort del Meno, 1992.

7. Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem. Ein Bericht von der Banalität des Bösen*, Múnich, 1964.

estos parecidos, que son sin duda evidentes, me parece el hecho de que toda la segunda parte del libro de Arendt sobre el totalitarismo pasara completamente inadvertida no sólo entre el mundo cultural alemán, sino también a nivel internacional.[8] Casi todas las referencias a este libro —algo que he comprobado personalmente— apuntan a los pasajes donde se habla de comunismo y de antisemitismo, mientras que reina casi el más completo silencio sobre su afirmación de que el «racismo» y el dominio burocrático sobre los demás pueblos están estrechamente relacionados con la historia del colonialismo y el imperialismo modernos. Al igual que hace Bauman hoy, Arendt habló entonces de rasgos esenciales del régimen nazi a partir de la historia de la modernidad, y no de una supuesta «vía especial» alemana o, como suelen hacer los marxistas, del carácter del capitalismo propiamente dicho. Pero, mientras que la postura de Arendt tardó varias décadas en ser asimilada, el libro de Zygmunt Bauman ha despertado un vivo interés entre la mayoría de los intelectuales alemanes, sobre todo entre los más jóvenes. Todos ellos han aplaudido sin ambages el brío de su argumentación en general, si bien han criticado algunos elementos aislados. La crítica que se hace más frecuentemente es la de que Bauman no analiza los procesos de decisión que condujeron a la denominada solución final, y que no estudia hasta sus últimas consecuencias el proceso de radicalización progresiva que llevó al régimen nazi a adoptar la «Solución Final». Otra objeción en la misma línea es la de que no es la burocracia como tal la que genera la indiferencia moral, sino la erosión de los anclajes de las burocracias modernas. Estos puntos críticos se pueden relativizar sin duda si recordamos que el propósito de Bauman no era tanto investigar la historia y los orígenes exactos del Holocausto como los objetivos que la plana mayor nazi se había propuesto con estos asesinatos. Personalmente, me parece problemático exagerar el carácter burocrático de este etnocidio. No debemos olvidar —y la historiografía más reciente sobre la Segunda Guerra Mundial está ahí para recordarlo—[9] el papel importante que desempeñaron las fuerzas regulares del ejército alemán en la persecución y el asesinato de los judíos, y de otras gentes, como tampoco hay que olvidar el papel que desempeñó la violencia espontánea y personal en la vida cotidiana de los campos de concen-

8. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, Múnich, 1986.

9. Escribí este texto *antes de* la publicación del libro de Daniel Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*. No es éste el lugar para entrar a fondo en la tesis de este libro y en sus grandes diferencias con respecto a la obra de Zygmunt Bauman.

tración. Wolfgang Sofsky,[10] en su extraordinario libro sobre los campos de concentración, habla a este respecto de una «violencia absoluta». Cualquier planteamiento general del Holocausto tendrá que tener en cuenta estos distintos aspectos al mismo tiempo.

El libro de Bauman sobre el Holocausto presenta unas conclusiones que hacen necesaria una nueva y radical valoración de nuestra época. Bauman acomete este objetivo con su elaboración de una «sociología de la posmodernidad». No cabe duda de que su contribución es una de las más convincentes en el seno de este debate tan difuso —así como una de las pocas contribuciones verdaderamente sociológicas—, mientras que otros autores, como Lyotard o Foucault, se nos antojan muy flojos en el aspecto sociológico, e incluso da la impresión de que impugnaran la importancia de los análisis sociológicos. También esta parte de la obra de Bauman ha venido a colmar una importante laguna en el debate alemán. No se trata sólo del deseo de comprender mejor la «posmodernidad», pues este deseo no tiene en sí nada de específicamente alemán, sino de la necesidad de dar cuenta de la situación de Alemania después de la reunificación, una situación en la que el comunismo debe ser interpretado a la luz de su derrumbamiento —y de las consecuencias que éste ha acarreado—, y en la que la violencia contra los inmigrantes y la guerra en los Balcanes han venido a cortar por lo sano la esperanza de un futuro más pacífico.

De nuevo, me gustaría comentar algo sobre el trasfondo intelectual que se descubre en la recepción de los escritos de Bauman en Alemania. Hay dos planteamientos teóricos que pueden servir para comprender mejor el alcance de sus trabajos. El primero procede de la *Dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno, y el otro de la teoría del proceso civilizador de Norbert Elias. Los progenitores de estos planeamientos, todos ellos alemanes, tuvieron que pasar buena parte de su vida en el extranjero, y su influjo intelectual no se limita en absoluto a Alemania. Con respecto a la *Dialéctica de la Ilustración,* los parecidos saltan a la vista, y el propio Bauman los ha reconocido; en muchas recensiones, empero, también se da cuenta de algunas diferencias. Mientras que Horkheimer y Adorno suponen en su libro una especie de crecimiento lineal del dominio de la razón instrumental, que manifiesta plenamente su carácter en su punto culminante, el planteamiento de Bauman es más abierto por lo que respecta a las contradicciones internas de semejante proceso, al tiempo

10. Wolfgang Sofsky, *Die Ordnung des Terrors. Das Konzentrationslager*, Francfort del Meno, 1993.

que es menos lineal y se muestra más dispuesto a admitir la idea de una alternativa al crecimiento ulterior del dominio de la razón instrumental. En Norbert Elias, por su parte, exponente del segundo de los planteamientos referidos, la situación se complica en la medida en que su teoría e interpretaciones son equívocas justo en el aspecto que aquí más nos interesa. Mientras que su obra temprana y clásica sobre el proceso civilizador supone un proceso lineal de la monopolización de la violencia y del aumento del control afectivo en las estructuras de la personalidad, sus escritos posteriores revelan una interpretación completamente diferente, más en la dirección de una reflexividad del proceso civilizador y de una sustitución de la pulsión personal interna por la responsabilidad y reflexividad personales.[11] Tal vez para completar nuestra alusión a Horkheimer/Adorno y a Elias, convendría destacar también la incidencia del libro de Ulrich Beck *La sociedad del riesgo** en los debates sociológicos alemanes de la última década, donde se advierte cierto paralelismo concurrente con las interpretaciones de la obra de Elias. A pesar de la luz algo sombría que el autor de *La sociedad del riesgo* arroja sobre las grandes tecnologías modernas, se nos antoja un pensador bastante optimista en el fondo, con la vista siempre puesta en la luz que resplandece al final del túnel, es decir, con la vista puesta en el redescubrimiento de los potenciales democráticos y de una nueva comprensión de la política bajo el signo de estos riesgos tan enormes.

No es nada fácil situar la posición exacta de Bauman en este orden de ideas. ¿Es un pensador más optimista que pesimista? Cuando leemos sus trabajos sobre la posmodernidad, podríamos sentirnos tentados a considerarlo como un autor optimista. Pero cuando estudiamos sus análisis sobre la modernidad, nos asusta ver lo mucho que éstos se parecen a una historia del terror. Aquí se esconde claramente un problema, que también se puede ver en superficie cuando Zygmunt Bauman —por ejemplo, en su conferencia pronunciada con motivo de un simposio alemán sobre «modernidad y barbarie»— reduce el proceso civilizador a una simple redistribución de la violencia y no puede reconocer en él una (posible) negación de la violencia.[12] La violencia legítima, según afirma expresa-

11. Wolfgang Engler, *Die ungewollte Moderne. Ost-West-Passagen*, Francfort del Meno, 1995, págs. 113-143.

* Barcelona, Paidós, 1998.

12. Zygmunt Bauman, «Gewalt – modern und postmodern», Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 3-67, aquí pág. 39.

mente, es también violencia, y, en cuanto reconociéramos esto, perderíamos cualquier ilusión sobre una posible desaparición de la violencia. Pero en esto yo no lo puedo seguir. En primer lugar, porque semejante afirmación nunca se podrá falsear en el plano empírico. Si aceptamos esa afirmación, estamos excluyendo la posibilidad de una cultura pacífica *a priori* —y no mediante una verificación empírica—. En segundo lugar, semejante manera de pensar, en cuanto que rehúye cualquier debate a fondo sobre cuestiones de legitimidad, abre un amplio espacio al decisionismo filosófico y político. Si la violencia legítima es también una violencia que sólo se encubre con ideologías de legitimación subjetivamente creíbles, entonces se está volviendo la espalda a todo un ámbito discursivo sobre las cuestiones acerca de la legitimación.[13]

Yo mismo, en varios trabajos publicados durante estos últimos años, he intentado abordar el tema de la modernidad a la luz de las grandes guerras del siglo que termina. Podemos suponer, con buenos motivos, que no fue el Holocausto, sino la Primera Guerra Mundial, la que asestó el primer —y decisivo— golpe a todas las concepciones optimistas y lineales acerca del progreso.[14] El período que media entre las guerras mundiales no estuvo dominado precisamente por planteamientos optimistas acerca de la modernización, si por ellos entendemos visiones del progreso de carácter liberal-democrático. Sin duda, tanto el bolchevismo como el fascismo articularon e impusieron una visión precisa del progreso y del activismo, pero precisamente por y tras haber negado rasgos esenciales de la filosofía de la historia liberal y democrática. Si queremos ofrecer un cuadro mínimamente preciso, es menester volver a citar el sueño ilustrado de una modernidad sin violencia; el papel de la modernización defensiva en los desarrollos sociales como, por ejemplo, en Prusia después de 1806; el papel decisivo de la guerra en la victoria de la revolución bolchevique; el surgimiento del fascismo a partir del espíritu guerrero; y el papel de la guerra, incluida la guerra civil, en la emergencia de la modernidad y su influjo en la esencia de la modernidad.[15] De esta serie de pensamientos extraigo tres conclusiones principales para el tema que nos ocupa. En primer lugar, a veces me pregunto si Zygmunt Bauman no habría debido elaborar, algo más de lo que lo hizo en su libro magistral sobre el

13. Gertrud Nunner-Winkler, «Gewalt – ein Spezifikum der Moderne?», Miller y Soeffner (comp.), *Modernität und Barbarei*, *op. cit.*, págs. 81-95.

14. Véase el capítulo de este libro «Ideologías de la guerra», págs. 83-117.

15. Véase en este libro el capítulo «La modernidad de la guerra», págs. 65-82.

Holocausto, el hecho de que éste tuvo lugar precisamente *en la guerra.* ¿Cómo interpreta Bauman la relación causal entre las estrategias militares y el genocidio, así como la relación entre ambas causas? En segundo lugar, este relato trastoca *todas* las suposiciones de linealidad, ya sean éstas planteadas de manera optimista ya pesimista, y no sólo respecto a la modernización de las sociedades, sino también respecto a la modernización de la guerra propiamente dicha. Para concretar esto un poco más, me gustaría señalar que, hoy, se ha vuelto imprescindible el razonamiento de que la posibilidad de una guerra nuclear no fue una calle de dirección única, y de que, junto a esta forma de guerra amenazadora, hay —y habrá— otras guerras convencionales, y otras guerras civiles, en las que la violencia espontánea desempeña —y desempeñará— un papel muy importante.

La tercera conclusión es tal vez la que más se extiende en el tiempo. En efecto, si consideramos la interrelación entre la denominada revolución militar del siglo XVI y el proceso de formación de los Estados modernos, no podemos por menos de relativizar la importancia de la modernización del Estado dentro del proceso de modernización general. Así, por ejemplo, cabe preguntarse si Inglaterra, que a menudo es considerada como un país prototipo de la modernización, experimentó semejante proceso en lo relativo al Estado o si no se le ahorró, a causa de sus ventajosas condiciones económicas y geográficas,[16] la presión inherente a tener que desarrollar un aparato estatal poderoso. ¿No podría ser que hubiera distintas clases de modernización? Por ejemplo, unas clases de modernización poco centradas en el Estado, y otras en las que determinados principios alternativos, como la autogestión de los ciudadanos, ejercieran un influjo importante en todos los respectivos planos del Estado. Limitándonos al caso que mejor conozco, ¿no podría describirse la historia de las colonias norteamericanas, y de los Estados Unidos de América en general, con la genial metáfora de Bauman del *gardening state?* ¿Se puede entender la importancia intelectual de la filosofía pragmática, y de la Escuela de Chicago de Estudios Sociológicos a ella adscrita, con los conceptos de la «razón instrumental?[17] A la hora de

16. Otto Hintze, «Staatsverfassung und Heeresverfassung», 1906, *Staat und Verfassung. Gesammelte Abhandlungen*, Gotinga, 1970, págs. 52-83; Brian Downing, «Constitutionalism, warfare and political change in early modern Europe», *Theory and Society*, nº 17, 1988, págs. 7-56.

17. Véase Hans Joas, *Pragmatismus und Gesellschaftstheorie*, Francfort del Meno, 1992, 1999 (2ª ed.).

responder a estas preguntas, Zygmunt Bauman se nos muestra, de manera sorprendente, como un pensador de la Europa continental. A este respecto, algunos estudiosos alemanes critican también a Bauman por no haber prestado suficiente atención a las alternativas democráticas *dentro de* la modernidad, es decir, *antes de* la posmodernidad. Le reprochan, por ejemplo, cierta parcialidad en su análisis de la emancipación y asimilación judía en Alemania,[18] y echan de menos cierto interés por las tendencias románticas contrarias a la Ilustración, tal y como se pueden encontrar en diversas escuelas de pensamiento que se mueven entre la filosofía vitalista y el pragmatismo, o en muchas variedades de subculturas y contraculturas. La herencia de la filosofía social americana o, lo que tal vez sea aún más sorprendente, de un autor como Martin Buber, que hoy inspira la búsqueda de senderos modernizadores alternativos por parte de un Shmuel Eisenstadt, o los esfuerzos de Etzioni por revitalizar el movimiento comunitarista, toda esta serie de planteamientos teóricos brillan por su ausencia en la obra de Bauman de manera espectacular.

Lo cual me lleva al último punto que quiero tratar: Zygmunt Bauman y el debate sobre la posmodernidad. Un crítico alemán ha observado atinadamente que hay que agradecer en gran medida a la obra de Bauman el que este debate, que amenazó con volverse insustancial, haya recuperado seriedad, profundidad moral y proyección existencial.[19] Yo suscribo totalmente esta apreciación, si bien creo que Bauman hace demasiadas concesiones al discurso posmoderno de un poder ejercido mediante conceptos claros. Esta idea, que, si no me equivoco, surgió con Henri Bergson, se convirtió después en la sustancia de la filosofía de Theodor Adorno a través de Ludwig Klages, y hoy desempeña un papel importantísimo en el pensamiento posmoderno, me parece confundir dos posturas distintas: la que afirma que hay que clasificar sin consideración a lo clasificado y la que propone una articulación lingüística sutil de cuanto es especial. Esta confusión ha contribuido a una pérdida generalizada de claridad en los debates sobre la posmodernidad. Si todo está permitido y *anything goes,* entonces —parecen querer decir muchos autores— podrían pasarse por alto todos los patrones lógicos de precisión lingüística. Un comentador alemán ha señalado que es una afirmación completamente

18. Ernst Köhler, «Fragen an Zygmunt Bauman», *Kommune*, 8, 1994, págs. 54-58.

19. Heinz Bude, «Gewalt durch Verfahren. Zygmunt Bauman über die Modernität des Bösen», *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 8 de diciembre de 1992, pág. L17.

unívoca decir que algo es equívoco.[20] Y a mí me gustaría añadir que el estilo de Zygmunt Bauman está muy alejado de este simple y veleidoso montaje a partir de asociaciones, como el que exige, por ejemplo, un autor posmoderno como Baudrillard; el estilo de Bauman tiene, por el contrario, todos los rasgos de la buena vieja retórica europea. Como ya se ha dicho también, Bauman no evita las cuestiones éticas de una manera lúdica, sino que su pensamiento expresa, con profunda seriedad, la búsqueda de una ética posmoderna.

Sin embargo, la forma que adopta esta búsqueda me parece un tanto aporética. Zygmunt Bauman describe nuestro tiempo como una era de completa incertidumbre o, mejor dicho, como una época en la que la conciencia de la incertidumbre se ha vuelto inevitable. Y su búsqueda de una ética para semejante época lo conduce a la «filosofía del otro» de Emmanuel Levinas, como «fundamento sin fundamento» de los impulsos morales. De la sociedad como *factory of morality* nos conduce a las «fuentes presociales de la moral». Por mi parte, no estoy del todo convencido de la rectitud de esta caracterización de nuestra época. Yo veo bastante certeza a mi alrededor, y hay algo en mí que se niega a interpretar esta certeza como si algunos de mis semejantes no se hubieran enterado aún de la pérdida de la seguridad metafísica. Tal vez lo que digo resulte más claro refiriendo la respuesta de una persona entrevistada por un grupo de seguidores de Robert Bellah: «¿Por qué la integridad es importante y la mentira es mala? No sé. Porque es así, sin más. Esto es una verdad básica. Yo no quiero atormentarme poniéndola en duda. Forma parte de mí. No sé de dónde viene, pero es muy importante».[21] En lenguaje más abstracto, esto significa que hay mucha gente hoy que no experimenta la pérdida de una lengua en la que podría expresar sus intuiciones morales como pérdida de dichas intuiciones morales, sino como la pérdida de las intuiciones propiamente dichas. Sin duda, estoy de acuerdo con Bauman cuando afirma que las personas tienen más dificultades para determinar su identidad cuando han tenido ocasión de escogerla libremente. Pero, naturalmente, esto no significa que prefiramos identidades que nos sean injertadas; significa que la identidad estable no surge de la libre elección, sino de un proceso al que William James, en su maravi-

20. Sighard Neckel, «Gefährliche Fremdheit. Notizen zu Zygmunt Bauman», *Ästhetik und Kommunikation*, vol. 23, 1994, nº 85-86, págs. 45-49.

21. Robert Bellah (y otros), *Gewohnheiten des Herzens. Individualismus und Gemeinsinn in der amerikanischen Gesellschaft*, Colonia, 1987, pág. 29.

lloso libro titulado *Las variedades de la experiencia religiosa,* describió como *self-surrender,* es decir, como rendición. Hay una expresión alemana que significa algo parecido: *Ergriffensein;* es decir, la entrega personal, el sentirnos conmovidos, transidos, anonadados incluso por algo que nos convierte en eso mismo que queremos ser. En mi opinión, la descripción de Levinas de nuestro «ser movidos por los demás» representa un caso especial de esta experiencia, una experiencia que encontramos en los actos de amor o de compasión, de religión o de euforia colectiva.[22]

Sin duda, en esto me siento más cerca de las reflexiones de los comunitaristas que de Zygmunt Bauman; pero, por otra parte, convengo en que uno de los puntos débiles de los comunitaristas es cuando tratan de revitalizar valores sin poder decirnos cómo se produce la vinculación con los valores. Esta apreciación crítica no debería, empero, inducirnos a separar la formación de la identidad en un espacio moral-ético de la estructura de las relaciones sociales. La intersubjetividad y la identidad del yo no son unos datos continuos, sino que se ven constantemente interrumpidos por impulsos espontáneos y por la experiencia de la «alteridad»; pero siempre deben reintegrarse en las estructuras de la intersubjetividad y de la identidad del yo.[23] Semejante postura ética, preconizada por George Herbert Mead, procede de las mismas tradiciones culturales aquí citadas cuando se trató de la cuestión de las versiones alternativas de la modernidad.

Me gustaría concluir con una observación de carácter personal. Al principio, aludí al honor que representaba para mí poder hablar de Zygmunt Bauman y de su obra. Decir esto no es para mí una cuestión de simple cortesía. Sin duda, ustedes comprenderán mejor mi alegría por la oportunidad de hablar del influjo fecundo de estos libros en mi propio pensamiento si les cuento además que soy hijo de un nazi alemán que, incluso después de 1945, y hasta su muerte, acaecida a finales de la década de 1950, se mantuvo en líneas generales fiel a sus convicciones. Aunque nací después de la guerra, todo mi desarrollo personal e intelectual estuvo profundamente marcado por la irritación y la repugnancia que, desde una fase muy temprana de mi vida, me producía la cosmovisión de mi padre. Hoy, en suelo británico, puedo, como teórico de la sociología y es-

22. He desarrollado estos pensamientos en *Die Entstehung der Werte*, Francfort del Meno, 1997, 1999 (2ª ed.).

23. Richard Bernstein, *The New Constellation. The Ethical-Political Horizons of Modernity/Postmodernity*, Cambridge, Massachusetts, 1993.

pecialista en asuntos norteamericanos, dirigirme a usted, un colega judío-polaco, e incluso tener valor suficiente para hablarle sobre determinadas ventajas de las tradiciones intelectuales y culturales de América. En esta constelación se encierra una profunda ironía del destino: nosotros podemos congratularnos por los motivos que tiene usted para su optimismo histórico; pero permítame decirle que, en mí, personalmente, predominan los sentimientos de la gratitud y del honor.

Capítulo 10

LA GUERRA Y LA SOCIEDAD DEL RIESGO

Polemizar con las contribuciones de Ulrich Beck, el teórico de la «sociedad del riesgo» y de la «modernización reflexiva», no es nunca una tarea agradecida. Sus dotes especiales para hacer un diagnóstico de nuestro tiempo, los efectos refrescantes de sus afirmaciones —a menudo un tanto atrevidas, pero siempre agudas—, su ingenio y sus toques de atención siempre estimulantes suscitan una gran simpatía. Por otra parte, en sus escritos se advierte una sorprendente inconsistencia lógica; a veces falta todo tipo de pruebas, la afición del autor a las paradojas es incontenible, y se nos antoja también excesivo su *pathos* por la ruptura histórica. En suma, pues, si el ademán profético con el que Beck presenta sus trabajos tiene una indudable fuerza de seducción, también debería invitarnos a la prudencia.

Cuando apareció su libro *La sociedad del riesgo* en 1986,[1] mucha gente dijo que la sociología profesional se había vuelto a instalar sin complejos en el debate público. Durante los años anteriores, la sociología habría ido perdiendo la capacidad y el coraje necesarios para diagnosticar el presente. En cuanto a los temas que más interesaban a la opinión pública —como, por ejemplo, los relacionados con el «medio ambiente» y la «paz»—, la disciplina parecía poco dispuesta a perder su tiempo. La contribución de la sociología profesional a los debates acerca de la posmodernidad, o al diagnóstico del Estado atómico emergente, resultaba bastante pobre. Ulrich Beck tuvo el arrojo (y no sólo en el ámbito de la sociología alemana)[2] de intentar la síntesis subjetiva de toda una serie de

1. Ulrich Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Francfort del Meno, 1986. Véase mi artículo «Das Risiko der Gegenwartsdiagnose», *Soziologische Revue*, nº 11, 1988, págs. 1-6. Aquí me baso en determinados pasajes de este artículo, así como en mi crítica de Beck publicada en «Modernität und Krieg», Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 344-353.

2. Esto demuestra, por ejemplo, la aceptación tan positiva que ha tenido la obra de Beck por parte del sociólogo Anthony Giddens.

trabajos empíricos en campos problemáticos muy diferenciados. A su recepción no le perjudicó demasiado no emprender el camino arduo de la reflexión sobre las dificultades metódicas y teóricas de estos distintos ámbitos, sino hilvanar con energía tan amplio material con tres razonamientos, cuya interrelación recíproca resultaba por cierto muy poco consistente. El diagnóstico de Beck viene a ser, en pocas palabras, que nuestro presente se puede entender con la frase de la «sociedad del riesgo»; es decir, una sociedad cuyos viejos frentes de conflicto se han vuelto poco importantes ante la imponente amenaza que suponen los nuevos riesgos producidos en el ámbito industrial-social tipo Chernobil; que esta sociedad está sufriendo al mismo tiempo los achuchones de un rápido «proceso de individualización» en el que desparecen contextos sociales marcadamente estratificados y formas de vida clasistas que dejan sitio a una planificación biográfica socialmente aislada, de signo individual; y que, finalmente, bajo el signo de la «modernización reflexiva», la relación entre la ciencia y la política está perdiendo su nítida delimitación, y posibilita con ello unos peligros completamente nuevos.

A mediados de la década de 1980, llamó particularmente la atención la contundencia con la que Beck hablaba de una ruptura de la continuidad histórica. El precio de semejante afirmación es una notable inconsistencia —principalmente— histórica al describir la época anterior, o la que ya estaba supuestamente tocando a su fin. Así, por ejemplo, Beck se precipita, y generaliza, cuando considera superada la sociedad de clases y el Estado nacional. La función asignadora de estatus del sistema educativo le parece haber quedado reducida a su mínima expresión, por no decir incluso que ha desaparecido por completo. Inversamente, la unidad y cohesión de la clase proletaria son exageradas en retrospectiva de manera insostenible. Determinadas tendencias actuales, como, por ejemplo, la generalización del trabajo electrónico en casa, no sólo son constatadas como tales tendencias sino totalizadas también sin ningún sentido de la proporción, al tiempo que se niega la existencia de tendencias opuestas. En muchos pasajes, determinadas particularidades de la actualidad nacional, que no tienen reflejo a nivel internacional, son presentadas como normas básicas de una época histórica emergente. Esto lo suele hacer recurriendo a un ardid retórico. El concepto de «sociedad del riesgo», acuñado *ad hoc* para la descripción de los fenómenos mencionados, es tratado bajo mano como una categoría desarrollada de manera teórica, de la que podrían extraerse conclusiones de peso. La norma teórica, sea lo que sea la «sociedad del riesgo», e independientemente de si debemos hablar

o no de un cambio histórico, siempre corre pareja, de manera confusa, con la simple enumeración de los fenómenos actuales.

Tras los importantes acontecimientos políticos que tuvieron lugar en 1989, y que fueron vividos por muchos contemporáneos efectivamente como una ruptura histórica, Beck reforzó todavía más su retórica en esta dirección. Hay que decir que, en su diagnóstico anterior a 1989, no había hablado especialmente de constelaciones relacionadas con la política exterior, como, por cierto, tampoco de riesgos militares. En su libro *Die Erfindung des Politischen*,[3] todas las categorías al uso de índole social-estructural y política son consideradas como ridículamente anticuadas. Beck proclama incluso que toda la sociología debe ser refundada.[4] En la actualidad, todos los tópicos del capitalismo occidental-democrático le parecen inmersos en un proceso de desagregación, y cuestiona la existencia de un sistema de seguridad que funcione realmente en Europa. En su tratamiento del tema de la «globalización», el *pathos* que hemos detectado en la supuesta desaparición de los viejos temas se torna más fuerte todavía.[5] A todo esto, no podemos por menos de preguntarnos durante cuánto tiempo, y con qué frecuencia, seguirá esta gestualidad acaparando la atención pública.

Conviene, empero, advertir que, en las páginas que siguen, no abordaremos la difícil tarea de distinguir entre retórica y contenido objetivo en los escritos de Beck,[6] sino sólo de ver en qué medida, en el terreno más restringido de la sociología de la guerra y de la violencia, son fructíferas sus contribuciones al diagnóstico de la «sociedad del riesgo», así como su visión particular de la «modernidad».

1

El concepto de «modernidad» ocupa, sin ninguna duda, un lugar central en el pensamiento de Beck. Sin tornar unívoco su concepto de «modernización», Beck lo emplea muy frecuentemente. La sociedad in-

3. Ulrich Beck, *Die Erfindung des Politischen*, Francfort del Meno, 1993.
4. *Ibid.*, pág. 12.
5. Ulrich Beck, *Was ist Globalisierung?*, Francfort del Meno, 1997.
6. Se encontrará también un intento de interpretación «retórica» en el artículo de Jeffrey Alexander y Philip Smith «Social Science and Salvation: Risk Society as Mythical Discourse», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 26, 1996, págs. 251-262.

dustrial, que tenemos siempre detrás de nosotros, la describe como «modernidad demediada». Pero la modernidad también produce constantemente, a su entender, unas claras tendencias a la contramodernización. Las orientaciones nacionalistas que se detectan actualmente en Europa serían un caso de semejante contramodernización. Pero también califica de «contramoderna» la dependencia del desarrollo tecnológico respecto de los imperativos de aprovechamiento económico. Asimismo, la ruptura histórica que se habría producido la bautiza él con la frase de «modernidad reflexiva», un concepto que, para él, cada vez recopila más las tendencias actuales, por él subrayadas, a la inseguridad, la globalización y la individualización.

¿En qué estriban mis recelos respecto a estos manejos conceptuales? Tal vez lo más sencillo sea empezar por lo que el autor denomina la «modernidad demediada». Con esto quiere expresar que la sociedad industrial dependió desde siempre de recursos culturales orientados al valor y de vínculos comunitarios que no se identifican con la máxima de la búsqueda de utilidad individualista. A menudo denomina a estas otras orientaciones con el término de *Ständegesellschaftlich* («socialmente estratificadas»). En este sentido, la sociedad industrial sería naturalmente una modernidad demediada, siendo su otra mitad, entonces, la sociedad estratificada. Pero Beck se apresura a añadir que el «lado estratificado no es una reliquia tradicional, sino a la vez *producto* y *fundamento* de la sociedad industrial».[7] Por esto no entiende un consumir recursos culturales de la era preindustrial durante el desarrollo de la sociedad industrial, sino un reanudar los lazos creadores de valor y de comunidad durante su historia. Pero éstos ya no son esencialmente ajenos a la sociedad industrial. ¿Por qué seguimos hablando, entonces, de una modernidad demediada? Esto sólo lo podríamos hacer si fuera posible habérnoslas con una modernidad plena. Pero ¿qué aspecto tendría ésta? ¿Debemos imaginarla como una sociedad desprovista de todos los valores y vínculos que escapan a la lógica económica? Aquí habría que preguntar, en primer lugar, si el propio Beck considera concebible semejante orden social. Sus afirmaciones en el sentido de que la familia se ha vuelto anticuada permiten sospechar que su respuesta a nuestra pregunta sería afirmativa. La verdadera y plena modernidad sería, entonces, la sociedad de la individualización total, en el sentido que atribuye Beck a esta palabra. Pero ni siquie-

7. Ulrich Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, *op. cit.*, pág. 118.

ra éste puede erigirse en un ejemplo normativo, pues representa —también para Beck— una visión espantosa. De hecho, él ve en la imparable individualización uno de los desencadenantes de los procesos de contramodernización. Pero también este concepto es equívoco por la poca claridad que encierra su concepto de modernidad. En efecto, Beck lo emplea con una valoración negativa; esto vale también cuando ataca la incuestionabilidad artificial o la «sustancialidad imitada» (en frase de Habermas), de la contramodernidad. Sin embargo, si la modernidad preplena es un cuadro espantoso en el sentido antes mencionado, entonces debe haber también una contramodernidad positivamente valorada. Con lo cual, ya no se puede condenar toda vinculación que surja nuevamente en clave modernista. Beck oscila entre, por una parte, el diagnóstico de un conflicto entre modernidad y contramodernidad y, por la otra, un conflicto entre varias clases de modernidad. Debería, por tanto, decidirse. Para lo cual, tiene dos posibilidades. La primera sería reservar el concepto de modernidad para una sociedad cuyo sistema de valores esté orientado a unos principios universalistas. En este caso, no todos los compromisos de valor ni todas las comunidades caerían bajo las categorías de «socialmente estratificado» o «contramoderno», sino sólo los que privilegiaran una ruptura con semejantes principios universalistas. Semejante concepto sería normativamente positivo, pero en modo alguno permitiría describir empíricamente un desarrollo individualizador o globalizador. La segunda sería describir con el término de modernización sólo los desarrollos susodichos; pero entonces la modernidad, medida con criterios de valor de carácter también —y precisamente— universalista, se convertiría en una historia sumamente equívoca. Pero ambas cosas no las puede hacer, o tener, Beck al mismo tiempo. No puede calificar de «contramodernización» unos desarrollos por él desdeñados y, a la vez, proponer una teoría que excluya prácticamente una «modernización» plena.

Sí, pero es que —así me imagino la réplica de Beck— yo no tengo en cuenta su concepto clave de «modernización reflexiva»... A este respecto, diré, en primer lugar, que me parece poco acertado que Beck —como en un juego de palabras— meta en un mismo saco «reflejo» y «reflexión». Toda reacción a la modernización galopante es ciertamente un reflejo; sólo el cuestionamiento discursivo de los principios organizativos de la sociedad es una reflexión de la misma. Aunque se nos diga que la reflexión representa una de muchas reacciones posibles, dicha diferenciación es importante. La tesis de la reflexión en el concepto de «modernización reflexiva» me parece muy atractiva. Este pensamiento se parece al

que Michael Walzer denomina *the art of separation* (y que, por mi parte, he intentado formular como «la democratización de la cuestión de la diferenciación).[8] Pero el planteamiento de Beck está lastado por su suposición de una ruptura histórica. Y no vale con decir que aquí se trata de una reflexión sobre la domesticación de las dinámicas principales de las sociedades modernas. Según esa lógica, ¿no pertenecen también a la «modernización reflexiva» el Estado de bienestar del siglo XX, así como todas las políticas económicas nacionales del siglo XIX y la totalidad del proyecto socialista?[9]

La teoría de la modernización reflexiva reconoce más cosas de las que parece a la teoría de la modernización al uso, en la medida en que sólo la considera históricamente superada, y desprovista de validez, desde la extensión de los daños resultantes ecológicos de las economías industriales, sin ponerla en tela de juicio como tal de manera radical. Pero aquí se trata de saber si la teoría de la modernización ha dado cuenta realmente *alguna vez* de los problemas de la guerra y la violencia en la modernidad.[10]

2

Para conocer la respuesta de Beck a esta pregunta, conviene volverse a su discurso acerca de la «democracia militarmente demediada», teorema que aparece en *Die Erfindung des Politischen*. Si hemos de creer a Beck, no sólo la sociedad industrial fue una modernidad demediada, sino también la democracia. Su otra mitad estaba constituida por el ejército, las estructuras de mando, la imagen del enemigo y los límites impuestos por el Estado nacional. «Lo militar y la democracia se llevaban como el

8. Michael Walzer, «Liberalism and the Art of Separation», *Political Theory*, nº 12, 1984, págs. 315-330; Hans Joas, «Die Demokratisierung der Differenzierungsfrage», *Soziale Welt*, nº 41, 1990, págs. 8-27, y *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992, págs. 326 y sigs.

9. Johann Arnason, *Nation and Modernity*, Reikjavik Lectures, Aarthus, 1996, págs. 29 y sigs. Algo parecido opina Bernard Yack en *The Fetishism of Modernities. Epochal Self-Consciousness in Contemporary Social and Political Thought*, Notre Dame, Ind., 1997, págs. 137 y sigs.

10. Veáse, sobre todo, el capítulo de este libro «La modernidad de la guerra», págs. 65-82. Se encontrará también una crítica (acerada) a la teoría de la modernización reflexiva en Jeffrey Alexander, «Critical Reflections on "Reflexive Modernization"», *Theory, Culture and Society*, nº 13, 1996, págs. 133-138.

perro y el gato.»[11] Este pensamiento se puede reactivar fácilmente. La diferencia entre el principio organizativo militar y el democrático salta inmediatamente a la vista. Naturalmente, volvemos a preguntarnos si éste puede ser un argumento sólido. ¿Quién dice que las sociedades sólo solían tener un único principio organizativo? Para semejante presupuesto básico, Beck no ofrece ninguna justificación. Pero la situación se complica más todavía cuando el autor abunda en este mismo orden de cosas: «La democracia ha creado y promovido... con el dominio del pueblo, el ejército del pueblo; con el sufragio universal, el servicio militar obligatorio; y, con lo nacional, el entusiasmo nacional necesario para morir y matar en la guerra».[12] Ahora parece, inversamente, como si fuera la democracia la causante de la intensificación de la guerra. Beck rebaja luego los esquemas: «Que el ejército se democratizó sólo se puede afirmar, por tanto, en el sentido de que *se generalizó*. El Estado democráticamente legitimado se tomó el derecho a llamar a *todos* los ciudadanos a las armas, en caso necesario recurriendo a la fuerza».[13] Pero se puede decir de nuevo que no había necesidad alguna de meter en el mismo saco el ideal democrático y el alistamiento de toda la población para la causa bélica. Pero es, sobre todo, a la propia historia a la que conviene preguntar sobre el núcleo esencial de la relación entre modernidad y violencia. Unas pocas observaciones deberían bastar aquí.[14]

El argumento de que el servicio militar obligatorio es «el hijo legítimo de la democracia» (Theodor Heuss) está muy extendido —sobre to-

11. Ulrich Beck, *Die Erfindung des Politischen, op. cit.*, pág. 125. Las ideas sobre la «democracia militarmente demediada» se encuentran por primera vez en Ulrich Beck, «Der feindlose Staat. Militär und Demokratie nach dem Kalten Krieg», *Die Zeit*, 23 de octubre de 1992.

12. Ulrich Beck, *Die Erfindugn des Politischen, op. cit.*, pág. 124.

13. *Ibid.*, pág. 125.

14. Veáse, a propósito de estas observaciones, las siguientes contribuciones en el marco del debate alemán sobre el servicio militar obligatorio: Manfred Messerschmidt, «Der Staatsbürger muß sich über die Uniform legitimieren. Die allgemeine Wehrpflicht wirkte bis 1945 vor allem als Katalysator gesellschaftlicher Militarisierung», *Frankfurter Rundschau*, 31 de agosto de 1993, pág. 16; Wolfram Wette, «Kein Kind der Demokratie», *Die Zeit*, 19 de febrero de 1993, pág. 5; Martin Kutz, *Nachschub für das Menschenschlachthaus: Wehrpflicht und Dienstpflicht in industrialisierten Krieg*, Führungsakademie der Bundeswehr, Fachgruppe Sozialwissenschaften. Beiträge zur Lehre und Forschung 3/93. Es especialmente ilustrativo, a la vez que interesante, del caso americano Manfred Berg, «Krieg und Wahlrecht in der amerikanischen Geschichte», Wolfgang Knöbl y Gunnar Schmidt (comps.), *Die Gegenwart des Krieges. Staatliche Gewalt in der Moderne*, Francfort del Meno, págs. 147-173.

do y precisamente— en Alemania. Sin embargo, convendría llamar la atención sobre algunas cosas. Cuando, en 1814, se implantó en Prusia el servicio militar obligatorio, allí no había ciertamente ninguna democracia que valiera. A lo largo de la poco democrática historia prusiano-alemana, siguió vigente el servicio militar obligatorio, hasta que, en 1919, con el advenimiento de la primera democracia alemana, el gobierno de Scheidemann se comprometió ante las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial a renunciar a dicho servicio obligatorio. Como se sabe, éste fue implantado de nuevo en 1935 por Adolf Hitler. Durante el imperio, los que cumplían el servicio militar obligatorio estaban, por cierto, excluidos de la observancia del derecho a voto. Junto con el llamamiento a filas generalizado, se intentó al mismo tiempo la exención de los jóvenes más politizados que vivían en las ciudades. Además, en el siglo XIX el servicio militar obligatorio fue más una particularidad prusiano-alemana que una norma internacional. Hay que señalar, al respecto, que las grandes democracias no la conocieron. Gran Bretaña y Estados Unidos no recurrieron a este expediente hasta la Primera Guerra Mundial, y además dejando claro que renunciarían a él con el advenimiento de la paz. ¿No es cierto que el servicio militar obligatorio se remonta más bien a la Revolución francesa y a las viejas ideas de la tradición «republicana» del pensamiento político? En cierto sentido, sin duda; pero no conviene olvidar que la Revolución francesa lo utilizó igualmente sólo como un medio excepcional para hacer frente a un momento de extrema necesidad y que el ideal republicano sobre la milicia y la defensa civil era precisamente opuesto al mantenimiento de ejércitos permanentes a cargo de los monarcas. Por eso, sólo puede ser fruto de la fantasía convertir la democracia en el punto de partida del servicio militar obligatorio.

Pero, al impugnar esta asociación, no estamos considerando la defensa militar como algo básicamente opuesto a la democracia. Todas las sociedades con diferenciación funcional conocen múltiples principios organizativos; lo cual priva de buena parte de su fuerza al *topos* retórico de Beck acerca de la «demediación».

3

Al margen de estas escasas, y cuestionables, alusiones de Beck a la relación entre el servicio militar y la democracia, apenas si se encuentra en sus escritos algún conato de un análisis sociológico de la guerra. En su

ponencia presentada en el simposio sobre «Modernidad y barbarie», ha recurrido a su teoría sobre el individualismo y la pérdida de la tradición en la modernidad (reflexiva) para analizar los nuevos peligros que se esconden en la formación de la imagen del enemigo y los posibles remedios que se pueden arbitrar para tales peligros.[15] Beck ha intervenido de nuevo en los debates públicos sobre la guerra de Kosovo para exigir una nueva justificación de la guerra que tenga en cuenta los derechos humanos.[16] Pero no ha tendido nunca un puente entre las partes más importantes de su teoría de la sociedad del riesgo y la sociología de la guerra.

Por eso, es legítimo preguntarse qué aspecto podría tener semejante puente o nexo de unión; preguntarse, por ejemplo, si los grandes riesgos de la «sociedad del riesgo» podrían modificar el planteamiento bélico de una sociedad industrial. Como es sabido, Beck hace especial hincapié en que los nuevos peligros se distinguen en muchos aspectos de los riesgos característicos de las sociedades industrializadas. Al igual que éstos, son peligros socialmente constituidos, es decir, no son naturales. Pero, en su opinión, no son delimitables ni espacial ni temporalmente, ni tampoco socialmente; no hay reglas establecidas para la imputación de la responsabilidad; los daños que se producen son generalmente irreversibles; los peligros que amenazan nunca se pueden excluir, sólo minimizar... En realidad, hay otros autores que han extraído conclusiones de la teoría de la sociedad del riesgo para hacer un análisis acerca de la «aptitud para la guerra» de las sociedades modernas.[17] Según estos análisis, se puede afirmar, en primer lugar, que la industrialización de la guerra, característica de las sociedades industrializadas, ha avanzado de manera considerable, como demuestra el espectacular aumento en destructividad de las denominadas armas convencionales y sistemas armamentísticos como consecuencia de las constantes «mejoras» en cuanto al alcance, velocidad, precisión y capacidad de penetración»,[18] de manera que una guerra librada

15. Ulrich Beck, «Wie aus Nachbarn Juden werden. Zur politischen Konstruktion des Fremden in der reflexiven Moderne», Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 318-343.

16. Por ejemplo, Ulrich Beck, «Der militärische Pazifismus. Über den post-nationalen Krieg», *Süddeutsche Zeitung*, 19 de abril de 1999.

17. En particular, Wolfgang R. Vogt; véase, por ejemplo, «Militär und Risikogesellschaft. Tendenzen "struktureller Unvereinbarkeit" zwischen bewaffneter Friedenssicherung und industriellem Zivilisationsprozeß», *Sicherheit und Frieden*, n° 4, 1989, págs. 198-205.

18. *Ibid.*, pág. 199.

hoy de manera convencional produciría unos destrozos que no tendrían ni punto de comparación con la mismísima Segunda Guerra Mundial. Pero sin duda estos riesgos han calado menos en la conciencia pública que el peligro de una guerra nuclear. Asimismo, ha aumentado de manera apreciable la vulnerabilidad de las sociedades actuales en caso, por ejemplo, de interrupción de las redes de suministro energético o de comunicaciones. Pero, mientras que en estos dos aspectos —exceptuando el armamento nuclear— se debe hablar más de aumentos cuantitativos que de una nueva dimensión cualitativa, las consecuencias de una guerra para el potencial de riesgo que acecha a las sociedades actuales apuntan sin duda en la dirección de un cambio histórico importante. También los riesgos y efectos de una posible guerra nuclear en los cambios climáticos globales habían sido ya seriamente contemplados por los contemporáneos y resumidos con la expresión de «invierno nuclear». Sin embargo, las consecuencias de una guerra convencional para las sociedades de riesgo suelen encontrar escaso eco. «Piénsese, por ejemplo, en esas auténticas y numerosas "bombas industriales" de carácter civil —con forma de plantas de energía nuclear, de plantas químicas, de refinerías de petróleo, de depósitos de desechos tóxicos o de instalaciones para el enriquecimiento atómico— que se encuentran dispersas por todas las sociedades industrializadas. Como ya han demostrado en tiempo de paz varios desastres ecológicos importantes (Seveso, Bhopal, Sandoz/Basilea o Chernobil), que en la guerra no serían prácticamente evitables a causa de los daños colaterales, las sociedades de riesgo industriales viven permanentemente al borde de su autodestrucción.»[19]

De todos modos, la consecuencia a extraer de este convincente análisis empírico es tan sorprendente como poco plausible. Viene a ser, más o menos, que la violencia militar y la sociedad moderna serían cada vez más incompatibles. «La incompatibilidad militar es [...] el resultado de dos procesos de desarrollo que se enfrentan entre sí, y que están causados en última instancia por la industrialización. De la asociación de la cada vez menor "aptitud para la guerra estructural" de las sociedades desarrolladas, de un lado, con la realidad de la cada vez mayor "capacidad de destrucción final" de las fuerzas militares combatientes, del otro, resulta un gran vacío de incompatibilidad civil-militar.»[20] Este proceso estaría en curso desde hace mucho tiempo, habría alcanzado su «punto de no retor-

19. *Ibid.*
20. *Ibid.*, pág. 200.

no» con el descubrimiento de las armas atómicas y con su incorporación al arsenal de las potencias en liza y llegaría, por tanto, cada vez más lejos.

En este pronóstico sorprende, en primer lugar, que se haga por completo abstracción de la capacidad de los actores militares y políticos para reaccionar a esta «incompatibilidad». Si no puede producirse una guerra nuclear, es posible que las convicciones estratégicas se orienten hacia unas variantes terribles de la guerra convencional. Si, en las condiciones de la «sociedad del riesgo», determinadas variantes de la guerra convencional amenazan con afectar al propio bando, o pudieran tornar a la larga inhabitable el territorio objeto de disputa, otras variantes pasarán a tener prioridad. Con ello no se debe suponer que los agentes militares siempre calculen correctamente el riesgo de su estrategia, o sólo puedan hacer esto de manera general, sino que todo pronóstico se torna determinista e induce a error cuando se hace abstracción de las posibles reacciones de los que actúan a los desarrollos pronosticados y a las modificaciones que se siguen de estos desarrollos. Esta tesis resulta poco plausible en cuanto que cae en una especie de sofisma funcionalista. Esto se produce sobre todo cuando se confunde la exposición de posibles disfuncionalidades con el pronóstico empírico de un determinado desarrollo que evite estas disfuncionalidades. Si tomamos la tesis de la incompatibilidad civil-militar en la «sociedad del riesgo» como un llamamiento moral a la evitación de riesgos, entonces éste merece todos nuestros respetos. Pero si aceptamos el pronóstico de que en estas condiciones las guerras se tornan más improbables, estamos ante una conclusión fútil, no avalada por nada.

En las condiciones actuales, semejante argumentación retoma la tesis del carácter pacífico de la sociedad industrial,[21] que, como muy tarde en la Primera Guerra Mundial, ya había sufrido un sonado fracaso como consecuencia de la industrialización del aparato bélico. Naturalmente, Ulrich Beck no puede hacerse responsable de las conclusiones que otros puedan extraer de su teoría. Pero se puede constatar que él mismo, a pesar del fuerte *pathos* de ruptura histórica que se advierte en sus escritos —o tal vez precisamente por eso—, utiliza en gran medida, y sin el menor reparo, varios conceptos de la teoría de la modernización clásica y que, en su teoría de la «modernización reflexiva», el tema de la guerra y la violencia aparece tan en segundo plano como en la teoría convencional de la modernización.

21. Véase lo comentado en este libro sobre Comte y Spencer en el capítulo «Entre el realismo de la política de poder y la utopía pacifista», págs. 169-186.

Capítulo 11

LA GUERRA, ¿MAESTRA DE LA VIDA?[1]

La guerra del Golfo de 1991 ha dejado una huella profunda en el paisaje intelectual alemán a pesar de la rapidez con que la atención pública parece haberle dado la espalda. Los debates que la acompañaron dejaron más confuso aún un panorama intelectual que ya estaba bastante revuelto por los debates en torno a la reunificación. Semejante desorden puede ser positivo en cuanto que nos obliga a todos a clarificar unas verdades tenidas por obvias y a intentar una nueva fundamentación de las mismas; lo que a su vez exige un esmero y una dedicación especiales a la hora de abordar el estudio del acontecimiento histórico. Es digno de notarse, en este sentido, el hecho de que, durante la guerra del Golfo, muchos filósofos —desde Robert Spaemann hasta Karl-Otto Apel— se sintieran compelidos a tomar postura oficialmente ante dicho evento desde un punto de vista moral-filosófico más elevado. Pero, desde la distancia temporal que permite ver con mayor justeza la justificación de reflexiones manifestadas en otro tiempo —pues el decurso, el final y las consecuencias de la guerra ofrecen un material muy rico para realizar una valoración de sus protagonistas, así como de sus motivos y medios—, hay que decir que reina un silencio casi completo. Durante la guerra del Golfo, los sociólogos estuvieron más bien mudos. Una interpretación benévola podría ser que están más acostumbrados que los filósofos a trabajar de manera circunstanciada con series concretas de hechos y a no confiar demasiado en la coherencia interna de una argumentación. Pero en contra de esta interpretación habla el hecho de que el silencio acerca de los problemas relacionados con la guerra y la paz viene siendo ya una tradición endémica en sociología. Un año después de la guerra del Golfo, en el ámbito de esta disciplina, asistimos al intento ambicioso de un autor renombrado no sólo por tomar posición frente a la guerra del Golfo, sino además por insertarla en un con-

1. Karl Otto Hondrich, *Lehrmeister Krieg*, Reinbek, 1992. Esta impugnación apareció publicada por primera vez en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 44, 1992, págs. 538-543.

texto teórico y político más amplio. El ya popular ensayo de Otto Hondrich *Lehrmeister Krieg* [«La guerra, maestra de la vida»] puede aspirar a disfrutar de gran difusión. Pero ¿se le debe desear tal cosa?

A dicho ensayo, que tiene en realidad la extensión de un libro, le había precedido —en los días de la guerra del Golfo— un artículo del mismo título aparecido en el *Spiegel*. El propósito de su toma de postura había quedado muy poco claro. Sólo dos puntos parecían suficientemente evidentes: por una parte, la importancia de la causa de la guerra, que Hondrich veía en la colisión entre la «disposición a la violencia premoderna» de la cultura islámica y el «pacifismo culturalmente constituido de Occidente», y, por la otra, la aseveración de índole política de que sólo una nueva *pax americana et europaea* podía garantizar la paz y que, por tanto, Occidente estaba «condenado a desempeñar un papel dominante». Este texto no encontró demasiado eco. Pero su elaboración en forma de libro fue recibida enseguida con entusiasmo por parte del *Frankfurter Allgemeinen Zeitung*. El reseñador del libro de Hondrich lo calificaba de «fascinante», y decía recordarle la «fría pasión» de Max Weber por la manera como analizaba la guerra, en vez de limitarse a proscribirla moralmente. Desde entonces, las expectativas suscitadas por el libro de Hondrich no han hecho sino aumentar considerablemente.

Su tesis principal consiste en que se debe interpretar la guerra del Golfo, como las guerras en general, en el contexto de una teoría sociológica del aprendizaje; por desgracia, esta teoría nunca pasa de una fase de simple esbozo, sin que se advierta un intento serio por fundamentarla. Según dicha teoría, los colectivos aprenden mucho de las guerras. El talante pacífico de los alemanes después de 1945, sorprendente si se ve sobre el trasfondo de sus tradiciones militaristas, es resultado de semejante proceso de aprendizaje bélico (recuérdese, a este respecto, su aniquiladora derrota en 1945). Ahora, la guerra del Golfo ha deparado a los alemanes una nueva lección, a saber, la «constatación» —como lo formula Hondrich— «de que a un agresor hay que enfrentarse también con la violencia».[2] El objetivo del aprendizaje para estos «modélicos discípulos de la paz»[3] es hoy muy distinto a lo que ocurrió después de 1945. Ciertamente, no se debería adoptar sin más un talante favorable a la guerra; pero sí conviene comprender que la paz no es un valor estatuido de manera absoluta; antes bien, la experiencia muestra que las guerras limita-

2. *Ibid.*, pág. 7.
3. *Ibid.*, pág. 30.

das son hoy también perfectamente viables y que Alemania puede verse empujada a una guerra semejante, la cual además se podría justificar. Lo dicho hasta aquí denota una toma de postura política de Hondrich, sin el menor asomo de teoría sociológica. Pero no es así como debe ser entendido Hondrich. Ciertamente, también polemiza —políticamente— con los partidos alemanes de la oposición, atacando su «lamentable imagen en cuanto a falta de olfato para detectar nuevos procesos políticos, en general, y para conducir la política exterior, en particular»,[4] así como, sobre todo, con la postura moralizadora de los pacifistas y del movimiento por la paz en general. Él no pide otra postura moral o política, sino simplemente el «distanciamiento sociológico del planteamiento moral de la guerra».[5] Lo que escapa a los moralistas lo ve claramente él gracias al planteamiento sociológico. Éste le desvela —como reza el título de un capítulo— el «sentido de la guerra». La guerra no tiene, al parecer, ningún sentido para el individuo, sino sólo para el colectivo. La guerra es la gran maestra de la vida porque arranca las ideas colectivas de sus anclajes sentimentales, rompiendo bloqueos de aprendizaje y obligando a los colectivos perezosos por naturaleza a aprender también en contra de su voluntad. «Sólo así, y no, por ejemplo, mediante el discurso intelectual, o el tratamiento frío y racional, [las ideas colectivas]se modifican en profundidad para muchas personas al mismo tiempo.»[6] Así pues, de la concepción de Hondrich no sólo están excluidos los pacifistas y los que se interesan por la paz, sino también los que, en el marco de una teoría del aprendizaje, apuestan por el discurso y la argumentación. Pero al que recorre el camino con él, y contempla así, sin hacerse ilusiones, el acontecer bélico a lo largo de la historia universal, al final del camino no le aguarda la desesperación por tanta desgracia y dolor, sino un gran consuelo. En la historia de las guerras más recientes «se puede descubrir una especie de plan de aprendizaje no planeado, que no tiene autor».[7] «En la guerra, los intereses creados se van al garete; los valores entendidos demasiado estrictamente y autorreferidos deben plegarse a los valores generalmente aceptados, como la autogestión y la igualdad de derechos; el poder coercitivo de cada Estado se ve zarandeado por la guerra, y su lugar lo ocupa el dominio aceptado de un grupo, cada vez más extendido, compuesto

4. *Ibid.*, pág. 31.
5. *Ibid.*, pág. 8.
6. *Ibid.*
7. *Ibid.*, pág. 9

por sociedades superiores. La particularización de los intereses, la universalización de los valores, la aceptación del dominio..., cuando la sociedad mundial ha aprendido estas lecciones de la guerra, ya no necesita de más guerras.»[8] Si miramos, por tanto, la realidad sin hacernos falsas ilusiones, veremos cómo, en la historia reciente, el bien vence y la paz se instaura si —y cuando— todos aceptan esto. A todos estos capítulos, en los que se trata de manera pormenorizada sobre los distintos componentes del plan de aprendizaje no planeado, Hondrich añade una conclusión conciliadora, en la que al menos habla de un aprendizaje sin guerras. Pero la condición para la paz es, según él, el dominio aceptado por todas las partes, y ejercido voluntariamente, de las potencias occidentales, repite, a modo de broche, la máxima que ya conocíamos por el *Spiegel:* «Quien no sabe nada de conflictos ni de osadías, ni quiere tomar partido por el dominio, en vano buscará la paz».[9]

Hondrich sabrá lo que se dice. Como todo el mundo sabe, hurgar en un tabú siempre comporta sus riesgos. Además, hacerlo utilizando precisamente los conceptos ancestrales, tan familiares a las publicaciones chovinistas de los profesores alemanes durante la Primera Guerra Mundial, se debe considerar, cuanto menos, como una falta de tino. Reivindicar para la propia postura la condición de ciencia presupone una gran confianza en la verificabilidad de la teoría de base. Pero hay muchos motivos para dudar precisamente de ésta.

Nuestras dudas comienzan ya en el empleo que hace Hondrich del concepto de «aprendizaje». Es un empleo que está constantemente plagado de equívocos. En efecto, a lo largo de todo el libro no queda nada claro si a Hondrich le gustaría calificar de «aprendizaje» a cualquier cambio de conceptos o sólo al que se produce con la vista puesta en un aprendizaje, es decir, que procura más conocimientos, y más comprensión, lo cual presupondría la existencia de un baremo o escala para la valoración del cambio. En el único lugar en el que Hondrich define su concepto de aprendizaje con un poco de claridad,[10] lo distingue expresamente del simple cambio; aprender debe producirse en base a unas experiencias y tener sentido: «Asegurar a largo plazo, en un entorno no seguro, la existencia del sistema de aprendizaje».[11] Con esta definición tan generosa,

8. *Ibid.*
9. *Ibid.*, pág. 152.
10. *Ibid.*, págs. 41 y sigs.
11. *Ibid.*, pág. 42.

hace la vista gorda respecto a las dificultades, tan conocidas por la sociología, que supone captar nítidamente la existencia —y conservación— de los fenómenos sociales. Pero más grave es que no proceda de manera consecuente con su propia definición. Así, en cierto momento habla[12] de que también podría aprenderse lo falso, e incluso sólo lo simplemente fortuito. En general, nunca aclara dónde funda su costumbre de considerar determinados cambios como el resultado de un aprendizaje correcto. También habría sido concebible que atribuyera a procesos de aprendizaje correctos las reacciones del movimiento pacifista a la guerra del Golfo. Cuando Hondrich habla[13] de que es mejor aprender que negarse a aprender, también aquí está empleando, tácitamente, un concepto normativo. Ciertamente, no tendría ningún sentido preferir cualquier nueva reflexión a la persistencia en los conceptos utilizados hasta la fecha. La teoría del aprendizaje de Hondrich se resiente, por tanto, y ante todo, del hecho de que la escala normativa, inevitablemente contenida en ella, no esté explicada en ningún sitio. Con lo cual, el margen de maniobra para el empleo de la teoría del aprendizaje resulta completamente incontrolable.

El núcleo de la teoría del aprendizaje de Hondrich se encuentra en su especial hincapié en el anclaje afectivo de las ideas colectivas y en la necesidad de —para que pueda tener lugar el aprendizaje— desgajar éstas de dicho anclaje y anclar las nuevas ideas de manera igualmente afectiva. Lo cual no casa bien precisamente con la constricción sin violencia de los argumentos superiores. «Los estados anímicos son el elixir del aprendizaje social, no son argumentos. Pueden aducirse casi a discreción.»[14] Aquí tenemos, en primer lugar, la misma equivocidad que acompaña a su concepto de aprendizaje como tal. Sin duda, quiere hablarnos del aprendizaje y de un plan de aprendizaje, y no de la fuerza de los argumentos. Pero si los argumentos se aducen a discreción, ¿cómo se puede justificar que un cambio contenga valor, como es el caso de una determinada comprensión?

Si no hacemos caso de esta inconsistencia de Hondrich, es merecedor de atención su hincapié en el anclaje afectivo de las ideas o nociones colectivas. Por cierto, este pensamiento no es nuevo en el campo de la sociología. Su formulación clásica la encontramos en Émile Durkheim, quien estudió el anclaje afectivo de los contenidos cognitivos ante todo

12. *Ibid.*, pág. 65.
13. *Ibid.*, pág. 39.
14. *Ibid.*, pág. 33.

en la experiencia de los rituales religiosos y en sus equivalentes modernos —una experiencia que trascendería al sujeto—. Lo que llama la atención en Hondrich es que relaciona un pensamiento con la experiencia de la guerra, la cual incluiría originalmente toda una serie de experiencias colectivas. Hondrich insiste en que el aprendizaje en la guerra caracteriza por la experiencia existencial común a muchos individuos aislados y en que este tipo de experiencias fundan «vinculaciones y cohesiones que no se producirían sin la guerra».[15] En Durkheim, la tesis de la dimensión afectiva de los cambios de ideas básicos nunca se había referido a la guerra. Georg Simmel sí hizo esta asociación, pero sólo en su extravagante labor periodística con relación a la experiencia de la guerra, algo que Hondrich no quiere considerar como el verdadero legado sociológico de Simmel. Pero Simmel no supuso, como sí supone Hondrich, que la guerra posibilita procesos de aprendizaje afectivamente arraigados. Hondrich ni plantea la pregunta de si la experiencia de la guerra de los soldados y de la población civil se puede considerar de hecho como la experiencia de unas comunidades extáticas ni tampoco relaciona su teoría del aprendizaje con los conflictos y las disputas que se producen en el seno de la sociedad. Pero si los procesos de aprendizaje por él citados tienen unas condiciones previas, ¿por qué considerar entonces sólo a la guerra como maestra de la vida y no también a la guerra civil, al terrorismo, a la huelga general o a la revolución? La afinidad de su teoría del aprendizaje con el mito de la violencia de Sorel es incuestionable; pero también aquí Hondrich se muestra inconsistente. Si aquí se equivoca al hablar de la guerra como maestra de la vida, al hablar del ámbito interno de la sociedad parece no saber nada.

La equivocidad del concepto de «aprendizaje» y la aplicación a la guerra de la teoría del aprendizaje son los presupuestos del evolucionismo sospechosamente optimista de Hondrich, que lo lleva a hablar de un «plan de aprendizaje no planificado». Pero también en esto su planteamiento es vaporoso e inestable. ¿Ha verificado realmente si las guerras conducen a los resultados por él descontados? ¿De dónde saca que, al finalizar la guerra, la superioridad de las potencias coincide con los valores universalistas? Esto puede valer para la victoria de las democracias occidentales sobre la Alemania hitleriana; pero ¿no habrían podido suceder las cosas también de otra manera? ¿Valió esto también para los países que cayeron en la zona de influencia soviética después de 1945? ¿Dejan siempre las derrotas

15. *Ibid.*, pág. 43.

como legado el reconocimiento del valor de —y el amor a— la paz, o no se puede también desembocar —a tenor de lo ocurrido tras el Tratado de Versalles— en un deseo de revancha por parte de los sometidos? ¿No pueden las guerras reforzar la postura del militarismo entre las naciones vencedoras? ¿Ha aprendido Estados Unidos de su victoria en la guerra del Golfo la lección de que debe reducir su dependencia del petróleo, o lo que ha «aprendido» es más bien que hay condiciones favorables para un orden mundial unipolar, con Estados Unidos como potencia hegemónica? Asimismo, nos parece insoportablemente eufemística la interpretación del fin de la guerra del Golfo por Hondrich. Si en el ensayo del *Spiegel* había vaticinado la inevitable caída de Sadam Husein, ahora su permanencia en el poder le parece la mejor oportunidad para un proceso de aprendizaje democrático. La estrategia americana de preferir el gobierno de Sadam a la desestabilización de la región, y de frustrar las expectativas de los kurdos, lo interpretó Hondrich como «un saber perdonar al enemigo [...], lo cual fue mucho más allá de lo que la cultura de la guerra exige a los bandos en liza en cuanto al respeto mutuo y a otras consideraciones humanitarias».[16] Sencillamente, no se puede hablar de una verificación seria de la cuestión de si, en la guerra del Golfo, tal y como exige una guerra justa según la antigua concepción, sólo se produjo el mínimo de víctimas y de si fue realmente necesaria la guerra para el resultado obtenido.

No cabe duda de que Hondrich ha incorporado una precisión a su interpretación de la evolución: «Los valores universalistas son fruto de las guerras. A pesar de lo cual, no deben su marcha triunfal a la violencia militar y a las victorias, sino a su capacidad de generalización».[17] Esta asociación entre el concepto de valor y la historia de la guerra encierra de nuevo una enorme falta de claridad. Así que conviene preguntar, por una parte, por qué en la guerra no pueden sucumbir los valores universalistas, y, por la otra, si no podría haber ocurrido que éstos sólo sirvieran para unos grupos concretos, particularmente interesados en la justificación universalista. Esta objeción no parece asustar a Hondrich. «¡Naturalmente que existen tales intereses! Y, si no existieran, deberían inventarse. Pues ¿de donde, sino, debería extraer su fuerza y su empuje la lucha por los valores? Y, lo que es mucho más importante aún, ¿qué cosa debería frenarla?»[18] Pero la cuestión no es tan sencilla. En efecto, hay que

16. *Ibid.*, pág. 74.
17. *Ibid.*, pág. 106.
18. *Ibid.*, págs. 88 y sigs.

reconocer que, en la cruda realidad, no se puede establecer una nítida distinción entre la defensa de los valores y la defensa de los intereses. Pero el problema se torna particularmente espinoso cuando los valores sólo son reclamados allí donde sirven para los propios intereses pero son repudiados al margen de éstos —o incluso en su contra— cuando dicho repudio redunda en interés propio. A la cuestión de los valores universalistas se le haría un flaco favor empleándolos legitimadoramente en unos casos y abjurando de ellos en otros, según convenga. La hipocresía no es el mejor camino para la educación moral.

Del examen de la teoría básica de Hondrich se deduce que ésta es demasiado débil y confusa para soportar las conclusiones que pretende extraer. Esto no es consecuencia de una exposición insuficiente —no habría sido éste el lugar más adecuado—. La teoría del aprendizaje de Hondrich necesita de esta falta de claridad para recubrir sus afirmaciones hechas *ad hoc* con el manto de una sabiduría más profunda. Resulta cuanto menos bastante sorprendente la falta de cuidado con que Hondrich procede en los planos tanto teórico como empírico. Cuando, en el primer capítulo, trata de las teorías favorables a la paz, se echa en falta no sólo la concepción marxista y las tempranas concepciones sociológicas acerca del carácter pacífico de la sociedad industrial, sino también la concepción republicana de Kant, la cual aparece de repente después,[19] en otro contexto. Las afirmaciones de carácter fáctico intercaladas aquí y allá son a menudo erróneas y superficiales. La guerra del Golfo sería la primera guerra que Estados Unidos no hizo para la propagación de la democracia; pero, ¿ha comprobado Hondrich todas sus otras guerras de intervención en América Latina? Hondrich llega incluso a bendecir la guerra de Vietnam[20] al considerarla una lucha por la «liberación de los pueblos respecto del dominio extranjero y de la opresión interna». Desde 1945, Alemania y Japón se habrían «autoeximido de todo esfuerzo militar»;[21] tal vez algún sociólogo debería echar también ocasionalmente un vistazo al presupuesto anual de sus fuerzas armadas. Asimismo, en la guerra cada bando se esfuerza «por el conocimiento más íntimo y más realista»[22] del otro bando; tal vez vendría muy bien a este respecto examinar la propaganda y génesis de la imagen del enemigo. La imagen del

19. *Ibid.*, pág. 64.
20. *Ibid.*, pág. 90.
21. *Ibid.*, pág. 117.
22. *Ibid.*, pág. 58.

islam como la de un enemigo intolerante aparece formulada en Hondrich para contrastar nítidamente dos tipos de cultura abstractos.[23] Y, sin entrar en su aspecto grotesco, pone en boca de su clásico Simmel una afirmación que éste habría hecho en 1922, es decir cuando su autor ya llevaba cuatro años muerto...

Todo esto sólo merece ser mencionado en cuanto que es sintomático de un libro que deja mucho que desear. Resulta increíble la ignorancia que demuestra Hondrich en su investigación del tema de la paz. De una teoría —y *empiria*— respecto a las causas de la guerra, y sus consecuencias, apenas se encuentra en él el menor rastro. En cuanto a las enseñanzas de la guerra, sólo cita las que más le convienen en cada momento. Naturalmente, Hondrich no es un instigador de la guerra. Su texto está escrito, más bien, con un trazo vacilante y está plagado de autorrelativizaciones e inmunizaciones. Si tomamos el libro como sociología, es sencillamente desaliñado y malo. Pero a este respecto yo no me preocuparía demasiado. Sin embargo, si tomamos el libro como contribución a la formación de la opinión pública, se nos antoja frívolo e irresponsable. Esto lo veo yo —junto a otros defectos de composición— sobre todo en tres aspectos. En primer lugar, un libro que predica con pretensiones científicas el sentido de la guerra frustra precisamente el discurso sobre la pregunta por este sentido (o por su ausencia). En segundo lugar, Hondrich no sólo trabaja con pretensiones científicas, sino también *realpolíticas*. Con lo cual, la pregunta por la evitación de la guerra se convierte de antemano en una cuestión para ilusionistas. Precisamente la tradición alemana debería ser menos olvidadiza y no comprar como *realpolitik* objetivos bélicos de índole aventurera.

Finalmente, el libro devalúa los últimos fundamentos de justificación universalista de la guerra del Golfo al no querer ver expresamente el emergente «Estado mundial» en el fortalecimiento de la ONU sino en el dominio puro y duro de las potencias occidentales. Si tal ha de ser la contribución de la disciplina sociológica a la elaboración intelectual de la guerra del Golfo, mejor habría sido para esta disciplina, y para el prestigio del autor, que este autor se hubiera callado.

23. *Ibid.*, págs. 93 y sigs.

Capítulo 12

LA TEORÍA DE LA ACCIÓN Y LA DINÁMICA DE LA VIOLENCIA[1]

En los últimos decenios, cada vez que una ola de violencia colectiva aflige a uno de los países occidentales avanzados, el interés de la opinión pública se vuelca rápidamente en la cuestión de una posible explicación y, entonces, no pasa un solo día sin que los medios de comunicación ofrezcan algún tipo de interpretación, pergeñada a toda prisa. Los estudiosos que venían mostrando desde hacía tiempo un interés especial por los temas que ahora, de repente, llaman urgentemente la atención, son sacados casi a la fuerza de la tranquilidad de sus cuartos de estudio o de sus despachos universitarios —donde se desesperaban ante la falta de interés de la opinión pública por temas tan importantes—, y obligados a expresarse en toda suerte de tribunas, desde la entrevista radiofónica hasta academias protestantes, pasando por los *talkshows* televisivos. Asimismo, el gobierno crea enseguida comisiones de expertos, que, muchos años después de producirse los acontecimientos en cuestión, presentan sus voluminosos trabajos, que para entonces nadie quiere ya comprar ni leer, y que sólo interesarán cuando una nueva ola de violencia vuelva a sacar a la sociedad de su letargo.

Entre las explicaciones ofrecidas por los entendidos, se pueden distinguir dos tipos principalmente. El primero se centra en las características socioestructurales de los autores de la violencia. Son actos violentos considerados por regla general como acciones completamente racionales que traspasan los límites de lo legal, e incluso de lo moralmente prescrito. Suelen ser realizados por personas perjudicadas o marginadas, que protestan contra su perjuicio o marginación actuando contra sus opresores, o también contra algún chivo expiatorio, o bien de manera violenta o bien llamando la atención de la opinión pública mediante alguna acción espectacular. Los estudiosos de la violencia, que habían exigido desde hacía tiempo la erradicación, o algún tipo de solución, de las ano-

1. Wolfgang Vogt (comp.), *Gewalt und Konfliktbearbeitung*, Baden-Baden, 1997, págs. 67-75.

malías e injusticias sociales y advertido de lo que podía echarse encima, ven sus planteamientos corroborados por estos actos violentos y aprovechan —lamentablemente— el viento a favor de las circunstancias para declararse abogados de los autores de la violencia, a pesar de todo distanciamiento de la violencia para el contenido de protesta latente en dichos actos.

El segundo tipo no afecta a decisiones y situaciones de interés racionales, sino a valores y normas, haciendo derivar los actos violentos principalmente de la existencia de determinados valores, o de la falta de éstos. Yo distinguiría aquí otros dos subtipos. En el primero, se hace responsable de la violencia a una cultura de la violencia, a arraigadas tradiciones históricas de orientación bélica o a la aceptación inconsciente de una situación de violencia habitual. En este subtipo entrarían, por ejemplo, los intentos por elevar al rango de explicación principal el papel importante del sexo masculino o la presencia habitual del hecho militar, así como la clásica teoría de la anomia que se suele estudiar en sociología criminal, que hace particular hincapié en la discrepancia existente entre los valores al uso y las posibilidades materiales para su realización. También se pueden incluir aquí los estudios en los que el papel decisivo lo juegan las particularidades culturales de las víctimas, y no los propios autores de la violencia. Pero cada vez se publican más artículos que hacen responsable de una determinada ola de actos violentos al cambio de valores y a la pérdida de valores. En este caso, se pueden diferenciar perfectamente los distintos planteamientos sobre las relaciones causales. Unos hablan de un debilitamiento de la autoridad, otros de un clima de permisibilidad general, otros todavía de los malos ejemplos que proponen los medios de comunicación en su representación de la violencia, y otros finalmente de la falta de ideales y motivaciones, con el consiguiente sentimiento de vacío resultante, el cual se intentaría colmar recurriendo a la violencia. En este subtipo, se debe tener en cuenta también el papel causal del cambio de valores para prestar plausibilidad a la explicación. Aquí, el espectro va desde la izquierda hasta la derecha: desde la acentuación de la individualización y la erosión cultural a causa del carácter mercantil de todos los procesos vitales del capitalismo hasta la queja por la pérdida de valores como consecuencia del individualismo que se detecta en el movimiento estudiantil y en la cultura consumista de la juventud. También en este caso, las advertencias de los expertos, hechas bastante tiempo atrás, pueden conseguir llamar por fin la atención de la opinión pública, y servir para domeñar la modernización capitalista o para acabar con la permisi-

vidad, así como para reforzar el papel de la autoridad o de los valores transmitidos a través de la educación.

Naturalmente, la justeza de los dos tipos de explicación sólo se puede comprobar empíricamente en cada caso respectivo. Para esta tarea, se plantean por regla general unas dificultades bastante considerables. Así, en el caso de los actos violentos xenófobos cometidos en Alemania durante los últimos años, casi todas las hipótesis socioestructurales, aparentemente iluminadoras, han acabado viéndose desmentidas por los hechos.[2] Los que cometieron tales actos, o participaron en ellos, no eran en modo alguno jóvenes desempleados mayoritariamente o hijos de las denominadas familias rotas. Entre los más ardientes xenófobos se encuentran a menudo jóvenes que han recibido una buena educación. En cuanto a los casos de violencia cometidos en la Alemania del Este, se atribuyen a la repentina irrupción de un nuevo sistema económico, es decir, a la lógica del capitalismo; pero esto lo desmiente el hecho de que, bastante antes del desplome de la República Democrática Alemana, allí se manifestó un gran potencial de violencia juvenil. La explicación según el famoso esquema del «carácter autoritario» es mucho menos plausible para el caso de la antigua República Federal; aquí circula, más bien, la tesis de la permisividad, si bien no parece estar muy clara la relación existente entre los ambientes de los que proceden los jóvenes en cuestión y las subculturas y ambientes afectados por el individualismo expresivo. En Estados Unidos surgen dificultades muy parecidas cuando los críticos culturales atribuyen la criminalidad de los guetos a la inconsistencia moral de los movimientos estudiantiles. La actitud, un tanto presuntuosa, con que se aducen las explicaciones de los dos tipos no suele descansar, como vemos, en una buena base empírica.

Quisiera, no obstante, hacer una precisión al respecto. Naturalmente, ninguno de los dos tipos de explicación es una panacea universal, pero tampoco son erróneos *a priori*. La pregunta por las causas socioestructurales y por los círculos de intereses es tan legítima como la pregunta por los valores orientadores o por la pérdida de los valores. Pero ambas clases de explicación tienen también un defecto común: se quedan relativamente mudas cuando se trata de saber en qué momento se produjo la irrupción de la violencia, así como la dinámica interna del hecho violento o la extensión del mismo —eso precisamente que convierte un hecho

2. Helmut Willems, «Fremdenfeindliche Gewalt: Entwickung, Strukturen, Interaktionsprozesse», *Gruppendynamik*, nº 23, 1992, págs. 433-448.

aislado en parte de una ola—. En los dos tipos de explicación se abordan cuestiones relacionadas principalmente con las tensiones estructurales (de carácter socioestructural o cultural), y se da por supuesto que éstas deberían convertirse repentinamente, en un determinado momento, en una acción colectiva y que el punto temporal a explicar describe precisamente a éste. El discurrir interno del evento violento se considera entonces como algo secundario. Pero esto no es en modo alguno una suposición obvia. No debemos considerar el descontento por las disfunciones sociales, o determinadas posturas negativas respecto a determinadas categorías de ciudadanos, como una especie de paso previo para la disposición a la violencia. Para muchas personas, del descontento o del prejuicio se siguen muchas cosas, pero no necesariamente una acción violenta; e, inversamente, muchos actos violentos se caracterizan precisamente por la indiferencia electiva con relación a la víctima. Por lo tanto, para la explicación de los fenómenos de la violencia colectiva y espontánea puede ser fructífero reparar al menos en la dinámica del surgimiento y desarrollo de las acciones propiamente dichas. Con esto me estoy refiriendo tanto a la dinámica *interpersonal* de la escalada como a la dinámica *intrapersonal* de las consecuencias para la propia acción de la violencia experimentada. El predominio de estos dos supuestos tipos explicativos no es, en mi opinión, algo casual, sino que obedece a una especie de necesidad teórica que conforma y restringe el estudio sociológico de la acción humana en general, y para cuya superación debemos esforzarnos por alcanzar el ámbito de explicación de los fenómenos violentos.

Desde hace más de cien años, la teoría de la acción se halla situada en lo esencial entre dos polos distintos. Por un lado, desde la temprana economía política y filosofía moral del utilitarismo, persiste un planteamiento que entiende la acción humana en el sentido de una multiplicación de la utilidad subjetiva y objetiva, como un consecuente aspirar a una meta bien clara utilizando medios técnicamente apropiados y económicamente favorables. Este modo de pensar ha conocido su expresión más clara en el modelo del *Homo oeconomicus,* que predomina en las ciencias económicas, si bien se ha vuelto también importante para otras disciplinas diferentes, como es, por ejemplo, la psicología. En cambio, desde finales del siglo XIX, la sociología viene reivindicando su identidad precisamente mediante la diferenciación entre economía y psicología. Se opone a la tendencia de ambas disciplinas a reducir los fenómenos colectivos a fenómenos individuales o a entenderlos como simples agregados de fenómenos individuales. Con respecto al quehacer humano, sitúa por tanto en

primer plano la constitución moral de las preferencias individuales y la orientación al valor y a la norma del quehacer humano. Desde Émile Durkheim, en 1893, hasta Amitai Etzioni, en 1988, pasando por Talcott Parsons, en 1937, se han hecho intentos muy serios por demostrar la superioridad del modelo normativo-cultural respecto del modelo del *Homo oeconomicus*.

Ahora bien, a los dos modelos de acción al uso, el de la acción racional y el de la acción normativamente orientada, tal y como los encontramos en el estudio de la violencia, se puede añadir un tercer modelo, para el que viene a cuento el discurso acerca del carácter *creativo* de la acción humana.[3] Al igual que el modelo normativamente orientado es superior al simple «modelo racional» en la medida en que la orientación a la racionalidad lo torna también reconocible como una orientación normativa, el modelo creativamente orientado es superior al normativamente orientado en cuanto que aborda dos cuestiones que, de otra manera, se quedarían sin revolver. Se trata, por una parte, de la cuestión de cómo emplear las normas y los valores en situaciones de acción concretas, y, por la otra, de la cuestión acerca del surgimiento de los valores orientados a la acción propiamente dicha. Si la orientación a los valores en tales situaciones no es deductivamente posible, sino que exige contribuciones propias creativas, y si los compromisos de valor no pueden cumplirse de manera intencional, sino sólo mediante experiencias afectivas fuertes, entonces el espacio queda abierto para este tercer modelo basado en la creatividad de la acción.

A diferencia de las teorías que se basan en la acción racional, esta teoría no produce un contramodelo de lo no racional; no arroja una retícula de valor sobre la fenomenal multiplicidad de la acción. Para una manera de pensar que no ve por doquier al *Homo oeconomicus,* es también ideal una acción que racionaliza las metas, los valores y las consecuencias de la acción. Según esta manera de pensar, las acciones violentas *deben* ser consideradas o bien como acciones racionales o bien como desviaciones irracionales en base a una orientación al valor fanatizada, a una pérdida del control afectivo o a una tendencia a la violencia transmitida. Todo esto puede resultar comprensible sobre todo por motivos morales, pero, desde el punto de vista analítico, es muy poco declarativo y tiene además el inconveniente de que los actos violentos se deben entender con las mismas categorías que los actos creativos del ser humano. Si apli-

3. Hans Joas, *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992.

camos la escala de la racionalidad final, desaparecen las diferencias entre creatividad y violencia.

No se trata aquí en absoluto de refutar la utilidad empírica de los modelos de acción para los análisis de determinados fenómenos sociales. Sólo se cuestiona la pretensión de, en base a tal utilidad, querer aplicar a ámbitos objetivos siempre nuevos el modelo —abundante en hipótesis— de la acción racional sin una reflexión básica de sus presupuestos inherentes. Por eso se debe analizar *el carácter intencional de la acción humana, la corporeidad específica y la socialidad originaria de la capacidad humana para la acción.*[4] Las tres dimensiones —la dinámica de la *fijación* de objetivos, la dialéctica del control y la liberación corporal y el anhelo de revitalización en la experiencia individual o colectiva de la trascendencia personal— son esenciales para la comprensión de la multiplicidad de las acciones individuales, y con más razón aún para una reconstrucción adecuada de los procesos dinámicos de la acción colectiva.[5]

En el análisis de estos procesos, el modelo racional y el modelo normativo son particularmente fáciles de reconocer como procesos inadecuados. El modelo racional sólo tiene posibilidades allí donde o bien los individuos se comportan calculando la utilidad respecto a la acción colectiva —como el *free rider,* por ejemplo, ese empresario no organizado sindicalmente que consigue no obstante disfrutar de las conquistas salariales—, o bien la acción colectiva misma es considerada por los «empresarios de la organización» desde el punto de vista de la movilización racional de los recursos. En el modelo normativo, no están previstos en absoluto los procesos espontáneos de la acción no institucionalizada. No deja de ser curioso que el intento más famoso por fundar una teoría de la acción colectiva en esta dirección (el de Neil Smelser) se oriente al proceso económico de la creación de valores paso a paso.[6] Pero el modelo económico se refiere a un evento en el que cada paso anterior se debe entender, al menos *a posteriori*, como un medio para alcanzar una meta futura. Por su parte, para la dinámica de la acción no institucionalizada, semejante esquema teleológico es precisamente inadecuado. Aquí, las definiciones sobre las situaciones y las normas derivadas del proceso, incluidas la fijación de metas de todo el proceso y la elección de los medios, están muy poco claras y son desconocidas para todos los concernidos;

4. Este tema aparece tratado más detenidamente en *op. cit.*, pág. 218-285.
5. *Ibid.*, págs. 290-306.
6. Neil Smelser, *Theorie des kollektiven Verhaltens*, Colonia, 1972.

sólo se esclarecen en el proceso propiamente dicho. Smelser incorpora también los controles sociales como una fase más en su modelo de la acción colectiva. Pero, con ello, el carácter combativo de la interacción entre la irrupción colectiva y el control social se torna irreconocible, pues los controles sociales no se piensan como una contrafuerza cuya estructura obedece a sus propias leyes y que se torna activa incluso sobre la base de «teorías» propias sobre las irrupciones de la acción colectiva. En vez de orientarse a un modelo teleológico, la atención tiene que dirigirse a los procesos que no se pueden derivar de disposiciones psíquicas o de situaciones problemáticas sociales que se encuentran en el lugar de destino, sino en cuyo discurrir los protagonistas propiamente tales sólo se educan a sí mismos para lo que ellos representan para cualquier movimiento social que pueda surgir. La acción colectiva define sólo los problemas a los que remite, crea motivos e identidades, configura nuevas relaciones sociales y nuevas comunidades, da pie a cambios identitarios profundos (como la conversión y la regeneración), produce símbolos de impronta afectiva y deja como legado vinculaciones simbólicas con poder para estructurar biografías.[7]

En lo que precede, se han enumerado, en forma de observaciones críticas, los *desiderata* para una análisis apropiado. En los trabajos influidos por las teorías simbólico-interaccionistas sobre la acción colectiva —como, por ejemplo, en los trabajos de investigación de Ralph Turner sobre los disturbios raciales de Estados Unidos[8] o en los trabajos de investigación de Tréveris sobre la violencia xenófoba en Alemania—,[9] estos *desiderata* me parecen, por ahora, haberse hecho realidad. Pero hay también otros trabajos que se han llevado a cabo en los últimos años en esta dirección. Así, por ejemplo en los estudios sobre el terrorismo de la República Federal Alemana de la década de 1970, Friedhelm Neidhardt, Fritz Sack y Susanne Karstedt-Henke ya habían hecho unas reflexiones muy interesantes sobre la dinámica propia de los procesos desarrollados de forma violenta.[10] Unas décadas antes, en su famosa obra titulada *Masa y poder,*

7. Ralph H. Turner y Lewis M. Killian, *Collective Behavior*, Englewood, Cliffs, Nueva Jersey, 1987.

8. Ralph H. Turner, «Race Riots Past and Present: A Cultural-Collective Behavior Approach», *Symbolic Interaction*, nº 17, 1994, págs. 309-324.

9. Por ejemplo, Helmut Willems, «Fremdenfeindliche Gewalt», *op. cit.*

10. Friedhelm Neidhardt, «Über Zufall, Eigendynamik und Institutionalisierbarkeit absurder Prozesse. Notizen am Beispiel einer terroristischen Gruppe», Heine von Alemann y Hans-Peter Thurn (comps.), *Soziologie in weltbürgerlicher Absicht. Festschrift für*

Elias Canetti, tocando tangencialmente el ámbito de la psicología, ya había hecho también unas observaciones muy agudas, y a menudo también bastante idiosincrásicas, sobre, por ejemplo, la lógica interna de los «motines», que, curiosamente, durante los últimos años venían siendo abordados cada vez más a menudo por los sociólogos.[11] Incluso los planteamientos racionalistas se han desarrollado en paralelo, desde cierto punto de vista, mediante un reparto más exacto de los umbrales de detección que se deben franquear con la irrupción de los actos violentos, y mediante la consideración de la heterogeneidad interna de las masas y de la escalada gradual mediante «costes» participados a la baja en un número creciente de participantes; en este orden de cosas, su interpretación del desarrollo de las manifestaciones de los lunes de Leipzig de 1989 es, a mi entender, bastante atinada.[12] Pero las manifestaciones de los lunes de Leipzig no fueron, naturalmente, un estallido de violencia, sino que contenían unas metas claras, si bien definidas de manera principalmente negativa: no encajaban en absoluto con lo que, en los estudios americanos, se denomina con la expresión de *issueless riots,* es decir, disturbios sin contenido de protesta.[13] En los trabajos de investigación de Tréveris, se expresan en términos muy claros no sólo los procesos de escalada de movimiento interno, sino también las interacciones entre los activistas y sus adversarios (las instituciones estatales, los medios de comunicación y los movimientos antagónicos). La atención se dirige, de esta forma, a los procesos de acción entre los demandantes de asilo y la población, así como a la reacción de las élites políticas, a la transformación de los temas en el espacio público, a la conducta de la policía, cuya retirada puede conducir «a una ganancia de poder vivida eufóricamente y a una experiencia de anarquía, por no decir

René König zum 75. Geburtstag, Opladen, 1981, págs. 243-257; Fritz Sack, «Staat, Gesellschaft und politische Gewalt. Zur "Pathologie" politischer Konflikte», Fritz Sack y Heinz Steiner (comps.), *Protest und Reaktion. Analysen zun Terrorismus*, vol. 4/2, Opladen, 1984, págs. 17-384; Suzanne Karstedt-Henke, «Theorien zur Erklärung terroristischer Bewegungen», Erhard Blankenburg (comp.), *Politik der inneren Sicherheit*, Francfort del Meno, 1980, págs. 169-237.

11. Elias Canetti, *Masse und Macht*, Francfort del Meno, 1980; Wolfgang Sofsky, «Die Meute. Zur Anthropologie der Menschenjagd», *Neue Rundschau*, nº 4, 1994, págs. 9-21.

12. Karl-Dieter Opp, «DDR '89. Zu den Ursachen einer spontanen Revolution», Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR. Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 194-221.

13. Gary Marx, «Issueless Riots», *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, nº 391, 1970, págs. 21-33.

también de anomia, intoxicante y estimulante»,[14] y finalmente a la interacción entre los medios de comunicación y la ola de violencia. Como en los respectivos actos, en un 90 % se trataba de delitos en grupo, en su mayor parte cometidos de manera espontánea, esta manera de proceder es aquí particularmente apropiada. Una ola de violencia iniciada de esta manera puede, naturalmente, crear de por sí, sobre todo en caso de éxito, unas estructuras nuevas que, a la larga, se solidifican y revierten en mayor organización, coordinación y planificación. Los estudios sobre el terrorismo de la República Federal de la década de 1970 han demostrado a las claras cómo, a partir de la ruptura —al principio espontánea— del tabú de la violencia, y a partir también de las reacciones estatales, se puede producir una espiral de causación circular, que ya no podrá ser neutralizada por ninguna de las partes mediante una simple decisión de la voluntad. Del lado estatal, las acciones violentas pueden convertirse en el detonante de nuevas estructuraciones profundas de los aparatos de seguridad y en la fuente de una legitimidad suplementaria; así, ahora se ofrece un «enemigo interior», con todos sus efectos dicotomizantes, para ser combatido formalmente. Del lado de los terroristas, surge igualmente, mediante la creación de un núcleo organizativo, una situación completamente nueva. Dicho núcleo necesita, como ya mostró, por ejemplo, Peter Waldmann en los casos de Irlanda del Norte y el País Vasco,[15] de una infraestructura material propia y de un sistema de justificación ideológica propia. Pero a los actos violentos se les adhieren también otros intereses materiales y de estatus, que sólo se verían amenazados con la vuelta a una situación establemente pacífica. También del conflicto de los Balcanes se podrían extraer otros ejemplos. Los que se aprovechan de la violencia llevan a cabo sus actos apolíticos en este clima. No deberíamos olvidar que no sólo la escalada de la violencia muestra una dinámica propia no reducible a intenciones aisladas de las partes concernidas, sino también la violencia como tal. Ésta contiene de por sí una tendencia natural a su autoperpetuación, y, cual evento despótico, parece como si condenara a la impotencia a todos los afectados por ella. «Das eben ist der Fluch der bösen Tat, daß sie, fortzeugend, immer Böses muß gebären» («La maldición de la acción inicua es precisamente no poder hacer otra cosa que engendrar perpetuamente

14. Helmut Willems, «Fremdenfeindliche Gewalt», *op. cit.*, pág. 444.

15. Peter Waldmann, «Gewaltsamer Separatismus. Am Beispiel der Basken, Franko-Kanadier und Nordiren», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 37, 1985, págs. 203-229.

el mal») (Schiller). Así pues, ningún intento serio por anclar una relación de violencia cuasi institucionalizada se puede limitar a la dimensión de la comprensión y de la racionalidad de los fines, o de la moral y los valores, sino que debe considerar las condiciones y fases diversas de las olas de violencia.

Vamos a intentar concretizar un poco estas reflexiones algo abstractas ciñéndonos en particular al estudio realizado en Estados Unidos sobre los *ghetto riots*. Para ello es necesario entrar a estudiar las condiciones exactas que se dieron para el surgimiento y desarrollo de este tipo de violencia. Para lo cual, conviene prescindir metódicamente de las tensiones sociales o culturales preexistentes, así como de los patrones de desigualdad —y de su desarrollo—, que naturalmente casi siempre forman parte de los requisitos de los actos violentos espontáneos, no institucionalizados. Se pueden nombrar cinco clases de condiciones necesarias para que surja una ola de violencia.[16] En primer lugar, sobre todo entre los grupos enemigos —los potenciales grupos activistas y sus potenciales víctimas—, apenas existen canales de comunicación vivos y activos: o bien han faltado desde siempre o bien han quedado neutralizados por determinados sucesos precedentes. Pero no sólo las relaciones inmediatas entre los grupos son importantes, sino también la relación con las instituciones que tienen el monopolio de la violencia estatal. Así, en los disturbios raciales americanos de los últimos decenios, se aprecian frecuentemente actos violentos de la policía y decisiones no imparciales por parte de la justicia (ya supuestas ya reales) como detonante de los hechos violentos. Pero, sin el aura de la autoridad *y* la imparcialidad, las instancias estatales no pueden ahogar ni canalizar ningún tipo de conflictos. Otra condición importante —la tercera— tiene que ver con la falta de un movimiento social más amplio, capaz de aglutinar los sentimientos de injusticia y los intentos por poner remedio a la situación en cuestión. Naturalmente, también existen movimientos sociales que tienen en cuenta los actos violentos de una manera conscientemente estratégica para lograr con ello sus objetivos o, independientemente de cualquier objetivo, para aglutinar a los miembros del grupo en torno a la experiencia intoxicante de la violencia compartida. Pero todos los movimientos sociales suelen tener en cuenta los costes que el empleo de la violencia les supone en términos de represión estatal, de violencia por parte de los adversarios y de

16. Modificado a tenor del artículo de Ralph H. Turner, «Race Riots Past and Present», *op. cit.*

falta de unidad interna, por lo que generalmente tratan de atajar cualquier conato de violencia espontánea y a corto plazo en aras de los beneficios a largo plazo. Un movimiento organizado actúa de manera disciplinada y al mismo tiempo motivada. A diferencia de los disturbios racistas de la década de 1960, *Los Angeles riots* de 1992 no se deben ver en el contexto de un movimiento reformista en pro de los derechos civiles, ya que se produjeron sin el influjo de —y sin efecto sobre— semejante movimiento. La brutalidad demostrada contra la gente fue esencialmente mayor que en la ocasión anterior. Como cuarta condición, se puede hablar de una transformación, favorable a la violencia, de los valores y las normas. Cuando los grupos sociales se han distanciado radicalmente entre sí, ya no existe confianza en los mecanismos previstos para la solución de los conflictos ni hay ningún movimiento social que canalice el descontento; cambia la exposición de las normas relativas a la violencia. Esto no tiene por qué desencadenar de por sí ningún acto violento, pero sí puede preparar el terreno para su plausibilidad si la violencia es ejercida por activistas aislados. Y, en quinto lugar, no son, curiosamente, individuos violentos aislados —al menos en el caso de los *race riots*—, sino grupos preexistentes que tienden a la violencia, como, por ejemplo, los *gangs,* los que toman la iniciativa y luego implican a otros en el acontecer violento. Contrariamente a lo que invitaría a pensar la noción de una masa sin estructura, en los guetos existen siempre redes sociales que se solapan de manera múltiple y que pueden dar origen a la movilización; en muchos de ellos, la violencia contra los policías o los blancos se siente ya como algo legítimo a causa del cambio de las normas, pudiéndose decir incluso que la violencia está ritualizada como tal. Al considerar así las estructuras sociales en la «masa», la tradición simbólico-interaccionista que se interesa por la emergencia de las normas y los grupos tiene en cuenta también los puntos de vista de otros planteamientos, sobre todo los de la escuela de los recursos-movilización. En su análisis de los grados de la escalada, Ralph Turner acepta, por ejemplo, las explicaciones del tipo *racional-choice* respecto a una escalada paulatina, haciendo hincapié particularmente en una fase de prueba anterior a la irrupción propiamente dicha de la ola de acciones violentas. Cuando semejantes «tests» (por ejemplo, con motivo de la presencia policial o de un apoyo moderado a los autores de la acción violenta) arrojan un resultado negativo, generalmente no entran a formar parte de la historia de los disturbios raciales o del movimiento social, sino que son considerados «prepolíticos» y ni siquiera son conocidos a nivel suprarregional.

No sólo la dinámica *inter*personal de la violencia, sino también la dinámica *intra*personal representa un campo de investigación importante. Es de sobra conocida la dificultad especial que entraña establecer relaciones causales, en el sentido de las ciencias empíricas, entre los traumas de la temprana infancia y la conducta adulta. Sólo el psicoanálisis se ha atrevido a abordar a fondo este tema. Es más factible —aun cuando siga siendo bastante arduo— establecer una relación entre trauma violento y transformación identitaria en la fase posterior de la vida adulta. Aprovechando la importante investigación llevada a cabo en Estados Unidos sobre las consecuencias de la guerra de Vietnam, sobre todo con respecto a las consecuencias que la experiencia de la violencia en la guerra tuvo para la conducta de los veteranos después de la guerra, se pueden hacer, sin duda, algunas afirmaciones ulteriores de mayor calado. Pero tampoco aquí son imprescindibles modelos de cuño behaviorista en el sentido de un simple acostumbrarse a la violencia; es más recomendable el planteamiento sobre la formación de la identidad proveniente de la misma tradición de estudio simbólico-interaccionista que los trabajos fructíferos sobre la dinámica de la escalada interpersonal, una nueva interpretación del efecto «creador de identidad» de las experiencias de la violencia.[17] También este planteamiento aboga por una interpretación de la acción humana que vaya más allá de los modelos racionalistas y normativistas.[18]

17. Véase el capítulo de este libro «*Sprayed and Betrayed*», págs. 153-166. Se encontrará un artículo interesante sobre la dinámica de los progroms en Werner Bergmann, «Pogrome: eien spezifsiche Form kollektiver Gewalt», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 50, 1998, págs. 644-665.

18. Cada vez son más numerosos los signos indicadores en el sentido de que las más importantes corrientes de la reciente investigación alemana apuntan en esta dirección. Véanse el artículo de Trutz von Trotha, «Zur Soziologie der Gewalt», y el de Birgitta Nedelmann, «Gewaltsoziologie am Scheideweg», ambos publicados en la obra editada por Trotha *Soziologie der Gewalt (Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* (cuaderno especial 37), 1997, págs. 9-56 y 59-85.

BIBLIOGRAFÍA

Alexander, Jeffrey, «Modern, Anti, Post and Neo: How Social Theories Have Tried to Understand the "New World" of "Our Time"», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 23, 1994, págs. 165-197.

—, «Critical Reflections on "Reflexive Modernization"», *Theory, Culture and Society*, nº 13, 1996, págs. 133-138.

Alexander, Jeffrey y Maria Pia Lara, «The Struggle for Recognition», *New Left Review*, nº 220, 1996, págs. 126-136.

Alexander, Jeffrey y Philip Smith, «Social Science and Salvation: Risk Society as Mythical Discourse», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 25, 1996, págs. 251-262.

Archer, Dane y Rosemary Gartner, «Violent Acts and Violent Times: The Effect of Wars on Postwar Homicide Rates», en *Violence and Crime in a Cross-national Perspective*, New Haven, Connecticut, 1984, págs. 63-97.

Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: Ein Bericht von der Banalität des Bösen*, Múnich, 1964 (trad. cast.: *Eichman en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2001).

—, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, Múnich, 1986.

Arnason, Johann, *Nation and Modernity*, Aarhus, Rejkjavik Lectures, 1996.

Aron, Raymond, *Frieden und Krieg: Eine Theorie der Staatenwelt* (1962), Francfort del Meno, 1986 (trad. cast.: *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza, 1985).

—, «Max Weber und die Machtpolitik», en Otto Stammer (comp.), *Max Weber un die Soziologie heute*, Tubinga, 1965, págs. 103-120.

—, «Der Krieg und die industrielle Gesellschaft», en Uwe Nerlich (comp.), *Krieg und Frieden im industriellen Zeitalter*, Dusseldorf, 1966, págs. 17-65.

Ashworth, Clive y Christopher Dandeker, «Warfare, Social Theory and West European Development», *Sociological Review*, nº 35, 1987, págs. 1-18.

Baier, Horst, *Vom bewaffneten zum ewigen Frieden? Die Zähmung der Gewalt als Thema der Sozialphilosophie un Soziologie*, Constanza, 1985.

Barber, William J., «British and American Economists and Attempts to Comprehend the Nature of War, 1910-1920», *Economics and National Security: A History of Their Interaction*, suplemento anual de *History of Political Economy*, nº 23, 1991, págs. 61-86.

Baskir, Lawrence M. y William A. Strauss, *Chance and Circumstance: The Draft, the War and the Vietnam Generation*, Nueva York, 1978.

Bauman, Zygmunt, *Modernity and the Holocaust*, Cambridge, 1989 (trad. cast.: *Modernidad y holocausto*, Madrid, Sequitur, 1997).

—, «Gewalt: modern und postmodern», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 36-67.

Beck, Ulrich, *Risikogesellschaft: Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Francfort del Meno, 1986 (trad. cast.: *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998).

—, «Der Konflikt der zwei Modernen», en Wolfgang Zapf (comp.), *Die Modernisierung moderner Gesellschaften: Verhandlungen des 25: Deutschen Soziologentags*, Francfort del Meno, 1990-1991, págs. 40-53.

—, «Der feindlose Staat, Militär und Demokratie nach dem Kalten Krieg», *Die Zeit*, 23 de octubre de 1992, págs. 65 y sigs.

—, *Die Erfindung des Politischen*, Francfort del Meno, 1993.

—, «Erwiderungen», *Mittelweg*, vol. 36, nº 3, 1994, págs. 37-42.

—, «Wie aus Nachbarn Juden werden: Zur politischen Konstruktion des Fremden in der reflexiven Moderne», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 318-343.

—, *Was ist Globalisierung?*, Francfort del Meno, 1997 (trad. cast.: *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998).

—, «Der militärische Pazifismus: Über den postnationalen Krieg», *Süddeutsche Zeitung*, 19 de abril de 1999, págs. 15-17.

Bellah, Robert y otros, *Gewohnheiten des Herzens: Individualismus und Gemeinsinn in der amerikanischen Gesselschaft*, Colonia, 1987 (trad. cast.: *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza, 1989).

Bendix, Reindhard, «Tradition and Modernity Reconsidered», *Comparative Studies in Society and History*, nº 9, 1966-1967, págs. 292-346.

—, «Modernisierung in internationaler Perspektive», en Wolfgang Zapf (comp.), *Theorien des sozialen Wandels*, Colonia, 1970, págs. 505-512.

—, *Könige oder Volk: Machtausübung und Herrschaftsmandat*, 2 vols., Francfort del Meno, 1980.

Berg, Manfred, «Krieg und Wahlrecht in der amerikanischen Geschichte», en Wolfgang Knöbl y Gunnar Schmidt (comps.), *Die Gegenwart des Krieges: Staatliche Gewalt in der Moderne*, Francfort del Meno, 2000, págs. 147-173.

Bergmann, Werner, «Pogrome: eine spezifische Form kollektiver Gewalt», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 50, 1998, págs. 644-665.

Bergson, Henri, *La signification de la guerre*, París, 1915.

Bernstein, Richard, *The New Constellation: The Ethical-Political Horizons of Modernity/Postmodernity*, Cambridge, Massachusetts, 1993.

Beyme, Klaus von, «Selbstgleichschaltung: Warum es in der DDR keine Politologie gegeben hat», en Bernd Giesen y Claus Leggewie (comps.), *Experiment Vereinigung: Ein sozialer Gro(versuch*, Berlín, 1991, págs. 123-132.

Black, Cyril E., *The Dynamics of Modernization*, Nueva York, 1966.

Bogner, Artur, «Die Theorie des Zivilisationsprozesses als Modernisierungstheorie», en Helmuth Kuzmics e Ingo Mörth (comps.), *Der unendliche Prozeß der Zivilisation: Zur Kultursoziologie der Moderne nach Norbert Elias*, Francfort del Meno, 1991, págs. 33-58.

Boulanger, Ghislaine, «Violence and Vietnam Veterans», en Ghislaine Boulanger y Charles Kadushin (comps.), *The Vietnam Veteran Redefined: Fact and Fiction*, Hillsdale, Nueva Jersey, 1986, págs. 79-90.

Boutroux, Émile, *L'Allemagne et la guerre*, París, 1915.

Breuilly, John, «The Nation-State and Violence: A Critique of Giddens», en John Clark y otros (comps.), *Anthony Giddens: Consensus and Controversy*, Londres, 1990, págs. 271-288.

Brunner, Otto, *Land und Herrschaft: Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Österreichs* (1939), Viena, 1990.

Bude, Heinz, «Gewalt durch Verfahren: Zygmunt Bauman über die Modernität des Bösen», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8 de diciembre de 1992, pág. 17.

—, «Das Ende einer tragischen Gesselschaft», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammmenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 267-281.

Bude, Heinz y Martin Kohli, «Die Normalisierung der Kritik», en Heinz Bude y Martin Kohli (comp.), *Radikalisierte Aufklärung: Studentenbewegung und Soziologie in Berlin 1965 bis 1970*, Weinheim, 1989, págs. 17-42.

Büsch, Otto y Michael Erbe (comps.), *Otto Hintze und die moderne Geschichtswissenschaft*, Berlín, 1983.

Burger, John S. y Mary Jo Deegan, «G. H. Mead on Internationalism, Democracy, and War», *Wisconsin Sociologist*, nº 18, 1981, págs. 72-83.

Butterfield, Herbert, *The Whig Interpretation of History*, Londres, 1931.

Caillois, Roger, *Bellone ou la pente de la guerre*, Bruselas, 1963.

—, *Der Mensch und das Heilige*, Múnich, 1988.

Canetti, Elias, *Masse und Macht*, Francfort del Meno, 1980 (trad. cast.: *Masa y poder*, Madrid, Alianza, 1999).

Castoriadis, Cornelius, *Gesellschaft als imaginäre Institution: Entwurf einer politischen Philosophie*, Francfort del Meno, 1984 (trad. cast.: *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983).

Chapman, Guy, *A Passionate Prodigality*, Londres, 1965.

Collins, Randall, «The future decline of the Russian Empire», en Randall Collins, *Weberian Sociological Theory*, Cambridge, 1986, págs. 186-209.

—, «Imperialism and Legitimacy: Weber's theory of politics», en Randall Collins, *Weberian Sociological Theory*, Cambridge, 1986, págs. 145-166.

—, «German-Bashing and the Theory of Democratic Modernization», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 24, 1995, págs. 3-21.

Collins, Randall y David Waller, «Der Zusammenbruch von Staaten und Revolutionen im sowjetischen Block: Welche Theorien machten zutreffende Voraussugen?», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 302-325.

Corradini, Enrico, «La guerra», *Il Regno*, vol. 1, nº 4, 1904, págs. 2-4, reimpreso en Delia Castelnuovo Frigessi (comp.), *La cultura italiana del '900 attraverso le riviste («Leonardo», «Hermes», «Il Regno»)*, vol. 2, Turín, 1960, págs. 482-485.

Croce, Benedetto, *Randbemerkungen eines Philosophen zum Weltkriege: 1914-1920*, Zúrich, 1922.

Dahrendorf, Ralf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, Múnich, 1965.

—, «Widersprüche der Modernität», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 194-204.

Dandeker, Christopher, «The Nation-State and the Modern World System», en John Clark y otros (comps.), *Anthony Giddens: Consensus and Controversy*, Londres, 1990, págs. 257-269.

Dewey, John, *Deutsche Philosophie und Politik* (1915), Meisenheim, 1954.

—, «The Tragedy of the German Soul», (1916), en *Middle Works*, vol. 10, Carbondale, Illinois, 1980, págs. 305-309.

—, «Progress», en *Characters and Events*, vol. 2, Nueva York, 1929, págs. 820-830.

Dienstfrey, Stephen J., «Women Veterans' Exposure to Combat», *Armes Forces and Society*, nº 14, 1988, págs. 549-558.

Dietze, Anita y Walter Dietze (comps.), *Ewiger Friede? Dokumente einer deutschen Diskussion um 1800*, Leipzig-Weimar, 1989.

Dorfman, Joseph, *Thorstein Veblen and His America*, Nueva York, 1961.

Downing, Brian M., «Constitutionalism, Warfare and Political Change in Early Modern Europe», *Theory and Society*, nº 17, 1988, págs. 7-56.

—, *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Princeton, 1992.

Doyle, Michael W., *Ways of War and Peace: Realism, Liberalism, and Socialism*, Nueva York, 1997.

Durkheim, Émile, «La sociologie selon Gumplowicz» (1885), en *Textes*, vol. 1, París, 1975, págs. 344-354.

—, *L'Allemagne au-dessus de tout: La mentalité allemande et la guerre*, París, 1915.

—, *Qui a voulu la guerre? Les Origines de la guerre d'après les documents diplomatiques*, París, 1915.

—, *Textes*, 3 vols., París, 1975.
—, *Leçons de sociologie: Physique des maeurs et du droit*, París, 1969 (trad. cast.: *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y el derecho*, Buenos Aires, Schapire, 1966).
—, *Über soziale Arbeitsteilung*, Francfort del Meno, 1988.
Egendorf, Arthur, *Healing from the War: Trauma and Transformation after Vietnam*, Boston, 1986.
Eisenstadt, Shmuel, «Barbarei und Moderne», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 96-117.
Eksteins, Modris, *Tanz über Gräben: Die Geburt der Moderne und der Erste Weltkrieg*, Reinbek, 1990.
Elias, Norbert, *Über den Prozeß der Zivilisation*, 2 vols., Francfort del Meno, 1976 (trad. cast.: *El proceso de civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988).
Engler, Wolfgang, *Die ungewollte Moderne: Ost-West-Passagen*, Francfort del Meno, 1995.
Enzensberger, Hans Magnus, *Aussichten auf den Bürgerkrieg*, Francfort del Meno, 1993 (trad. cast.: *Perspectivas de la guerra civil*, Barcelona, Anagrama, 1994).
Etzioni, Amitai, *Die aktive Gesellschaft*, Opladen, 1975.
Fanon, Frantz, *Die Verdammten dieser Erde* (1961), Francfort del Meno, 1969 (trad. cast.: *Los condenados de la Tierra*, Navarra, Txalaparta Argitaletxea, 1999).
Faulenbach, Bernd, *Ideologie des deutschen Weges: Die deutsche Geschichte in der Historiographie zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus*, Múnich, 1980.
Frey-Wouters, Ellen y Robert S. Laufer, *Legacy of a War: The American Soldier in Vietnam*, Armonk, Nueva York, 1986.
Ganßmann, Heiner, «Die nichtbeabsichtigten Folgen einer Wirtschaftsplanung: DDR-Zusammenbruch, Planungsparadox und Demokratie», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 172-193.
Gephart, Werner, «Die französische Soziologie und der Erste Weltkrieg: Spannungen in Émile Durkheims Deutung des Großen Krieges», en Wolfgang Mommsen (comps.), *Kultur und Krieg: Die Rolle der Intellektuellen, Künstler und Schriftsteller im Ersten Weltkrieg*, Múnich, 1996, págs. 49-63.
Gerhard, Dietrich, «Otto Hintze: His Work and His Significance in Historiography», *Central European History*, nº 3, 1970, págs. 17-48; reimpreso en *Gesammelte Aufsätze*, Gotinga, 1977, págs. 268-295.
Giddens, Anthony, *The Nation-State and Violence*, Cambridge, 1985.
—, *Die Konstitution der Gesellschaft*, Francfort del Meno, 1988 (trad. cast.: *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995).
Giddings, Franklin, *The Responsible State: A Re-examination of Fundamental*

Political Doctrines in the Light of the War and the Menace of Anarchism, Boston, 1918.

Gilbert, Felix, «Introduction», en Felix Gilbert (comp.), *The Historical Essays of Otto Hintze*, Nueva York, 1975, págs. 3-30.

Glaeßner, Gert-Joachim, «Am Ende des Staatssozialismus: Zu den Ursachen des Umbruchs in der DDR», en en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 70-92.

Görres, Joseph, «Der allgemeine Frieden, ein Ideal» (1798), en Zwi Batscha y Richard Saage (comps.), *Friedensutopien*, Francfort del Meno, 1979, págs. 111-176.

Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, 1966 (trad. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus, 1998).

Gransow, Bettina, «Chinesische Modernisierung und kultureller Eigensinn», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 24, 1993, págs. 183-195.

Großheim, Michael, «Politischer Existenzialismus», en Günter Meuter y Henrique Ricardo Otten (comps.), *Der Aufstand gegen die Bürger: Antibürgerliches Denken im 20: Jahrhundert*, Würzburg, 1999, págs. 127-163.

Gruber, Carol, *Mars and Minerva: World War I and the Use of the Higher Learning in America*, Baton Rouge, Louisiana, 1975.

Gumplowicz, Ludwig, *Der Rassenkampf* (1883), Insbruck, 1926.

—, *Grundriß der Soziologie* (1885), Insbruck, 1926.

—, *Die soziologische Staatsidee* (1885), Insbruck, 1902.

Habermas, Jürgen, *Die nachholende Revolution*, Francfort del Meno, 1990.

—, «Kants Idee des ewigen Frieden: aus dem historischen Abstand von 200 Jahren», en *Die Einbeziehung des Anderen: Studien zur politischen Theorie*, Francfort del Meno, 1996, págs. 192-236.

—, «Bestialität und Humanität: Ein Krieg and der Grenze zwischen Recht und Moral», *Die Zeit*, 29 de abril de 1999, págs. 1, 6 y sigs.

Hall, John, *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*, Berkeley, 1986 (trad. cast.: *Poderes y libertades*, Barcelona, Edicions 62, 1988).

—, «War and the Rise of the West», en Colin Creighton y Martin Shaw (comps.), *The Sociology of War and Peace*, Londres, 1987, págs. 37-53.

Hanna, Martha, *The Mobilization of Intellect: French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Massachusetts, 1996.

Haselbach, Dieter, «Die Sttatstheorie von L. Gumplowicz und ihre Weiterentwicklung bei Franz Oppenheimer und Alexander Rüstow», *Österreichische Zeitschrisft für Soziologie*, nº 15, 1990, págs. 84-99.

Havel, Václav, «Ein Wort über das Wort», en *Süddeutsche Zeitung*, 16 de octubre de 1989, pág. 44.

Hendin, Herbert y Ann Pollinger Haas, *Wounds of the War: The Psychological Aftermath of Combat in Vietnam*, Nueva York, 1984.

Hintze, Otto, «Rezension zu Ludwig Gumplowicz, *Soziologie und Politik* und *Die Soziologische Staatsidee*», *Schmollers Jahrbuch*, n° 21, 1897, págs. 715-716.

—, «Staatsverfassung und Heeresverfassung» (1906), en *Staat und Verfassung: Gesammelte Abhandlungen*, vol. 1, Gotinga, 1970, págs. 52-83.

—, «Rezension zu Oswald Spengler, *Der Staat u. a.*», *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, n° 79, 1925, págs. 541-547.

—, «Max Webers Soziologie» (1926), en *Soziologie und Geschichte: Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964, págs. 135-147.

—, «Rezension zu Carl Schmitt, *Verfassungslehre*» (München, 1928), *Historische Zeitschrift*, n° 139, 1929, págs. 562-568.

—, «Soziologische und geschichtliche Staatsauffassung: Zu Franz Oppenheimers System der Soziologie» (1929), en *Soziologie und Geschichte: Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964, págs. 239-305.

—, «Probleme einer europäischen Sozial und Wirtschaftsgeschichte» (1930), en *Soziologie und Geschichte: Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964, págs. 306-312.

—, «Roschers politische Entwicklungstheorie», en *Soziologie und Geschichte: Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964, págs. 3-45.

Hirsch, Helga, «Der Holocaust ist nicht einmalig: Gespräch mit dem polnischen Soziologen Zygmunt Bauman», *Die Zeit*, 23 de abril de 1993, pág. 68.

Hirschman, Albert, *Leidenschaften und Interessen: Politische Begründungen des Kapitalismus vor seinem Sieg*, Francfort del Meno, 1980 (trad. cast.: *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Península, 1999).

Historikerstreit: Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung, Múnich, 1987.

Hollier, Denis (comp.), *Le Collège de Sociologie*, París, 1979.

Hondrich, Karl Otto, *Lehrmeister Krieg*, Reinbeck, 1992.

—, «Krieg: und user progressiver Theorie-Alltag», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, n° 44, 1992, págs. 544-548.

Honneth, Axel, *Kampf um Anerkennung: Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*, Francfort del Meno, 1992 (trad. cast.: *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona, Crítica, 1997).

—, «Universalismus als politische Falle?», *Merkur*, n° 547, 1994, págs. 867-883.

Howard, Michael, *War and the Liberal Conscience*, New Brunswick, Nueva Jersey, 1978.

Hughes, H. Stuart, *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*, Nueva York, 1977.

Hurwitz, Harold, *Demokratie und Antikommunismus in Berlin nach 1945*,

5 vols., Colonia, 1983 (vol. 1), 1984 (vols. 2 y 3), 1990 (vol. 4 en dos partes), 1997 (vol. 5). Vol. 1: *Die politische Kultur der Bevölkerung und der Neubeginn konservativer Politik*; vol. 2: *Autoritäre Tradierung und Demokratiepotential in der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung* (con Klaus Sühl); vol. 3: *Die Eintracht der Siegermächte und die Orientierungsnot der Deutschen*; vol. 4: *Dia Anfänge des Widerstandes*, capítulo 1: *Führungsanpruch und Isolation der Sozialdemokraten*, capítulo 2: *Zwischen Selbsttäuschung und Zivilcourage: Der Fusionkampf*; vol. 5: *Die Stalinisierung der SED: Zum Verlust von Freiräumen und sozialdemokratischer Identität in den Vorständen 1946-49*.

Iggers, Georg G., *Deutsche Geschichtswissenschaft: Eine Kritik der traditionellen Geschichtsauffassung von Herder bis zur Gegenwart*, Múnich, 1971.

James, William, «The Moral Equivalent of War», en *Memories and Studies*, Nueva York, 1911, págs. 265-296.

Jandy, C. Edward, *Charles Horton Cooley: His Life and his Social Theory*, Nueva York, 1942.

Janowitz, Morris, «Introduction», en William Isaac Thomas, *On Social Organization and Social Personality*, Chicago, 1966, págs. VII-LVIII.

Jerusalem, Wilhelm, *Der Krieg im Lichte der Gesellschaftslehre*, Stuttgart, 1915.

Joas, Hans, *Praktische Intersubjektivität: Die Entwicklung des Werkes von George Herbert Mead*, Francfort del Meno, 1980, 1989 (2ª edición) y 2000 (3ª edición).

—, «Symbolischer Interaktionismus: Von der Philosophie des Pragmatismus zu einer soziologischen Forschungstradition», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 40, 1988, págs. 417-446; también en *Pragmatismus und Gesellschaftstheorie*, Francfort del Meno, 1992, págs. 23-65.

—, «Die politischen Ideen des amerikanischen Pragmatismus», en Iring Fetscher y Herfried Münkler (comps.), *Pipers Handbuch der politischen Ideen*, vol. 5, Múnich, 1987, págs. 611-620.

—, «Das Risiko der Gegenwartsdiagnose», *Soziologische Revue*, nº 11, 1988, págs. 1-6.

—, «Rezension zu Reiner Steinweg, *Kriegsursachen*», *Soziologische Revue*, nº 11, 1988, págs. 450-452.

—, «Die Demokratisierung der Differenzierungsfrage», *Soziale Welt*, nº 41, 1990, págs. 8-27.

—, *Pragmatismus und Gesellschaftstheorie*, Francfort del Meno, 1992 y 1999 (2ª ed.) (trad. cast.: *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1998).

—, *Die Kreativität des Handelns*, Francfort del Meno, 1992 y 1996 (2ª ed.).

—, «Was hält die Bundesrepublik zusammen?», en Friedhelm Hengsbach y Matthias Möhring-Hesse (comps.), *Eure Armut kotzt uns an: Solidarität in der Krise*, Francfort del Meno, 1995, págs. 69-82.

—, «Modernität und Krieg», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.),

Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts, Francfort del Meno, 1996, págs. 344-353.

—, *Die Entstehung der Werte*, Francfort del Meno, 1997 y 1999 (2ª ed.).

—, «Postdisziplinäre Disziplingeschichte», *Berliner Journal für Soziologie*, nº 8, 1998, págs. 269-277.

—, «Aus Angst vor neuen Schrecknissen», en Wolfgang Knöbl y Gunnar Schimdt (comps.), *Die Gegenwart des Krieges: Staatliche Gewalt in der Moderne*, Francfort del Meno, 2000, págs. 214-217.

—, «Die Sakralität der Person und die Politik der Würde (Über Avishai Margalit)», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, nº 47, 1999, págs. 325-333.

—, «Die Soziologie und das Heilige: Schlüsseltexte der Religionssoziologie», *Merkur*, nº 53, 1999, cuadernos 605-606, págs. 990-998.

—, «For Fears on New Horrors: A Reply to E. Tiryakian and I. Roxborough», *International Sociology*, nº 14, 1999, págs. 501-503.

—, «Wann darf der Westen eingreifen?», *Die Tageszeitung (taz)*, 13 de abril de 1999, pág. 12.

—, «Combining Value Pluralism with Moral Universalism: Isaiah Berlin and Beyond», *The Responsive Community*, nº 9, 1999, págs. 17-29.

Joas, Hans y Helmut Steiner (comps.), *Matchpolitischer Realismus und pazifistische Utopie: Krieg und Frieden in der Geschichte der Sozialwissenschaften*, Francfort del Meno, 1989.

Joas, Hans y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993.

Joas, Hans y Wolfgang Knöbl, «Gewalt in den USA: Deutsche und amerikanische Perspektiven», en Hans Joas y Wolfgang Knöbl (comps.), *Gewalt in den USA*, Francfort del Meno, 1994, págs. 7-18.

Johnson, James Turner, *The Quest for Peace: Three Moral Traditions in Western Cultural History*, Princeton, 1987.

Jünger, Ernst, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, Berlín, 1925.

Karstedt-Henke, Susanne, «Theorien zur Erklärung terroristischer Bewegungen», en Erhard Blankenburg (comps.), *Politik der inneren Sicherheit*, Francfort del Meno, 1980, págs. 169-237.

Käsler, Dirk, *Die frühe deutsche Soziologie 1909-1934 und ihre Entstehungsmilieus: Eine wissenschaftssoziologische Untersuchung*, Opladen, 1984.

Keegan, John, *Das Antlitz des Krieges*, Francfort del Meno, 1991 (trad. cast.: *El rostro de la batalla*, Madrid, Ejército de Tierra, Servicio de Publicaciones, 1990).

Klein, Dieter, *Chancen für einen friedensfähigen Kapitalismus*, Berlín, 1988.

Knöbl, Wolfgang, «Nationalstaat und Gesselschaftstheorie», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 22, 1993, págs. 221-235.

—, *Polizei und Herrschaft im Modernisierungsprozeß: Staatsbildung und innere Sicherheit in Preußen, England und Amerika 1700-1914*, Francfort del Meno, 1998.

—, «Kommentar zu Randall Collins' *German-Bashing and the Theory of Democratic Modernization*», *Zeitschrift für Soziologie*, nº 24, 1995, págs. 465-468.
—, «Das Ende der Eindeutigkeit, oder: Die Spielräume der Modernisierung», Soziologische Habilitationsschrift, Universidad Libre de Berlín, 1999.
Koch, Hansjoachim, *Der Sozialdarwinismus: Seine Genese und sein Einfluß auf das imperialitische Denken*, Múnich, 1973.
Kocka, Jürgen, «Otto Hintze», en Hans-Ulrich Wehler (comp.), *Deutsche Historiker*, vol. 3, Gotinga, 1973, págs. 275-298.
—, «Otto Hintze, Max Weber und das Problem der Bürokratie», en Otto Büsch y Michael Erbe (comps.), *Otto Hintze und die moderne Geschichtswissenschaft*, Berlín, 1983, págs. 150-188.
—, «Deutsche Geschichte vor Hitler: Zur Diskussion über den "deutschen Sonderweg"», en *Geschichte und Aufklärung*, Gotinga, 1989, págs. 101-113.
—, «Revolution und Nation 1989: Zur historichen Einordnung der gegenwärtigen Ereignisse», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, nº 19, 1990, págs. 471-499.
—, «Asymetrical Historical Comparison: The Case of the German "Sonderweg"», *History and Theory*, nº 38, 1999, págs. 40-50.
Köhler, Ernst, «Fragen an Zygmunt Bauman», *Kommune*, nº 8, 1994, págs. 54-58.
Kohli, Martin, «Institutionalisierung und Individualisierung der Erwerbsbiographie: Aktuelle Veränderungstendenzen und ihre Folgen», en Ditmar Brock y otros (comps.), *Subjektivität im gesellschaftlichen Wandel*, Múnich, 1989, págs. 249-278.
Krakau, Knud, *Missionsbewußtsein und Völkerrechtsdoktrin in den Vereinigten Staaten von Amerika*, Francfort del Meno/Berlín, 1967.
—, «American Foreign Relations: A National Style?», *Diplomatic History*, nº 8, 1984, págs. 253-272.
Krippendorff, Ekkehart, *Staat und Krieg: Die historische Logik politischer Unvermunft*, Francfort del Meno, 1985.
Kristof, Nicholas D., «The Real Chinese Threat», *The New York Times Magazine*, 27 de agosto de 1995, págs. 50-52.
Krockow, Christian Graf von, *Die Entscheidung: Eine Untersuchung über Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger* (1958), Francfort del Meno, 1990.
Kuhn, Helmut, «Rezension zu C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen*», *Kant-Studien*, nº 38, 1933, págs. 190-196.
Kurtz, Lester R., «War and Peace on the Sociological Agenda», en Terence C. Halliday y Morris Janowitz (comps.), *Sociology and Its Publics: The Forms and Fates of Disciplinary Organization*, Chicago, 1992, págs. 61-98.
— (comp.), *Encyclopedia of Violence, Peace and Conflict*, 3 vols., San Diego, California, 1999.
Kutz, Martin, *Nachschub für das Menschenschlachthaus: Wehrpflitch und Dienstpflicht im industrialisierten Krieg*, Führungsakademie der Bundeswehr,

Fachgruppe Sozialwissenschaften, Beiträge zur Lehre und Forschung, 3/93.

Lasch, Christopher, «"The New Republic" and the War: An Unanalyzable Feeling», en *The New Radicalism in America (1889-1963)*, Nueva York, 1965, págs. 181-224.

Laufter, Robert S. y otros, «War Stress and Trauma: The Vietnam Veteran Experience», *Journal of Health and Social Behavior*, nº 25, 1984, págs. 65-85.

Lederer, Emil, «Zur Soziologie des Weltkrieges», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, nº 39, 1915, págs. 347-384; reimpreso en *Kapitalismus, Klassenstruktur und Probleme der Demokratie in Deutschland 1910-1940*, Gotinga, 1979, págs. 119-144.

Lenger, Friedrich, *Werner Sombart 1863-1941: Eine Biographie*, Múnich, 1994.

—, «Werner Sombart als Propagandist eines deutschen Krieges», en Wolfgang Mommsen (comp.), *Kultur and Krieg: Die Rolle der Intellektuellen, Künstler und Schriftsteller im Ersten Weltkrieg*, Múnich, 1996, págs. 65-76.

Lepenies, Wolf, *Die drei Kulturen: Soziologie zwischen Literatur und Wisssenschaft*, Múnich, 1985.

Levine, Donald N., *Visions of the Sociological Tradition*, Chicago, 1995.

Liell, Christoph, «Gewalt: diskursive Konstruktion und soziale Praxis», tesina en sociología, Universidad Libre de Berlín, 1997.

Lifton, Robert Jay, *Home From the War: Vietnam Veterans: Neither Victims nor Executioners*, Nueva York, 1973.

Loader, Colin y Rick Tilman, «Thorstein Veblen's Analysis of German Intellectualism», *American Journal of Economics and Sociology*, nº 54, 1995, págs. 339-355.

Lötsch, Manfred, «Der Sozialismus, eine Stände, oder eine Klassengesellschaft?», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 115-124.

Lübbe, Hermann, «Die philosophischen Ideen von 1914», en *Politische Philosophie in Deutschland: Studien zu ihrer Geschichte*, Basilea, 1963, págs. 171-235.

Maaz, Hans-Joachim, *Der Gefühlsstau: Ein Psychogramm der DDR*, Berlín, 1990.

Maier, Charles S., *Die Gegenwart der Vergangenheit: Geschichte und die nationale Identität der Deutschen*, Francfort del Meno, 1992.

—, *Das Verschwinden der DDR und der Untergang des Kommunismus*, Francfort del Meno, 1999.

Mann, Michael, «War and Social Theory: Into Battle with Classes, Nations and States», en Colin Creighton y Martin Shaw (comps.), *The Sociology of War and Peace*, Londres, 1987, págs. 54-72.

—, *States, War and Capitalism*, Oxford, 1988.

—, *The Sources of Social Power*, 2 vols., Cambridge, 1986 y 1993 (trad. cast.: *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1991 y 1997).

Mann, Thomas, *Betrachtungen eines Unpolitischen*, Berlín, 1984.
Marcuse, Herbert, «Der Kampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung», *Zeitschrift für Sozialforschung*, nº 3, 1934, págs. 161-195.
Marsland, David, *Neglect and Betrayal: War and Violence in Modern Sociology*, Londres, 1985 (Institute for European Defence and Strategic Studies).
Marx, Gary, «Issueles Riots», *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, nº 391, 1970, págs. 21-33.
Mead, George Herbert, «Die psychologischen Grundlagen des Internationalismus» (1915), en *Gesammelte Aufsätze*, edición a cargo de Hans Joas, Francfort del Meno, 1983, vol. 2, págs. 424-439.
—, «Germany's Crisis: Its Effects on Labor»; «America's Ideals and the War»; «Democracy's Issues in the World War»; «War Issues to U.S. Forced by Kaiser», *Chicago Herald*, 1917.
—, «Rezension zu Thorstein Veblen, *The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation*» (1918), en *Gesammelte Aufsätze*, edición a cargo de Hans Joas, vol. 2, Francfort del Meno, 1983, págs. 440-454.
—, «Psychologie der Strafjustiz» (1918), en *Gesammelte Aufsätze*, edición a cargo de Hans Joas, vol. 2, Francfort del Meno, 1983, págs. 253-284.
—, *The Conscientious Objector*, Nueva York, 1918.
—, «Social Work, Standards of Living and the War», *Proceedings of the National Conference of Social Work*, nº 45, 1918, págs. 637-644.
—, «Nationale und internationale Gesinnung» (1929), en *Gesammelte Aufsätze*, edición a cargo de Hans Joas, vol. 2, Francfort del Meno, 1983, págs. 458-482.
—, *Gesammelte Aufsätze*, edición a cargo de Hans Joas, vol. 2, Francfort del Meno, 1983 (Politische Theorie und Publizistik, págs. 363 y sigs).
Meier, Artur, «Abschied von der sozialistischen Ständegesellschaft», *Aus Politik und Zeitgeschehen* (Beilage zur Wochenzeitung *Das Parlament*), nº 16-17/90, 13 de abril de 1990, págs. 3-14.
Meinecke, Stefan, «Friedrich Meinecke und der "Krieg der Geister"», en Wolfgang Mommsen (comp.), *Kultur and Krieg: Die Rolle der Intellektuellen, Küntsler und Schriftsteller im Ersten Weltkrieg*, Múnich, 1996, págs. 97-118.
Messerschmidt, Manfred, «Der Staatsbürger mu(sich über die Uniform legitimieren: Die allgemeine Wehrpflicht wirkte bis 1945 vor allem als Katalysator gesellschaftlicher Militarisierung», *Frankfurter Rundschau*, vol. 31, nº 8, 1993, pág. 16.
Meuschel, Sigrid, *Legitimation und Parteiherrschaft in der DDR*, Francfort del Meno, 1991.
—, «Revolution in der DDR: Versuch einer sozialwissenschaftlichen Interpretation», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 93-114.
Michels, Roberto, «"Razze" e "Nazioni" nella Guerra Attuale», *Nuova Antologia*, 1914, págs. 220-228.

—, «Die wirtschaftlichen Wirkungen des Völkerkrieges auf Italien in den ersten Monaten», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, nº 40, 1915, págs. 592-619.

Mill, John Stuart, «A Few Words on Non-Intervention» (1859), en *Essays on Politics and Culture*, Gertrude Himmelfarb (comp.), Nueva York, Garden City, 1963, págs. 368-384.

Miller, Max y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996.

—, «Einleitung», en *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 12-27.

Mills, C. Wright, *The Causes of World War Three*, Nueva York, 1958.

Modell, John y Timothy Haggerty, «The Social Impact of War», *Annual Review of Sociology*, nº 17, 1991, págs. 205-224.

Möller, Kay, «Muß man vor China Angst haben?», *Süddeutsche Zeitung*, 19 de mayo de 1995, pág. 9.

Mommsen, Wolfgang, *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920*, Tubinga, 1974 (2ª ed.).

—, «Au(enpolitik und öffentliche Meinung im Wilhelminischen Deutschland 1897-1914», en *Der autoritäre Nationalstaat: Verfassung, Gesellschaft und Kultur des deutschen Kaiserreiches*, Francfort del Meno, 1990, págs. 358-379.

Moore, Barrington, *Soziale Ursprünge von Diktatur und Demokratie*, Francfort del Meno, 1969 (trad. cast.: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Edicions 62, 1991).

Mori, Massimo, *La ragione delle armi: Guerra e conflitto nella filosofia classica tedesca (1770-1830)*, Milán, 1984.

—, «Krieg und Frieden in der klassischen deutschen Philosophie», en Hans Joas y Helmut Steiner (comps.), *Matchpolitischer Realismus und pazifistische Utopie: Krieg und Frieden Geschichte der Sozialwissenschaften*, Francfort del Meno, 1989, págs. 49-91.

Moskos, Charles, «The American Combat Soldier in Vietnam», *Journal of Social Issues*, nº 31, 1985, págs. 25-38.

Mozetic, Gerald, «Ein unzeitgemäßer Soziologie: Ludwig Gumplowicz», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 37, 1985, págs. 621-647.

Müller, Klaus, «Nachholende Modernisierung? Konjunkturen der Modernisierungstheorie und ihre Anwendung auf die Transformation der osteuropäischen Gesellschaften», *Leviathan*, nº 19, 1991, págs. 261-291.

Münkler, Herfried, «Staat, Krieg und Frieden: Die verwechselte Wechselbeziehung: Eine Auseinandersetzung mit Ekkehart Krippendorff», en Reiner Steinweg (comp.), *Kriegsursachen*, Francfort del Meno, 1987, págs. 135-144.

—, *Gewalt und Ordnung: Das Bild des Krieges im politischen Denken*, Francfort del Meno, 1992.

Neckel, Sighard, «Gefährliche Fremdheit: Notizen zu Zygmunt Bauman», *Ästhetik und Kommunikation*, vol. 23, nº 85/86, 1994, págs. 45-49.

Nedelmann, Birgitta, «Gewaltsoziologie am Scheideweg», en Trutz von Trotha (comp.), *Soziologie der Gewalt (Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie)*, Sonderheft, nº 37, 1997, págs. 59-85.

Nef, John, *War and Human Progress*, Cambridge, Massachusetts, 1952.

Neidhardt, Friedhelm, «Über Zufall, Eigendynamik und Institutionalisierbarkeit absurder Prozesse: Notizen am Beispiel einer terroristieschen Gruppe», en Heine von Alemann y Hans-Peter Thurn (comps.), *Soziologie in weltbürgerlicher Absicht: Festschrift für René König zum 75: Geburtstag*, Opladen, 1981, págs. 243-257.

Neubert, Ehrhard, *Die protestantische Revolution*, Berlín, 1991.

Nipperdey, Thomas, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, vol. 1, Múnich, 1990, vol. 2, Múnich, 1992.

Nolte, Ernst, *Der Faschismus in seiner Epoche*, Múnich, 1963.

Nunner-Winkler, Gertrud, «Gewalt: ein Spezifikum der Moderne?», en Max Miller y Hans-Georg Soeffner (comps.), *Modernität und Barbarei: Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20: Jahrhunderts*, Francfort del Meno, 1996, págs. 81-95.

Oestreich, Gerhard, «Otto Hintzes Stellung zur Politikwissenschaft und Soziologie», en Otto Hintze (comp.), *Soziologie und Geschichte: Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, Gotinga, 1964, págs. 7-67.

Offe, Claus, «Wohlstand, Nation, Republik: Aspekte des deutschen Sonderwegs vom Sozialismus zum Kapitalismus», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 282-301.

Opp, Karl-Dieter, «DDR '89: Zu den Ursachen einer spontanen Revolution», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 194-221.

Oppenheimer, Franz, *Der Staat*, Francfort del Meno, 1907.

—, *System der Soziologie*, Jena, 1922-1926.

Papcke, Sven, «Dienst am Sieg: Die Sozialwissenschaften im Ersten Weltkrieg», en *Vernunft und Chaos*, Francfort del Meno, 1985, págs. 125-142.

—, «Weltferne Wissenschaft: Die deutsche Soziologie der Zwischenkriegszeit vor dem Problem des Faschismus/Nationalsozialismus», en Sven Papcke (comp.), *Ordnung und Theorie*, Darmstadt, 1986, págs. 168-222.

Parker, Geoffrey, *Die militärische Revolution: Die Kriegskuinst und der Aufstieg des Westens: 1500-1800*, Francfort del Meno, 1990 (trad. cast.: *La revolución militar*, Barcelona, Crítica, 1990).

Plenge, Johann, *1789 und 1914: Die symbolischen Jahre in der Geschichte des politischen Geistes*, Berlín, 1916.

Pollack, Detlef, «Religion und gesellschaftlicher Wandel: Zur Rolle der evange-

lischen Kirche im Prozeß des gesellschaftlichen Umbruchs in der DDR», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 246-266.

Porter, Bruce, *War and the Rise of the State: The Military Foundations of Modern Politics*, Nueva York, 1994.

Prager, Jeffrey, «Moral Integration and Political Inclusion: A Comparison of Durkheim's and Weber's Theories of Democracy», *Social Forces*, nº 59, 1981, págs. 918-950.

Raumer, Kurt von (comp.), *Ewiger Friede: Friedensrufe und Friedenspläne seit der Renaissance*, Friburgo/Múnich, 1953.

Reinhard, Wolfgang, «Staat und Heer in England im Zeitalter der Revolutionen», en Johannes Kunisch (comp.), *Staatsverfassung und Heeresverfassung in der europäischen Geschichte der frühen Neuzeit*, Berlín, 1986, págs. 173-212.

Reiss, Jr. Albert J. y Jeffrey A. Roth (comps.), *Understanding and Preventing Violence*, Washington, D.C., 1993.

Reißig, Rolf, «Das Scheitern der DDR und der realsozialistischen Systems: Einige Ursachen und Folgen», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 49-69.

Roberts, David D., «Croce and Beyond: Italian Intellectuals and the First World War», *International Review*, nº 3, 1981, págs. 201-235.

Roth, Günther, «Max Weber's Ethics and the Peace Movement Today», *Theory and Society*, nº 13, 1984, págs. 491-511.

Roxborough, Ian, «The Persistence of War as a Sociological Problem», *International Sociology*, nº 14, 1999, págs. 491-500.

Royce, Josiah, *The Hope for the Great Community*, Nueva York, 1916.

Rózewicz, Tadeusz, «Neue philosophische Schule», en *In der schönsten Stadt der Welt*, Berlín, 1971, págs. 47-68.

Rüstow, Alexander, *Ortbestimmung der Gegenwart*, 3 vols., Zúrich, 1950 y sigs.

Sabrow, Martin, «Hinterrücks zusammengebrochen», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 20 de noviembre de 1998, pág. 46.

Sack, Fritz, «Staat, Gesellschaft und politische Gewalt: Zur «Pathologie» politischer Konflickte», en Fritz Sack y Heinz Steinert (comps.), *Protest und Reaktion: Analysen zum Terrorismus*, vol. 4/2, Opladen, 1984, págs. 17-386.

Santayana, George, *Character and Opinion in the United States: with reminiscences of William James and Josiah Royce and Academic Life in America*, Londres, 1920 (trad. cast.: *El egotismo en la filosofía alemana*, Buenos Aires, Imán, 1942).

—, «Egotism in German Philosophy», en *Works*, vol. 6, Nueva York, 1936, págs. 149-249.

Scheler, Max, «Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg» (1915), en *Gesammelte Werke*, vol. 4, *Politisch-Pädagogische Schriften*, Berna, 1982, págs. 7-251.

—, «Die Ursachen des Deutschenhasses: Eine nationalpädagogische Eröterung» (1917), en *Gesammelte Werke*, vol. 4, *Politisch-Pädagogische Schriften*, Berna, 1982, págs. 283-366.

Schildt, Axel, «Ein konservativer Prophet moderner nationaler Integration: Biographische Skizze des streitbaren Soziologen Johann Plenge (1874-1963)», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, nº 35, 1987, págs. 523-570.

Schmidt, Gunnar, «Die konstruierte Moderne: Thorstein Veblen und der Erste Weltkrieg», *Leviathan*, nº 28, 2000.

Schmitt, Carl, *Der Begriff des Politischen* (1932), Berlín, 1963 (trad. cast.: *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1998).

—, *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff* (1938), Berlín, 1988.

—, reseña (1926) de Friedrich Meinecke, *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, Múnich-Berlín, 1924, reimpreso en *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles*, Berlín, 1940 y 1988 (2ª ed.), págs. 45-52.

Schnädelbach, Herbert, *Philosophie in Deutschland 1831-1933*, Francfort del Meno, 1983 (trad. cast.: *Filosofía en Alemania*, Madrid, Cátedra, 1991).

Schulze, Winfried, «Otto Hintzes Kritik und Rezeption der Soziologie», en Otto Büsch y Michael Erbe (comps.), *Otto Hintze und die moderne Geschichtswissenschaft*, Berlín, 1983, págs. 134-149.

Schumpeter, Joseph, «Zur Soziologie der Imperialismen», en *Aufsätze zur Soziologie*, Tubinga, 1953, págs. 72-146.

Schwabe, Klaus, «Zur politischen Haltung der deutschen Professoren im 1: Weltkrieg», *Historische Zeitschrift*, nº 193, 1961, págs. 601-634.

—, *Wissenschaft und Kriegsmoral: Die deutschen Hochschullehrer und die politischen Grundfragen des Ersten Weltkriegs*, Gotinga, 1965.

Scott, Wilbur J., «Competing Paradigms in the Assessment of Latent Disorders: The Case of Agent Orange», *Social Problems*, nº 35, 1988, págs. 145-161.

Senghaas, Dieter, «Jenseits des Nebels der Zukunft: Europas ordnungspolitische Option», en *Europa 2000: Ein Friedensplan*, Francfort del Meno, 1990, págs. 57-77.

—, *Friedensprojekt Europa*, Francfort del Meno, 1992.

—, «Frieden ald Zivilisierungsprojekt», en Dieter Senghaas (comp.), *Den Frieden denken: Si vis pacem, para pacem*, Francfort del Meno, 1995, págs. 196-223.

Senghaas, Dieter y Eva Senghaas, «Si vis pacem, para pacem», *Leviathan*, nº 20, 1992, págs. 230-247.

Shafer, D. Michael, «The Vietnam Combat Experience: The Human Legacy», en D. Michael Shafer (comp.), *The Legacy: The Vietnam War in the American Imagination*, Boston, 1990, págs. 80-103.

—, «The Vietnam-Era Draft: Who Went, Who Didn't, and Why It Matters», en D. Michael Shafer (comp.), *The Legacy: The Vietnam War in the American Imagination*, Boston, 1990, págs. 57-79.

Shatan, Chaim F., «Die trauernde Seele des Soldaten. Die Selbsthilfe-Bewegung der Vietnamkriegsveteranen» (1973), *Friedenanalysen*, nº 14, 1981, págs. 271-299.

Shaw, Martin (comp.), *War, State and Society*, Londres, 1984.

—, «Ideen über Krieg und Militarisierung in der Gesellschaftstheorie des späten zwanzigsten Jahrhynderts», en Hans Joas y Helmut Steiner (comps.), *Matchpolitischer Realismus und pazifistische Utopie: Krieg und Frieden in der Geschichte der Sozialwissenschaften*, Francfort del Meno, 1989, págs. 283-308.

Simmel, Georg, *Soziologie* (1908), Berlín, 1968 (trad. cast.: *Sociología*, Madrid, Alianza, 1986).

—, «Bergson und der deutsche "Zynismus"», *Internationale Monatsschrift für Kunst, Wissenschaft und Technik*, nº 9, 1914, págs. 197-200.

—, «Die Umwertung der Werte: Ein Wort an die Wohlhabenden», *Frankfurter Zeitung*, 5 de mayo de 1915 (edición matinal, pág. 2).

—, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*, Múnich, 1917.

Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, 1979.

Slotkin, Richard, *Regeneration through Violence: The Mythology of the American Frontier, 1600-1860*, Middletown, Connecticut, 1973.

—, *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization 1800-1890*, Nueva York, 1985.

Small, Albion, «Germany and American Opinion: Professor Albion Small to Professor Georg Simmel», *Sociological Review*, nº 7, 1914, págs. 106-111.

Smelser, Neil, *Theorie des kollektiven Verhaltens*, Colonia, 1972.

Sofsky, Wolfgang, *Die Ordnung des Terrors: Das Konzentrationslager*, Francfort del Meno, 1993.

—, «Die Meute: Zur Anthropologie der Menschenjagd», *Neue Rundschau*, nº 4, 1994, págs. 9-21.

Sombart, Werner, *Krieg und Kapitalismus*, Múnich/Leipzig, 1913 (trad. cast.: *Guerra y capitalismo*, Madrid, Summa, 1943).

—, *Händler und Helden: Patriotische Besinnungen*, Múnich, 1915.

Sorel, Georges, *Über die Gewalt* (1908), Francfort del Meno, 1969 (trad. cast.: *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 1976).

Sorokin, Pitirim, «Sociological Interpretation of the «Struggle for Existence» and the Sociology of War», en *Contemporary Sociological Theories*, Nueva York, 1928, págs. 309-356.

Speier, Hans, *Social Order and the Risks of War: Papers in Political Psychology*, Cambridge, Massachusetts, 1969.

Spencer, Herbert, *The Principles of Sociology*, 2 vols., Londres, 1897.

Srubar, Ilja, «War der reale Sozialismus modern? Versuch einer strukturellen Bestimmung», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, n° 43, 1991, págs. 415-432.

Stephan, Cora, *Das Handwerk des Krieges*, Berlín, 1998.

Sternhell, Zeev, *The Birth of Fascist Ideology: From Cultural Rebellion to Political Revolution*, Princeton, Nueva Jersey, 1994 (trad. cast.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994).

Stromberg, Roland, *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*, Lawrence, Kansas, 1982.

Tenbruck, Friedrich, «Émile Durkheim oder die Geburt der Gesellschaft aus dem Geist der Soziologie», *Zeitschrift für Soziologie*, n° 10, 1981, págs. 333-350.

—, *Die unbewältigte Sozialwissenschaft*, Graz, 1984.

—, «Gesellschaftsgeschichte oder Weltgeschichte?», *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, n° 21, 1992, págs. 212-228.

Thome, Helmut, «Gesellschaftliche Modernisierung und Kriminalität: Zum Stand der sozialhistorischen Kriminalitätsforschung», *Zeitschrift für Soziologie*, n° 21, 1992, págs. 212-228.

Tilly, Charles, «Reflections on the History of European State Making», en Charles Tilly (comp.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, 1975, págs. 3-83.

—, *Coercion, Capital, and European States 900-1990*, Oxford, 1990.

Tiryakian, Edward, «Modernisation: Exhumetur in pace (Rethinking Macrosociology in the 1990s)», *International Sociology*, n° 6, 1991, págs. 165-180.

—, «Krieg: Die verborgene Seite der Moderne», en Wolfgang Knöbl y Gunnar Schmidt (comps.), *Die Gegenwart des Krieges: Staatliche Gewalt in der Moderne*, Francfort del Meno, 2000, págs. 194-213.

Tönnies, Ferdinand, «Die Sozialpolitik nach dem Kriege», en Friedrich Thimme y Carl Legien (comps.), *Die Arbeiterschaft im neuen Deutschland*, Leipzig, 1915, págs. 147-158.

—, «Der Wiederbeginn geistiger Gemeinschaftsarbeit zwischen den Völkern», *Ethische Kultur*, n° 23, 1915, págs. 105-106.

—, «Gerechtigkeit in Kriegszeiten», *Internationale Runsdschau*, n° 2, 1916, págs. 177-190.

—, «Naturrecht und Völkerrecht», *Die Neue Rundschau*, 1916, págs. 577-587.

—, *Der englische Staat und der deutsche Staat*, Berlín, 1917.

—, *Wege zu dauerndem Frieden?*, Leipzig, 1926.

Torrance, John, «Die Entstehung der Soziologie in Österreich 1885-1935», en Wolf Lepenies (comp.), *Geschichte der Soziologie*, vol. 3, Francfort del Meno, 1981, págs. 443-495.

Toulmin, Stephen, *Kosmopolis: Die vergessenen Aufgaben der Moderne*, Francfort del Meno, 1992 (trad. cast.: *Cosmópolis: el trasfondo de la modernidad*, Barcelona, Península, 2001).

Touraine, Alain, *La voix et le regard*, París, 1978.

—, «Krise und Wandel des sozialen Denkens», en Johannes Berger (comp.), *Die Moderne: Kontinuitäten und Zäsuren* (*Soziale Welt*, Sonderband 4), Gotinga, 1986, págs. 15-39.

Trotha, Trutz von, «Zur Soziologie der Gewalt», en Trutz von Trotha (comp.), *Soziologie der Gewalt* (*Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Sonderheft 37), 1997, págs. 9-56.

Turner, Ralph H., «Race Riots Past and Present: A Cultural-Collective Behavior Approach», *Symbolic Interaction*, nº 17, 1994, págs. 309-324.

Turner, Ralph H. y Lewis M. Killian, *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1987.

Ulrich, Bernd, «Nerven und Krieg: Skizzierung einer Beziehung», en Bedrich Löwenstein (comp.), *Geschichte und Psychologie: Annäherungsversuche*, Pfaffenweiler, 1992, págs. 163-192.

Unger, Roberto Mangaberia, *Politics*, 3 vols., Cambridge, 1987.

Varcoe, Ian, «Identity and the Limits of Comparison», *Theory, Culture and Society*, nº 15, 1998, págs. 57-72.

Veblen, Thorstein, *Imperial Germany and the Industrial Revolution* (1915), New Brunswick, Nueva Jersey, 1990.

—, *The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation*, Nueva York, 1917.

Vogt, Wolfgang R., «Militär und Risikogesellschaft: Tendenzen "struktureller Unvereinbarkeit" zwischen bewaffneter Friedenssicherung und industriellem Zivilisationsprozeß», *Sicherheit und Frieden*, nº 4, 1989, págs. 198-205.

Waldmann, Peter, «Gewaltsamer Separatismus: Am Beispiel der Basken, Franko-Kanadier und Nordiren», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, nº 37, 1985, págs. 203-229.

Walker, Keith, *A Piece of My Heart: 26 Women in Vietnam*, Novato, California, 1985.

Wallersterin, Immanuel, «Modernization: Requiescat in Pace», en *The Capitalist World-Economy*, Nueva York, 1979, págs. 132-137.

—, «1968, Revolution in the World-system: Thesis and Queries», *Theory and Society*, nº 18, 1989, págs. 431-449.

Walzer, Michael, «Liberalism and the Art of Separation», *Political Theory*, nº 12, 1984, págs. 315-330 (trad. cast.: «El liberalismo y el arte de la separación: la justicia en las instituciones», en M. Walzer, *Guerra, política y moral*, Barcelona, Paidós, 2001).

Weber, Max, *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, 1980 (4ª ed.) (trad. cast.: *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1991).

—, *Wirtschaftsgeschichte: Abriß der universalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* (1923), Berlín, 1981 (4ª ed.) (trad. cast.: *Historia económica general*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974).

Wehler, Hans-Ulrich, *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Gotinga, 1975.
—, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 1, Múnich, 1987.
Weinert, Rainer, «Massenorganisationen in mono-organisationalen Gesellschaften: Über den strukturellen Restaurationszwang des Freien Deutschen Gewerkschaftsbundes im Zuge des Zusammenbruchs der DDR», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 125-150.
Welzer, Harald, «"Verweilen beim Grauen": Bücher über den Holocaust», *Merkur*, nº 48, 1994, págs. 67-72.
Westbrook, Robert, *John Dewey and American Democracy*, Ithaca, Nueva York, 1991.
Wette, Wolfram, «Kein Kind der Demokratie», *Die Zeit*, 19 de mayo de 1993, pág. 5.
Wielgohs, Jan y Marianne Schulz, «Von der "friedlichen Revolution" in die politische Normalität: Entwicklungsetappen der ostdeutschen Bürgerbewegung», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 222-245.
Wiese, Leopold von, *Politische Briefe über den Weltkrieg: Zwölf Skizzen*, Múnich, Leipzig, 1914.
Willems, Helmut, «Fremdenfeindliche Gewalt: Entwicklung, Strukturen, Interaktionsprozesse», *Gruppendynamik*, nº 23, 1992, págs. 433-448.
Winter, J. M., «The economic and social history of war», en J. M. Winter (comp.), *War and economic development: Essays im memory of David Joslin*, Cambridge, 1975, págs. 1-10.
Yack, Bernard, *The Fetishism of Modernities: Epochal Self-Consciousness in Contemporary Social and Political Thought*, Nôtre Dame, 1997.
Zapf, Wolfgang, «Modernisierung und Modernisierungstheorien», en Wolfgang Zapf (comp.), *Die Modernisierung moderner Gesellschaften: Verhandlungen des 25: Deutschen Soziologentags*, Francfort del Meno (1990), 1991, págs. 23-39.
—, «Die DDR 1989/1990: Zusammenbruch einer Sozialstruktur?», en Hans Joas y Martin Kohli (comps.), *Der Zusammenbruch der DDR: Soziologische Analysen*, Francfort del Meno, 1993, págs. 29-48.
Zweig, Arnold, *Junge Frau von 1914* (1931) (17ª ed.), Berlín/DDR, 1987.

ÍNDICE DE NOMBRES